

100%
VERSATIL

TANTO
TUO
COMO
TU
MORTE

Emili Bayo

“Hoy es epílogo de las horas construyen su ataúd junto a mi almohada.”

Elena Medel

“...hay un pozo salvaje al fondo de ti mismo, un lugar que es tan tuyo como tu propia muerte.”

Carlos Marzal

Pólogo: Los que no podrán librarse de su sombra

Mucho hemos leído y, a menudo con gusto, sobre personajes a los que la suerte les abandona. Personajes que no solo no saben salir del atolladero, sino que cada vez se van hundiendo más en él. Así se encuentra el narrador y protagonista de *Tan tuyo como tu muerte*, el veterano policía Abel Claramunt. Un desencantado a quien nadie soporta, que después de dos divorcios vive castigado por la mala salud. Tampoco disfruta precisamente de buena suerte la joven María Asunción, una chica metódica y esforzada, buena estudiante, que ha desaparecido, y cuyo paradero debe averiguar el policía.

La mala suerte es todo un *leitmotiv* en la novela negra, y también, por descontado, fuera del género. Pero resulta mucho más interesante cuando, como es el caso, el autor, Emili Bayo, abandona con habilidad e inteligencia el habitual discurso victimista y se arriesga a profundizar en realidades humanas complicadas dejando a un lado moralismos fáciles. Todo resulta mucho más complicado de comprender y juzgar cuando los personajes respiran, caminan y cometen errores tal y como lo hacemos nosotros.

En manos de Bayo, filólogo, profesor de Literatura en castellano y editor de poesía de largo recorrido, el juego de la ficción y la reflexión que entraña la escritura añaden interés y profundidad al punto de partida, convirtiendo las regiones boscosas de Lleida en un terreno donde casi todo es posible. Cuentos populares como el de *Hansel y Gretel* adquieren una fuerza renovada, un especial dramatismo, dentro de una novela que nos habla de abandono, incompreensión y malos tratos.

Tan tuyo como tu muerte combina con sabiduría narrativa el tono intimista, la tristeza que se desprende de cada uno de los personajes, sin alternativa a su destino trágico, con los secretos que necesitan ser revelados. Quién sabe si demasiado tarde...

Lo más importante de todo es que por encima de discursos aprendidos o prejuicios, Emili Bayo se adentra en realidades humanas sorprendentes con eficacia y expresividad, dando el relieve adecuado a cada sentimiento, pintando cada una de las páginas con una paleta de colores que oscila entre el negro y una amplia gama de grises.

Son muchos los temas subyacentes en esta novela, muchas las inquietudes que la animan, y la función de este prólogo no es ofrecer un listado. Pero aquí se habla, como dije, de la incomprensión que a menudo padecen los jóvenes, de violencia... Cuando todo ello se ve con valentía y originalidad, desde un punto de vista arriesgado, encontramos una novela sensible e inteligente, bien desarrollada, que seguramente nos invitará a reflexionar e incluso alimentará polémicas. Al menos yo espero que así sea. Como decía aquella frase tan profundamente acertada, la mala suerte no nos la traen los espejos rotos, sino los cerebros rotos.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

Capítulo 1

Martes, 6 de noviembre

El chorro desprendía un brillo como de ladrillo húmedo y un olor fuerte de cebolla frita. Intenté concentrar en él la mirada hasta mucho después de que se hubiera extinguido y no llegué a determinar lo que sentía. Resultaba todo tan extraño... Me habían avisado contra esa tonalidad de arcilla sucia, pero el cumplimiento del presagio médico había conseguido inquietarme igualmente. Ni siquiera me atreví a sacudir aquel pingajo, quizá por miedo a que acabara retorciéndose dolorosamente entre mis manos.

«¡Mierda! Va a ser verdad que esto se acaba».

Después, me detuve ante el espejo y estudié la sonrisa burlona del tipo que me miraba desde el otro lado del cristal. No era yo, desde luego. O al menos no era la persona que había vivido mi vida hasta entonces o, para ser más preciso, hasta unas pocas semanas atrás, cuando el puto oncólogo del Hospital Vall d'Hebron puso cara de capullo apenado para pronunciar el diagnóstico, como si mi vida le importara un pimiento. Saber que todo se estaba terminando provocaba un brillo diferente en el fondo de mis ojos. Quizá porque contemplaban el mundo de manera distinta, o porque se habían armado con una especie de tranquilidad o de sabiduría o tal vez de desesperación que había desplazado al miedo de los primeros días. La conciencia de fragilidad me hacía fuerte. El moribundo se sentía renacer. La paradoja como forma de vida.

Me lavé con paciencia las manos, con mucho jabón, como si tuviera que arrancar una costra de años. Puesto que se había acabado el rollo de papel secante, salí del servicio con las manos medio levantadas, como el cirujano que entra en el quirófano para una operación. Era como entrar a la vida dispuesto a destriparla.

—Lo está esperando el intendente, sargento.

Lo había dicho la voz impaciente y cansada de quien considera que le encargan cometidos muy por debajo de sus capacidades. La cabo de uniforme me dedicaba su cara de asco de los días festivos. Me incliné a pensar que la vida al menos era justa en

algo y que aquella tía antipática y de mirada altiva que me había recibido en la entrada de comisaría y que me había enseñado el camino hasta el lavabo cumplía con su verdadero destino en la vida.

—Estará impaciente.

La cabo estirada y cariagria me precedió por un pasillo largo y desangelado, y se detuvo ante la puerta de una oficina con tabiques de vidrio y persianas venecianas de lamas grises. Se me ocurrió que en una comisaría todo parecía

estar pensado para provocar bostezos. La puerta estaba abierta, así que entré. El tipo rechoncho y casi calvo del otro lado de la mesa se levantó marcialmente y extendió una mano protocolaria, fría, flácida. Recordé la misma flacidez de mi polla y lamenté haberme lavado las manos. El intendente De Gea ni se había molestado en sonreír.

—Lo esperábamos, Claramunt. Aunque debo reconocer que no con muchas ganas.

Por supuesto, no había previsto un recibimiento con ramos de flores y banda de música, pero aquella cara de fastidio resultaba casi una ofensa. Me escupió cuatro frases manidas sobre la discreción, el trabajo en equipo y la dedicación abnegada y silenciosa mientras yo cabeceaba servil con la esperanza de que aquella mierda de discurso terminara pronto. Pero no funcionó. Quizá porque yo callaba y lo miraba casi con pena, al tipo se le fueron calentando poco a poco las cuerdas vocales y la mala leche y pronto pareció dispuesto a rifar las plazas para el pelotón de mi fusilamiento.

—¡Hay que joderse! —Se dio por vencido mientras se dejaba caer de nuevo en su silla, que imaginé reforzada con barras de acero—. ¿A quién quiero engañar? Mire, Claramunt, seamos sinceros. Yo no pretendo gustarle y, por supuesto, usted no gusta a nadie. No sé qué malnacido ha creído que era una buena idea mandarlo a mi comisaría. Pero no dudaré en aprovechar cualquier excusa para corregir ese lamentable error.

—Yo también me alegro de conocerlo, jefe.

Álvaro De Gea era el intendente responsable de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Lleida, adonde me habían destinado tras estar dos meses apartado del servicio. En una valoración superficial, De Gea podría pasar por un tipo agradable y bonachón que espera el día de la jubilación sin más aliciente que ir sumando trienios, pero por sus venas circulaban ríos de mala leche.

—Si usted no me toca los huevos, yo procuraré no rompérselos. De lo contrario, lamentaré haber aceptado este destino.

Bueno, no es que me hubieran dado mucho para elegir. La comisaría de Lleida o una expulsión deshonrosa. El intendente parecía opinar que había equivocado la elección.

—Es bonito saber que lo aprecian a uno —dije con el punto de entusiasmo suficiente como para que no pareciera que estaba a punto de morirme de asco.

—Vaya, además de policía también es usted humorista. Nos vamos a reír mucho con usted por aquí, Claramunt. He hablado con su último superior y rezumaba felicidad por haberlo perdido de vista. Eso es lo mejor de usted, que provoca una enorme alegría cuando se marcha. A ver si me explico con claridad: es usted una mordedura de culebra en el escroto, un grano de pus humanizado... En fin, espero que aprecie mis metáforas. Me ha hecho usted ponerme lírico. En su expediente hay tantas manchas que parece que una piara de cerdos lo haya utilizado de mantel para un pícnic.

En el mismo edificio, en la segunda planta, se hallaba la sede de la Región Policial de Ponent, que se encargaba de dar apoyo a todas las comisarías de la provincia de Lleida y estaba a cargo de otro intendente que, al parecer, tenía menos edad, pero más ambición, mucho más talento y un currículum sembrado de distinciones y éxitos. Por eso, De Gea vivía acongojado por la oscuridad a la que lo condenaba el carisma del responsable de la segunda planta.

No me alteró aquel recibimiento porque iba advertido. De Gea era la encarnación de la frustración y la amargura, un auténtico cretino, no había que darle más vueltas. Asentí como un lacayo y me largué en cuanto el tipo se cansó de piropearme. Me dolió más mi segunda visita, a la sala de la Unidad de Investigación Criminal, donde iba a trabajar bajo las órdenes del subinspector Busquet, que me acogió con una cara de asco aprendida en algún manual de interpretación por correspondencia:

—Somos la alfombra bajo la que los de Barcelona esconden la mierda que no saben dónde meter.

Supongo que debería haberme callado y aceptar en silencio la mala fama que me precedía, pero la nueva condición de moribundo me aliviaba la prudencia. Puesto que Busquet se había quedado callado, entendí que la situación requería un comentario.

—Mucho poeta en esta comisaría, subinspector. Espero que los mierdas que lleven mucho tiempo por aquí ya hayan dejado de oler mal.

Aunque le dediqué una sonrisa, no vi en sus ojos simpatía ni, por supuesto, el brillo de una propuesta de amistad abnegada e incondicional.

—Me han hablado de usted, Claramunt. Sé que es un mal bicho. Uno de esos tipos que han decidido reinventar la profesión a su modo. O quizá es simplemente que, después de tanto tiempo de relacionarse con maleantes, ha

acabado convertido en uno de ellos.

Estuve de acuerdo en que llevaba demasiado tiempo limpiando suciedad en las calles. En junio había cumplido cuarenta y siete años y llevaba veintitrés de servicio, primero trabajando en tareas administrativas en la Policía Nacional y luego como agente en los Mossos. Quizá aquel idiota tenía razón y la maldad se traspasa de uno a otro como una pringue cualquiera. Tal vez el cáncer de próstata que me estaba pudriendo por dentro y que solo mi oncólogo y yo conocíamos fuera la fermentación de ese poso de años. La vida podía ser una mierda, pero no iba a quedarme en casa sentado a esperar que se acabara.

—No saque conclusiones precipitadas, jefe. En mi último destino, más que de metáforas, abusaban de la hipérbole.

El subinspector Busquet tenía una de esas caras amelonadas que están pidiendo a gritos que las partas de un puñetazo. Toda una tentación. Se le había puesto esa mirada tenebrosa y esa voz estridente que solo los idiotas consideran que tienen que utilizar los policías para amedrentar a un sospechoso. Pero si ese tipo había sido en algún momento un buen policía, ya hacía mucho tiempo que lo había olvidado. Solo hacía falta echar una ojeada a su mesa de trabajo para comprender que vivía sepultado entre papeles y acojonado por las llamadas telefónicas de los altos mandos. La conversación, o quizá la tonelada de pastillas que cada día me zampaba, empezaba a producirme náuseas.

—Todo usted es una hipérbole, Claramunt. Pero no me venga con retóricas, no me va a impresionar con su palabrería. Pienso cubrirme bien las espaldas. Como no soy gilipollas del todo, voy a colgarle de los huevos a alguien que lo vigile y me tenga informado de sus desatinos.

Cogió el teléfono, apretó una tecla y eructó un apellido: «¡Artero!». Especulaba con el tipo de gorila desalmado con el que habían decidido emparejarme cuando apareció por la puerta una chavala de mirada asustada y gorra impecable. Era tan joven que seguro que alternaba el disfraz de policía con un uniforme de colegio de monjas. ¡Una simple novata! Estuve a punto de echarme a reír.

—Azucena Artero a su servicio, subinspector —dijo la chica con una voz aflautada, tan dulce que estaba al otro extremo de inspirar alguna autoridad.

—Ella le enseñará dónde está su mesa y cuáles son sus actuales responsabilidades —aulló Busquet. Había dejado de mirarnos, como esperando que desapareciéramos de allí, pero en el último instante se sintió obligado a añadir alguna cosa—. De momento, hasta que encontremos una ocupación digna de la fama que lo precede, ustedes dos deberán hurgar entre los casos antiguos sin resolver. Ya sabe: desempolven unas cuantas carpetas,

rellenen unos pocos informes y hagan tres o cuatro llamadas. Me basta con que se dejen ver poco y no hagan mucho ruido. Quizá les esté exigiendo demasiado...

Resoplé para expresar mis dudas sobre la enormidad de la empresa.

—No lo pone fácil.

—Ya, lo supongo. Anden y dejen ya de molestar...

Lo dicho, no esperaba un recibimiento con guirnaldas, banda de música y llaves de la ciudad, pero enviarme a revisar casos antiguos sin resolver era lo más parecido a una humillación. A mis cuarenta y siete años yo era un sargento experimentado y con una hoja de servicios plagada de éxitos. Era cierto que había tenido roces con algunos compañeros y que el último se había resuelto por la vía tradicional; es decir, chafándonos la cara. Que uno de esos compañeros fuera mi superior, un subinspector con mucha prisa por ascender en el escalafón, había sido un agravante que había estado a punto de dejarme sin curro. Finalmente, la cosa había quedado en un cambio de aires forzado y fuera de la gran metrópolis. Un engorro abandonar Barcelona, desde luego; pero bastaba con echar una ojeada al libro del *Apocalipsis* para darse cuenta de que se trataba de un castigo tolerable. Que aquel inútil me enviara a remover la mierda de los casos que no habían sabido resolver era casi una provocación. Cualquier aprendiz de policía sabe que los casos que envejecen pierden toda posibilidad de ser resueltos a no ser que el azar decida intervenir. En los periodos de poco trajín se suele encargar a los novatos que revisen algunos de esos expedientes casi olvidados, en parte para mantenerlos ocupados y que aprendan a redactar informes y en parte para que las familias de las víctimas saquen la impresión de que las investigaciones de sus casos siguen adelante. Pero la realidad es tozuda: casi nunca llega a resolverse ninguno.

De entrada sufrí un leve amago de cabreo, pero pronto me di cuenta de que, bien mirado, mandarme a ese territorio de inopia policial con el encargo expreso de no dejarme ver demasiado resultaba el mejor de los destinos posibles. Lo había pasado mal durante las últimas semanas y no me encontraba en mi mejor momento. Tras la terapia hormonal y la radioterapia, no sabía cómo iba a quedar el asunto de mi enfermedad y cómo iba a afectar a mi vida diaria. Un trabajo relajado y apartado de los focos me ocuparía lo suficiente para no pensar en mis desgracias. Las últimas semanas, de baja laboral y ocupado en entrar y salir del hospital, habían resultado un auténtico calvario. Un trabajo reposado y poco exigente resultaba la mejor alternativa. Al menos de momento.

Seguí a la agente Artero en un *tour* por toda la comisaría y oí sin escuchar su perorata de bienvenida y sus indicaciones hasta acabar en una vieja mesa

arrinconada y sospechosamente cercana a la puerta de los servicios. Eso no me gustó. Mi acompañante debió de notar que la sangre que corría por mis venas estaba alcanzando el punto de ebullición:

—Es un honor trabajar con usted, sargento.

—Ya. ¿Y aquí a todo aquel que quieren rendir honores le reservan una mesa con aromas urinarios?

—¡Oh! No haga caso, jefe. Se trata de una ubicación provisional, mientras acaban las reformas de la zona oeste. He comprobado que el teléfono y el ordenador funcionen perfectamente.

—¡Usted sí que sabe cómo hacer feliz a un hombre!

Mientras intentaba mitigar su sofoco, la agente señaló una gran caja de cartón que había junto a mi mesa. Contenía un sinfín de carpetas amarillas. La Generalitat se había gastado una fortuna en un sistema informático que era la envidia de todas las policías europeas y a mí me llenaban la mesa de viejas carpetas descoloridas. Escogí una al azar y la tiré sobre la mesa.

—Bueno, ahora que ya estamos en plena vorágine laboral, podríamos darnos un respiro y echar un cigarrito. Usted fuma, ¿verdad?

¿Por qué me molestaba en preguntar? Era obvio que no. Demasiado hermosa, demasiado azucarada y demasiado sana para ser policía. Seguro que hasta era virgen y vegana y votaba a un partido ecologista. Hasta se hartaría de hacer flexiones en algún gimnasio. Ignoré la desaprobación que transmitían sus cejas enarcadas e inicié el camino hacia la salida principal. La agente corrió detrás de mí.

—¿Sus órdenes le obligan a seguirme hasta cuando vaya a fumar un pito? ¿A quién cojones sacudió usted para que le endosaran esta mierda de trabajo?

Bajó la mirada para ocultar el apunte de cabreo que asomaba tras el azul de sus ojos.

—No me suelo pelear con mis compañeros. Soy una persona paciente y me gusta el trabajo en equipo. Además, fui yo quien pidió trabajar con usted.

Por supuesto, los médicos me habían prohibido fumar. Por eso el tabaco sabía tan bien. Miré fijamente a mi compañera mientras me sacaba del bolsillo el paquete de Bisonte. Encendí el cigarrillo antes de cruzar la puerta de salida. Aquel metro sesenta y cinco de uniforme reglamentario que corría tras de mí no estaba bromeando. ¿Por qué alguien en su sano juicio iba a querer trabajar con un tipo como yo?

—Me conmueve tanta devoción, agente. Aunque me parece estúpido que se empeñe en arruinarse la carrera.

—¿Qué pasa con usted? ¿Está decidido a que lo expulsen? Hay quien dice que era usted un policía superbueno.

—Hasta aquí me persiguen mis difamadores...

—Además, usted y yo somos parientes.

Al final iba a resultar que la modosita agente Artero también era humorista. Tal vez me propusiera formar un dueto y salir a ganarnos la vida por los escenarios. Para evitarme sus chistes, caminé unos cuantos pasos intentando ignorarla. Había decidido clasificarla dentro de ese nutrido grupo de seres creados por una fuerza suprema con el único propósito plausible de tocarme las pelotas. Otra mosca cojonera. Un mal menor, por supuesto. Cuando creí que la chica había sucumbido a mi desprecio y la había dejado muy atrás, me sorprendió su voz pegada a mi espalda.

—Mi segundo apellido es Boniek, como el suyo. Cuando lo pronuncio, todo el mundo me pregunta si soy pariente de aquel futbolista polaco de los años ochenta. Supongo que a usted le pasa lo mismo. Es un apellido tan inusual que decidí investigar y me costó tan solo unos minutos averiguar que usted y yo somos familia.

—Estoy seguro de que todos los Boniek del mundo proceden de un mismo mono polaco, pero...

—¡Oh, no es necesario irse tan lejos! Mi abuelo materno, Arcadio Boniek, era el hermano pequeño de su madre, Teresa Boniek.

—¡Ya! Lo imaginé en cuanto la vi.

—¡Jolín! No solo no me cree, sino que además se cachondea de mí. ¿Tanto le cuesta ser un pelín amable?

—Usted y yo estamos en el mismo estadio de la cadena evolutiva, pertenecemos a una raza semejante, utilizamos una lengua parecida y tenemos un carné de identidad con el mismo pajarraco, pero estoy seguro de que ahí se acaban nuestros puntos de contacto...

—Al parecer, Teresa y Arcadio Boniek también eran dos hermanos superdiferentes, y por eso acabaron enfadándose y separándose.

—Me consuela que haya precedentes... Antes de que nos tiremos los trastos a la cabeza, podríamos empezar a tutearnos —arrojé mi propuesta mezclada con humo hacia su cara—. Me hace sentir un fósil que me trates de usted.

—Sí, claro—me tosió—. Por lo que he podido averiguar, Teresa se enamoró de tu padre y decidió casarse con él a pesar de la oposición de mi bisabuelo David, que debía de ser un tipo de mucho carácter. Tus padres decidieron montárselo por su cuenta y se mudaron a Barcelona. Nunca más quisieron saber nada del resto de la familia.

No lo habría reconocido ni sobre un potro de tortura, pero me resultaba desconcertante y a la vez intrigante que aquella mocosa desconocida supiera más de mi familia que yo mismo. Durante mi infancia y juventud, en casa de

mis padres solo había existido una rama familiar, la de mi padre, una triste estirpe de hambrientos granjeros murcianos que había culminado en la figura de mi padre, un malhumorado policía nacional que, tras miles de años de servicio, se había jubilado nada más y nada menos que con el rango de cabo. Siempre me había parecido que la rama paterna del árbol familiar estaba medio seca y resultaba poco conveniente encaramarse a ella. De la rama materna, sin embargo, no sabía nada. Nunca había visto fotos viejas ni películas domésticas de celuloide, ni me habían explicado batallitas de heroicos abuelos, ni un domingo por la tarde se había presentado a comer un tío Evaristo o una tía Eulogia que llegaran de un pueblo a Barcelona para buscar trabajo o coger un tren o realizar algún trámite en alguna dependencia oficial. Nada. Mi madre nunca me había hablado de su infancia y en algún rincón de mi cerebro había arraigado la generalización de que las madres no tienen pasado. Absurdo, cierto, pero parecía uno de esos axiomas que los niños acaban aceptando sin demasiadas preguntas. La estupidez de esa reflexión quedaba ahora confirmada por las palabras de la joven policía que me miraba fumar con una sonrisa, sabedora de que se había apuntado algo parecido a una victoria.

—Vaya, sabía que mis abuelos habían vivido en Lleida, pero mi madre nunca me dijo que hubiera dejado familia por aquí.

—¡Oh, ya lo creo! Te puedo presentar a mi abuela Rosa, mi tío Arcadio, mis padres y mi hermana...

¡Vaya mierda! Superada la sorpresa inicial, no resultaba nada estimulante descubrir de repente que era el tío o el sobrino de alguien. No me gusta la gente. Las relaciones sociales siempre me han parecido un engorro y una pérdida de tiempo. Y de todas las relaciones sociales, las familiares siempre han sido las peores. No estaba dispuesto a ir a tomar el té con ningún desconocido ni a escuchar viejos cotilleos sobre antepasados ni a ser interrogado sobre la vida de mis padres, a quienes, por cierto, también veía lo menos que podía.

—Me voy a quedar sin uñas mientras espero a que llegue la comida de Navidad, Margarita.

—Azucena.

—¿Qué?

—Que me llamo Azucena, no Margarita.

—¡Ah! De acuerdo, prima.

Fui borde y rematadamente desagradable, pero la agente Azucena Artero Boniek aguantó como una campeona y apenas conseguí arrancar una mueca de decepción en sus labios. En cuanto volvimos a cruzar la puerta de la comisaría,

la chica ya había recompuesto una sonrisa digna de un aspirante a presidente del Gobierno.

—¿Por dónde empezamos? —quiso saber mientras una nebulosa de efluvios fétidos nos acogía y nos sentábamos en las mesas respectivas.

—¿Y qué más da? Todo huele a la misma mierda.

Algún capullo había dejado abierta la puerta del lavabo.

Capítulo 2

Como un ácido que corroería la piel humana, aún sentía el calor de la mano que se había posado en su rodilla izquierda durante apenas un segundo. Lo pensó con un punto de amargura en la lengua, mientras bajaba la palanca del freno de mano desde el asiento del copiloto. Después se apeó, atrapó con su mano izquierda la cabecera del asiento y apoyó el peso de su cuerpo sobre el brazo derecho, pegado al extremo del salpicadero. Sus maniobras, estudiadas con absoluta precisión, eran desapasionadas y eficaces, pero resultaban lentas y forzadas, pues tenía que poner mucho cuidado en que las huellas de sus dedos no quedaran impresas sobre ninguna superficie.

El vehículo se movió apenas unos centímetros y se detuvo de nuevo. Sin poder evitar una mueca de disgusto, la chica abandonó su posición y rodeó el coche para estudiar el terreno hasta descubrir la causa de aquel contratiempo. Una roca oculta bajo las zarzas y la pinaza había bloqueado la rueda delantera izquierda. Dejó escapar un suspiro de fastidio. Se arrodilló y tuvo que forcejear con la piedra hasta conseguir desatrararla y desplazarla unos centímetros. Unas ramas habían dejado varios arañazos en su mano derecha, pero no sangraba. Un mal menor. No quería que una gota de su sangre diera argumentos a la policía para situarla en aquel coche. Nadie la había visto subir en él y nadie la vería abandonarlo. Caminaría dos kilómetros por pistas poco transitadas y previamente inspeccionadas hasta las afueras de Alfarràs, donde recogería las ropas que había ocultado tras una pila de viejas cajas de fruta, se vestiría con unos pantalones y una blusa discretos y escogidos para pasar inadvertida, se pondría una peluca y unas gafas falsas, y subiría a un autobús de línea regular que la llevaría a una fiesta en casa de una amiga, en la que todos los invitados habrían bebido mucho y difícilmente recordarían el momento en el que ella apareció.

Cuando se incorporó, se sintió sucia y sudada a pesar de que el otoño refrescaba y que había elegido una ropa ligera y veraniega, que la hiciera parecer atrevida y obsequiosa.

Decidida a liquidar aquel asunto lo antes posible, desanduvo sus pasos, regresó a la puerta del acompañante, todavía abierta, y recuperó la posición

más adecuada para apoyar el peso de su cuerpo sin dejar ninguna huella.

Tras el segundo esfuerzo, el coche empezó a desplazarse con una lentitud de película de misterio. La pendiente era muy suave, las ruedas avanzaban despacio. Estaba a punto de dejar en manos de la gravedad el resto del trabajo cuando se dio cuenta de que se olvidaba de lo más importante. En apenas una décima de segundo valoró que todavía tenía tiempo suficiente. Apoyó la rodilla en el asiento y metió la mano en el bolsillo de su cazadora, del que sacó un pequeño rectángulo de cartón plastificado. Lo alzó hacia la luz y lo puso ante los ojos cerrados del tipo sentado en el otro asiento. Con la mano izquierda, golpeó las mejillas del hombre varias veces, pero solo consiguió arrancarle un gruñido. Cuando comprendió que no lograría hacerle abrir los ojos para que viera la foto del carné y comprendiera por qué le estaba pasando lo que le estaba pasando, guardó el documento de nuevo en su bolsillo y se dispuso a abandonar el coche.

En aquel momento, notó que una mano se cerraba en torno a su muñeca. Sin miedo ni aprensión, solo con sorpresa, dedicó un segundo a estudiar aquel garfio repugnante e inesperado. Volvió a sentir el ácido de la rabia y una arcada apuntó en su garganta. Con un punto de incredulidad, como si aquello no pudiera estar pasando, casi con delicadeza, intentó liberar los dedos que la atenazaban, pero no consiguió desplazarlos ni un milímetro. El vehículo se movía despacio, pero se movía. Notó el avance de los pinos a través de la ventanilla mientras sacudía aquella mano con cuatro golpes, cada uno más contundente que el anterior, pero que fueron recibidos sin ni siquiera un gemido. Miró los párpados cerrados del conductor y su aspecto desvaído para confirmar que aquello no podía estar pasando, que aquel hombre estaba inconsciente y por tanto no podía haber atrapado su brazo como un cepo para enviarla al mismo destino que ella había preparado para él.

Pensó que todo estaba ocurriendo muy despacio. Tenía tiempo suficiente para liberarse, apearse del vehículo y dejar que el destino obrara su parte del trato. Pero no había contado con aquella reacción instintiva. Quizá aquel bulto de carne asquerosa supiera que estaba a punto de morir y se aferrara a aquel brazo como a una última esperanza de vida. Pensó en la paradoja que significaba que el suyo fuera a la vez el brazo ejecutor y la última posibilidad de salvación.

—¡Suelta, joder! —dijo sin levantar demasiado la voz.

La cara del hombre que yacía a su lado parecía declarar un sueño agradable.

—¡Suelta! —gritó tres veces seguidas.

Buscó toda la ira que guardaba en su interior para una última intentona.

Acercó su boca hasta la mano que la retenía y clavó sus dientes con toda la violencia de sus mandíbulas. Notó el sabor de la sangre y escuchó algo parecido al chasquido de un hueso, pero la mano no cedió. Dedos como garfios se clavaban en su carne y pensó que estaban a punto de atravesarla.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Por primera vez sintió la premura de la muerte. Cuando alzó la vista, a través del parabrisas ya no pudo ver ni un solo árbol, tan solo nubes de formas caprichosas y un cielo amenazador. Pensó que aquellos días calurosos que parecían haber alargado el verano hasta finales de octubre se habían acabado. Por primera vez sintió que el miedo se aferraba a ella. «Déjame», quiso gritar, pero la voz ya solo parecía un susurro oculto entre el pánico. En su forcejeo, ya no había razón ni método, solo desesperación. Con la mano libre, golpeó y arañó una y otra vez. Con la boca mordió. Odió con la mirada. Pero todo era inútil. Sacudió su cuerpo como último intento para conseguir liberarse y una de sus zapatillas cayó sobre la hierba. Despacio, muy despacio, aquel objeto fue quedando atrás. Supo que ya era el pasado. Durante una décima de segundo tuvo una ligera sensación de ingravidez. Tendría que haber aprendido a volar. Vio unas nubes negras. Se dijo que tal vez ya no pudiera disfrutar de aquella lluvia.

Vivir es esperar la muerte, se le ocurrió. Y de inmediato supo que la esperaba al final de aquel abismo.

Capítulo 3

Martes, 6 de noviembre

Quizá para olvidar que algo me devoraba por dentro, intenté concentrarme en aquellos expedientes que me importaban un pimiento. Me quemé la mitad de las pestañas leyendo viejos informes durante toda la mañana y apenas respondí con un par de gruñidos disuasorios a los escasos requerimientos de mi compañera, que también revisaba carpetas y de vez en cuando soltaba alguna exclamación y se tenía que morder los labios para no comentarme alguna de las barbaridades que leía en aquellos documentos.

Hacia las dos salí a regalarme un kebab, un par de cafés y el inevitable surtido de pastillas multicolores que no iban a solucionar los problemas de mi próstata, pero que indudablemente acabarían por destrozarme el estómago. Después, volví a mi mesa de la comisaría a quemar la otra mitad de mis pestañas y dejar pasar las horas intentando no pensar mucho en mi suerte. Informes extensos y aburridos sobre calamidades varias. Transcripciones de interrogatorios y declaraciones firmadas. Listas de sospechosos. Relaciones de pruebas. Análisis periciales. Informes de la policía científica... Investigaciones de manual. Todo según los estrictos protocolos del departamento. Pero ni en uno solo de todos aquellos casos se intuía la mínima esperanza de que fuera a ser resuelto, lo que en el fondo era bastante tranquilizador, pues al fin y al cabo nuestras órdenes consistían en dejar pasar mansamente la jornada laboral.

—¿Y ahora qué haremos? —me ladró mi perrita guardiana mientras me fumaba el cuarto cigarrillo de aquella tarde soporífera en una especie de patio interior que los fumadores de aquel edificio utilizaban para huir por unos segundos del incordio del papeleo. La miré casi con pena.

—Seguir el manual.

—¿Hay un manual para esto?

—Existe un manual para todo, prima. Llamaremos a las familias de las víctimas para comunicarles que todavía no hay novedades en la investigación, pero que han aparecido nuevas pistas y que estamos invirtiendo todos nuestros recursos en la resolución de sus casos y que nos dejaremos la piel hasta conseguir resolverlos. Después redactaremos unos primorosos informes de

seguimiento para que los que vengan detrás de nosotros sepan sin ningún género de dudas que no movimos ni un dedo por averiguar nada.

—Sabes cómo entusiasmar a tus ayudantes...

—Sí, se me da bien...

—¿Y no te molesta saber que tu trabajo no sirve para nada?

Revolví en sus ojos y no encontré ni un asomo de ironía. Me conmovió vislumbrar un apunte de desprecio, casi de pena. Nada de lo que yo hiciera iba a servir ya para nada. Y no solo porque estuviera consumiendo las últimas horas que tal vez me quedaban. Nuestra capacidad de incidir en el mundo es casi siempre insignificante y pensar lo contrario es pecar de soberbia. Aunque es cierto que eso se aprende con el tiempo. ¿Por qué los jóvenes se lo toman todo tan en serio? Lo primero que aprende un policía es a sobrellevar la imposibilidad de salvar el mundo o, lo que es lo mismo, a convivir con la sospecha de que la mayor parte de nuestro trabajo es completamente inútil.

—¿Bromeas? Estuve seis años casado con una psicóloga. Hasta cuando me la follaba me hacía sentir que no servía para nada —dije mientras regresaba a mi mesa, me ponía la americana y empezaba a caminar hacia la salida.

Era mentira. Efectivamente, había estado casado con una psicóloga hacía más de quince años, pero más que una sensación de inutilidad, cuando me la follaba me provocaba aturdimiento, porque en los momentos de clímax, cuando la cabeza se te va por un instante, tenía la desconcertante costumbre de pronunciar cualquier nombre menos el mío. Ni siquiera tenía la delicadeza de repetirse. Aquel absurdo error, efectivamente, había durado seis años, aunque solo dos de vida compartida. Todo un récord, si tenemos en cuenta que mi primera esposa, una bella agente de inversiones, me duró dos meses. Perdió repentinamente su interés en mí cuando descubrió que no tenía la nutrida libreta de ahorros que le había dicho que tenía...

—Sargento, a lo mejor podrías aconsejarme...

Como si quisiera llevar el cumplimiento del deber hasta el límite exacto que le había impuesto nuestro superior, mi compañera me había seguido hasta la puerta de salida de la comisaría. Me detuve justo entre la frontera del trabajo y la vida verdadera y puse mi mejor cara de agotamiento. Eran las ocho y seis minutos de la tarde y no estaba dispuesto a que aquella prima inopinada me organizara un *tour* familiar con series de besitos en las mejillas y galletas caseras recién horneadas.

—Mi amiga Berta está preocupada por su compañera de piso y no sabe qué hacer. Tal vez haya desaparecido.

—Joder, hay un teléfono para esas cosas.

—Bueno, nosotros somos ese teléfono, ¿no? Berta tiene diecinueve años, es

de un pueblo del Pirineo y solo hace un mes que ha venido a estudiar a Lleida. Denunciar la desaparición de su compañera significa hacer saltar las alarmas en casa de los padres...

—Comprendo. Y no quiere arriesgarse a que dentro de dos días su maldita compañera de piso aparezca con cara de agotamiento y presumiendo de haber participado en una orgía que ha durado una semana.

—Bueno, no sé si tanto, pero desde luego...

—Yo le aconsejaría a tu amiga que cambiara de compañera. O de piso. También le servirá cambiar de ciudad o de país. O incluso borrarte de su lista de amigas.

—Diez minutos de tus sabios consejos, sargento, y seguro que conseguimos tranquilizarla... Vamos, hombre, ¿qué te cuesta?

Refunfuñé porque el enfado es mi estado natural en reposo. Y porque estaba en mi derecho y porque era lo que tocaba. Pero la verdad era que no me esperaba nadie en mi apartamento recién alquilado, apenas conocía a una o dos personas en la ciudad y la perspectiva de encerrarme en un piso casi vacío a pensar en la muerte o a mirar un televisor prehistórico en el que tenías que intuir las imágenes a través de una nevada inacabable no resultaba precisamente tentadora. Me tomé unos segundos de ceño fruncido y mueca de mala hostia para que pareciera una claudicación honrosa.

—A ver, Hortensia, ¿dónde coño vive esa pobre amiga abandonada?

—Es Azucena.

—¿Qué? Ah, eso he dicho, ¿no?

Sonrió como la niña a la que acabas de anunciar que llevarás al parque de atracciones. Su inocencia era conmovedora. El buen rollo se acabó cuando me hizo subir a un Mini de color pistacho. Verán, yo soy un tipo corpulento, con unos cuantos kilos de más y desde luego a kilómetros de distancia de mi mejor forma. El Mini es un coche demasiado pequeño y juvenil. En él no entras, te dejas caer. La carrocería está tan cerca del suelo que, cuando circulas por la ciudad, corres el peligro de que el asfalto te destroce el culo. Y salir de él casi siempre se convierte en un problema.

—¿Le gusta mi coche, inspector?

—Voy a comprarme uno igual.

Para acabarlo de rematar, la mosquita muerta de mi prima conducía a toda hostia y no respetaba ni la ley de la gravedad. Gritaba a diestro y siniestro, insultando a peatones rezagados, a conductores lentos y hasta a las luces de los semáforos. Se inventó un par de infracciones que ni siquiera estaban contempladas como posibilidad en el código de circulación. Aparcó sobre la acera en una calle del barrio de Cap Pont. Cuando ascendió a la vida peatonal,

la prima había recuperado milagrosamente una mirada de virgen de Murillo.

—Un paseo —sentenció.

Yo tardé lo mío en sobreponerme a la fibrilación ventricular y liberarme de aquella caja de zapatos de color absurdo. Dos proezas.

—Si algún día tienes prisa... —No tuve aliento para acabar la frase. O quizá no me atreví a aventurar el final.

Nos contestó a través del interfono una voz muy suave y subimos en ascensor hasta un quinto piso. Nos recibió medio desnuda una belleza lánguida que ocultaba tras unas gafas de pasta negra unos ojos entornados que o habían estado durmiendo apenas unos minutos antes o estudiaban alguna materia aplastantemente plomiza.

—No sabía que venías acompañada —se excusó la tal Berta.

Se tapó recatadamente mientras la prima hacía las presentaciones y yo me dedicaba a estudiar el lugar como si hubiera venido a comprarlo. El apartamento era moderno, bastante nuevo, pero de una austeridad espartana. No había cortinas, ni cuadros, ni siquiera esos horribles pósteres de tipejos epilépticos con cresta multicolor con los que los estudiantes de generaciones sucesivas se han sentido obligados a ensuciar las paredes... Parecía que los inquilinos de aquel piso acabaran de instalarse.

Aunque mucho tiempo atrás yo había cursado dos años de filología en la Universidad de Barcelona, nunca había llegado a compartir un piso de estudiantes. Cuando decidí colgar los estudios y entrar a trabajar en la policía, abandoné la casa de mis padres y alquilé un pisito en el barrio de Gracia, donde había estado viviendo hasta hacía exactamente una semana. Mi experiencia en apartamentos de estudiantes se limitaba a las remotas visitas que había hecho a mis amigos. En aquella agitada época estudiantil, había dormido en mansiones señoriales y en cuchitriles que a duras penas podrían ganarse la denominación de zulos. Había pasado noches en algún chالé casi lujoso de Pedralbes y en lúgubres habitaciones del Ensanche cuyas paredes se descascarillaban con la simple agresión de una mirada. En todos esos pisos de mis compañeros masculinos el único denominador común era la mugre. Por alguna razón que se me escapa, en todos ellos sus ocupantes se sentían en la obligación de comportarse como auténticos cerdos. He visto hongos de lustrosa presencia entre los platos amontonados de una pila; he conocido cucarachas con más derechos de antigüedad que algunos inquilinos; he visto libros cubiertos de un polvo de tanta solera que la única forma de intentar leerlos habría sido serrar el estante... En uno de esos pisos, donde me había instalado con el propósito de pasar todo un verano, no fui capaz de resistir más de dos días ante la impasibilidad con que mis mecenas veían rodar por el

pasillo las bolas de borra sin ni siquiera un pestañeo. No soy un maniático de la limpieza ni me dejo el sueldo en lejía, pero odio la sensación de vivir entre la mierda. Desde luego, el pisito de Berta y la desaparecida María Asunción era lo menos parecido a un vertedero. Quizá por eso enseguida me pareció una auténtica monada.

Nos sentamos alrededor de una mesa y Berta cometió el error de dejar en ella una botella de ginebra casi llena, un cuenco con cubitos de hielo, un botellón de tónica de litro y medio y un par de vasos. Yo llevaba mes y medio sin probar una gota de alcohol. Había resultado fácil mientras estaba de baja, pasaba las mañanas en el hospital o me atiborraba de medicamentos. Pero ese día había vuelto al trabajo y estaba cansado. Necesitaba darme una alegría. Además, había descubierto que la idea de la muerte había dejado de intimidarme. Me serví un discreto chorro de ginebra acompañado de mucha tónica. El primer trago entró acariciando la garganta y produciendo a su paso un insuperable cosquilleo de placer. Me convencí de que la vida podía ser mara-

villosa. Busqué con la mirada un cenicero, pero era evidente que aquella no era una vivienda de humos cancerígenos. Decidí que no estaba en condiciones de privarme de los pocos placeres que todavía pudiera ofrecerme la vida, así que saqué mi paquete, encendí un Bisonte e ignoré la mirada de pánico que había aparecido en los ojos de la bella Berta.

—Aquí no... Si María viene... —inició unas torpes protestas que ni siquiera se molestó en concretar.

—Si viene se habrá acabado el problema, ¿no? Tú ve explicando —ordené a la chica mientras dejaba que el humo escapara lentamente de mi boca como una golosina etérea.

Berta nos informó de que su compañera, María Asunción Burgués Collegats, de veintidós años y estudiante de tercer curso de Magisterio, había desaparecido. El miércoles, 31 de octubre, exactamente hacía seis días, la chica había salido de casa a las cinco y media de la tarde para acudir a una fiesta. Alguien llamó al interfono, ella respondió y acto seguido se despidió de Berta con un desganado movimiento de la mano, como para expresar que no contaba con la posibilidad de disfrutar mucho de la velada. Era el día de celebración de la tradicional fiesta de la Castañada y había algo de jaleo por toda la ciudad. La misma Berta acabó yendo a casa de unos amigos y no había vuelto a su piso hasta las ocho de la mañana. A regañadientes, Berta se levantó a la una para hacer la comida, pues era una de sus obligaciones aquella semana. Como la puerta de su compañera permaneció cerrada, Berta dejó la comida en la mesa de la cocina y se volvió a la cama. Cuando se levantó, pasadas las cinco de la

tarde, encontró los platos intactos. Entró en la habitación de su compañera dispuesta a reprocharle que le hubiera hecho preparar una comida que ni se había molestado en salir a probar, pero no encontró a nadie a quien gritar. A Berta aquella ausencia le pareció desconcertante, porque su compañera era enfermizamente ordenada y escrupulosa a la hora de cumplir todos sus pactos, y hasta entonces jamás ninguna de las dos había dejado de asistir a una comida sin avisar. Pero consideró que había un puente por medio y que al fin y al cabo todavía no se conocían demasiado. Tal vez María Asunción había regresado precipitadamente a casa de sus padres, en Sort, pero resultaba muy extraño que la chica se hubiera ido sin cambiarse, vestida para una fiesta, y no se hubiera llevado nada, ni libros, ni la bolsa habitual, ni la ropa sucia, ni los tápers con los que trajinaba los guisos de mamá cada dos fines de semana. Berta había decidido dejar pasar el fin de semana antes de tomar cualquier iniciativa, pero el domingo recibió una llamada de los padres de su compañera, extrañados de no recibir ni un triste WhatsApp de su hija. Berta les explicó que estaba atareada con los primeros parciales y que tenía el móvil estropeado, que no se alarmaran, que ella se ocupaba de que su hija los llamara en cuanto pudiera... Pero el lunes María no solo no había aparecido, sino que además se había perdido uno de los compromisos más sagrados de su aburrida agenda: la sesión de natación de los lunes y los miércoles en la piscina de La Caparrella.

—¿Cómo sabes que no fue? —pregunté más por justificar el desgaste que le estaba infligiendo a la botella de ginebra.

—Bueno, su ropa de baño aún está tendida aquí en la galería. No ha pasado a recogerla.

De entrada me pareció una situación estúpida. Berta no conocía a su compañera lo suficiente como para decidir si ese tipo de ausencias constituían una rareza o eran habituales, pues apenas hacía dos meses que convivían. Y también resultaba un poco absurdo poner en marcha los mecanismos policiales.

—¿Queréis ver su habitación? —propuso la chica.

Aunque parecía una pérdida de tiempo, no dije ni que sí ni que no, concentrado como estaba en servirme otro tanto de ginebra. De todas formas nos levantamos y nos dirigimos a una de las tres puertas que daban al comedor. Cuando Berta encendió la luz, pudimos contemplar una habitación en perfecto estado de revista: la cama estaba hecha y la colcha no presentaba ni el menor asomo de arruga; sobre la mesa de trabajo, junto a la ventana, un ordenador portátil cerrado ocupaba exactamente el centro geométrico; una veintena de libros estaban dispuestos en el borde de la mesa, en posición vertical y pegados a la pared, sin que ninguno de ellos sobresaliera ni un

milímetro. Junto al ordenador, en posición paralela y proporcionada, se hallaba el DNI de la desaparecida. Lo cogí y lo estudié durante unos segundos.

—¿Salió de juerga sin llevarse un documento de identificación?

—Eso parece.

—¿Y eso es normal? —insistí.

La chica pareció pensárselo:

—Bueno, no del todo. Pero si vas a hacer locuras, quizá sea mejor que nadie pueda identificarte.

Volví a dejar el documento donde lo había encontrado y me llevó unos segundos conseguir su exacta posición anterior. Azucena contempló la operación como si realmente tuviera algún interés. Después abrió la puerta de un armario, acarició un par de vestidos, varias blusas y tres o cuatro pantalones colgados y pasó la mano entre algunas piezas de ropa primorosamente plegadas.

—¡Jolín, esta tía debe de ordenar su habitación con la escuadra y el compás! —se le escapó.

Realmente aquella era la habitación del inventor del ángulo recto.

—La verdad, es una compañera difícil —confirmó Berta—, porque todo tiene que estar perfectamente limpio, reluciente y en el justo lugar que tiene asignado. Como este es su tercer año en el piso, ella dicta unas normas. Y yo, a callar... Pero a veces dan ganas de invitar a los niños del parvulario de enfrente a que pasen una tarde encerrados en estos cincuenta y cinco metros cuadrados sin ninguna vigilancia. Y con la comida, ¡uf!, la tía es inflexible. Tenemos programado el menú de todo el mes. Un lunes que había bajado una col del huerto de mis padres, se me ocurrió cambiar la verdura prevista y... ¡Jo, la que me armó...! Casi me echa del piso.

—¿Hiciste col? Tú no tienes corazón... —bromeé—. Supongo que una persona tan bien organizada debe de guardar en alguna parte una agenda.

—Sí, claro. Lo controla todo desde su cuenta de correo electrónico, a través del ordenador o de su móvil. Pero para poder hurgar en sus programas necesitaríais la contraseña. Conociéndola un poco, ni os planteáis la posibilidad de adivinarla. Debe de combinar signos extraños y letras de diferentes alfabetos para que ni el ordenador de la NASA sea capaz de descifrarla.

Husmé un rato entre sus libros: tratados de psicología infantil y sociología, manuales didácticos y unas pocas novelas de misterio. En un rincón de la mesa, con la portada hacia arriba, tan a mano que parecían en situación de ser consultados con urgencia, dos libros de poemas de autores españoles actuales: Vicente Gallego y Antonio Cabrera. La chica me cayó simpática desde aquel

momento.

Comprobé que la papelerera estaba vacía, abrí los cajones de la mesa de trabajo, levanté el ordenador, hurgué entre los libros y hasta miré debajo del colchón. Por no encontrar, no encontramos ni siquiera polvo.

—¿Recuerdas la ropa que María llevaba puesta cuando salió de esta casa? — preguntó mi compañera.

La joven inquilina no tuvo que pensarlo: unas zapatillas de apariencia deportiva combinadas con una falda azul, corta e informal; una camisa de un celeste desvaído y una cazadora de cuadros que podría haberle robado a su sobrina. En la voz de Berta quería haber reproche, pero los ojos dejaban escapar admiración.

—¿Algún bolso?

—Sí, uno de tela, minúsculo y muy cuco, que llevaba colgado en bandolera. Espacio para el móvil, el monedero y poco más.

Agotada la inspección de un lugar tan espartano, Azucena y yo nos miramos. No había mucho más que hacer.

—Parece la habitación de una monja de clausura —opinó Azucena.

—Yo creía que en los pisos de estudiantes era obligatorio colgar el cartel de una película o el póster del guaperas de moda en Hollywood o tu grupo de guitarristas ruidosos preferido, pero en estos tabiques no hay ni la foto de un maromo —observé.

—Bueno, sí, esa es otra rareza. Si te acercas a su intimidad, te salta a los ojos... Si guarda algo que tenga que ver con alguna emoción, seguro que está bien escondido dentro de su ordenador, protegido por su contraseña.

—Convendría saber qué contiene ese ordenador. Pero así, sin una investigación oficial abierta, podríamos meternos en un lío —reflexioné en voz alta—. A menos, claro está, que fuera Berta quien en su empeño por averiguar dónde se ha metido su compañera de piso, decidiera encender ese ordenador y probar suerte con unas cuantas contraseñas.

Berta se dio por enterada y levantó la tapa del portátil. Mientras se cargaban los programas, intenté animarla:

—A veces, las personas más maniáticas y sofisticadas recurren a las soluciones más simples. Prueba con el día de su cumpleaños, o su apellido seguido de ceros o alguna chorrada así.

—¡Usted no la conoce! —se resignó, aunque dejando claro que lo que yo le proponía era una soberana estupidez.

Como era de prever, Berta no descubrió la clave necesaria para que la cueva de María Asunción Burgués Collegats nos mostrara sus tesoros. En los cajones tampoco encontramos una carpeta o un papel donde la chica hubiera dejado

constancia de sus contraseñas.

—¿Has preguntado sobre ella por la facultad? ¿Crees que alguna colega podría saber algo? —insistí.

—¡Jo, cómo se nota que no la conoce! Yo creo que va a la facultad por no enfadar a sus padres, pero desde luego no va a hacer amigos... De todas las alumnas matriculadas, a ella sería a la última que elegirían como reina universitaria.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene sarna? ¿Roba bocadillos? ¿Es un adefesio?

—¡Uy, no, qué va! Es una tía guapísima. Callada y rarita, eso sí, pero tiene súper buena planta y sus ojos... ¡buah! preciosos. Aunque la verdad es que se relaciona con muy pocos compañeros. El día en que desapareció iba a una fiesta que organizaba una tal Ainoa, una estudiante de derecho de su pueblo. Yo ni siquiera había oído hablar de ella hasta ese mismo día...

—¿Tienes alguna otra foto de María? —le pidió mi compañera.

—¡Oh, ya lo creo! La que habéis visto en el carné no le hace justicia; por algún sitio tengo una foto con ella.

Berta escapó a su habitación y regresó con su teléfono móvil. Movié sus dedos como una trilerá hasta que hizo aparecer en la pantalla una instantánea en la que ella y María Asunción posaban en el sofá que habíamos dejado en el salón. La imagen no permitía ver el cuerpo entero de las chicas, pero se me escapó un silbido de admiración:

—¡Guapa moza!

Berta lucía una sonrisa vergonzosa en la imagen, pero María Asunción mostraba un hieratismo de pantocrátor románico. Había pasado un brazo alrededor de los hombros de Berta como si la protegiera de la curiosidad de la cámara.

—¿Quién hizo esta fotografía?

Tardó un segundo en contestar, pero no porque tuviera que pensar. Alguna cosa no le gustaba de la persona de la que nos iba a hablar:

—Una chica... la anterior inquilina del piso, que vino una tarde de principios de curso para recoger unos pocos papeles y alguna prenda de ropa que todavía quedaba en los armarios.

—La tal María tiene buenos brazos. Debe de dar buenas hostias —observó la agente Artero con una pizca de admiración.

—Pues no sé. Por suerte no hemos llegado a las manos. Lo que sí te puedo asegurar es que le gusta nadar. Desde que la conozco no ha fallado ni un día.

En la fotografía, la desaparecida tenía una frente ancha, una media melena morena recogida en una cola y unos ojos redondos y muy abiertos, como sorprendida por el *flash*. Efectivamente, tenía unos ojos bonitos, pero lo más

atractivo de aquella cara eran una nariz aniñada y unos labios tan perfectos que parecían trabajados por el cincel de un escultor.

—¿Sabes si tiene algún novio o si últimamente ha traído al piso a alguno de sus amigos o ligues? —intervine.

La chica desvió la mirada para contestar, lo que me pareció un mal indicador.

—No creo que María tenga novio. O al menos nunca me ha hablado de él. Aunque probablemente tampoco habría venido a sincerarse conmigo. No es precisamente una persona extravertida... En realidad, apenas sé nada de su vida privada. Además, no hace tanto que compartimos este piso...

—Y esa tal Ainoa, la de su pueblo... ¿Sabes dónde vive? ¿Tienes un número de teléfono?

Negó con la cabeza dos veces.

Suspiré, cansado ya antes de empezar. La verdad era que no había mucho por donde meterle mano al asunto. Quizá lo más sensato era presentar una denuncia formal, someterse al engorro de la investigación y esperar acontecimientos.

—Necesito —me sorprendió la voz decidida de la prima Azucena— que envíes a mi dirección de correo electrónico esa foto y todos los datos que puedas reunir: teléfonos de familiares y amigos, asignaturas que cursaba, sitios que frecuentaba, el nombre de las piscinas donde entrenaba, la dirección de sus cuentas de correo electrónico y cualquier otra información que se te ocurra.

Habíamos vuelto al salón comedor y a mí me costaba separar la mirada de los restos de la botella de ginebra.

—¿Vais a descubrir qué le ha pasado?

La respuesta era, rotundamente, no, pero era a mi compañera a quien le correspondía decepcionar a su amiga.

—Por supuesto. Te he traído al mejor sargento de la comisaría: desde que trabaja aquí, no ha dejado ni un solo caso sin resolver.

¡Joder! Resultaba que la prima tenía sentido del humor. La otra me miró con una repugnante mirada de admiración.

* * *

—Tu amiguita está para un buen revolcón —me atreví a comentar justo cuando me encajaba en el asiento del copiloto del Mini, todavía intimidado por aquel absurdo color pistacho.

—Tiene solo diecinueve años. Debería darte vergüenza hasta mirarla, sargento —protestó, pero con voz benévola.

—En su gran sabiduría, Dios inventó la naturaleza para que pudiéramos

admirarla. Te lo asegura un ateo empedernido. Además, lo dices como si tu amiga fuera una alumna de parvulario y solo es un poco más joven que tú.

—Bueno, yo estoy más trabajada. Además, no es de las tuyas, créeme.

La agente arrancó y aceleró con violencia. Todo parecía dispuesto para que repitiéramos el *rally* que había estado a punto de sacar mis tripas a tomar el sol.

—¿Y cómo sabes cuáles son las mías?

—Lo imagino.

—¿De verdad te imaginas un prostíbulo abarrotado de hetairas desnudas, pechugonas y entradas en carnes completamente ebrias de cazalla y de lujuria?

Azucena dudó apenas un segundo, pero no porque se hubiera saltado un semáforo en rojo.

—Quiero decir que quizá no te has percatado de a quién dedicaba Berta todas sus miradas tiernas...

Pensé en la blonda de los sostenes con que nos había recibido la chica cuando creía que mi compañera iba a presentarse sola.

—¡Joder, tienes razón! Ha salido a recibirte casi en pelotas. Hasta que no me ha visto no ha corrido a taparse. ¿Tú no serás...?

Insultó a un peatón que se había atrevido a cruzar la calzada por la que circulábamos muy por encima del límite de velocidad.

—Descuida, jefe. Si te vas a quedar más tranquilo, a mí me van los tíos. Bueno, no todos... Ya me entiendes.

—Hostia, ahora resultará que toda esta historia no es más que una simple maniobra de la tal Berta para intentar ligarte...

La conductora estalló en una risa escandalosa que le hizo apartar la mirada de la calzada. Durante un segundo pensé que la prima Azucena le iba a escamotear a mi cáncer la oportunidad de matarme.

—Desde luego, nadie ha montado una película como esta para enrollarse conmigo, pero me lo tomaré como un cumplido tuyo, sargento. Por lo que empiezo a deducir, no van a ser muy frecuentes. Por mucho que mi vanidad se resienta, me temo que Berta dice la verdad: su compañera ha desaparecido. Se le nota que está muy preocupada... Lleva dos días llamándome. Lo que no tengo tan claro es si todo el asunto se reduce a una pelea entre chicas.

—¿Una discusión de bolleras? ¿Por qué iba a acudir a ti?

Maniobró arriesgadamente entre un camión y una furgoneta y los respectivos conductores nos dedicaron una sinfonía de pitidos y de insultos.

—Nos conocemos de cuando éramos unas crías. Nuestros padres hicieron juntos la mili y nos hemos ido viendo de vez en cuando desde que aprendimos a andar. En verano, yo pasaba unos días en su casa de Sort y ella otros tantos

en la mía. Siempre hemos estado en contacto, aunque tampoco se puede decir que hayamos sido uña y carne. Cuando llegué a Lleida para estudiar, la ayudé a acomodarse, aunque hacía varios años que no teníamos trato. Supongo que ha buscado mi consejo porque no tiene nadie más a quien acudir... Por simple herencia familiar, me veo obligada a echarle una mano. Bueno, entre los dos, por supuesto.

—¡Herencia familiar, vaya chorrada! —exclamé mientras el coche se detenía ante el portal del edificio donde iba a vivir a partir de entonces, en la calle Taquígraf Martí, apenas a ciento cincuenta metros de nuestra comisaría—. Además, ¿quién te ha dicho que vamos a involucrarnos en este asunto?

Puso el freno de mano, apagó el contacto y se giró para dedicarme su mejor mirada de gatita abandonada.

—¡Vamos, sargento! —simuló enfadarse—. Necesito un poquito de su experiencia. Yo no sé ni por dónde hay que empezar a abrir este melón. Cuando el subinspector me encomendó este trabajo de dama de compañía, esperaba que al menos tuviéramos un poco de acción. No me hice mosso d'esquadra para hacer de espía de un compañero con mal genio. Yo no quiero ser una chivata.

Me quedé admirándola. La cólera le sentaba bien. Sus facciones perdían algo de aquella dulzura empalagosa y le concedían una intensidad picarona.

—¿Mal genio? ¿Quién coño tiene mal genio?

—Una irritabilidad moderada, si lo prefiere.

Abrí la puerta para largarme a un apartamento con olor a pintura fresca donde me esperaban, repartidos por el suelo, los pocos cachivaches que había arrastrado en dos maletas desde Barcelona. Arrugué el morro al recordar que el ascensor estaba averiado. Me retuve un instante.

—Celebro tus ganas de entrar en acción, prima, pero...

—me interrumpí un momento para dejar claras mis dudas—, si te ayudo en esto, quiero que pactemos los informes que pasarás a nuestro jefe sobre mí.

No es que me importara mucho, la verdad. Pero era una forma de claudicar con dignidad. Yo también necesitaba ocupar la cabeza en algo que no fuera contar los minutos que se me estaban escapando. La sonrisa de la prima adquirió un matiz de malicia encantador.

—¿Ve como no es difícil entenderse conmigo, sargento...? —dijo mientras estrechábamos las manos.

Capítulo 4

El dolor la obligó a abrir los ojos. Se sintió mareada y tuvo ganas de vomitar. Miró sin comprender. Al intentar moverse, un calambre recorrió su cuerpo. Hasta su última célula le gritaba que se detuviera, que se quedara muy quieta. Desde su pierna izquierda, un fuego inexplicable la quemaba por dentro, como si un virus de calor se estuviera propagando a través de sus huesos, de sus nervios y músculos, de su sangre. Nunca había experimentado un dolor tan abrasivo, tan total. Tuvo que hacer un esfuerzo de concentración hasta llegar a comprender que todavía estaba dentro del coche. Le costó recordar que se había despeñado, que el vehículo había dado unas cuantas vueltas de campana y que su cabeza había ido rebotando dentro del habitáculo hasta quedar completamente magullada. Sintió la quemazón de los golpes en la frente, en las sienes, en los ojos y en los labios. La tirantez de la piel la avisaba de que toda ella se estaba hinchando como un globo.

Poco a poco, su mirada fue venciendo a la penumbra. Descubrió los asientos delanteros del coche justo por encima de su cabeza. Su pie izquierdo estaba atrapado entre ellos y la pierna dibujaba una curva extraña... Aunque no podía contemplar el final de su extremidad inferior, sin duda en esa parte oculta de su cuerpo se hallaba la fuente del fuego terrible. Un ejército de serpientes venenosas avanzaba desde allí, a lo largo de su pierna hacia el resto de su cuerpo. Tuvo que apartar con una mano las lágrimas de sus ojos para enfocar la mirada y comprender que no eran serpientes lo que descendía por su pierna, sino oscuros regueros de sangre. Su falda se había plegado sobre la barriga y la mancha encarnada había alcanzado ya sus bragas y empezaba a conquistar la falda y el borde de su blusa. Sin duda se había fracturado el tobillo o la base de la tibia de la pierna izquierda. Probó de nuevo a mover la extremidad aprisionada para conseguir una posición más natural y cómoda, pero el intento tan solo le arrancó un largo gemido y lagrimones de impotencia. Se dijo que perdía mucha sangre y que como mínimo debía detener la hemorragia si no quería perder el sentido en apenas unos minutos. Haciendo acopio de energía, se arrancó la cinta con la que llevaba recogida su melena morena y con la ayuda de un fragmento de plástico que había saltado

del salpicadero improvisó un torniquete por encima de la rodilla. Lo apretó hasta conseguir que el flujo de sangre se detuviera. Suspiró profundamente, como si sus problemas se hubieran acabado, pero no tuvo que moverse para saber que el dolor continuaba agazapado a la espera de que intentara cualquier gesto.

—¡Eh, tú, cabrón, despierta! —intentó gritar, pero la voz le salió apagada y dolida, casi en un susurro desafinado.

La falta de respuesta no la sorprendió. Después de todo, el mundo no era tan cruel. Al fin y al cabo, esa era la situación que había previsto. Lo sorprendente era que ella estuviera allí dentro para verlo. Y, por supuesto, que estuviera viva. Alargó la mano para sacudir el cuerpo de su acompañante, pero tampoco obtuvo reacción alguna. Le pareció oír un leve gemido, pero no estaba del todo segura. Podía ser el viento. O alguno de esos sonidos desconocidos y amenazadores que emitía el bosque. Hasta podía ser un pájaro curioso que se hubiera quedado para ser testigo de su agonía. Llevó sus dedos hasta el cuello del conductor y no consiguió apreciar ningún signo de palpitación. «Bien», se dijo. Decidió que compartía habitáculo con un cadáver. Como atenazada por un asco repentino, intentó desplazar el cuerpo de su acompañante para quitárselo de encima, pero luchaba en vano. Apenas conseguía separarlo unos centímetros, la gravedad lo retornaba a su posición inicial junto a ella. El esfuerzo resultaba doloroso y agotador y la mejora, insignificante. Desistió al tercer intento.

Después de la vista, empezó a recuperar el sentido del olfato. A pesar de la posición forzada, intentó una inspiración profunda. Mezclado con el aroma de la sangre y de los pinos, la chica percibió un intenso olor a gasolina.

—¡Socorro!

Había sido un grito casi desgastado, tímido, amortiguado por la intensidad del dolor y cohibido por la aprensión que producía la compañía del cadáver. En ese grito habitaban todavía la prudencia y el miedo al ridículo, a que un coro de hipotéticos espectadores pudiera considerarlo una reacción exagerada, un signo de debilidad. Durante unos segundos, aguzó su oído para captar cualquier indicio de respuesta, pero nada ni nadie acudió a su reclamo.

—¡Socorro, socorro, socorro!

Los nuevos gritos, que casi le habían desgarrado la garganta, sí consiguieron expresar su verdadera desesperación. Sin embargo, obtuvieron la misma respuesta. Recordó que estaba en medio de un bosque perdido, lejos de cualquier población, a kilómetros de la vivienda más cercana, en el fondo de un barranco de más de cuarenta metros. No era demasiado probable que alguien pasara casualmente por la zona y acudiera a atender su súplica.

Observó su pie derecho, libre de la zapatilla que había calzado hasta antes del accidente, si así podía calificar lo que acababa de pasar allí. Movi6 los dedos del pie para asegurarse de que respondían a las órdenes de su cerebro y descubrió el profundo desgarr6n del calcet6n de caña baja que dejaba las puntas de los dedos al descubierto. Por primera vez tuvo verdaderas ganas de romper a llorar y no parar hasta morir ahogada. Apoyó ese pie en el asiento que la tenía inmovilizada e intentó presionarlo para destrabar su pierna izquierda, pero solo consiguió que los hachazos de dolor se hicieran mucho más intensos. Necesitó realizar varias inspiraciones profundas hasta conseguir recuperar el aplomo y las fuerzas.

De repente, la idea que le cruzó la mente le aportó un apunte de esperanza. Palpó su cuerpo y sus ropas hasta hallar el bolso que llevaba colgado en bandolera. Abrió la cremallera e introdujo la mano, pero esta apareció por el otro extremo. El bolso se había desfondado. Inmediatamente buscó en los bolsillos de su cazadora, pero estaban vacíos. Su móvil no estaba donde lo había dejado. Puesto que el coche se había precipitado por el barranco y había dado varias vueltas de campana, no resultaba extraño que su teléfono hubiera salido disparado. Lo buscó con la mirada durante unos minutos, pero le costaba enfocar a través de las lágrimas que se obstinaban en emborronarle la visión. Tampoco había luz suficiente. La frondosidad del bosque llenaba de sombras el habitácul6 del coche. Palpó con las dos manos a su alrededor y alargó los brazos tanto como daban de sí. Tan solo tocó minúsculos fragmentos del parabrisas. Peor que el dolor, la vergüenza y la rabia, sintió que el desánimo la invadía. Sin su móvil, se desvanecía la única posibilidad de pedir ayuda. Notó que de nuevo la humedad impregnaba sus ojos. Pero esas nuevas lágrimas ya no eran de dolor.

Volvió a respirar profundamente para conseguir dominar sus emociones. A su cabeza acudieron unas palabras de su profesor de psicología en la Facultad de Ciencias de la Educación: el control de la mente es un requisito indispensable para controlar tu cuerpo. No estaba segura de que fuera capaz de controlar ni una cosa ni la otra. El apunte de tranquilidad le regaló una nueva esperanza. Quizá su acompañante conservara su teléfono móvil en algún bolsillo. A pesar de la insistencia del dolor, maniobró evitando toda brusquedad hasta aproximar sus manos a la americana del conductor. Sintió un acceso de asco al introducir su mano en aquel bolsillo. Y no solo porque fuera la ropa de un muerto. Buscar la salvación en aquel tipo le parecía una bajeza. Al segundo intento, la chica sacó a la luz un teléfono móvil y lo miró con pasmo, como si fuera el objeto más bello jamás creado por el ser humano. Mientras disfrutaba de la pequeña gloria de ese logro, el aparato se le escurrió

de las manos. Maldijo su torpeza. Limpió los restos de sangre que ensuciaban sus dedos en la americana de su acompañante y palpó de nuevo a su alrededor. El techo del coche, sobre el que su espalda descansaba, era una superficie irregular, tan llena de magulladuras como ella misma. No era fácil encontrar nada en un terreno tan accidentado. Durante un buen rato, tentó la zona que estaba a su alcance hasta que por fin pudo recuperar el aparato. Cuando consiguió descifrar la manera de encenderlo, la pantalla informó de la fecha y la hora: las 18.35 de un jueves 31 de octubre. Sintió un brote de rabia al comprobar que el teléfono anunciaba que no tenía cobertura. Ni una sola rayita del indicador. Aun así, debía intentar llamar a alguien. ¿Su compañera de piso? ¿Los bomberos? El teléfono de emergencias parecía la opción más sensata, aunque la condenaba inevitablemente a que la policía se presentara allí y empezara a hacer preguntas incómodas y a fisgar en sus asuntos. Aunque el hecho de que ella también hubiera caído por el barranco quizá la exonerara de cualquier culpa y probablemente convertiría todo aquello en un simple accidente. Pulsó los números con torpeza. Los dedos le temblaban. Se equivocó tres veces antes de conseguir marcar correctamente. Una voz femenina le informó con frialdad robótica de que el aparato no podía realizar ninguna llamada. Preguntó si podían ayudarla, pero sabía que era una voz pregrabada. Se sintió ridícula. Y más sabiendo que había elegido ese bosque porque desde ahí su víctima no podría hacer ninguna llamada de socorro en caso de que la caída no resultara letal.

En realidad, había un segundo motivo para la elección de ese bosque. Sabía que tiempo atrás una chica había sido secuestrada y asesinada por aquella zona. El caso había pasado muy de puntillas por las primeras páginas de los periódicos locales, pero a ella le había impresionado hasta el punto de quedársele grabado. A María le pareció un acto de justicia que un tipo despreciable como el que yacía a su lado fuera a morir precisamente ahí.

Aunque ahora todo eso ya tenía poca importancia. Había cometido un error imperdonable y ahora estaba pagando las consecuencias. Antes de llegar a desanimarse del todo, escuchó un ruido violento y se preguntó si existía el riesgo de que el coche no hubiera llegado a la parte más profunda del barranco y que todavía pudiera caer más. La perspectiva le provocó un nudo en la garganta, porque se veía incapaz de soportar el dolor que le infligiría una nueva sacudida. Se le ocurrió una segunda alternativa todavía más dramática. Puesto que el tufo a gasolina empezaba a resultar irritante, existía la posibilidad de que todo saltara por los aires. El motor estaba apagado, de manera que parecía poco probable que se prendiera la gasolina que sin duda se

había derramado a su alrededor. Cuando el fuerte estruendo se repitió, la chica comprendió que lo que oía eran truenos y que estaba a punto de echarse a llover. Puesta a ser negativa, cabía la posibilidad de que un rayo cayera sobre el coche. O tan cerca que pudiera prender la gasolina. Un nuevo escalofrío le recorrió la espalda y le hizo tomar consciencia de que estaba helada. Podía morir de frío o quemada. Cerró la cremallera de su cazadora hasta el extremo superior.

Las primeras gotas repiquetearon sobre el motor del coche volcado. Fueron una especie de redoble circense que anunció el pensamiento que se estaba formulando en la cabeza de la chica: nadie sabía que estaban allí; nadie iba a pasar por ese barranco perdido en una tarde de lluvia; nadie se molestaría en buscarlos hasta al cabo de varios días de ausencia... Alguna ráfaga de lluvia entró violentamente por la ventana del conductor y mojó los zapatos y los pantalones del cadáver que yacía a su lado. Sintió un pequeño brote de alegría al darse cuenta de que ella no iba a mojarse. De repente comprendió que esa era la única buena noticia que podía recibir en aquellas circunstancias. Habría querido mantener la cabeza fría y pensar en alguna solución, pero un llanto silencioso e incontrolable empezó a inundarle los ojos. Al parecer, finalmente sí iba a mojarse.

Capítulo 5

Miércoles, 7 de noviembre

Salir de casa temprano, con tiempo de entrar a un bar a tomar un buen expreso (y no el aguachirle que sirve la máquina de la comisaría) no siempre garantiza un buen inicio de jornada laboral. Especialmente si tienes el vicio de aprovechar el momento para leer un par de periódicos, que suelen obsequiarte con el diario parte del apocalipsis. En la barra del Manila, las noticias amargaban el café. Seis muertos y doce heridos porque el conductor de un autocar se había dormido al volante. Un tipo al que habían diagnosticado una enfermedad degenerativa se había tirado a la vía del tren. Un antiguo candidato a la alcaldía de la ciudad había recibido un balazo en la frente durante el atraco a un banco... Ni una palabra ya de la furia destructiva del huracán que la semana anterior había acaparado todas las portadas al dejar treinta y nueve muertos a su paso por Estados Unidos. Para la prensa, el presente suele reducirse a una larga exposición de cadáveres. Los muertos más recientes sustituyen a los que empiezan a oler mal. ¿Quién llora hoy en día a quienes nos han dejado? Ya nadie guarda luto uno o dos años por alguien a quien quiso mucho. Muy pocos pagan esquelas en un diario para recordar muertes de antaño. Casi nadie encarga misas por los familiares que se fueron... Desde que un doctor había pronunciado el diagnóstico de mi enfermedad, la idea de la muerte no solo inquietaba mis horas de sueño, también me acompañaba a trabajar y se sentaba a comer conmigo en la mesa, y en el cine ocupaba la butaca de al lado, y hasta me seguía cuando me sentaba en el retrete. Tanta fidelidad resultaba asombrosa. Y desde luego agobiante. No era fácil empezar la jornada con esa idea clavada entre las cejas.

—Mis padres y mi abuela quieren que vayas hoy a comer. Les gustaría conocerte —me anunció la agente Azucena Artero, que me esperaba risueña y con otra taza de café humeante sobre mi mesa de trabajo.

—Me haces una foto con tu móvil y se la mandas. Yo suelo vomitar en las reuniones familiares.

—Anda, sargento, no me seas cascarrabias. Solo quieren ser amables contigo. Te enseñarán la casa y comerás de maravilla. El único precio que

tendrás que pagar será responder a cuatro preguntas sobre tu vida y la de tus padres... No muerden. En cuanto vean lo simpático que eres, te dejarán tranquilo.

—Prometo enviarles un ejemplar de mis memorias. Mientras tanto...

—Se van a llevar una decepción.

—¡Ya! Es el sentimiento que suelo provocar. Creo que podrán resistirlo.

—¡En fin...! —se rindió fácilmente— ¿Qué hay del otro asunto? Ya sabes, el de mi amiga Berta...

Dediqué tres sorbos de café a borrar mi cara de fastidio. Ocupado en intentar no pensar en mis problemas y en decidir la ubicación de mis pocos trastos en el apartamento que acababa de alquilar, no había invertido ni un segundo en pensar en la amiga abandonada.

—Si la tal María Asunción iba cada dos semanas a casa de sus padres en Sort, apenas tenemos tres días antes de que mamaíta empiece a gritar por las calles dónde se ha metido su niña. Eso suponiendo que se haya conformado con las explicaciones de tu amiga Berta y que a estas horas no haya movilizad ya a todo el clan familiar o que haya denunciado el caso.

—Lo he comprobado, no hay constancia de ninguna alerta por desaparición...

—En cualquier caso, no disponemos de mucho tiempo.

El café estaba ligeramente endulzado y sin leche, como a mí me gusta. Desde luego, la chica tenía sus virtudes.

—¿Qué podemos hacer?

A pesar de que eran poco más de las ocho y media de la mañana, procuré parecer exhausto. No estaba dispuesto a dejarme contaminar por aquel entusiasmo infantil y cretino de mi joven compañera. En realidad, tampoco tuve que fingir demasiado. La noche anterior había perdido mucho rato instalando el equipo de música, mi única posesión realmente valiosa, y después me había enganchado a leer hasta tarde una novela de Jonathan Coe que tiene un título precioso: *La lluvia antes de caer*. Es una historia deliciosamente triste, en la que una anciana que acaba de morir ha dejado grabadas unas cintas donde explica su vida. Esas cintas tienen otra destinataria, pero casualmente caen en manos de Gill, su sobrina, que asiste entre la emoción y la perplejidad al relato de una vida próxima pero desconocida. Cuando apagué la luz, muy entrada ya la madrugada, me asustó pensar que nadie llegaría a pensar eso de mí, que a nadie llegaría a producir emoción o sorpresa o envidia o ni siquiera asco toda esta vida idiota que llevo a cuestas como un pesado fardo. Me dolió saber que me moría sin haber dejado nada valioso, algo por lo que alguien pudiera recordarme con una sonrisa en los labios. Me costó dejarme arrastrar

por la habitual estupidez de mis sueños. ¿Cuándo se da uno cuenta de que se ha equivocado en todo? O al menos en lo más importante.

—Por una parte —expliqué con mucha calma—, tenemos que aparentar que continuamos enfrascados en el repaso de los viejos informes, eso es lo más importante para que De Gea y sus secuaces nos dejen tranquilos. En lo que se refiere a tu Berta, creo que deberíamos centrarnos en descubrir con quién se citó la tal María Asunción Burgués la noche del 31 de octubre. Tendríamos que buscar amigos o amigas que supieran algo más de sus andanzas. La primera pesquisa debería ser localizar a esa tal Ainoa, la que daba la fiesta, y saber si nuestra desaparecida llegó a poner los pies allí.

—Me pongo a ello, jefe.

La presteza con la que ejecutó la maniobra de desaparición resultaba irritante. Tanta energía me descomponía. Aunque tras de sí dejó una agradable sensación de paz, que lamentablemente solo duró unos veinte minutos.

—Lo tengo, jefe.

—¿Qué mierda tienes? —dije mientras sentía una especie de pinchazo en el pecho. Sería el haber dormido poco y mal. O que el aburrimiento estaba a punto de producirme un aneurisma pulmonar.

—He hablado con una amiga mía que es administrativa en la facultad de Derecho y en un santiamén me ha localizado el teléfono de la única Ainoa natural de Sort que actualmente estudia en esa facultad. Se llama Ainoa Salaó y vive por la zona universitaria. Hasta he conseguido un número de móvil.

—¿No existe una ley de protección de datos o algo así?

—No sabría decirle...

Aparte de mi desgana, no había razón para esperar. Al otro lado del teléfono contestó una voz que acababa de ser arrancada de las profundidades de un sueño seguramente feliz. Por pura envidia, renuncié a suavizar la entrada y le disparé a bocajarro que era policía y que estaba investigando la desaparición de su amiga María Asunción. A la chica le costó unos cuantos segundos entender lo que le estaba preguntando, pero reaccionó de forma repentina con inesperada locuacidad. Sin apenas resistencia ni suspicacias, me informó de que su amiga había estado en su fiesta de hacía una semana, que había venido y marchado sola, que había estado hasta las cuatro de la madrugada y que había bailado mucho, bebido un poco y que se había mostrado comunicativa y no había dado la menor muestra de preocupación; al contrario, había contado un par de chistes muy buenos que ahora no recordaba, pero que bla, bla, bla... La tía me había soltado toda esa película sin que yo hubiera tenido que insistirle o presionarla. El reporte de datos había sido más completo que la mayoría de los informes que yo escribía para mis superiores. Cuando colgué, noté que se

había despertado mi desconfianza congénita en el género humano.

—La fiesta no despeja muchas dudas, prima. A falta de mejor información —confesé con pesar a mi ansiosa compañera—, el único sitio adonde se me ocurre ir a preguntar es a esa facultad de domadores de criaturas. Hasta una tortillera con poca vida social tiene que compartir con alguien apuntes y confidencias, alguna colega sabrá algo. También nos ayudaría mucho descartar que todo se reduzca a una pelea de amantes y compañeras de piso.

—Sí, lo más lógico sería quedar con Berta. Sus clases son en horario de mañana. Seguro que ya anda por la facultad de Ciencias de la Educación.

Me puse mi americana, extraje de la caja una carpeta al azar y fingí consultarla atentamente mientras caminaba hacia la salida de comisaría. Mi guardiana me siguió sin rechistar.

—No tenemos un coche asignado, jefe —me informó.

—Deberías ocuparte de eso, prima —propuse ya con mi cigarrillo Bisonte entre los dedos—. No pienso jugarme la vida cada día en tu Mini.

A falta de mejores alternativas, acabamos en su coche, claro, donde pude comprobar que aquel estilo de conducción que con tanto interés había podido admirar el día anterior no había sido fruto de algún momento de euforia ni un simple gesto para impresionarme.

—¿Demasiado rápido para usted, jefe? —me espetó con su media sonrisa de chica mala.

—La prisa es una tara juvenil. Y yo, también es mala suerte, he ido a caer en las manos de la más tarada.

Rio como si acabara de hacerle un cumplido. A mí, en cambio, me cabréo pensar en la cantidad de dinero que la Seguridad Social iba a ahorrarse en medicinas y tratamientos si la prima Azucena me empostraba contra un camión.

Aproveché la calma de un semáforo en rojo para llamar a Berta, que se disponía a asistir a su primera clase del día, y le pedí que nos esperara en la cafetería. Tras aparcar justo delante de la facultad, en una zona reservada a minusválidos, atravesamos unos pasillos desangelados y la encontramos en una mesa de un rincón, arreglada con un esmero que me pareció un tanto inadecuado y pintada como para una fiesta. Concentrada en los círculos que dibujaba su cucharilla en una taza de café todavía muy caliente, me pareció una bella imagen para un cuadro de Renoir o de Degas o de una de esas películas lentísimas de los hermanos Kaurismäki. Me senté sin pedir permiso, mientras mi compañera conseguía en la barra su café con leche y mi carajillo de Anís del Mono.

—Si te vamos a ayudar, necesito saber que las cosas están claras entre nosotros y que no nos estás ocultando nada. —Berta hizo el amago de

quejarse, que yo atajé levantando la palma de mi mano ante sus ojos—. Lo primero que necesito saber es la verdadera relación que tenías con la chica que ha desaparecido.

Detuvo el movimiento circular de la cucharilla durante un segundo que aprovechó para castigarme con un destello de odio.

—¿Qué quiere decir?

—¡Coño! Creo que está claro. Su cama estaba muy bien hecha. Quiero saber si solo deshacíais la tuya.

La mezcla de rubor y rabia que asomó a su cara me aclaró que Berta estaba enamorada de su compañera de piso, pero una brizna de decepción también me informó de que esta no le correspondía. Le costó relajar la tensión de sus mandíbulas y dirigió su mirada hacia Azucena durante todo el relato de su frustrada relación con la tal María Asunción. Nos confesó que desde que la había conocido se había sentido fascinada por su fuerza y su firmeza, pero también por su debilidad de niña de montaña a quien la ciudad confunde y aterra. Con un punto de orgullo herido nos confesó que su compañera la ignoraba. Al parecer María Asunción la había rechazado con el único argumento de no querer liarse con una compañera de piso. Berta sospechaba que el problema era que María continuaba colgada de la inquilina del curso anterior, una tal Elia Espín, la autora de la foto de las dos compañeras, la única que teníamos para identificar a la desaparecida. Según Berta, lo más sorprendente era que, a pesar de la devoción que le tenía a Elia, María Asunción parecía continuar manteniendo una agitada vida sentimental, tanto con hombres como con mujeres, una bisexualidad que había acabado por desilusionar a la amiga de la agente Artero.

—¿Sabes si la cita que tu compañera tenía la tarde del día 31 era con esa chica? —quise averiguar.

Berta dudó.

—No lo creo. Elia está ingresada en una clínica para chalados o un balneario o algo así. No conozco mucho de ella, porque María nunca ha querido darme explicaciones. No sé, era como si quisiera protegerla.

Pensé en la foto que habíamos impreso en la comisaría y en aquel brazo de María Asunción que rodeaba el cuello de Berta en actitud protectora. Era una mujer enérgica. Una nadadora vigorosa. O tal vez posesiva.

—¿Protegerla de qué?

—De verdad que no lo sé, sargento. Yo todavía estaba estudiando bachillerato en el instituto de Sort, pero el año pasado a esa amiga de María debió de pasarle alguna cosa que le destrozó los nervios. Sé que en la facultad la tenían por una tía muy brillante, pero a final de curso se hundió y creo que

acabó suspendiendo alguna asignatura. Este año ni siquiera se ha matriculado.

—¿También estudiaba aquí?

—Sí, ciencias de la educación. Iba al mismo curso que María, por eso se conocieron y se hicieron amigas.

Era evidente que Berta se sentía intimidada por nuestra presencia, nuestras preguntas y tal vez por el uniforme de mi compañera. Una cosa era interrogarla en el espacio cómplice de su apartamento, sin testigos, y otra muy distinta arrinconarla en una mesa de la cafetería de la facultad, ante la mirada de los pocos clientes que a aquellas horas acudían a drogarse con café. Confieso que demoré el interrogatorio mucho más de lo necesario por el mero placer de ver a aquella belleza juvenil convertida en un saco de nervios, pero sus respuestas no dieron para mucho más. Salió escopetada de la cafetería con la excusa de acudir a la clase siguiente, mientras la agente y yo decidíamos de qué hilo tirar.

—Este carajillo sabía raro.

—No tenían Anís del Mono y le han puesto...

—Debería detenerte, prima, por haberlo permitido. ¡Qué mierdas pueden enseñar en una universidad donde no sirven Anís del Mono!

Puesto que el misterio implicaba a tres chicas que estudiaban en la misma facultad, acordamos preguntar por ellas a diestro y siniestro, aunque con la prevención de pasar discretamente y no armar mucho revuelo; al fin y al cabo, no estábamos llevando a cabo una investigación oficial. Empezamos enseñando la foto a los camareros de la cafetería y apenas conseguimos la confirmación de que se trataba de alumnas que se dejaban caer de vez en cuando por allí. Los bedeles no fueron mucho más locuaces. Preguntamos a unos cuantos estudiantes, pero nadie parecía saber mucho de las chicas. Todos reconocían que llamaban la atención, pero muy pocos habían hablado con ellas o conocían sus nombres, ni siquiera aquellos que habían cursado las mismas asignaturas que ellas. Casi nunca iban a las fiestas, no compartían apuntes ni mesa en la cafetería, se separaban del resto del grupo para desayunar, no iban a fumar entre clases con los demás...

—¡Vaya por dios, unas raritas! —dictaminé.

Ciertamente, como nos había adelantado Berta, no eran las alumnas más populares de la facultad.

Cuando nos interesamos por esos problemas que había tenido la tal Elia durante el curso anterior, nadie supo darnos una explicación precisa y convincente. Una compañera se refirió a ella con desprecio como *Miss Universo*. Otra insinuó que Elia no se ganaba sus notas en los exámenes sino en los despachos y a veces hasta en horario nocturno. Un profesor de didáctica

de las matemáticas, que las había tenido de alumnas, nos manifestó su contrariedad porque la chica hubiera abandonado los estudios de una forma que me llamó la atención: «Elia Espín, sí; una alumna muy lista, aunque poco trabajadora. No es extraño. Esas niñas tan increíblemente guapas lo tienen tan fácil que nunca llegan a aprender a esforzarse por nada. ¿No le parece curioso que la belleza acabe siendo una maldición?». El profesor me guiñó un ojo y no supe cómo interpretarlo. Quizá tenía el mal gusto de intentar ligar conmigo. No tenía intención de averiguarlo. Me pareció evidente que nuestro siguiente paso era procurar encontrar a esa chica «tan increíblemente guapa» y descubrir si lo que le hubiera pasado tenía relación con nuestro caso.

En el coche, de nuevo camino de la comisaría, señalé a la agente Artero la carpeta que me había llevado de mi mesa.

—¿De qué caso es esa carpeta? —preguntó mientras clavaba el coche en el aparcamiento con un frenazo que estuvo a punto de dejar mis sesos aplastados contra el parabrisas.

—Ni idea. Pero estúdiatelo. Cuando tengas que informar al subinspector o si alguien te pregunta, recuerda que este es el caso que estamos investigando. ¿Entendido? Ahora tienes que excusarme, pero debo atender un asunto personal.

* * *

El asunto personal me llevó hasta uno de los despachos del Hospital de Santa María, al que se accedía cruzando tan solo dos calles y unos jardines desde la comisaría. Mientras esperaba en una sala asfixiante durante veinte minutos, tuve tiempo de leer unos cuantos carteles que proclamaban la necesidad de prevenir el cáncer. Hace falta tener un malévolo sentido del humor para poner ese tipo de carteles en el lugar donde se ven obligadas a sentarse las personas que ya han enfermado.

El doctor Pellicer me recibió sin levantarse de su mesa, arqueando levemente su ceja derecha a modo de saludo, o quizá de enojo por la molestia que significaba mi presencia en su consulta.

—Veo que lleva semanas de tratamiento en el Hospital Vall d'Hebrón —comentó sin separar la mirada de la pantalla de su ordenador y con una voz debilucha y temblona que parecía a punto de romper a llorar—. Por lo general somos nosotros quienes exportamos enfermos hacia allá. Es extraño que alguien venga de la capital a curarse a nuestro humilde hospital.

Mi presencia en aquel despacho era incluso más rara si se consideraba el aspecto del doctor, que parecía mucho más enfermo que yo. Sin apenas pelo, ojos inyectados en sangre y piel a la que convenía con urgencia un baño de sol, mi nuevo oncólogo ofrecía serias dudas de sobrevivir a mi tratamiento.

—Siento venir a molestarlo. Si resulta un fastidio que haya venido a ponerme en sus manos, puedo ir a morirme discretamente debajo de un puente.

No pareció encajar muy bien mi comentario, pero al menos me dedicó una rápida ojeada para que me quedara claro que su alto concepto del deber profesional era la única razón por la que toleraba mi presencia. Después calló durante unos minutos mientras leía en mi expediente los resultados de la biopsia de mi próstata, el nivel de PSA, la cantidad de radioterapia que me habían aplicado, la medicación que estaba tomando...

—Todo correcto —dictaminó.

—¿Qué significa «todo correcto» cuando uno se está muriendo?

Carraspeó ruidosamente, quizá consciente de la poca fortuna de su diagnóstico.

—Quiero decir que se ha seguido el protocolo punto por punto. Se ha atacado su cáncer de la manera más adecuada y ahora tenemos que esperar unas semanas para confirmar si la radioterapia ha conseguido detener el avance del tumor. No vaya diciendo por ahí que se está muriendo porque todavía no sabemos quién gana la batalla.

—Así que las náuseas, los dolores de tripa y los sofocos repentinos solo son síntomas de mi buena salud...

—¡Joder! Son lo que son. Solo síntomas —pareció acalorarse—. Todavía nos queda alguna carta por jugar. Tendremos que hacer nuevas pruebas, por supuesto. Mientras tanto debe cuidarse y seguir con el tratamiento hormonal.

—Los antiandrógenos que me dan están consiguiendo que me crezcan las tetas. Acabaré teniendo problemas para caber en mi ataúd.

—Vamos, no se queje. La enzalutamida es un avance clínico de primer nivel. Se ha demostrado su eficacia en pacientes como usted.

—¿Quién puede tener fe en algo con ese nombre?

—¿Ha notado algún efecto secundario?

—Aparte de unas digestiones explosivas, de haber olvidado lo que es una erección, de la dificultad para llegar a tiempo hasta la taza del lavabo, de sentirme agotado durante todo el día, de experimentar repentinos sofocos y de haber tintado mi orina de una original tonalidad arcillosa... aparte de eso estoy como un chaval.

—Perfecto, pues. —Se negó a reconocer mi ironía. Tosió ruidosamente hasta ponerse rojo; después respiró con alivio evidente—. Nos vemos en quince días y decidiremos si vale la pena empezar unas cuantas sesiones de quimioterapia.

Dudé que aquel tipo aguantara tanto, pero me levanté sin protestar, salí al jardín y camino de comisaría me fumé un cigarro para celebrar que estaba

vivo. Sonreí al recordar la frase de Marcel Duchamp: «Siempre son los otros los que se mueren». Dicen que ante la inminencia de la muerte uno aprende a valorar la vida y los pequeños placeres cotidianos, pero yo no me sentía especialmente inclinado a disfrutar de nada. Lejos de Barcelona, me sentía solo y aburrido. Iba a ir apagándome sin nadie a quien quejarme.

Regresé a mi mesa y a mi tarea de oficinista junto a los servicios. Hice unas cuantas llamadas para que fuera verosímil que había reabierto una investigación oficial y rellené unos cuantos papeles que acabaron en la papelera.

—¿Y ahora qué, jefe? —Vino mi joven guardiana a interesarse a última hora de la mañana.

Yo todavía tenía la cabeza emboscada en los carteles de la sala de espera del hospital, por lo que las prisas de la prima Azucena empezaban a resultar cargantes. Tal vez no hubiera hecho bien en formalizar aquel pacto con ella. Al fin y al cabo, me importaba una mierda lo que fuera a chivarle a nuestro superior.

—¡Joder, prima! No podemos dedicar toda la jornada laboral a resolver tus juegucitos privados —me quejé en un tono de voz que sobrepasaba en mucho la confidencialidad y que concitó algunas miradas reprobatorias a nuestro alrededor.

—¡Ya! —Miró a uno y otro lado para comprobar que nuestros compañeros andaban liados en sus asuntos—. Pero ahora ¿qué hay que hacer?

Inflexible, la tía. Me obligué a dedicarle una cara de cabreo más o menos convincente, pero en realidad me gustó que la chica fuera impermeable al desaliento. Ni siquiera mis hábitos gruñones parecían desanimarla. Tal vez no fuera del todo desaprovechable.

—¡Coño, pues habrá que localizar a esa amiga de la desaparecida! —refunfuñé sin ganas—. No sé cuántos hospitales para chalados tenéis en este asco de ciudad, pero no debería ser difícil dar con ella.

Ordené un poco mi mesa, me puse la americana y, sin volver la vista atrás, salí pitando hacia mi piso con el propósito de zamparme el hermoso chuletón que me esperaba impaciente en la nevera. Vuelta y vuelta en la plancha muy caliente y media botella de un vino de El Vilosell que había descubierto en el súper. Después, un pedazo de tarta de chocolate, un fragmento de Puccini a toda hostia y un dejarse reblandecer durante quince minutos de siesta. Bueno, quizá sí que algunas cosas empezaban a saberme mejor.

Hora y media más tarde me pareció intuir un timbre lejano que quería abrirse paso entre las notas estridentes del segundo acto de la versión de Giuseppe Sinopoli de *Tosca*, que se repetía una y otra vez en mi reproductor.

Me costó reconocer que era el timbre de mi puerta, porque estaba medio dormido y porque en realidad era la primera vez que lo escuchaba. A duras penas me tambaleé hasta la entrada. La agente Artero sonreía infatigablemente al otro lado de la mirilla.

Abrí y exhibí mi cara de enfado más aterradora tanto para mi prima como para la anciana que vivía en la puerta de enfrente, quien sin duda en esos momentos estaría atenta a los movimientos del rellano a través de la mirilla. Cumplido mi papel de ogro cascarrabias, me volví hacia el salón y me dejé caer de nuevo en el sofá, sin ni siquiera saludarla.

—Sargento, aquí huele a maría.

—Utilizo un ambientador muy natural.

No me molesté en ocultar la bolsita de hierba que había dejado a los pies del sofá, la mejor maría que había consumido en los últimos años. Al saber que marchaba de Barcelona, mi proveedor habitual había respirado aliviado y se había despedido obsequiándome con lo mejor de su cosecha personal. Tenía para un par de semanas, como mucho. No me atrevía a hacer previsiones que fueran mucho más lejos.

—Jolín, sargento, no me diga que voy a tener que detenerlo...

El brote de risa consiguió despertarme un poco. Para sobreponernos a la música, estábamos hablando a gritos.

—¡Qué cachonda, prima!

Me miró raro. Quizá hablara en serio.

—¿Cómo puedes escuchar esa música tan alta? —protestó, posiblemente para evitar un asunto que había empezado a molestarle—. Pareces un adolescente enfadado con el mundo...

—Puccini no admite tibiezas.

Lo había dicho con rabia, casi con desprecio. Me había arruinado la siesta y esa culpa solo podía ser expiada ante un pelotón de fusilamiento.

—¿De verdad te gusta escuchar esa música antigua?

—¡Antigua! —repetí como si esa palabra fuera la prueba irrefutable de la estupidez humana—. A los clásicos los llaman clásicos porque son clásicos, nunca antiguos. Que a los actuales agentes de la policía os escojan por vuestro nivel de ignorancia musical debería llevarte a una reflexión profunda. Pero comprendo que es mucho pedir.

Impasible ante mis rebuznos, la agente amplió dos dientes su sonrisa.

—No comprendo cómo puede llevar dos divorcios alguien que se despierta de tan buen humor...

Me levanté y le di la espalda para no tener que reírme ante sus narices. Apagué el reproductor de cedés y me escondí en el lavabo para lavarme la

cara y despejarme. Su voz sonó justo al otro lado de la puerta:

—Es una auténtica suerte que hayas encontrado un apartamento tan cerca de la comisaría.

No sé si me estaba reprochando que no hubiera regresado a tiempo a mi mesa de trabajo, pero de todas formas tuve la tentación de ladrarle que se fuera a la mierda.

—Sí, así no hace falta que causes el terror por la ciudad con tu pistacho supersónico para venir a controlarme.

—No te enfades, jefe. Temía que te hubiera pasado algo. Eres nuevo en la ciudad, podrías haberte perdido.

—¿Perderme aquí? ¡Ja! Esto es tan pequeño que si tropiezas en el centro acabas cayendo en el extrarradio. Además, estoy perfectamente controlado, no hay forma de despistar a la vieja de la otra puerta del rellano. Llegue a la hora que llegue, haga el ruido que haga, la tía siempre asoma la nariz. Habrá puesto detectores de movimiento en la escalera. O tendrá una red de espías. Estoy seguro de que es ella quien ha estropeado el ascensor para que todos los vecinos tengamos que pasar obligatoriamente ante su puerta.

Fresco y peinado, salí del baño dispuesto a enfrentarme al repelente buen humor de mi compañera, pero esta había empezado a recorrer los sesenta metros cuadrados de mi apartamento como si hubiera venido a tasarlo. Husmeó desde el umbral de la cocina, abrió la puerta del dormitorio, valoró la solidez de las paredes e inspeccionó la calidad de los cristales de las ventanas... Me pareció que se disponía a iniciar la exposición de su proyecto de decoración cuando le paré los pies.

—Ni lo intentes, prima. No voy a colgar cortinas, ni poner parqué, ni comprar estanterías. Así que no te molestes: es un asco de piso, ya lo sé. Tal vez por eso me siento tan cómodo en él. Eso quiere decir que se va a quedar tal como está.

Mi casero se había tomado la molestia de blanquear las paredes, que todavía desprendían ese aroma cargante de las viviendas muy maquilladas para parecer más jóvenes. Con el simple acto de enchufar mi reproductor de cedés, mis instintos decorativos habían quedado del todo satisfechos. Ni un solo cuadro en las paredes, ni un diploma enmarcado, ni un viejo jarrón que recordara el rincón de otra casa o una fotografía que permitiera intuir una vida anterior... Había heredado del inquilino que me había precedido un armario, una mesa y cuatro sillas, todo mobiliario barato, aunque no muy castigado. Me bastaba con eso. En realidad, ni siquiera había invertido tiempo en encontrar acomodo para las pocas posesiones que había traído de Barcelona. Había vivido más de veinte años en el caos civilizado de mi piso del barrio de Gracia

y me gustaba que todo aquello cuanto era y tenía estuviera al alcance, incluso a la vista. Mis dos esposas lucharon denodadamente contra esa costumbre hasta darse por vencidas. Las dos alegaron ese peculiar sentido del orden en sus demandas de divorcio.

—Sargento, ¿solo te has traído cedés y libros?

Hasta que lo verbalizó mi compañera, no fui consciente de que la mayor parte de mi mudanza había consistido en traer a través de un servicio de paquetería mi colección de música operística y unas cuantas cajas de libros. Para un solitario empedernido, saber que las voces que has admirado y los personajes con quienes has disfrutado siguen cerca de ti resulta muy reconfortante, como amigos fieles dispuestos a compartir contigo un buen rato en cuanto se lo propongas.

—Bellini, Berg, Berlioz, Bertoni, Bizet, Britten... —leyó en el interior de una caja—. La música y los libros son lo único que está ordenado en esta casa.

—¿Tú no escuchas música, niña?

—Sí, cada mañana, cuando salgo a correr mis ocho kilómetros...

—¿Música y ejercicio físico? ¡Menuda mezcla estúpida! ¿Por qué iba a querer nadie escuchar a Bach mientras está echando el hígado por la boca? ¿Al menos leer lo haces sentada?

—Bueno..., la verdad es que no leo mucho. Por internet..., un poco.

—Comprendo —dije con la suficiente dosis de cabreo como para reemprender la jornada laboral—. No sé qué cojones ha hecho con vosotros el sistema educativo. Pero escamotearos los placeres de la ópera y de la lectura me parece suficiente delito como para fusilar a todos los ministros de educación de los últimos cincuenta años. Si crees que vas a poder soportarlo, puedes llevarte algún CD o algún libro...

Azucena me miró con extrañeza, como si pretendiera descubrir el sentido oculto de una broma. Arranqué a caminar hacia la puerta mientras ella miraba las cajas con desconfianza.

—Por fin he conseguido un coche —dijo su voz exageradamente alegre a mi espalda.

—Bueno, algo es algo —me resigné mientras acababa de ponerme la americana, abría la puerta y dejaba que la esmirriada figura de mi prima saliera del piso—. Anda, Margarita, que nos vamos de médicos. Eso sí: conduzco yo.

Saludé a la puerta cerrada de mi vecina y empezamos a bajar.

Capítulo 6

La lluvia continuaba cayendo con parsimonia de ciudad norteña. Había conseguido acabar con los últimos calores y devolver al otoño una temperatura que no desmintiera la estadística. Cuando la chica salió de su sopor, sintió que tenía heladas las manos, la nariz y la espalda. «No te dejes vencer», se dijo. A pesar de que las manos le temblaban, consiguió levantar el cuello de su cazadora y arreglarse un poco la falda, que aun así, demasiado corta, le dejaba las piernas al descubierto. Se las frotó con las dos manos para intentar que recuperaran la sensibilidad y el color. Eran puro hielo. Hielo rojizo. Tal vez aquel frío solo fuera debilidad. O desesperación. O el vacío que había dejado la sangre perdida. También cabía la posibilidad de que fuera la muerte, que había empezado a tomarla poco a poco.

Recordó que aquella sería la noche de los muertos. La celebración de la muerte como argumento de una fiesta. Sus amigos se reunirían, algunos disfrazados, y comerían dulces y castañas y beberían alcohol y bailarían con el propósito de divertirse y, quizá, de honrar a los muertos. Se suponía que las almas que no habían encontrado acomodo en el más allá saldrían a vagar por el mundo y a ejecutar sus oscuras venganzas. Pensó que el alma del hombre que había muerto a su lado no tendría que arrastrarse mucho para vengarse de su asesina. O quizá a las doce de la noche ella también se encontrase al otro lado, vagando como alma en pena junto a su víctima. Lejos de asustarla o deprimirla, esa perspectiva le provocó un brote de risa que acabó en un acceso de tos.

«No te dejes vencer», se repitió. Su verdadero miedo no era cosa de fantasmas, sino de rendición. Como de pequeña, cuando la lectura del cuento se alargaba y la voz de su madre se iba perdiendo por los inconsistentes callejones del sueño, la chica sintió un miedo cerval a dormirse, porque temía que ya nunca pudiera despertar. Cerrar los ojos era una debilidad que no podía permitirse. Aflojó el torniquete para que algo de sangre llegara hasta la zona dañada, pero solo consiguió que nuevos regueros oscuros se abrieran paso a lo largo de su pierna sobre otra sangre que ya casi se había secado. Volvió a apretar con rabia el torniquete. Se sentía débil, muy débil. Se dijo que quizá el

desánimo y la pérdida de sangre le estaban impidiendo razonar con claridad.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que un excursionista perdido acabara por aquella zona y escuchara alguno de los gritos que de forma intermitente elevaba hacia un auditorio indefinido. ¡Eh! ¡Socorro! ¿Hay alguien ahí? Pero estaba lloviendo. No mucho, pero llovía. ¿Quién iba a salir a pasear por un bosque alejado de la civilización en mitad de una llovizna? Resultaba estúpido depositar alguna esperanza en un azar tan improbable.

La ofuscación de su mente le había impedido darse cuenta de que fuera también estaba oscuro. Había anochecido. Apretó una tecla del teléfono móvil y comprobó que faltaban dos minutos para las nueve. Se reprochó no haber sido capaz todavía de configurar una estrategia que le permitiera afrontar el futuro inmediato con una pizca de optimismo. Un ruido diferente al de la lluvia aguzó su inquietud. ¿Una roca desprendida? ¿Una rama quebrada por el peso del agua? ¿Un animal curioso o hambriento? Se preguntó si por aquella zona habría jabalíes. Había oído decir que se montaban batidas de cazadores para matarlos, porque se habían convertido en una plaga y el hambre los empujaba a ser más atrevidos y llegaban a merodear por las proximidades de los pueblos y se peleaban por cualquier desperdicio que les sirviera de alimento. ¿Y lobos? Sabía que los lobos eran peligrosos porque eso se aprendía en los cuentos infantiles, pero nunca había visto ninguno y ni siquiera sabía si rondaban por aquellos parajes... Tal vez el bosque entero concitara ingentes manadas de jabalíes, lobos, coyotes, buitres y otras bestias hambrientas, pero decidió que eso no agravaba lo más mínimo su ya dramática situación. Además, ¿las bestias salvajes salían a cazar en días de lluvia? La luz del teléfono móvil difícilmente serviría para ahuyentar a las fieras. Si cada quince o veinte minutos se regalaba unos breves segundos de encendido, no era tanto como protección, sino más bien para comprobar si se había producido el milagro de recuperar la cobertura, o simplemente para mirarse, o para aflojar por un momento la presión del torniquete, o para sentirse viva.

«La radio», se le ocurrió de repente. La música y el ruido de voces podían servir para reclamar ayuda, incluso cuando ella hubiera perdido las fuerzas necesarias para gritar, y también podían ser una forma de defensa. Los animales muestran la sabiduría de huir de la presencia humana. Intentó alargar su mano hasta el radio-cedé y tan solo consiguió provocarse un dolor desgarrador por todo el cuerpo. Tardó varios minutos en recuperar el aliento. Después intentó moverse poco a poco y corregir su posición con avances minúsculos hasta lograr que las puntas de sus dedos acariciaran los botones del salpicadero. Los apretó todos, uno por uno, varias veces, pero no consiguió arrancarles ni una palabra, ni una sola nota musical.

Se dejó caer de nuevo, presa de un desánimo corrosivo. «No te dejes vencer», insistió. Tomó consciencia de que había dejado de llorar. Por mucho que intentara no pensar en ello, sabía que apenas tenía probabilidades de que alguien la encontrara. En el mejor de los casos podía desfallecer poco a poco, sin apenas enterarse, hasta morir desangrada. En cambio, la sed, el hambre y el frío podían proporcionarle una muerte agotadoramente lenta, atroz, crudelísima... En el fondo, morir devorada por un animal no parecía un destino tan terrible.

Quizá lo más sensato fuera aflojar el torniquete, cerrar los ojos y abandonarse a un sueño infinito. Intentar concentrarse en un recuerdo agradable y dejar que el destino decidiera por ella. Elia. Su rostro. La miel de su voz... Imaginar esa forma dulce de renuncia le pareció una cobardía. Ella no era así. Se había preparado para ser fuerte. Cada lunes y miércoles, sin falta, acudía puntualmente a cruzar doscientas veces una piscina de veinticinco metros. No había día que no se sintiera tentada de abandonar. Hacia los tres kilómetros y medio, el braceo se le hacía pesado y la invadía un cansancio terrible. En ese justo instante, cruzaba por su mente la idea de rajarse. Su cerebro argumentaba con una lógica aplastante: «¿De qué te sirve tanto esfuerzo?; nadie va a pedirte explicaciones; ¿por qué doscientos y no ciento cincuenta, qué más da?; el hombro izquierdo empieza a molestarte; podrías aprovechar el tiempo de otra forma...». Lunes tras lunes y miércoles tras miércoles vencía a esos fantasmas menores y la pequeña victoria la hacía feliz, porque le ofrecía una ambigua sensación de fortaleza.

—No te dejes vencer —pronunció en voz alta para que el consejo sonara más convincente.

Justo en ese momento, como un atenuado eco de su voz, escuchó tres notas musicales. Abrió los ojos de repente, y al abrirlos fue consciente de que los había tenido cerrados, de que se estaba durmiendo. Se preguntó si había soñado aquel sonido. Aguzó el oído. Nada. El ruido no había llegado de la radio, eso seguro, sino de fuera del vehículo. Estuvo a punto de gritar para pedir la ayuda de un presunto visitante, antes de reconocer la procedencia de aquella sintonía mínima. Era la queja que su móvil le enviaba cuando se estaba quedando sin batería. Estaba cerca, seguro, pero no podía ni soñar con arrastrarse hasta él. Estaba convencida de que la batería estaba cargada, pero tal vez tampoco tuviera cobertura. Quizá, como ella, el aparato había lanzado una última queja desesperada, a punto de dejarse derrotar por el agua de lluvia. Ese móvil podía ser su única esperanza. Si existía la remota posibilidad de hacer una llamada desde él..., tenía que intentarlo como fuera. Había personas capaces de controlar el sufrimiento. Lo había visto en los faquires del circo, de

pequeña. Y en esos programas de variedades de la televisión que tanto aborrecía. También lo había leído en novelas. ¿Por qué ella no? «Liberarse o morir», se dijo para infundirse ánimos. Pero no fue ni una cosa ni otra. El esfuerzo por destrabar su pierna fue tan enorme y el dolor tan intenso, que de nuevo perdió el conocimiento.

Capítulo 7

Miércoles, 7 de noviembre

—Conduces como mi abuelo, sargento.

—¿Pero tu abuelo no estaba muerto?

—Hace años.

Dejé pasar el cachondeo porque llegábamos a una clínica situada en la carretera de Huesca, en una zona de chalés para banqueros forrados y listillos sin conciencia de clase. Una puerta metálica se abrió automáticamente y conduje por un camino asfaltado y flanqueado de moreras y cámaras de vigilancia. Tras ellas, se ofrecían unos jardines de alhelíes encarnados, dalias exuberantes, setos esculpidos y un césped menos pisado que la superficie de Saturno. Aparcamos bajo una marquesina y junto a unos pocos coches, todos enormes y muy caros. Se me ocurrió que mandar al pariente turulato a tomar las aguas en aquella especie de balneario tenía que ser una auténtica sangría, incluso para una cuenta corriente bien holgada.

Nos recibió una recepcionista amable hasta cansar, que nos hizo pasar a una sala de visitas con butacas de cuero marrón, unas acuarelas notables y seguramente originales colgadas de las paredes y un rumor de música clásica que se desprendía de unos altavoces invisibles: alguna mala grabación de algún concierto de Brahms. La agente Artero se había tomado la molestia de concertar por teléfono una entrevista con la enferma, de manera que esperábamos no tener ningún problema. Sin embargo, estuvimos aguardando quince minutos antes de que una mujer que debía de rondar los cuarenta, cuya cara sin duda había sobrevivido a diversos planchados en una clínica estética y que parecía vestida para un cóctel de alta sociedad, se sentara ante nosotros.

—Buenas tardes, soy la doctora Carbonell. —Y sonrió con altivez, como si su mero nombre justificara nuestra espera y nos obligara a caer genuflexos ante ella, agradecidos de los minutos que tenía a bien concedernos.

—Nosotros somos la agente Artero y el sargento Claramunt y hemos venido a hablar con Elia Espín —anuncié sin hacer nada por evitar que un aroma de mala hostia se desprendiera de mis palabras.

La doctora comprendió que no estábamos dispuestos a dejarnos acoquinar

por su vestido de Armani, por la perfección del jardín de su clínica ni por la comodidad de sus butacas de cuero. Tosió con delicadeza, como cogida en falta, y mudó de inmediato su sonrisa altiva por una seriedad más profesional.

—Verán, Elia es una paciente muy especial. Vive con nosotros desde hace cinco meses, pero no está ingresada por prescripción facultativa; sencillamente, no se siente con fuerzas para ir por el mundo y mezclarse con la gente.

—Vaya, una rarita —concluí.

—Bueno, ese no es un término muy científico... —me reprendió con el mismo tono que yo le había dedicado hacía unos segundos—. Digamos que tiene una manera difícil de relacionarse con los demás. Por supuesto, puede salir cuando quiera y ni siquiera sigue los estrictos horarios de la clínica, aunque se ausenta en contadas ocasiones. Deben saber que se altera con facilidad y que a veces su mente va de un lado a otro y desaparece su consciencia de la realidad. Debo pedirles que no sean muy agresivos con sus preguntas, que no la atosiguen demasiado y que sepan detenerse si detectan en ella cualquier indicio de desfallecimiento.

—Estaría bien saber qué tipo de chaladura tiene la chica... —me interesé.

La doctora sonrió para acentuar su posición de poder. Desde luego no parecía un encanto de persona y estaba claro que su colaboración iba a limitarse a dar las mínimas facilidades.

—Me temo que eso pertenece al territorio de su intimidad, sargento. Y no voy a ser yo quien la traicione. Pregúntenselo a ella y tal vez se anime a explicarles su caso. Es una chica lista y conoce a la perfección la naturaleza de sus problemas. Se ha leído la mayoría de los libros que tenemos en nuestra biblioteca sobre las enfermedades relacionadas con su caso, de manera que puede explicarles hasta los detalles más profesionales. Hasta conoce perfectamente las características de los medicamentos que se toma... Además, cuando se encuentra en plena forma, suele ser muy comunicativa.

La doctora Carbonell se alzó de la butaca con una elegancia cinematográfica, corrigió las mínimas imperfecciones de su falda, nos dedicó una mirada afectada para subrayar su desprecio más absoluto y abandonó la sala con la gracia de una brisa suave.

—¡Vaya pájara! —se me escapó.

Azucena asintió y volvimos a quedar abandonados durante más de diez minutos. Ni siquiera nos dirigimos la palabra. El ritmo pausado de la música de Brahms me tentaba con una nueva siesta.

No sé qué esperaba ver entrar por la puerta, tal vez un monstruo greñudo y chillón, afectado de convulsiones y atrapado entre las correas de una camisa de

fuerza, pero cuando la doctora volvió a la sala acompañando a su paciente, no creo que yo consiguiera mantener la boca del todo cerrada ni evitar que algún hilo de saliva me resbalara por la comisura de los labios. Ante mí tenía la mujer más bella y adorable que había visto en mi vida. No me molestaré en intentar describir lo inefable, tan solo diré que hasta mi acompañante parecía fascinada ante aquel rostro de una palidez extrema y que parecía rodeado de un aura como la que los pintores antiguos pintaban alrededor de la cabeza de las vírgenes y los santos. Aunque siempre hubieran tirado más de mí las mujeres asilvestradas, lúbricas y a ser posible carnosas, la que tenía ante mí merecía ser subida a los altares. Se sentó con cuidado casi en el mismo canto de la butaca que yo tenía delante y nos dedicó una mirada asustada.

—El sargento y la agente necesitan ayuda en una investigación y quieren hacerte unas preguntas —dijo la doctora con una cierta brusquedad—. Yo estaré ahí detrás. Si me necesitan —dijo dirigiéndose a nosotros—, solo tienen que llamarme.

La doctora arrastró sus andares melifluos al otro lado de la puerta, pero no creo que me fijara mucho en ellos. La cara que tenía delante merecía ser contemplada con detenimiento.

—Si puedo ayudarlos... —se le escapó en un murmullo casi inaudible.

Su voz no desmerecía su semblante. Era una voz frágil, temerosa, pero con gusto a caramelo. Noté que la insistencia de nuestras miradas no la incomodaba. Estaba acostumbrada a ser objeto de atención.

—Verá —dije con todo el tacto con el que fui capaz de dorar mis palabras—, hace unos días que la señorita María Asunción Burgués no pasa por su casa y queríamos saber si había decidido tomarse unas pequeñas vacaciones o, en todo caso, descartar que hubiera sufrido algún percance. Su compañera de piso está un poco preocupada. Nos preguntábamos si se había puesto en contacto con usted o si tiene noticia de su paradero.

A pesar de la delicadeza y el tono funcional que puse al pronunciar esas frases, el rostro de Elia se contrajo en una mueca de espanto, como si acabáramos de anunciarle el más escalofriante asesinato de su amiga. Era evidente que la chica desconocía dónde se había metido la nadadora fugitiva.

—Durante estos últimos días, ¿no ha intentado ponerse en contacto contigo? —preguntó mi compañera.

Elia la miró con curiosidad y relajó la dureza de su expresión. Después negó suavemente con la cabeza. Fuera por el tuteo o por el aspecto también delicado de mi compañera, me pareció evidente que nuestra interlocutora se sentía más cómoda hablando con Azucena que conmigo, de manera que me hundí en mi butaca y con una simple mirada la animé a que continuara con las

preguntas. La agente no tenía experiencia en interrogatorios, pero probablemente conseguiría sacar más información que yo de aquella chica enferma.

—Tenemos entendido que sois buenas amigas... —dijo la agente.

Elia asintió con la cabeza.

—¿Podemos saber qué tipo de relación mantenéis?

Mi compañera había sido tan directa que la chica se volvió a mirarme, como pidiéndome alguna explicación o consejo. Procuré permanecer inexpresivo.

—Me cuidaba.

—¿Te cuidaba? ¿Quieres decir que te trataba como una madre?

Volvió a dudar. Después sonrió.

—Como una... amiga.

Azucena me miró a la espera de alguna indicación, pero lo estaba haciendo bien, así que dejé que continuara.

—Cuando tú enfermaste, debió de preocuparse mucho.

—Sí, me cuidó mucho. Tuve suerte. Lo pasé muy mal. Ella me ayudó a encontrar esta clínica.

—¿Podemos saber qué te sucedió?

Elia se removió incómoda en la silla y devolvió su mirada a algún punto inconcreto del suelo.

—Un incidente... desagradable.

—¿Te refieres a un accidente de circulación? —Negó tímidamente con la cabeza—. ¿Fue más bien un percance en la universidad? ¿Una discusión, tal vez? ¿Una pelea o una agresión...?

—Bueno... Sí... Algo terrible.

No parecía dispuesta a dejarse arrancar una declaración.

—Te aseguro que nosotros ya hemos visto muchas cosas terribles —mintió mi prima—. ¿Tal vez te atacaron? ¿O te robaron? ¿Quizá alguien te ofendió o te pegó?

Resopló, como si aquello estuviera resultando mucho más duro de lo que ella había imaginado. Me parecía increíble que alguien se hubiera atrevido a hacer daño a aquel ser adorable.

—Bueno, alguien... me forzó —pronunció con un hilillo de voz casi inaudible.

—¿Fuiste víctima de una violación?

Asintió mientras se tapaba la cara con las manos para ocultar una vergüenza que de ninguna forma le correspondía.

—No tienes que avergonzarte, Elia —la tranquilizó mi compañera a la vez que la cogía de las manos como si fueran amigas de toda la vida—.

Lamentablemente, no es la primera vez que nos explican algo tan horrible. Puedes sincerarte con nosotros. ¿Cuándo sucedió esa atrocidad? ¿Llegaste a denunciar al violador?

La chica se perdió en un llanto pausado y silencioso. Pasó un largo minuto de lágrimas antes de que negara con la cabeza. La agente se disponía a asediarla con nuevas preguntas, pero aquello corría el riesgo de convertirse en una sesión de tortura, así que decidí intervenir.

—Creo que ya está bien por hoy, agente.

Como si hubiera estado pendiente de nuestra conversación, espiándonos tras la puerta, la doctora Carbonell aprovechó ese instante para deslizarse hasta nosotros con una sonrisa que rayaba la impertinencia.

—Vamos, límpiate esas lágrimas y esos mocos —ordenó a Elia con alguna brusquedad a la vez que le ofrecía un pañuelo de papel—. Señores, ya ven que a nuestra paciente le están molestando sus preguntas. No me parece prudente que alarguemos esto. Tal vez pueda atenderles en otra ocasión.

Nos levantamos sin protestar y empezamos a salir en silencio. En un arrebato casi violento, Elia abandonó la profundidad de su llanto para saltar de su butaca y aferrar la mano de la agente Artero.

—Encuéntrala, por favor. A ella no puede pasarle nada.

En sus ojos había una fuerza y una rabia sinceras, impropias de la fragilidad que el resto de su cuerpo transmitía.

Conduje despacio de vuelta a la comisaría mientras la prima Azucena parecía abstraída en la contemplación de las aceras y de sus peatones. Tal vez aquella velocidad civilizada, tan inhabitual para ella, le estaba devolviendo la imagen de su propia ciudad y, a tenor de la mueca que dibujaban sus labios, no debía de acabar de gustarle. Calles rancias, edificios funcionales sin ningún encanto, plazas de cemento... Una ciudad con gran pasado íbero, romano, musulmán y medieval convertida en un pueblo sin apenas restos de aquella grandeza, sin ni siquiera memoria y, por lo tanto, sin demasiado orgullo. No iba a ser fácil acostumbrarse a vivir en un lugar así. Por escaso que fuera el tiempo que me quedara.

Justo cuando aparcaba el coche en nuestro depósito de vehículos, me sorprendió con un anuncio inquietante:

—Dentro de unas horas hará una semana que desapareció.

Capítulo 8

La despertaron dos necesidades contrapuestas: la sed y las ganas de orinar.

Pocas horas antes, él le había propuesto ir a tomar una copa, pero ella no quería dejarse ver con él por la ciudad, por eso le había pedido que la llevara fuera de Lleida. Ella sabía de un *pub* discreto, en un pueblo tranquilo... Llegados a Alfarràs, ella había sacado una petaca de su bolso y había simulado un trago. Él había cogido de sus manos la petaca y había bebido largamente. Ella le comentó que se sentía a gusto, que condujera un rato más, hacia algún rincón tranquilo. Él había asegurado que desconocía la zona y ella lo había guiado hacia aquel bosque. Conducía inseguro, entre risas, como cediendo a la locura de que una chica tan joven lo estuviera arrastrando hasta el mismo corazón de las tinieblas.

Ahora llevaba horas atrapada en aquel coche, y el polvo y la tensión habían dejado un desierto en su garganta. Necesitaba desesperadamente llevarse a la boca algo líquido. A las punzadas que notaba en la parte oculta de su pie izquierdo y al frío que avanzaba poco a poco como una gangrena por su cuerpo, ahora tenía que añadir la sed y el agarrotamiento. Doblando la cintura tanto como el dolor le permitía, consiguió extender la mano hasta el límite de la ventana del conductor, hasta donde llegaban algunas ráfagas de lluvia. Cuando sintió que su mano se mojaba, se la llevó a la boca para humedecer la lengua. Sintió un alivio instantáneo. Desde luego no era una botella de agua mineral ni una de esas bebidas isotónicas que disfrutaba después de cada sesión de natación, pero repetir aquella burda operación le permitiría soportar la sed. El verdadero problema se plantearía cuando dejara de llover y no alcanzara nada con lo que humedecer su lengua. Maniobrando con suma prudencia, llevó su mano derecha hasta uno de los pies del cadáver del conductor y forcejeó con él hasta conseguir arrancarle el zapato. Después lo situó junto a la ventanilla con la esperanza de que la lluvia lo fuera llenando poco a poco de agua. Era un recipiente burdo y asqueroso, cierto, pero podía significar la frontera entre la vida y la muerte. Intentó repetir la operación con el otro zapato de su acompañante, pero quedaba demasiado lejos de su posición y, tras varios intentos de llegar hasta él, se dio por vencida.

Su segundo problema inmediato era evacuar la orina. Tal vez pudiera levantar las nalgas lo suficiente para desplazar sus bragas hacia arriba, pero en cualquier caso su posición provocaría que la orina acabara descendiendo a lo largo de su cuerpo y empapase falda, blusa, cazadora y hasta su melena. La perspectiva de sentirse bañada en su propia orina le provocó una arcada. Decidió apretar la entrepierna y aguantar hasta donde las fuerzas le alcanzasen.

A pesar de que había encajado su último intento de liberación como una cuchillada que hubiera recorrido desde los dedos del pie y hubiera zigzagueado a través de su abdomen, su torso y su cara hasta el último rincón de su cerebro, procuró convencerse de que no le quedaba otro remedio que encontrar la manera de liberarse. En ello le iba la vida. Cuando apoyó su mano derecha en el suelo —que en realidad era el techo del coche— para buscar una posición más cómoda desde la que realizar una presión más eficaz, descubrió que un hilo de agua de lluvia se abría paso hacia ella. Pensó que tal vez no le hiciera falta recurrir al asqueroso zapato de un cadáver para conseguir beber. Después se concentró de nuevo en la operación de liberar el pie trabado. Intentó levantar la pierna con todas sus fuerzas, se ayudó con las dos manos y empujó el asiento con el pie derecho, pero ni siquiera consiguió relajar la presión de aquel cepo. Era un animal cazado. Recordaba que su padre, que era cazador, le había explicado que algunas bestias salvajes eran capaces de arrancarse la pierna apresada en una trampa para conseguir huir. ¿Podría ella realizar un acto tan terrible, tan desesperado? Volvió a escuchar la voz de su padre, siempre afilada y glacial, apremiándola a seguirla por un camino pedregoso o a arrancar con más convicción las patatas de un huerto miserable, o a apilar en los bajos de la casa la leña que una furgoneta había abandonado ante la puerta del almacén allá en el pueblo, en la montaña... «Deja en paz a la chica», protestaba su madre. Y su padre callaba, pero no aflojaba la mirada, en la que ella leía una decepción de años, el dolor de no disponer de otros brazos poderosos para domesticar aquella tierra salvaje y caprichosa, la decepción de no tener un hijo varón a quien legar tanto sudor, tantos consejos. En esos reproches callados ella había aprendido el valor de la fuerza y la tenacidad. Ahora no podía dejarse vencer.

Cuando decidió concederse un respiro y volvió a apoyar la cabeza en el suelo, notó que algo empapaba su pelo. Pensó que el agua de lluvia había elegido un cauce inoportuno. Se concedió el capricho intempestivo de encender el móvil. Eran las tres de la madrugada del día 1 de noviembre.

La noche de los muertos. El momento de las almas en pena. A pesar de que siempre se había considerado muy miedosa, los espectros, fantasmas y seres del ultramundo que pudieran haber salido esa noche a desfilar por el bosque le

parecieron el menor de sus males. Enfocó la luz del aparato hacia el hueco oscuro que había sustituido al parabrisas, pero no consiguió distinguir nada. Tal vez el leve movimiento de una rama. Quizá un destello, la luz de la luna de repente reflejada en una gota de agua de lluvia. Más allá del pequeño cono luminoso que generaba su teléfono móvil, la oscuridad parecía tener una consistencia de piedra. Cuando consiguió dirigir la débil luz hacia la superficie sobre la que se apoyaba, pudo observar que no se hallaba en mitad de un torrente, sino de una laguna. El agua que entraba por las ventanas sin cristal había empezado a acumularse en el interior del coche. Resultaba lógico. Había elegido aquel lugar porque era una especie de pozo del que, aun en el caso de sobrevivir a la caída, costaría salir. Si arreciaba o llovía durante muchas horas, el agua caída por los alrededores podía acabar acumulándose precisamente allí.

Constatar el carácter voluble de la fortuna le infundió una dosis de ánimo que se tradujo en una sonrisa apenada. La muerte se había propuesto usarla para entretenerse. Solo unos minutos antes contemplaba un fallecimiento por causa de la sed y ahora se veía obligada a barajar la posibilidad de perecer ahogada. El mundo estaba construido a base de ese tipo de paradojas. El amor acababa convertido en odio. El ignorante pontificaba. El servidor público se ocupa de servirse a sí mismo. El avaro acalla su conciencia con un acto de generosidad extrema. Tal vez ella misma fuera estudiada algún día en las universidades de todo el mundo como ejemplo de las contradicciones que la vida nos ofrece: la asesina, metódica e implacable, que por un descuido acaba provocando su muerte.

Capítulo 9

Jueves, 8 de noviembre

Aunque había estado a punto de ir a esconder mi aburrimiento en alguna casa de mala reputación, me había tumbado en mi cama y hasta las tres de la madrugada había entretenido mi insomnio con una novela de Núria Perpinyà y escuchando la *Medea* de Cherubini. Después había apagado la luz y había continuado con los ojos abiertos durante una eternidad. Pensaba en el color de mi orina. Los ruidos de la casa no ayudaban a conciliar el sueño. Eran ruidos nuevos, raros. Desconocidos. Seguro que la vecina del rellano era una asesina en serie que por la noche despiezaba a sus víctimas y las diluía en la bañera con ácido sulfúrico. Especulé con todas las posibilidades criminales de mi anciana vecina hasta que el puro agotamiento venció mis párpados. Pensamientos, recuerdos y sueños tejieron una sensación de irrealidad que me paseó ante la mujer más bella del mundo que lloraba ante mi ataúd y me mostró el rostro amoratado de mi padre reprochándome de forma enfurecida no sé qué minucia y una anciana me golpeaba en la cabeza con una vieja sartén y yo me puse a pensar que el mundo merecía un dios más generoso y la vieja me dejó ante la puerta de una iglesia solo y lloroso hasta que el abrazo de mi madre evaporaba de repente todos los miedos, justo en el momento que eligió el despertador para sonar.

Intenté encontrar alguna excusa de emergencia para no ir a trabajar y todo lo que se me ocurrió me pareció triste y vulgar. Podía decirle a De Gea que me estaba muriendo, pero era casi como darle una alegría, así que me levanté con la sensación de no haber descansado ni un solo segundo. Lo primero que hice fue poner a toda hostia el «Coro de soldados» del *Fausto* de Gounod, una apuesta habitualmente segura para levantarme la moral. Ni por esas. Me dejé licuar durante mucho rato bajo la alcachofa de la ducha, me tomé un zumo de naranja con un chorro de ginebra y me fui a la comisaría dando un largo rodeo, con la esperanza de que el aire fresco me devolviera la consciencia de la realidad. Me senté en mi mesa vencido y aún buscando a marchas forzadas una excusa que me permitiera regresar a mi cama a seguir no durmiendo. Habría cerrado los ojos y habría acomodado mi cabeza entre las carpetas

polvorientas de no ser por el aroma de café que llegó a perfumar mi duermevela.

—¿Has pensado en lo que vamos a hacer?

Azucena había plantado una taza de café humeante ante mi cara y me miraba con aquella simpatía chillona que incitaba al asesinato. Le había prometido pensar en nuestra investigación, pero por supuesto no le había dedicado ni un solo segundo. No tenía ningún argumento esperanzador que ofrecerle.

—No he podido quitármelo de la cabeza en toda la noche. Y tú, prima, ¿ya has pasado tu informe a nuestro amado subinspector sobre mi vida licenciosa y mis desatinos profesionales?

—Por supuesto, sargento. Es lo primero que hago cada mañana. No te dejes impresionar porque te tenga lista una taza de café. En realidad soy una arpía sibilina y traidora.

—Mi primera mujer preparaba unos cortados estupendos. No sé cómo los hacía, pondría bilis o mala leche, pero la espuma le ocupaba media taza. Siempre sospeché que intentaba envenenarme con lavavajillas.

Mentira, por supuesto. Mi primera mujer había intentado matarme llenando mi vida de infusiones de hierbas medicinales y la promesa de una vida sana, lo cual siempre me pareció de una perfidia desmedida y condenable. Pareció divertido un mes aproximadamente. Pero la vida sana aburre un montón.

Si me había acostumbrado a mentir sobre mi vida no era como medida defensiva ante la gente que me rodeaba ni por deseos de notoriedad, sino por pura vergüenza. Mi existencia había sido un asco, continuaba siendo un asco y, si se alargaba lo suficiente, seguro que seguiría siendo un asco. No es que eso me quitara el sueño, porque uno se acostumbra a casi todo y un día decide que ya no sabe vivir de otra forma. Pero de ahí a compartir las miserias con la primera desgraciada que te presta sus orejas había un buen trecho. A veces me sorprendía a mí mismo creando para mis colegas invenciones absurdas e innecesarias. Tal vez su único propósito fuera abrir puertas hacia otras vidas posibles, como si la realidad que me había tocado en suerte fuera un castigo inmerecido. Mentir era un ejercicio creativo, barato y saludable, un divertimento. Casi un rasgo de normalidad.

—¡Vaya —se exclamó la agente—, tú sí que sabes sacar lo mejor de las personas que te rodean!

—Menos guasa, niña.

El café estaba perfecto. Hasta llegué a pensar que podría acostumbrarme a trabajar junto a aquella sonrisa de postal de Navidad, siempre y cuando viniera acompañada de una taza de café como aquella.

—Sargento, mi madre insiste en que lo arrastre a nuestra casa para comer

uno de sus guisos. Tengo que advertirle que crean más adicción que la heroína. Si prueba uno le va a costar desengancharse, palabra.

—No dudo que mamá sea la fundadora de la nueva cocina ilerdense, prima. Pero la vida familiar me produce malas digestiones. Descubrir que he llegado a una ciudad llena de tías, sobrinas y demás parientes no es un golpe fácil de encajar.

—Ya veo. De todas formas debe saber que no voy a rendirme. Tarde o temprano lo pillaré en un momento de flojera y cederá, es inevitable, una de las leyes más simples de la física. Si liquidara el asunto lo antes posible se evitaría mucho desgaste. —La dulzura del tono de su voz me erizó la piel por un segundo. Intenté ignorarla—. ¿Y qué me dice de nuestro asunto, sargento?

Por mucho que no tuviera nada importante que decirle, agradecí el cambio de rumbo de la conversación.

—No tenemos nada —dije impostando una mueca de pesar—. Ni una llamada de auxilio, ni un testigo que pudiera dar fundamento a la hipótesis de un secuestro, ni una triste carta con una petición de rescate. No tenemos una queja formal, ni una mancha de sangre, ni la sospecha de un crimen pasional. Por no tener, no tenemos ni permiso para investigar. Tal vez lo mejor que puede hacer tu amiga Berta es comunicar a los padres de María Asunción que su hija ha desaparecido y que estos presenten una denuncia. Se abrirá un expediente, asignarán el caso a un responsable y los agentes que lo investiguen, como mínimo, podrán trabajar en buenas condiciones. Nosotros no podemos hacer mucho más sin llamar la atención.

Mi angélica prima me dedicó una mirada que habría hecho achantarse al convicto más desalmado de la prisión de Lleida 2. No protestó ni apeló a nuestro deber de policías ni buscó la manera de entermecerme. Sus palabras sonaron como cubitos de hielo en un vaso vacío, sin ningún matiz de sentimiento.

—Yo no voy a abandonar a esas chicas, sargento. Desde ahora quedas liberado de nuestro acuerdo. Ya me las apañaré. Solo dime qué debería hacer un investigador que quisiera seguir con el caso.

Refunfuñé unos instantes. Mi segunda esposa usaba esa misma técnica de víctima ofendida cuando pretendía obtener de mí cualquier minucia. Solía darle buen resultado.

—¡Joder, prima! No creas que quiero escaquearme. Sencillamente, no tenemos una mierda. Nada, lo que se dice nada. Es absurdo que nos veamos obligados a escondernos para poder seguir dando palos de ciego. Esa chica llamará cualquier día desde la otra punta del planeta para decir que le apetecía tomarse unas vacaciones con su nueva amante, y todo esto no habrá sido más

que una tocada de huevos y una pérdida de tiempo.

Azucena empezó a recoger algunos papeles y no varió ni un ápice la dureza de la expresión de su cara. Ni los últimos sorbos de café consiguieron aplacar mi mal humor. ¿Dónde coño aprenden las mujeres a hacer eso?

—No te pido que me ayudes. Ya seguiré yo sola.

¡Y yo que al aceptar ese destino había hecho el firme propósito de seguir las normas y no meterme en problemas! Tal vez el problema fuera yo.

—Está bien, está bien —claudiqué masticando poco a poco la rabia. Sabía que ceder era la demostración de un punto débil por el que iba a poder atacarme cuando le viniera en gana—. Voy a dedicarle un par de días, ni uno más. Sé que no servirá de nada, pero al menos no tendré que aguantar esos morros de niñata consentida. Si no encontramos ningún hilo interesante del cual tirar, yo me apeo y te abandono. ¿Entendido?

No dijo ni que sí ni que no, ni mostró ningún indicio de satisfacción o de victoria. Se limitó a sentarse de nuevo y a esperar con cara de fastidio mis palabras.

—Tal como lo veo... —continué sin demasiada fe—, si no tienes la evidencia de un delito ni nada concreto a lo que aferrarte, solo te queda renunciar al método científico y tratar de formular hipótesis que no se desprendan lógicamente de los pocos datos concretos de los que disponemos, basta con que sean meras posibilidades.

—Posibilidades... —repitió de una forma mecánica, como si ni siquiera estuviera planteándose su significado—. ¿A qué te refieres?

Me llevé la mano a los ojos y me apliqué un suave masaje. Necesitaba alguna idea que me sacara del apuro. Estaba demasiado cansado y me costó encontrar un clavo ardiendo al que aferrarme.

—Por ejemplo, partir de la hipótesis de que la agresión a Elia y la desaparición de María guardan algún tipo de relación.

—¿Y la guardan?

—No lo sabemos, por eso es una hipótesis. Pero sobre esa violación sí podemos intentar descubrir alguna cosa, mientras que en el asunto de la desaparición estamos en un callejón sin salida.

—Bien, ¿qué más?

Más palos de ciego.

—Bueno..., otra forma de encarar el asunto es que elaboremos una lista de las alternativas que tenemos.

—¿Y qué alternativas tenemos?

La chica no colaboraba lo más mínimo. Habría estado bien que pusiera algo de su parte. Intenté concentrarme en salir del berenjenal donde me había

metido, aunque el aroma a desinfectante que llegaba de los servicios tampoco ayudaba en absoluto.

—A ver, primera hipótesis: que la chica se haya ido por su propia voluntad para escapar de un novio o una novia agobiante, de unos padres controladores o de una compañera de piso tocapelotas... En ese caso lo único que estamos haciendo es perder el tiempo, pero también es cierto que tenemos tiempo de sobra y no hacemos mal a nadie.

—Esa es la actitud, sargento —comentó, todavía con un timbre de voz que helaba la sangre.

—Segunda hipótesis: que la tal María Asunción haya sufrido algún tipo de accidente de coche o se haya intoxicado con una mariscada o se haya dado un golpe en la cabeza y esté inconsciente y sin identificación en alguna cama de hospital.

—Se dejó el carné en casa. Tal vez alguien la esté cuidando sin saber quién es. También podría estar herida y tirada en una cuneta.

—Por supuesto, pero en ese caso nuestro trabajo también resultaría inútil, porque no sabríamos ni por dónde empezar a buscar...

—Además, si hubiera tenido un accidente, difícilmente la encontraríamos con vida después de una semana.

—Sí, sería difícil. Y llegamos a la tercera y única alternativa en la que creo que nosotros podemos intentar intervenir: que nuestra chica desaparecida esté siendo retenida en contra de su voluntad.

—¿Y cómo vamos a intentar localizar a un secuestrador que ni siquiera sabemos si existe y del que no tenemos ninguna pista?

Esquivé su mirada. Todo aquello estaba resultando una completa pérdida de tiempo. ¿Por qué cojones no la mandaba a la mierda y me dedicaba a aburrirme a gusto con mi caja mohosa de casos antiguos?

—Bueno, existe la posibilidad de que no sea la primera vez que la persona que la mantiene retenida haga una cosa parecida —aventuré sin mucha fe.

—Comprendo —pareció ablandar su expresión—. Y eso significa que podemos empezar buscando en la base de datos referencias a otros casos que hayan supuesto la desaparición de alguna chica.

—El procedimiento habitual suele ser, primero, comprobar la situación de personas que hayan sido condenadas por delitos parecidos; en segundo lugar, revolver entre los casos archivados por si hay algún expediente que presente unas características similares. La acción más desesperada es preguntar a los policías más viejos del lugar si recuerdan algún caso que incluyera una joven retenida contra su voluntad...

—Bien, vayamos paso a paso. Primero llamaré a clínicas y hospitales para

descartar tu segunda alternativa. Después podría volver a hablar con Berta y descubrir si sabe algo del asunto de la violación de su predecesora.

—Muy bien. Yo necesito que el intendente y el subinspector me vean trabajar por aquí. Así que cumpliré disciplinadamente con mi deber y buscaré algún caso antiguo que guarde alguna similitud con el que nos ocupa. ¿Te parece?

No conseguí un perdón incondicional, pero al menos logré que mi guardiana rebajara su cabreo y apuntara de nuevo un amago de sonrisa. No es que me importara mucho, pero resultaba desagradable ver aquella carita enfurruñada. Además, no negaré que sus informes al subinspector podían facilitarme la existencia.

La chica regresó a su mesa y la vi trabajar con una dedicación que casi consiguió emocionarme. Me pregunté en qué momento de aquellos últimos años yo había perdido aquel entusiasmo y aquellas ganas de hacer todo lo posible por ayudar a otra persona.

Intentando no llamar demasiado la atención, abrí una ventana de mi ordenador y me puse a consultar en la base de datos la lista de mujeres desaparecidas de los últimos años. No había mucho donde hurgar y acabé en apenas unos minutos. Puesto que Azucena seguía enfrascada en aquella laboriosidad cargante, me animé a levantarme y acudir a la mesa de un compañero al que no conocía de nada a preguntarle cómo podía obtener una lista de cadáveres de mujeres jóvenes sin identificar. Al tipo le costó entenderme. Cuando lo hizo, se partió de risa ante mis narices.

—Esto no es Barcelona, colega. Si tuviéramos el cadáver de una chica sin identificar estaríamos en la portada de todos los diarios. A la gente de la capital le gusta pensar que residir en provincias es casi como vivir en la selva y que aquí se cometen crímenes atroces, porque eso les permite soportar el precio exagerado de sus pisos de mierda, los atascos de hora punta y el aire contaminado de la metrópolis. Por eso cuando aquí tenemos algún asesinato con un poco de morbo enseguida aparecemos en los titulares de los telediarios y se habla de nosotros como de un submundo lejano y peligroso. Para conseguir ese mismo protagonismo, en el barrio del Raval de Barcelona tendrían que despellejar vivo al presidente de la Generalitat. Y ni aun así...

Un poco avergonzado, regresé a mi espacio premingitorio y me puse a consultar las bases de datos del ordenador y a remover carpetas, a seleccionar informes y a hojear expedientes sin demasiadas esperanzas de encontrar nada estimulante. La mayoría eran delitos con historias estúpidas y predecibles, sin apenas interés: ciudadano con pasaporte colombiano huye tras maltratar brutalmente a su esposa tras un ataque de celos: paradero desconocido; atracador de sucursal bancaria forcejea con un guardia de seguridad y un

cliente, que acaban heridos: paradero desconocido; empresario vacía la cuenta de su fábrica de tubos de riego y huye con su joven contable: paradero desconocido...

Cuando el polvo estaba a punto de obturar mis bronquios de manera irreversible, el aburrimiento y la desidia se desvanecieron de golpe. En el interior de una carpeta, la foto de la joven Maria Dolors Ballesté sonreía a una cámara de unos cuantos años atrás. Era una cara alargada, con una peca en la mejilla. Agradable, sin llegar a guapa. Tenía los ojos claros y un cabello largo y de un rubio resplandeciente. La chica, una estudiante de ingeniería forestal de diecinueve años, había desaparecido el día 15 de octubre de 2006. Era hija de unos payeses adinerados y tenía todo un historial de actitudes rebeldes y de enfrentamientos con sus padres, de manera que, ante la ausencia de pistas sólidas que apuntaran hacia otra alternativa, se concluyó que la chica se había pirado voluntariamente. Sin embargo, solo un mes después de su desaparición se encontró su cuerpo muy cerca del bosque por donde se la había estado buscando. El informe forense era preciso: «presenta surco de 2,4 centímetros compatible con ahorcadura, congestión y edema en el cuello, hemorragias puntiformes en las escleróticas, congestión y edema de pulmones...». La conclusión era que la chica había muerto por ahorcamiento, aunque las fotos de su cuello no presentaban la típica abrasión que produce una cuerda, sino una rojez más ancha y uniforme. Sin embargo, quizá los detalles más llamativos fueran las múltiples muestras de cautiverio: una palidez extrema, unos pocos hematomas no muy ostentosos, marcas de rozaduras en muñecas y tobillos y síntomas de desnutrición.

El informe estaba redactado con prisas y sin muchos de los detalles que parecía lógico que estuvieran consignados. A pie de página podía leerse claramente la firma de un tal sargento Ramón Sainz de Heredia. Pregunté por él a uno de los mossos que trajinaban papeles por la comisaría y me señaló a un tipo casi calvo y muy delgado, de ojos saltones, que se desperezaba aburrido ante la pantalla de su computadora. Me pareció correcto ir a comunicarle que estaba revisando aquel caso y a escuchar sus impresiones. Apenas leyó el nombre que figuraba en la carpeta que dejé sobre su mesa, el tipo se dejó vencer sobre el respaldo de su silla y se colgó una de esas sonrisas que pretenden ofender.

—Así que nos han mandado a un listillo de Barcelona para recordarnos que somos incapaces de resolver nuestros casos.

No era un inicio muy prometedor. Segundo intento:

—Mira, sargento, solo quiero...

—Cuando en Barcelona la mierda les sube por el retrete, nos la mandan a

provincias para que la aireemos.

Al parecer, en esa comisaría todo el mundo suponía que en Barcelona iban sobrados de mierda. El tono y la cara del sargento pretendían ser un desafío. Aquel idiota no sabía que me costaba poco aceptarlos. Tercer intento:

—Te agradecería que me dijeras...

—Un tipo tan listo como tú debería valerse sin la ayuda de unos compañeros que no le llegan a la suela del zapato...

Hasta ahí.

—Mira, tarado de mierda, el intendente me ha pedido como favor personal que investigue esta birria de caso porque está seguro de que el sargento que lo llevó era un puto inútil. A mí personalmente me la traía floja, pero ahora voy a hacer bien mi trabajo aunque solo sea para joderte. Después pasaré un informe detallado a mi subinspector donde quedará muy claro si he contado o no con tu puta colaboración.

Mi cara de cabreo debió de resultar convincente, porque el tipo se había incorporado en su silla casi de un salto y había borrado su estúpida sonrisa.

—¿Qué cojones quieres? —gruñó de mala hostia—. Todo lo que necesitas está escrito en ese informe.

—Aunque ya sé que no me va a servir una mierda, quiero oír tu puta opinión de tarado incompetente.

El tipo dudó un segundo. Mantuvo su mirada de asco para dejarme claro que hablaba por sentido del deber, pero que a partir de entonces podía contarme entre sus más aguerridos enemigos y que sobre todo vigilara bien mi espalda. Después de todo, tal vez no fuéramos tan diferentes. Hasta tuve la tentación de sentir un acceso de simpatía por él.

—No hay mucho que te pueda explicar —comentó con enfado—. La chica vivía aquí, en Lleida, y estudiaba en la facultad de Agrónomos, pero se la tragó un bosque cercano a Castillonroy, que pertenece a la comunidad de Aragón, y tuvimos que compartir la investigación con la Guardia Civil, lo que supuso una fuente inacabable de problemas. Al parecer, la chica se volatilizó mientras hacía no sé qué prácticas para una asignatura sobre enfermedades de los árboles o alguna mierda parecida. Los últimos que la vieron fueron los dos compañeros de clase que la habían acompañado hasta allí, un chico y una chica de la misma edad y que cursaban la misma asignatura. La habían perdido de vista hacia las diez de la mañana y la esperaron junto al coche del compañero hasta bien entrada la tarde. Como no se presentó, vinieron a denunciar la desaparición a esta comisaría. Pero la parte de bosque en la que presuntamente había desaparecido pertenecía a la comunidad de Aragón... ¡Un jaleo burocrático! Hasta el día siguiente no se montó la operación de búsqueda. La

Guardia Civil halló la mochila de la chica, que solo contenía una botella de agua mineral, medio bocadillo y un montón de bolsitas de plástico con las muestras de cortezas que la estudiante había recogido, pero nada más. Ni huellas, ni sangre, ni ropas... nada. Se suponía que la chica llevaba una navaja en la mano para arrancar los trozos de corteza, pero nunca apareció.

—¿Y sus compañeros?

—Barajamos la posibilidad de que por venganza, envidia o vete tú a saber por qué la hubieran matado y se hubieran deshecho del cuerpo en un barranco o la hubieran enterrado. Pero buscamos a conciencia, con perros y todo, y no hallamos ni un solo indicio. Tampoco pudimos intuir ningún motivo y, según declararon otros compañeros y profesores, ni siquiera tenían un trato habitual entre ellos. También especulamos con la posibilidad de que se hubiera perdido o que se hubiera golpeado accidentalmente en la cabeza, se hubiera desorientado y hubiera deambulado entre los árboles, pero el bosque ni siquiera era de una gran extensión... La tercera posibilidad era que algún maníaco obsesionado con ella la hubiera seguido y raptado o que alguien que quisiera sacarles dinero a sus padres se la hubiera llevado, pero, hasta donde nosotros supimos, nadie llegó a pedir jamás un rescate.

—Has dicho que sus padres tenían pasta...

Puesto que el recuerdo de los detalles del caso había parecido ablandarle el ánimo, dedicó unos segundos a recuperar su mejor mueca de enfado. Debió de creer que su sentido del deber no le exigía tanta locuacidad.

—¡Joder, léete el puto informe!

—Me gusta tu voz.

Supongo que leyó en mis ojos que no iba a deshacerse de mí tan fácilmente y decidió continuar.

—Vigilamos las cuentas de los padres por si intentaban reunir algún dinero para pagar un rescate, pero nada... estoy seguro de que nadie intentó sacarles pasta. Por último, quedaba la posibilidad de que la chica hubiera decidido salir corriendo solita hacia otro tipo de vida. Pero era muy poco probable, porque no había sacado ni un euro de su cuenta privada. Además ¿de qué iba a escapar? Al parecer, tenía éxito entre los chicos, aunque no tuviera un novio fijo; sus padres estaban forrados y no parecían especialmente controladores o exigentes... Puesto que tenía fama de niña malcriada que reclamaba atención, consideramos la posibilidad de que estuviera montando un numerito. Ya sabes... ¡Mirad qué mala soy!, y todo eso. Algunos incluso apostamos sobre cuántos días tardaría en presentarse harta de tanto reírse de nosotros y de sus padres... Pero nos equivocamos, ¡vaya si nos equivocamos! —dijo con una mueca que se había desplazado del cabreo a la rabia—. Cuando ya habíamos

perdido toda esperanza de resolver el enigma y estábamos a punto de dar carpetazo al asunto, va y aparece el cuerpo de la chica en un rincón del bosque por el que habían buscado varias patrullas con perros rastreadores.

—Alguien había ido a dejarla allí...

—La Guardia Civil halló unas cuantas huellas, pero resultaron irrelevantes, porque era temporada de caza y por allí cruzaban jabalíes, perros y muchos cazadores. Quienquiera que fuera el que la secuestró y la mató, debió de devolverla por la noche al lugar donde la había capturado, para evitar el riesgo de coincidir con algún espectador no deseado. Por eso pensamos que el responsable sería alguien que conocía bien la zona.

—Para trasladar el cuerpo necesitaría un vehículo.

Resopló un par de veces para dejar constancia del infinito aburrimiento que mi compañía le producía.

—La Guardia Civil hizo bien su trabajo. Tomaron huellas de tres tipos de neumáticos por los caminos más cercanos. Pero eran marcas confusas, poco concluyentes, y encima no teníamos nada con que compararlas. Habíamos recuperado el cuerpo, pero continuábamos en blanco. No teníamos sospechosos, ni móvil, ni siquiera una idea aproximada de lo que había pasado... ¡Nada...! Tras un mes y medio de rompernos los cuernos, no teníamos nada de nada. Entonces fue cuando descubrimos el vídeo.

—¿Qué vídeo? —pregunté extrañado.

—¡Joder! Se supone que has revisado el expediente...

—protestó con un enfado que parecía sincero—. Lo dejé grabado en un cedé. Ha de estar dentro de la carpeta... Cuando ya habíamos decidido tirar el informe a la papelera de los casos que jamás resolveríamos, el hermano de la chica lo descubrió en internet y vino corriendo a enseñárnoslo. Alguien lo había colgado de manera anónima en YouTube. Era una filmación muy rudimentaria y lúgubre. Se veía una chica desnuda y amordazada, completamente aterrada. De hecho, la cámara se recreaba en la expresión de pánico de sus ojos. Todavía sueño con aquella mirada de vez en cuando. Aun así, la calidad de la imagen era muy mala y ni siquiera llegamos a determinar con absoluta seguridad que se tratara de la pobre Maria Dolors. Y eso fue todo. Intentamos descubrir quién había subido ese vídeo a la red, pero quien lo hubiera hecho había tenido mucho cuidado en no dejar ninguna huella. Investigamos al hermano, a los padres, incluso al profesor que sabía que los chicos estarían precisamente en ese bosque realizando la práctica que les había mandado. Nada de nada. El asesino tuvo que ser un tipo inteligente y muy cuidadoso. Si tuvo que cargar con el cuerpo de ella, casi con toda seguridad se trataba de un hombre. Es poco probable que fuera cosa de un grupo de

personas, porque habría llamado la atención de los compañeros de la chica. Quienquiera que lo hiciera también demostró tener un gran dominio de la informática o acceso a alguien con los conocimientos suficientes. Como puedes ver, aquí no nos chupamos el dedo... hicimos bien nuestro trabajo... pero la verdad es que ni siquiera llegamos a tener un sospechoso convincente.

Aquellos recuerdos poco agradables le habían hecho desaparecer el rictus de desprecio. Pude reconocer una sensación que yo había vivido tantas veces: la frustración después de una investigación concienzuda pero poco provechosa. Casi tuve la tentación de compadecerlo.

—¿Y tú qué crees? —lo interrogué, consciente de que a menudo las sensaciones explican más que las pruebas.

—¿Creer? —sonrió dejando que la burla regresara a su cara en forma de sonrisa—. Hace tiempo que he perdido la fe, colega. No creo en nada. Y si creyera, tú serías el último ser vivo a quien se lo confiaría.

—Ya, me rompes el corazón —dije a modo de despedida.

No tenía muchos argumentos para pensar que el caso de Maria Dolors Ballesté y el de María Asunción Burgués estuvieran relacionados de alguna forma, pero busqué el cedé entre los papeles de la carpeta, me senté ante mi ordenador y me dispuse a contemplar la filmación. En realidad, no había mucho que ver. Cuatro minutos y veinticinco segundos de grabación en los que una cámara presentaba un plano general de una chica desnuda y sentada en una silla a la que estaba atada con los brazos a la espalda. No presentaba heridas visibles. La cámara, a veces temblorosa, se acercaba lentamente y ofrecía un primer plano de su rostro, parcialmente tapado por una cinta plateada muy ancha que le sellaba la boca. La película se entretenía sobre todo en los ojos de la chica, claros, tensos, muy abiertos, lacrimosos... la pura imagen del terror. No era de extrañar que el capullo de Sainz de Heredia todavía soñara con ellos por la noche. La sala donde se había grabado aquella escena debía de estar completamente a oscuras, por lo que no se podía reconocer ningún objeto o pared que ayudara a identificar el tipo de local. La luz procedía de un único foco no demasiado potente y que llenaba de sombras muchos de los planos. Parecía lógico que les hubiera resultado difícil convencerse de que aquellas imágenes tenebrosas correspondían a la chica desaparecida.

Había visto cosas mucho más desagradables a lo largo de mi carrera policial, pero de todas formas aquella mirada de terror me disparó por las nubes los niveles de mal humor. ¿Por qué había tanto tarado cabrón por el mundo? ¿De dónde surgía la chaladura que hacía que algunos tipos disfrutaran contemplando el pánico? Yo ni siquiera era capaz de ver acabar esas películas de serie B donde fantasmas, vampiros o licántropos burdamente caracterizados

inspiran más risa que miedo.

Durante un buen rato procuré memorizar los detalles de aquel viejo caso. Leí las declaraciones de padres, compañeros, amigos y profesores, miré con lupa las fotos del escenario donde se encontró el cadáver y de las marcas del cuello y las muñecas, y estudié con detenimiento el informe de la autopsia... Me fijé en una nota manuscrita, seguramente del sargento Sainz de Heredia, que destacaba que se había tratado a la chica, varias veces, de cuadros depresivos. A pesar de ello, en la sangre de la víctima no habían hallado residuos de ningún tipo de narcótico.

Había otra nota, firmada por un psicólogo de la policía, que especulaba con el perfil del tipo que debía de haber retenido a la desafortunada chica. No suelo confiar mucho en esos ejercicios de ficción que elaboran los loqueros, porque casi siempre son genéricos y poco concluyentes y, en caso de que la pifien, contribuyen más a despistarte que a ayudarte en la investigación, pero de todas formas lo leí. Hablaba de un tipo frustrado, que seguramente se relacionaba mal con las mujeres y que creía que el mundo le debía alguna cosa, por lo que resultaba plausible que tuviera algún tipo de defecto físico o que hubiera sufrido alguna desgracia o pérdida dolorosa que el personaje no había conseguido superar. Exhibir el vídeo en internet le permitía demostrar que podía salir impune de aquella atrocidad. Según el psicólogo, era fácil que un acto como ese se volviera a repetir.

Me concedí el descanso de ir hasta la máquina de café mientras valoraba si todo aquello tenía algún interés para el caso que llevaba clandestinamente con mi compañera. Cuando regresé a mi mesa de trabajo, no pude sacudirme de encima la sensación de que el capullo de Sainz de Heredia no me quitaba el ojo de encima. Me preguntaba si realmente valía la pena seguir escarbando en aquel barrizal.

Sin mucha convicción, abrí el navegador de mi PC, entré en YouTube y escribí «chica atada» en el buscador. Me sorprendió ver la cantidad de vídeos colgados que mostraban a jóvenes maniatadas y maltratadas. Algunos eran claras simulaciones o parecían bromas, pero muchos mostraban el dolor con todo detenimiento y mucho regodeo. Decididamente, el mundo estaba chalado. Escogí palabras de búsqueda más precisas y perdí unos cuantos minutos mirando algunos de los vídeos resultantes. Basura y más basura. Una exhibición de estupidez, mezclada con una buena dosis de crueldad y aderezada con toques de rudeza y de machismo salvaje. Al séptimo vídeo se me congeló la sangre en las venas. Descolgué el teléfono que tenía en mi mesa y marqué el número de móvil de la agente Artero.

—Amapola, ¿estás con Berta?

—¿Por qué demonios nunca me llamas por mi nombre?

—¿Qué?

—Que me llamo Azucena.

—¡Ya! ¿Estás con Berta?

—Me estaba explicando que no sabe nada de ninguna violación y que apenas ha coincidido una o dos veces con Elia. Al parecer, a su compañera de piso no le gustaba

hablar de una amiga que vivía en la habitación de un manicomio, aunque sea por propia voluntad. ¿Pasa algo, sargento?

Supongo que había detectado la impaciencia en mi voz.

—¿Tenéis cerca algún ordenador con conexión a internet?

—Sí, aquí delante.

—Te acabo de mandar un enlace a tu dirección de correo electrónico. Quiero que lo abras y que Berta me diga si reconoce a la persona que aparece.

No colgué. Esperé mientras hacían lo que les había pedido y al cabo de unos minutos no hizo falta que nadie me diera una respuesta. Los gritos y los lloros de Berta salieron del auricular de mi teléfono para expandirse por toda la comisaría.

Capítulo 10

La lluvia siempre le había provocado una inexplicable sensación de confort. Quizá por esa luz extraña y melancólica de los días nublados. O también porque la devolvía a una niñez simple y casi alegre. Entonces, de niña, le gustaba acurrucarse en su cama hasta notar que el calor vencía al helor de las sábanas, mientras fuera el chaparrón percutía con insistencia inofensiva sobre la uralita que cubría el corral donde su madre criaba gallinas y conejos. Las tropas del sueño avanzaban marciales a ritmo del redoble de tambores y ella se dejaba llevar con suavidad, sin resistencia.

Pero ahora la lluvia era el miedo. Un miedo agrio e hiriente, que rasgaba el alma. La muerte agazapada tras la oscuridad. Juguetona. Traidora. Caprichosa. No podía verla, solo la oía. Paciente, desalmada, implacable. Escuchaba con pavor las gotas que golpeaban los bajos del coche y las ramas de los pinos y las rocas y la maleza, porque todas se habían conjurado para venir a cubrirla y poco a poco habían ido llenando el habitáculo del coche y ascendiendo por su pelo y por su cuello, y, a pesar de que se había incorporado sobre los codos para mantener elevada la cabeza, el agua no había detenido ese avance inclemente y había seguido subiendo con tranquilidad, y aunque su pie herido, que ni siquiera se había mojado, seguía mordiéndole con rabia, ahora ya no le importaba mucho, porque el agua le llegaba ya a los oídos y apenas podía girar la cabeza sin que la boca y la nariz acabaran sumergidas en aquel líquido sucio, hediondo, que había arrastrado trozos de hierba, barro y restos de gasolina.

Gritó. O creyó gritar, porque ya todo era confuso. Tal vez había estado gritando sin parar desde hacía horas y ni siquiera podía recordarlo. Su garganta era inflamación y fuego, una herramienta estropeada, inútil. Quizá sus gritos, sin fuerzas ya para traspasar la cortina que la lluvia había corrido en torno al coche, se hundían también en el agua como mensajes de naufrago en botellas rotas.

De vez en cuando llenaba sus pulmones de aire, hundía la cabeza en el agua y la apoyaba en el suelo para poder descansar. Era una nadadora experimentada, sabía aguantar la respiración mucho rato. Durante esos

segundos, podía imaginar que estaba en la piscina y que su agotamiento era el de cada lunes y cada miércoles, cuando nadaba y nadaba contra el mundo, contra todo, contra ella misma.

La natación había sido el gran descubrimiento de su ingreso en la universidad. Por hacer un poco de ejercicio, durante el primer semestre de primero se había apuntado a un cursillo de perfeccionamiento que la Universidad de Lleida ofrecía a los alumnos que querían practicar algún deporte y ella, una chica de montaña que a duras penas había aprendido a flotar en las aguas del río, había descubierto que estaba hecha para nadar. Apenas le costó esfuerzo convertirse en la mejor nadadora del curso, aunque ella no se había apuntado para competir. La piscina le permitía abandonar el mundo y recogerse, pensar (Elia, búscame. Tienes que encontrarme). Hacía que se enfrentara sola a sus miserias sin tener que rendir cuentas. Vencerse cada día. Obligarse a un poco más. Vaciar se era una nueva forma de felicidad. Ahora, en cambio, el agua estaba a punto de cobrarle todo el placer que le había ido concediendo poco a poco.

Sentía el frío como una lija que le arañaba la piel de todo el cuerpo. Sabía que a algunas víctimas de naufragios no las arrastraba hacia el fondo la sed, los tiburones o el cansancio, sino la hipotermia. «No te dejes vencer», se dijo una vez más, aunque ya sin mucha convicción. Y encima la vejiga estaba a punto de estallarle. Ya estaba mojada y olía a cieno y gasolina, pero vaciarse iba a ser una forma humillante de derrota. Se hallaba terriblemente cansada y no podría mantenerse mucho rato en aquella posición. Deseaba abandonarse, dejarse arrullar por la lluvia y dormir. Despertar en la habitación del piso que compartía con otra estudiante de su misma facultad. Estrenar los zapatos que se había comprado la semana anterior. Visitar a su amiga del alma, salir a pasear con ella, cogerla de la mano, escuchar su voz. Cumplir el soñado proyecto de salir huyendo hacia otro mundo... Tal vez asistiría el próximo jueves a una de esas fiestas locas que siempre había considerado adolescentes, y se hartaría de bailar y cantar y beber hasta reventar o perder el sentido. Incluso las clases de didáctica, que de repente habían perdido la calificación de soporíferas, ganaban interés. Sentarse en una mesa, abrir una libreta y tomar apuntes sobre cosas que no le importaban se le antojaron de repente lujos impagables. Le pareció extraño no haberse dado cuenta antes de lo fácil que era vivir.

No sabía si era la oscuridad, el agua o el cansancio, pero tenía la certidumbre de que la vista empezaba a fallarle. La humedad, el frío y la inmovilidad habían conseguido que varias partes de su cuerpo hubieran perdido el sentido del tacto. Las nalgas y las piernas habían dejado de dolerle. El cuello y los hombros le parecían de cartón. Los codos sobre los que se

apoyaba eran pura piedra... Pero su pie seguía atrapado. Sabía que si intentaba moverlo, aunque fuera un milímetro, y la punzada de dolor le provocaba un desmayo, se ahogaría irremediablemente; si no hacía nada, el nivel del agua seguiría subiendo y también moriría ahogada. Dos alternativas para un mismo resultado constituían una disyuntiva absurda.

Notó que el pis se le escapaba y luchó por retenerlo. Apretó los dientes y por un momento creyó vencer, pero sus fuerzas se diluían poco a poco en el agua. Una agradable sensación de calor recorrió su vientre y llegó atenuada hasta sus pechos. Supo que aquello era el principio del fin. Moriría ahogada en su propia orina. Nuevas lágrimas empezaron a descolgarse de sus lagrimales y recordó haber leído un poema en el que alguien, un dios antiguo quizá, lloraba porque la mujer a la que deseaba se había convertido en árbol y sus lágrimas regaban y alimentaban el motivo de sus lloros. «Otra paradoja», se dijo. E intentó sonreír, pero no encontró las fuerzas.

Apoyó todo su peso en el brazo izquierdo y alargó el derecho hasta el cajón de la guantera donde había dejado el teléfono para mantenerlo lejos de la amenaza del agua. Abrió con cuidado la puerta para atrapar el móvil, pero no evitó que los papeles de la documentación cayeran al agua. Cuando consiguió encender el aparato, a pesar del temblor de las manos y de la dificultad para moverse, un mensaje le alertó de que las reservas de energía de la batería estaban a punto de extinguirse. Como las suyas, pensó. Pronto ni siquiera le quedaría el consuelo de esa luz mortecina, de saber la hora, de concederse la vaga esperanza de que las rayitas que medían el nivel de cobertura se iluminaran de repente.

Como si el destino hubiera decidido acortar el camino, un espasmo de frío provocó que el teléfono se le escurriera de las manos y se sumergiera en la negrura de aquel lago. Ella hundió rápidamente la mano y palpó con desesperación hasta encontrarlo. Apenas habían sido unos segundos, pero cuando consiguió alzarlo, la luz se había apagado. Intentó secarlo sacudiéndolo y frotándolo con la parte menos húmeda de la tapicería y apretó el botón de encendido, pero no consiguió arrancarle ni un destello de esperanza. Si al menos pudiera utilizar las dos manos, tal vez podría desmontarlo y secarle las tripas, pero con una sola mano, que además le funcionaba con torpeza, aquello suponía un reto imposible. La última esperanza acababa de ahogarse definitivamente junto a ella. Ahora sí, aquello era el fin.

Recordó los números que había leído en la pantalla antes de que el móvil saltara a la piscina: 6.37. No podía faltar mucho para que el sol saliera. Tal vez hasta consiguiera sobrevivir a la noche de difuntos. La última.

Capítulo 11

Jueves, 8 de noviembre

La pantalla del ordenador de mi mesa de trabajo mostraba la imagen de una chica desnuda y medio incorporada sobre una especie de camilla. Apoyada sobre la mano izquierda, miraba a la cámara con una seriedad mineral, sin apenas matices. Como en el otro vídeo, la iluminación era deficiente, casi tenebrosa, pero también le otorgaba una belleza siniestra. Era una joven de hombros y brazos un poco cargados, de nadadora, y una melena corta, morena y revuelta. Sus pechos, más bien pequeños, relucían con una palidez exagerada. Se hacía imposible calcular su altura sin ninguna referencia evidente y desde luego resultaba difícil una identificación positiva, aunque la fecha de generación del vídeo era tan reciente que perfectamente podía corresponder a nuestra desaparecida. A diferencia del vídeo anterior, las manos de la chica no estaban atadas y su boca no tenía ningún tipo de mordaza. Además, en sus ojos no había terror, ni siquiera miedo, solo un apunte de fastidio o de aburrimiento; quizá una pizca de angustia. Ni siquiera vergüenza. De inmediato pensé en aquellas chicas que había visto en uno de los viajes de mi juventud en los escaparates del barrio rojo de Ámsterdam, mujeres que exhibían su desnudez cansadamente, con una mezcla de disgusto y desafío. A pesar de su mirada ojerosa, a pesar de su evidente palidez, a pesar del hastío que se desprendía de aquel cuerpo recostado como una Olympia de Manet, en el fondo aquella posible María Asunción parecía tener la situación bajo control. Aunque resultaba imposible identificarlo, llevaba algo de color claro en el pie izquierdo, quizá una argolla o una especie de vendaje. Hacia la mitad de la película, los labios de la chica se movieron durante un instante, como pronunciando unas pocas palabras. Solo entonces me di cuenta de que la filmación no tenía sonido, lo que condenaba aquellas palabras al territorio del misterio.

—¿Está segura de que es ella? —preguntó el intendente De Gea con su inamovible cara de cabreo.

Berta, cansada y abatida, pero que había dejado de llorar desde que había entrado por la puerta de la comisaría, lo miró como si no pudiera comprender

por qué la sometían a aquella sesión de tortura.

—¡Joder! Les he dicho mil veces que la imagen no es buena, pero desde luego se parece mucho a ella.

En realidad, nadie dudaba de que fuera María Asunción. La poca nitidez de las imágenes y el deseo de estar equivocada empujaban a la chica a la prudencia.

El intendente, que por una vez había descendido desde los altares de su oficina con aire acondicionado a mi mesa de aromas nauseabundos, dio media vuelta y se retiró con semblante reflexivo. El subinspector Busquet, la agente Artero y yo nos miramos para intentar interpretar aquel silencio. Lo seguimos sin saber si era aquello lo que se esperaba de nosotros. Cuando hubimos entrado en su despacho, el propio intendente cerró la puerta y se sentó tras su mesa dejando entrever un cansancio que no correspondía a aquella hora, las doce y cuarto de la mañana.

—Claramunt, ¿quién cojones le ha dado permiso para investigar la desaparición de esa chica?

—Ni se nos había ocurrido investigar, jefe. Usted nos mandó quedarnos quietos y casi hemos sido unos floreros. Esa de ahí fuera, la compañera de piso de la desaparecida, le pidió consejo a la agente Artero, que es su amiga, y esta simplemente me lo comentó. El subinspector me había concedido el honor de repasar los casos antiguos y yo por pura casualidad estaba revisando el expediente de la desaparición y asesinato de Maria Dolors Ballesté. Se me ocurrió que podían tener algún nexo, así que me puse a revolver por internet... ¿Quién iba a imaginar...? En fin, siempre podemos ignorar el asunto e irnos a tomar un vermú.

—Así que todo ha sido una casualidad, ¿verdad? —se preguntó, suspicaz, el intendente—. ¿Usted, subinspector, no sabía nada de esto?

—Ni palabra, intendente. Lo único que sabía era que el sargento Claramunt iba a traernos problemas. Este hombre...

—Bien, bien... No es un buen momento para empezar a escupirnos. Hasta donde nosotros sabemos, no ha sido el sargento Claramunt quien ha secuestrado a esa chica...

—Muy considerado, señor.

Ignoró mi comentario con un silencio que remató perdiendo la mirada a través de la ventana. Pareció interesarse en unos nubarrones que amenazaban desde el norte. Mientras la agente y yo nos dedicábamos un guiño de complicidad y callábamos, De Gea lanzó una especie de gruñido que tal vez pretendía ser una queja por lo mal que la vida lo trataba.

—Sainz de Heredia es el único sargento que tengo libre, intendente —

explicó Busquet sin que nadie se lo pidiera—. Voy a darle el caso.

—Pero jefe —intervine—, nosotros hemos levantado la liebre. Usted sabe qué significa eso entre policías.

—Usted acaba de llegar, no sabe nada de esta ciudad y Sainz de Heredia es un investigador concienzudo y con experiencia.

—Sí, será lo mejor —confirmó De Gea.

—Pero, intendente...

—No tiene a su suerte, Claramunt.

—Nosotros hemos reunido pistas —insistí— y hemos elaborado una hipótesis de trabajo, le llevamos a cualquiera un par de días de ventaja. El investigador que coja ahora el caso va a necesitar tiempo para familiarizarse con todo... —El intendente me miró con severidad, pero no me detuvo. Dudaba, lo que nos ofrecía un leve apunte de esperanza—. Usted sabe que no hay en toda esta comisaría otro sargento con tanta experiencia como yo... Además, ese Sainz de Higuera ya la cagó en la primera investigación, la de la otra chica. ¿De verdad va a arriesgarse a que también liquiden a esta?

Era una pregunta tramposa y del todo injusta con Sainz de Heredia, quien, por muy zoquete y engreído que fuera, no podía cargar con la responsabilidad de aquella muerte. Pero en aquel momento eso me importaba un carajo. De Gea callaba y no iba a permitirle encontrar razones para dejarnos ahora tirados en la cuneta.

—Usted tiene una hija, ¿verdad? —me la jugué. Sobre su escritorio, el retrato de una adolescente rubia nos sonreía—. Si algún tarado la tuviera retenida, ¿le gustaría que los policías encargados de rescatarla se fueran pasando el expediente unos a otros? Todo indica que la rapidez va a ser vital en este caso...

Aquel envite consiguió rescatar la mirada del intendente de las nubes. Primero la dirigió unos segundos al retrato de su hija, después a la agente Artero y finalmente a mí. Durante unos segundos nos estudió con interés de entomólogo. No le debió de agradar lo que vio, porque inmediatamente devolvió su mirada a las perspectivas de lluvia que ofrecían las nubes de su ventana. Como si la maquinaria de su cerebro se resistiera a funcionar, lanzó varios gruñidos imposibles de interpretar, porque su cara continuaba siendo la estampa del mayor cabreo del mundo. Supongo que el intendente De Gea no acababa de ser del todo imbécil, pues el sargento Ramón Sainz de Heredia tampoco era santo de su devoción.

—No crea que no veo que intenta manipularme, Claramunt. Es despreciable que haya querido meter a mi hija en este asunto. Y más, porque hace cinco años que murió aplastada en un accidente de coche... Pero quizá tenga razón,

empezamos esta investigación con unos cuantos días de retraso y la celeridad va a ser un factor determinante. —Giró su silla levemente para encararse con el subinspector—. Deje que lleven el caso —sentenció.

—Pero intendente, el sargento Cla...

Un rostro repentinamente ceñudo fue suficiente para que la frase del subinspector no revelara jamás su predicado. La agente y yo intercambiamos de nuevo una mirada y no pudimos evitar una sonrisa.

—Muy bien. Mandaré a alguno de los mossos de Sort a que vayan a explicar la situación a los padres de la chica y a cerciorarse de que no hayan recibido una petición de rescate o algo así. Los haré venir a Lleida para que vean el vídeo e intenten identificar a su hija... Y para interrogarlos, por supuesto. También pondré a algún genio de las maquinitas a averiguar quién colgó ese vídeo y desde dónde se hizo. Pero mientras tanto —y ahí nos dedicó una mirada bajo cero—, ustedes me redactan un informe completo de la situación y luego van a dejarse la piel en este caso y a conseguirme resultados inmediatos o los tendré quitando el polvo a las carpetas viejas hasta que nuestra especie se extinga.

La agente y yo salimos del despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Como si enfrentarse con un secuestrador, torturador y asesino fuera el tipo de premio que cualquier persona con dos dedos de frente estuviera esperando recibir.

—¡Jolín, sargento! Con lo que te gusta tensar la cuerda, deberías haber sido funámbulo. No sé si mentar a la difunta hija del intendente ha sido una gran idea, pero he de reconocer que, contra todo pronóstico, seguimos en el caso.

Cuando pudimos regresar a nuestra mesa, nos deshicimos de Berta y nos dedicamos a ver una y otra vez aquellos dos vídeos, de los cuales, a decir verdad, no podían extraerse muchas conclusiones útiles. Para intentar decidir el camino que debía seguir nuestra investigación, me recosté en mi silla, abrí mi libreta y fui apuntando las ideas que se me ocurrían.

La primera resultaba evidente: era muy probable que María estuviera viva. Cautiva y sin duda en una situación poco agradable, pero viva. Si realmente se trataba de un secuestro, nos enfrentábamos a un obseso o a una especie de maníaco que quizá tuviera en mente matar a la chica. O tal vez ya lo hubiera hecho tras grabar y colgar el archivo. En el caso de Maria Dolors, el asesino no había llegado a pedir ningún rescate, por lo que no cabía esperar que ahora lo hiciera. Debilitada la motivación económica, la sexual parecía la más plausible. En cuanto obtuviéramos algún dato más preciso, tendríamos que pedir la colaboración de algún psicólogo para intentar elaborar un nuevo perfil de ese chalado.

La segunda era que, a pesar de aquella palidez extrema, que también podía

deberse a la iluminación defectuosa de la película, la chica presentaba un aspecto razonablemente saludable. Quizá un poco ojerosa y cansada. Como mínimo, no estaba siendo torturada ni estaba maniatada o amordazada, lo que sin duda suponía una buena noticia. Por sospechoso que todo aquello resultara, no existía indicio alguno para suponer que se encontraba en aquella situación en contra de su voluntad. La posibilidad de que hubiera desaparecido a propósito continuaba en vigor, aunque no fuera lo más probable.

El tercer detalle digno de consideración era aquella cosa blanca que le cubría el pie izquierdo. Detuvimos la imagen y la hicimos avanzar fotograma a fotograma con la esperanza de descubrir algo que ayudara a identificarlo, pero resultaba imposible. Podía tratarse de algo parecido a un cepo para animales o algún artilugio para impedir que se moviera, aunque lo más probable era que se tratara de una especie de vendaje, lo que tal vez significara que había sufrido algún tipo de daño o de agresión. En caso de confirmar esa posibilidad, quedaría descartada la reflexión que incluía el apunte anterior y sembraba no pocas incertidumbres sobre la verdadera situación de la chica.

La cuarta nota que escribí en mi cuaderno venía a constatar que los casos de María Asunción y de Maria Dolors Ballesté estaban relacionados de alguna forma. No era del todo seguro, por supuesto, pero desde luego parecían estar conectados. No se podía afirmar con rotundidad que fueran obra de un mismo criminal o perturbado, aunque se erigía como la posibilidad más evidente. E inquietante, puesto que en el primer caso ni siquiera se había llegado a aventurar un sospechoso. Que la desaparición de Maria Dolors hubiera acabado en tragedia no resultaba nada alentador. Para empezar, se hacía imprescindible y urgente dedicar unas cuantas horas a repasar otros vídeos colgados en internet para localizar otras grabaciones que afectaran a los dos casos identificados u otras que pudieran implicar a nuevas chicas. También habría que volver a contactar con los padres de la primera víctima e interrogarlos de nuevo, por mucho que eso significara reabrir una herida que tal vez ya estuviera casi curada.

El quinto dato que apunté se refería a las palabras que la chica dirigía hacia la persona que filmaba. Movía la boca para pronunciar unas palabras, eso estaba claro. Teníamos que encontrar a algún experto que supiera leer los labios para saber qué estaba diciendo. En cualquier caso, que la secuestrada se dirigiera con tanta naturalidad a su secuestrador constituía un detalle difícil de interpretar. Tal vez se conocieran. Quizá lo que estuviera pasando contara con la colaboración de ella. O tal vez entre ellos dos ya se había establecido un grado de intimidad que había dejado atrás los gritos, los insultos o las peticiones de clemencia. La desnudez sin muestras de vergüenza, aquella

sencillez de movimientos, la ausencia de lágrimas o de gestos de dolor o de miradas de aflicción... todo parecía hablar de una situación sin acritud, casi de un clima de tranquilidad y confianza. Se me ocurrió que tal vez quien hubiera hecho aquella filmación fuera una chica.

De todas formas, si todo aquello era en verdad un secuestro y la protagonista de aquella filmación había visto la cara de su secuestrador, era fácil deducir que tenía muchas posibilidades de acabar igual que su predecesora.

Por último, el sexto punto que nos llamó la atención y del que yo dejé constancia en mi libreta fue una de las palabras que el editor de aquel vídeo había utilizado para etiquetar su obra: Elia. Se trataba de un nombre suficientemente infrecuente como para establecer una vinculación con la bella paciente que se recuperaba de algún problema nervioso en una clínica de reposo.

—Me pregunto por qué aparece el nombre de Elia en ese vídeo... —Mi compañera había expresado en voz alta la pregunta que rebotaba contra las paredes de mi cráneo.

—Tal vez ese nombre no identifica a la actriz protagonista, sino a la directora.

—¿De verdad crees que esa pobre chica enferma ha sido capaz de filmar ese vídeo de acuerdo con su amiga y que después lo ha subido a internet con su propio nombre? Parece raro, ¿no? Elia parecía estar aterrada ante la posibilidad de que a su amiga le hubiera pasado algo. No me creo que sea tan buena actriz. Además, si María Asunción estaba de acuerdo en grabar su desnudez y después colgar el vídeo en la red, ¿por qué iba después a desaparecer?

—No parece muy probable, desde luego. Quizá ese vídeo existía previamente y solo ahora, después de que haya sucedido algo, se han decidido a colgarlo. Debes reconocer que la posibilidad de que Elia sea quien movía la cámara justificaría que María Asunción no dé muestras de incomodidad. No es fácil estar desnudo ante una cámara sin ponerse nervioso.

—¿Hablas por experiencia, sargento?

—Todo el mundo tiene un pasado —pronuncié con un tono que pretendía ser enigmático y entorné los ojos como quien busca un recuerdo concreto y feliz de un ayer remoto.

Durante los siguientes minutos buscamos en la red otros archivos de vídeo que guardaran alguna similitud con los de nuestras dos víctimas, pero no encontramos nada parecido. Después nos servimos unos cafés y nos sentamos a reflexionar sobre la situación en que se encontraba nuestra investigación. No

nos costó llegar a la conclusión de que tal vez tuviéramos razón en nuestra primera hipótesis y existiese alguna relación entre los problemas de la bella Elia y la actual situación de María Asunción.

Solo cuando entré a orinar y me sorprendí al ver rebotar contra la loza el chorro de color arcilloso fui consciente de que había conseguido olvidar que arrastraba un hermoso cáncer de próstata. Lo había conseguido apartar de la conciencia por primera vez en las últimas semanas. Había estado allí, presente, de día y de noche, doliendo mucho o poco, pero siempre dejándose notar. Quizá fuera eso lo que necesitaba, la excitación de un nuevo caso, la sensación de que el poco tiempo que me quedara iba a ser invertido en algo bueno, en algo útil, en concederle una nueva oportunidad a esa pobre chica. Tal vez no fuera tan buena idea continuar tranquilamente sentado en una mesa apartada del ajetreo cotidiano y dejar que mi tiempo y mi vida se fueran consumiendo poco a poco.

Puesto que el subinspector nos había pedido un informe inmediato y completo, nos sentamos ante el ordenador de mi compañera y, mientras yo dictaba, ella tecleaba con un ímpetu de pianista wagneriana. No solo manejaba el programa de edición de textos con una habilidad de solista principal, sino que también abría y cerraba ventanas del navegador de internet, utilizaba refritos de otros informes y, mientras yo daba con la palabra o la frase oportunas, ella aprovechaba para responder alguna entrada de su correo electrónico o para escribir algún mensaje en la minúscula pantalla de su móvil. Resultaba difícil concentrarse en el maldito informe con aquel ajetreo digital, pero sobre todo ante el absoluto impudor con el que Azucena cometía los más flagrantes atentados contra la ortografía.

—Pero, niña, ¿no os enseñaron a escribir en la escuela?

—Jefe, entre el móvil y el ordenador, escribo yo más en un solo día que tú en toda una semana. Para preocuparse por la ortografía ya está el corrector del procesador de textos.

—Para la gente de mi edad, aprender a escribir correctamente era la frontera entre ser una persona civilizada o ser un salvaje. O aún peor: un mindundi. La ortografía no se discutía, era un dogma de fe.

—Pues resulta curioso que la mayoría de tus colegas renegara de la religión pero no perdiera la fe en el poder benefactor de la hache.

—Un respeto por la hache, agente. Hay que ser despreciable y desalmado para meterse con las mudas...

—¿No le parece una estupidez —dijo casi con rabia— dedicar tanto esfuerzo a aprender a poner esos ridículos acentos? ¿Para qué demonios

sirven si la mayoría de las lenguas civilizadas ni siquiera los utilizan?

—La ortografía marca unas reglas de juego, no tiene sentido discutir las. Son como son. Dominar su manejo disciplina la mente, la ejercita, la ensancha.

—¿Sabe? —preguntó dedicándome una mirada que tenía un aire casi de locura—, a mí todo ese respeto enfermizo por una cosa tan insignificante como la ortografía no deja de parecerme una manía pequeñoburguesa que fomenta entre las personas humildes la idea de que la cultura es esa tontería. Quizá si en las escuelas se ocuparan de enseñar otros asuntos más importantes ahora no viviríamos en este mundo tan accidentado.

No estaba demasiado seguro de que la pugna entre uves y bes fuera la causa de los males del mundo, pero reconozco que me dejé achantar por aquel ataque de pasión. Ni rechisté. Por una vez me mordí la lengua y sufrí en silencio las puñaladas de cada palabra mal escrita.

Cuando acabamos el informe, Azucena tuvo la delicadeza de encerrarse cinco minutos en el cuarto de baño, momento que aproveché para corregir unas cuantas torpezas ortográficas y quedarme a gusto. A su regreso, convinimos que nuestro siguiente movimiento sería volver a la clínica mental para tener una segunda charla con Elia. Llamamos a la clínica para anunciar nuestra visita para esa misma tarde, abrimos un expediente sobre el nuevo caso y nos fuimos a comer.

La agente Artero se avino a compartir mesa conmigo en una marisquería cercana a la comisaría. Ofrecían un menú asequible y un vino turbio que no pareció llevarse mal con el cóctel de pastillas que tomé de entrantes.

—¿No me digas que también estás enganchado a las anfetis? —se interesó mi compañera, verdaderamente impresionada ante aquella exhibición farmacéutica.

—Ya no. Todos estos potingues solo son complementos para remozar lo que la edad ha descompuesto.

Comí poco. Había empezado a perder el apetito. Contra todo pronóstico, aquel cuerpecito de cara dulzona y de aspecto frágil que me acompañaba hizo un auténtico estropicio entre las existencias de gambas, almejas y mejillones del restaurante. Mojó pan en todas las salsas y me regaló una sonrisa feliz. Casi resultaba emocionante verla disfrutar de la comida. Quizá mi condena y la conciencia de no tener descendencia estaban despertando algún ignoto sentimiento paternal.

—¿Dónde metes todo eso que comes, niña?

—Mi madre dice que lo que se come con verdadero placer apenas engorda. Bueno, eso y que cada día corro ocho kilómetros, antes de venir a compartir la jornada contigo. ¿Te parece poco desgaste?

—No, desde luego. Ni los ocho kilómetros ni compartir la jornada conmigo.

Tal vez la excitación por hallarse ante su primer caso auténtico le hubiera abierto el apetito, pero el vino turbio ni lo tocó. Esperó a que yo me hubiera bajado media botella para preguntarme a bocajarro:

—Jefe, ¿por qué han desterrado a provincias a un tipo con tu currículo?

Supongo que las pastillas o el vino me estaban ablandando, porque en lugar de mandar a la mierda a cualquiera que se hubiera atrevido a hacerme esa pregunta, a la prima Azucena le dediqué mi sonrisa de las fiestas de guardar.

—¿No has oído nada por ahí?

—Casi nada. Bueno, algún rumor. Alguien comentó en el vestuario que le habías sacudido a un jefe o algo así.

—Más bien algo así. Aunque en todos los convenios laborales debería quedar estipulada la cantidad de puñetazos que puedes arrear a tu inmediato superior durante el año. La diligencia de nuestros mandamases mejoraría un huevo.

Guardé silencio mientras se acercaba el camarero y le pedía un carajillo de Anís del Mono. Mi compañera rehusó con un simple movimiento de cabeza.

—¿No vas a explicarme qué te pasó? Quieras o no, soy tu compañera.

—También eres la espía del enemigo.

—Eso no es justo —protestó con una cara enfurruñada de adolescente contrariada—. Tú y yo tenemos un pacto, ¿recuerdas? Además, he sido yo quien te ha puesto sobre la pista de este caso. Si no fuera por mí, ahora estaríamos tragando polvo en la comisaría.

Me gustó que sacara ese ramalazo de genio. Al final iba a ser verdad que teníamos algún gen familiar en común. De hecho, era cierto que gracias a su intervención me habían devuelto a la verdadera condición de policía.

—¿Y no crees que estaríamos mejor cómodamente sentados en nuestra mesa premingitoria sin tener que perseguir al fantasma de una lesbiana con ínfulas de *vedette* de YouTube?

De nuevo frunció el ceño y me miró con esa mirada de madre cabreada que las mujeres heredan por vía genética.

—¡Está bien, está bien! Aunque eres tú quien sale ganando más con todo esto, porque yo ya no necesito demostrarme nada ni hacerlo para los demás. Voy a explicártelo en honor de las profundas e históricas raíces familiares que nos unen.

—Menos, cachondeo, jefe.

—Mira, la Yoli era un marica que se prostituía siete tardes por semana en una sauna del antiguo barrio chino de Barcelona. Un tipazo de miedo, no creas.

De vez en cuando me pasaba alguna información sobre maltratadores, robos, palizas y esas cosas... y yo la sacaba de algún apuro. Una relación estrictamente profesional, no te vayas a pensar... Desde hacía un tiempo el macarra que se la chuleaba había perdido los papeles a base de tragar pastillas y empolvase la nariz. Hace un par de meses al tipo le pareció una buena idea marcar a la Yoli: un tajo de navaja que le cruzó la mejilla izquierda desde la oreja hasta el labio inferior. El cabrón la había cortado vete tú a saber por qué, quizá únicamente porque quería divertirse o porque se había cansado de ella... No es que la Yoli fuera amiga mía ni nada de eso, pero me pilló con la sangre caliente y estaba decidido a irme a por él. —Me detuve a aclarar mi garganta con un trago de agua y a medir mis palabras. Estuve tentado de confesarle que poco antes de aquel incidente me habían entregado el resultado de las pruebas que confirmaban mi enfermedad y que me sentía desquiciado por mi mala suerte. Pero me contuve—. El inspector que dirigía mi unidad me paró los pies. Me dijo que si no quería ver arruinada mi carrera de policía, me aguantara la mala hostia e hiciera las cosas legalmente. Le dije que ni hablar, que la ley no servía para esas situaciones y que había asuntos que tenían que resolverse en caliente. Me contestó que si movía un solo dedo contra aquel macarra me apartaría del servicio y propondría expulsarme del cuerpo. Desde luego, no era una amenaza gratuita. El tipo es un inspector joven y ambicioso, con un apellido de esos compuestos, pariente de un diputado, compañero de promoción de un alto cargo de Convergència, ya sabes, esas cosas...

—Seguro que tiene un nombre...

El camarero dejó sobre la mesa el carajillo. Necesité un buen trago para pronunciar aquel nombre.

—Valadés, inspector Ortín de Valadés. Un auténtico cabronazo. Tomaron declaración al macarra, que se presentó bien trajeado y con un letrado caro que nos comunicó que su cliente casualmente disponía de una puta para testificar que había pasado la tarde de los hechos retozando con ella. No lo retuvieron más de una hora en la comisaría. La cosa no habría pasado de ahí: yo me habría llevado un berrinche, pero tarde o temprano habría encontrado la manera de desquitarme y de hacérselas pagar a aquel chorizo, que al fin y al cabo había arruinado la vida de la pobre Yoli, que vivía de su cara y de su cuerpo, y que ni en el mejor de sus sueños podría pagarse jamás una buena operación de cirugía estética.

—Al macarra no le sentó bien que lo hubieran denunciado, ¿no?

—Nos llamaron para cubrir un asesinato. Un cuerpo tirado en un descampado y taladrado de cuchilladas, irreconocible. Hasta que mi compañero no sacó de un pequeño bolso su carné de identidad medio roto, no

supimos reconocer que estábamos ante la desafortunada Yoli. —No le conté a la prima Azucena que aquel era mi primer muerto desde que sabía lo de mi enfermedad y que ese simple hecho había despertado en mí una especie de solidaridad mortuoria que de repente se convirtió en cólera. En verdad, la muerte era una putada—. Algo debió de explotar dentro de mi cabeza, porque en cuanto me crucé con Valadés me fui a por él, dispuesto a todo... Si no hubiera sido por mi compañero, un pirado de las artes marciales, que me inmovilizó como si yo fuera una muñeca de trapo, te juro que le habría partido la cara.

—Bueno, no sé si llegaste a partir algo, pero en el vestuario comentaron que habías llegado de sobra hasta su jeta.

Apuré los restos del carajillo y me puse de pie. Tardé más de un segundo en estar seguro de que no iba a perder el equilibrio.

—Quién sabe. Mi memoria ya no es lo que era. El inspector encargado de llevar el asunto de mi indisciplina me dijo que había demasiados testigos como para dejar pasar el asunto. Amenacé con irme a la prensa a ensuciar la prometedora carrera del hijodeputa de Ortún de Valadés y a cambio me ofrecieron un cómodo y discreto retiro en provincias. No está mal después de todo. —E intenté que mi voz sonara a la de un hombre satisfecho. Saqué de mi cartera un billete para pagar la cuenta—. Anda, prima, que hacer memoria resulta de lo más aburrido.

Con la excusa de recuperar un paquete de tabaco, caminamos hasta mi piso, que estaba apenas a cincuenta metros. El ascensor continuaba fuera de servicio, así que renegué en cada uno de los peldaños que me llevaron hasta la segunda planta. Mientras introducía la llave en la cerradura, se abrió la puerta de enfrente y asomó una cabecita de pájaro carpintero:

—¡No hagan tanto ruido! —protestó.

Me giré dispuesto a responder con toda la artillería, pero la prima me empujó hasta el interior de mi apartamento y cerró la puerta de golpe.

—¡Será cabrona, la vieja!

—Veo que ya has confraternizado con tus vecinos.

—Sí, me adoran.

Necesitaba refrescarme la cara y darme unos minutos para que los malos recuerdos y el alcohol acabaran de evaporarse. Puesto que todavía era pronto, encendí mi equipo de música y nos sentamos en el sofá estampado de margaritas que acababa de comprar a precio de saldo para poder ejercer el derecho fundamental del ser humano a la siesta. Mientras me liaba un porro de maría y le daba las primeras caladas, escuchamos en silencio un fragmento de *El elixir de amor* de Donizetti. Al principio, Azucena frunció el ceño,

seguramente por el olor de la hierba o por el volumen de la música o por la palidez de las margaritas del sofá, ¿quién entiende a los jóvenes de hoy? Pero la potente voz de Alfredo Kraus le fue perforando la voluntad y casi vi como se le humedecían los ojos en esa famosa escena octava del segundo acto, cuando Nemorino canta aquello de «una furtiva lagrima negli occhi suoi spuntò».

Hacia las cuatro menos cuarto, después de otro café de mi vieja cafetera italiana, sentí que había recuperado la energía. Aprovechamos para planificar nuestros siguientes pasos, aunque concluimos que estábamos a expensas de lo que pudiéramos sacarle a la bella Elia y lo que los técnicos pudieran obtener del vídeo. Así que me refresqué la cara, me peiné, me lavé los dientes y salimos de mi apartamento camino de la comisaría, puesto que necesitábamos agenciarnos un vehículo. Azucena no me dejó entretenerme en el rellano.

En la recepción de la clínica ya nos esperaba la doctora Carbonell enseñándonos unos dientes poco amistosos. Nos hizo pasar a la misma sala donde nos había recibido el día anterior y, para nuestra sorpresa, nos comunicó con un alegre retintín que no podríamos entrevistarnos con Elia, pues, al parecer, nuestra anterior visita y el anuncio de la actual la habían alterado hasta el punto de negarse a abandonar su habitación. Ni siquiera había bajado al comedor para el almuerzo.

—¡Una lástima que hayan tenido que venir hasta aquí para nada! —dejó caer aquella bruja sin ningún recato en ocultar un estremecimiento de satisfacción.

—¡Joder, doctora, nos está haciendo perder un tiempo precioso! Una joven puede encontrarse en grave peligro y usted... Por lo menos podría contestar usted misma a algunas de nuestras preguntas.

Se preparaba para abofetearnos con la cacareada confidencialidad entre médico y paciente, cuando se abrió la puerta y, como en la escena principal de una tragedia shakespeariana, apareció una Elia demacrada, despeinada y con los ojos hinchados y enrojecidos. Seguramente le habían dado algún tipo de sedación, porque le costaba fijar la mirada y sus palabras empezaron a salir débiles y entrecortadas.

—Perdonen que les haya hecho esperar, pero... no me encuentro muy bien. Aunque... no sé... Necesitaba saber si ya han averiguado dónde está María. Sargento, dígame que la han encontrado, por favor...

La doctora hizo una mueca de contrariedad, se levantó con cara de pocos amigos e hizo ademán de marcharse. Desde la puerta, nos advirtió con voz

enérgica:

—Solo unos minutos, sargento. Y procuren no casarla demasiado, ya ven que hoy no se encuentra en plena forma.

Apenas desapareció, Elia pareció aliviada. Se sentó con calma en la punta de la butaca y clavó su mirada en algún punto indefinido del suelo de la sala. A pesar de las ojeras, la palidez y el desaliño, una luz interior parecía iluminarle el rostro. Era realmente hermosa. Me entraron unas ganas enormes de abrazarla y mecerla hasta que sus miedos se hubieran desvanecido.

—Necesitamos que nos ayudes, Elia —le propuse con una voz que pretendía ser amistosa.

La chica asintió varias veces, como si le costara procesar la información, pero no dijo nada. Ni siquiera apartó la vista del dibujo de la baldosa que parecía tenerla cautivada.

—Ya sabes que tu amiga ha desaparecido —se adelantó mi compañera— y nadie sabe dónde se ha metido. Tenemos la sospecha de que pueda correr algún peligro y por eso tenemos que intentar ayudarla. Hacerlo lo más rápido posible puede ser importante, así que nos gustaría que colaboraras con nosotros respondiendo a unas preguntas.

Elia dirigió sus ojos a los de la agente Artero y volvió a asentir en silencio. Mi compañera pareció animarse de repente.

—La última vez que hablasteis o estuvisteis en contacto, ¿te dijo si tenía planeada alguna excursión o pretendía visitar a alguien? —siguió Azucena.

La pobre chica negó un buen rato con la cabeza antes de que volviéramos a oír su voz. Habló despacio, interrumpiéndose en mitad de las frases sin ninguna lógica, como si un terrible dolor de garganta obstaculizara la salida de sus palabras.

—A ella... no le gusta ir sola a ningún lado. Casi siempre me pide... le gusta que la acompañe. No creo que tuviera intención de ir a ningún lado sin decírmelo antes. Pero... no sé... la última vez... comentó algo... no sé... me pareció sorprendente. Dijo... que me iba a sentir orgullosa. De ella, claro. Cuando le pregunté a qué se refería, no quiso hacerme ninguna aclaración.

—¿Orgullosa? ¿No se te ocurre qué quería decir?

La chica volvió a bajar la mirada y se encogió de hombros, de nuevo vencida por el agotamiento o la impotencia.

—No lo sé, de verdad. Pensé... que estaba planeando algún viaje para irnos las dos de vacaciones. Lo dice a veces... que iremos a vivir juntas a la playa o a Nueva York o que saldremos a recorrer el mundo... Aunque supongo que solo lo dice para animarme...

—Mira, Elia, tenemos motivos —continuó la voz azucarada de Azucena—

para pensar que su desaparición puede tener algo que ver con el incidente que te sucedió a ti hace unos meses.

—¿A mí? No, no... No me ha pasado nada.

En sus ojos titilaba un dolor profundo.

—No es lo que nos dijiste el otro día. Necesitamos saber exactamente qué te ocurrió y qué le explicaste a tu amiga.

Elia volvió a dejar caer los ojos y unas pocas lágrimas se precipitaron a lo largo de su rostro. No había dejado escapar ni un sollozo. Cuando creía que ya no respondería y que tendríamos que hallar otra manera de abordar aquel asunto, la voz de Elia escapó de su boca en un susurro apenas audible.

—Alguien... un hombre...

—Sí, nos dijiste que un hombre te había hecho daño...

Asintió. La agente alargó su mano para coger la de Elia. Era un simple gesto de solidaridad que la chica recibió sin inmutarse.

—Necesitamos saber cuándo se produjo ese hecho espantoso y cómo se produjo y, sobre todo, quién fue el agresor.

Eran muchas preguntas para una mente que no parecía del todo centrada. Elia se limpió las lágrimas con una mano y se tomó su tiempo, pero respondió con esa voz moribunda que destilaba un dolor imposible de sobrellevar.

—Santiago...

—¿Tu amigo Santiago?

—Santiago, el profesor.

—¿Tu profesor te agredió?

—A mí me gusta la sociología...

—¿Te violó un profesor de sociología?

—A principios de mayo...—titubeó—. Creía que teníamos... ya sabe... una buena relación. Me dejaba libros... Me citaba en su despacho para comentar mis trabajos... Me había prometido presentarme al autor del libro que estábamos trabajando en clase... un escritor importante, amigo suyo... Me dijo que nos había citado en una casa de campo donde se aislaba para escribir sus artículos y sus conferencias... Me recogió en su coche... Todo iba bien... Siempre había sido amable... Hasta el día era magnífico... Una tarde... —se interrumpió y durante mucho rato pareció ahogarse entre leves hipidos—. Pero no llegamos nunca a la casa. Quizá ni siquiera existiese... Abandonamos la carretera y me llevó por unos caminos estrechos, cada vez más estrechos y alejados... En mitad de un bosque, cuando casi había oscurecido... allí paró el motor... Y entonces, pasó.

Elia, que había hecho su relato con la voz entrecortada y con la lentitud de quien elige cuidadosamente sus palabras, estalló en un llanto desgarrador. En

ese momento, se abrió la puerta con una cierta violencia y apareció la doctora con su bella cara de bruja de cuento infantil. Tras fulminarnos con la misma mirada con que se escupe sobre un pederasta, extendió sus brazos para acoger a nuestra tertulia y la arrastró hacia la puerta con una agresividad que me pareció del todo gratuita. Azucena y yo nos miramos sin saber muy bien qué hacer. Todavía quedaban muchas preguntas sin respuesta: dónde se había producido aquel suceso, si conocía la existencia de Maria Dolors, si sabía algo de los vídeos de internet...

Puesto que nos habíamos quedado solos y más o menos ya teníamos una pista sobre la que empezar a investigar, nos resignamos a efectuar un mutis discreto. Justo habíamos dejado la sala de visitas, cuando la doctora Carbonell apareció al galope por un extremo del pasillo dispuesta a despellejarnos:

—Ya ven lo que han conseguido —casi gritó—. Todos ustedes son unos irresponsables. Les tiene sin cuidado el bienestar de la gente con la que se cruzan. ¿Han visto en qué estado la han dejado? Mi paciente tardará varios días en poder recuperarse y llevar una vida más o menos normal...

—Mire, doctora —atajé aquella reprimenda innecesaria—, la vida de una amiga de su paciente corre serio peligro en estos momentos. Así que no me toque los huevos —ordené elevando el tono de mi voz hasta conseguir que la recepcionista asomara su cabeza por la ventanilla de su oficina—. Haga su puto trabajo y deje que nosotros intentemos hacer el nuestro.

Salimos con la dignidad de toreros triunfadores en la feria y la agente Artero ni siquiera protestó por ocupar el asiento del acompañante. Juraría que hasta me miraba con un pelín de admiración.

Camino de la comisaría, las preguntas de mi compañera se sucedieron a un ritmo que no daba opción a las respuestas: ¿De verdad Elia tenía algo que ver con nuestro caso? ¿Qué clase de bicho desalmado violaría a una chica tan frágil e indefensa? ¿Por qué motivo la joven iba a sentirse orgullosa de su amiga? ¿Y quién era ese profesor? ¿No me parecía que esa doctora protegía a su paciente de una forma exagerada, quizá sospechosa?

—De todas formas —la interrumpí—, ¿no te parece muy exagerado tanto lloriqueo después de todos estos meses?

La pregunta la descolocó. Que yo pusiera en tela de juicio la autenticidad del dolor de aquella pobre víctima inocente le parecía poco menos que una ofensa, de manera que decidió castigarme con su silencio. Eso me regaló unos momentos de tranquilidad. Lamentablemente, la paz duró muy poco, porque la impasible agente Artero estaba intranquila y necesitaba compartir su excitación. Reconocí en su mirada perdida la misma borrachera que yo había experimentado en mis primeros casos importantes como policía, hacía ya una

eternidad. Reconocerme en la obsesión y los nervios de aquella joven agente me revolvió el estómago con algo parecido a la ternura. O la nostalgia. O quizá la envidia, ¿quién sabe?

—Sargento, ¿tú crees que ese profesor que abusa de sus alumnas puede ser nuestro secuestrador?

Esta vez sí esperó una respuesta.

—Bueno, ni siquiera tenemos la certeza de que estemos ante un secuestro. Para empezar, que nosotros sepamos nadie ha pedido un rescate. Que ese tipo se aprovechara de una alumna, si en realidad lo hizo, es algo que podemos y debemos investigar. Pero no te equivoques, prima, eso no lo convierte también en un secuestrador y mucho menos en un asesino. Tendremos que comprobar dónde estuvo durante la tarde-noche del 31 de octubre y si en el pasado tuvo algún contacto con la difunta Maria Dolors Ballesté... Aunque si de verdad tiene algo que esconder será difícil que nos lo suelte por las buenas. Tal vez tengamos que vigilarlo durante unos días. También deberíamos descubrir si tiene alguna casa de campo, una cabaña o algo parecido. El sargento Sainz de Heredia parecía estar seguro de que el tipo que secuestró a Maria Dolors Ballesté conocía bien el bosque y los alrededores donde fue hallado el cadáver.

Nos disponíamos a activar esa segunda vía de investigación, pero en comisaría nos encontramos con los padres de María Asunción, dos sencillas personas de cincuenta y tantos educadas en la rudeza de las condiciones de vida de montaña que no podían comprender que su niña del alma posara desnuda en la pantalla de un ordenador para que el mundo entero la pudiera contemplar. La madre la identificó al primer vistazo y ya desde entonces no dejó de llorar. Sin duda algo falla en mi cabeza o en la estúpida glándula donde se gestionen los sentimientos, porque a mí tanto lloriqueo empezaba a producirme náuseas. Con los ojos humedecidos, el padre encajó a la vez las lágrimas de su esposa y nuestras preguntas, que a la postre no sirvieron más que para obtener la imagen de una María Asunción a punto de ser beatificada: estudiosa, juiciosa y decente, que nunca se metía en líos, ni bebía, ni fumaba, era ordenada y limpia, respetuosa con sus padres y la ley y tal y cual. Solo la corrupción de la ciudad y las malas compañías podían ser culpables de que en aquellos momentos aquel ángel cándido se hallara metido en ese jaleo vergonzante y del todo inmerecido. Eran casi las nueve de la noche cuando conseguimos meterlos en un taxi que los llevara a llorar sus penas a un hotel.

No sin un poco de mala conciencia, me sentí aliviado de perderlos de vista. Me costaba sentirme cómplice de su dolor y confusión, de su vergüenza. Me dispuse a dar por acabada nuestra agotadora jornada laboral, cuando sentí

sobre mi espalda el reproche de la mirada de mi compañera. Me sentía agotado. Me giré para mandarla a la mierda, pero topé con su carita de perro maltratado. A regañadientes me senté en mi mesa de trabajo y solté un par de tacos para desfogarme. Después descolgué el teléfono y marqué el número de teléfono de Berta. Mientras Azucena me dedicaba una especie de sonrisa de victoria, yo pregunté a su amiga por ese profesor a quien había señalado Elia. La chica no tuvo ninguna dificultad en saber de quién le hablaba. Santiago Laurel Cifuentes era uno de los profesores más celebrados de la facultad. Elegante, alto, joven y guapo. Un orador convincente. Sus clases de sociología acostumbraban a ser multitudinarias y a reunir a alumnos incluso de otras facultades. Ante su despacho se formaban largas colas de alumnos, sobre todo chicas.

—Un sabio, créame. Sus clases son las más amenas y divertidas de la semana. Aunque también tiene fama de duro. Exige mucho en sus exámenes y trabajos. Sus asignaturas no son fáciles de aprobar. A diferencia de lo que sucede con otros profesores de esa misma facultad, no le tiembla el pulso a la hora de suspender a los alumnos más tontos y vagos.

—Eso quiere decir que tú eres de las que sacan buenas notas...

—Bueno, yo no me puedo quejar. Pero no sabe la rabia que da que uno de esos compañeros que nunca abren un libro acabe aprobando igual que los que nos hemos esforzado. Si por mí fuera...

Desde luego, la tal Berta tampoco debía de ganar muchos concursos de popularidad en su universidad.

—Intentaré pasarme mañana por tu facultad —le dije, harto ya de oír elogios de aquel tipo—. Quiero conocer a ese profesor y hacerle algunas preguntas sobre María y Elia...

Hubo un segundo de silencio que me alarmó.

—Quizá le resulte difícil, sargento. El profesor Laurel no se ha presentado a sus clases en toda la semana.

* * *

No podía con mi alma, lo juro. La medicación, la falta de sueño y la recuperada emoción de resolver un caso estaban apurando mis reservas de energía. Tenía ganas de llegar a mi apartamento para tumbarme entre las margaritas de mi sofá nuevo y regalarme la audición de las obras completas de Verdi de una tirada. Estaba a punto de dictaminar que nuestras pesquisas quedaban aparcadas hasta el día siguiente, cuando, como si ya estuviera empezando a leerme el pensamiento, levantó un dedo para señalarme:

—Dígame que no vamos a abandonar a esa chica.

¡Mierda! Uno no abandona a los mineros atrapados en una mina en Bolivia,

ni a los enfermos de sida en África, ni a los refugiados en alguno de los cientos de campos de concentración repartidos por el mundo. Sencillamente sabe que no puede hacer nada por ellos. O casi nada. En algún momento de su trayectoria laboral, todo policía descubre que no puede salvar el planeta. O al menos no en una sola noche. Que por mucho que uno se lo proponga, los criminales no desaparecen ni cejan en su empeño de ensuciar el mundo, y que resulta mucho más útil y conveniente un policía lúcido y descansado que un abnegado trabajador emocionalmente afectado y fatigado por una dedicación demasiado prolongada. Pero estas cosas debe aprenderlas uno solo, porque en la boca de un compañero suenan a renuncia, a excusa barata o, peor, a pura y simple traición. La joven agente Artero no lo había aprendido todavía y yo estaba a punto de cargar con su obsesión.

—Está bien —claudiqué, pero esforzándome en dejar muy claro que empezaba a estar hasta las pelotas de toda aquella gaita—. Tú intenta descubrir si en esta comisaría se suele trabajar con alguien que sepa leer los labios y cítalos para mañana a primera hora. Tiene que aclararnos qué dice la chica del vídeo. Mientras, yo voy a intentar descubrir algo sobre nuestro profesor.

Sin mucha pasión, volví a encender el ordenador de mi mesa y me puse a teclear. No existía ninguna denuncia por desaparición ni orden de búsqueda contra el tal Santiago Laurel Cifuentes. Según los datos que en tan solo un cuarto de hora conseguí reunir en mi pantalla, tenía exactamente treinta y tres años, un currículum como investigador universitario nada despreciable y una lista de publicaciones de ámbito científico impresionante para su edad. Habría apostado a que se trataba de un cerebritito repelente de anteojos gruesos y aspecto despistado, pero su perfil de Facebook presentaba a un guaperas atlético, vestido con ropa juvenil y con aires de seductor al que sus alumnas dedicaban mensajes que habrían sonrojado al mismísimo Nacho Vidal. No tenía antecedentes policiales. Ni siquiera le habían puesto una multa de tráfico. Constaba que había estado casado durante poco más de dos años y que se había divorciado de una tal Marta Fontás, con la que había tenido una niña llamada Greta. Localicé un par de números de teléfono, uno fijo y otro móvil, a los que llamé inmediatamente. Por supuesto, no me contestó nadie. Estaba apuntando la última dirección conocida de nuestro profesor, cuando mi compañera llegó hasta mi mesa con el morro fruncido. Aquella chica pasaba de la sonrisa al cabreo con una facilidad de saltadora olímpica.

—Se me han reído, jefe. Se me han cachondeado cuando he preguntado si trabajábamos habitualmente con alguien que leyera los labios. Por lo visto esas habilidades no suelen ser requeridas por estos pagos con mucha frecuencia. He tenido que telefonar a un sitio llamado *Llar de persones sordes*, pero a estas

horas no he encontrado a nadie. Después he recordado que una amiga mía tiene una hija sordomuda y la he llamado. Ni ella ni su hija saben leer muy bien los labios, pero me ha dado el teléfono de uno de los maestros de la niña que estará encantado de pasarse mañana por la mañana a ayudarnos.

—Haber empezado por ahí, prima. Para celebrarlo, ahora mismo nos vamos a asaltar un bar de tapas.

La agente inició una protesta que corté de cuajo. Eran las diez de la noche, estaba exhausto y necesitaba que mi estómago dejara de insultarme. Casi la arrastré a una cafetería donde nos conformamos con un par de montaditos, unas patatas bravas, dos cervezas y los correspondientes cafés.

—No deberíamos... —apremió la chica cuando consideró que demoraba en exceso el último sorbo de mi taza.

—No volvemos a la comisaría, prima. Nos vamos a casa del profesor a ver si allí encontramos a alguien.

Cogimos el coche reglamentario, pero no tuve que conducir mucho rato. El sujeto vivía cerca de la prisión de Lleida 2, en una zona de casas adosadas. Buscamos la dirección, aparcamos y llamamos a la puerta, pero solo contestaron los ladridos de un perro que padecía una grave afonía. Un vecino malhumorado salió a reprocharnos que lo hubiéramos interrumpido durante su concurso televisivo preferido y puso cara de asco cuando nos informó de que no veía al profesor desde hacía unos cuantos días y que si lo encontrábamos le dijéramos que hiciera que el puto perro se callara de una vez, porque estaba hasta los cojones de oírlo ladrar de día y de noche.

Daban ganas de arrestar a aquel tipejo por algo tan simple como la mala educación, pero los legisladores de este país no están por la labor y me contuve. Desde luego, aquellos ladridos continuos y desesperados resultaban un indicio sospechoso para nuestro asunto. Era muy extraño que el profesor hubiera desaparecido de repente de su casa y hubiera dejado encerrado a su perro, justo cuando una de sus alumnas había sido secuestrada.

—Hasta mañana no localizaremos a alguien de la facultad que sepa darnos razón de dónde se esconde este tipo. Si nadie sabe nada, buscaremos por comisaría algún técnico que nos ayude a localizar su móvil. Ahora no creo que podamos hacer mucho más.

La agente Artero dejó escapar una especie de gruñido que podía equivaler a una protesta sin mucha convicción. Era evidente que a aquellas horas no podíamos remover la ciudad entera cuando ni siquiera teníamos la certeza de lo que estaba pasando. Subimos al coche y la chica se dejó conducir hasta su casa de las afueras en un silencio molesto.

—Tal vez no es el mejor momento para que subas a conocer a mis padres,

pero si quieres... —ofreció desganadamente desde la acera, todavía con la puerta del coche abierta.

No pude evitar que una sonrisa burlona me saltara a los labios. Tenía que reconocer que la chica era infatigable.

—Ni de broma, querida prima. Tú eres la máxima dosis de vida familiar que puedo permitirme.

No sé si fue cansancio, derrota o decepción lo que llegué a intuir en sus pupilas.

Capítulo 12

También el sueño era un enemigo temible. Ceder al peso de los párpados significaba precipitarse definitivamente en el agua y eso supondría la muerte. Debilidad y sueño formaban una asociación invencible. Ya no podía sumergirse unos segundos para descansar en el fondo del coche anegado porque temía no ser capaz de reunir las fuerzas necesarias para volver a emerger.

Ya había dejado de llover, pero no se hacía muchas ilusiones: sabía que el nivel del agua todavía seguiría subiendo poco a poco durante un buen rato, hasta que la tierra consiguiera drenar todo aquel líquido o el sol secase el terreno.

La presión del agua, el frío y el cansancio estaban provocando que empezara a respirar con dificultad, como en los últimos metros de sus agotadoras sesiones de natación. Aunque ahora no podía decidir detenerse o concederse un respiro o abandonar la piscina. Renunciar significaba morir y ella había llegado justo al límite. El último reto que se había propuesto, resistir hasta el amanecer, acababa de cumplirse. Recibió como una pequeña victoria la luz tenue que se filtraba a través de la vegetación exterior. Había aguantado todo lo que podía aguantarse. Marcharse con aquella pequeña victoria era una forma menos vergonzosa de perder. Solo sentía no dejar ningún testigo de su logro, de la lucha titánica que había librado. Elia, estaría orgullosa de mí. Hasta su padre no tendría más remedio que sentirse satisfecho. Si hubiera sido más previsora y menos torpe, podría haber grabado un mensaje de despedida en el móvil del cadáver que flotaba junto a ella. Un adiós que alguien pudiera tener la tentación de recordar. Por bromista («La muerte me ha calado hasta los huesos», por ejemplo); o por altivo (algo así como: «El mundo no sabe lo que pierde»); o incluso por dramático («Quiso el destino que mi amor enorme se ahogara en esta charca inmunda»). Podía haber grabado un epitafio que sus padres lloraran y los diarios difundieran como una última muestra de grandeza, pero el frío y sus torpes manos habían dejado caer el móvil dentro del agua y la habían condenado a un final triste, solitario y silencioso. Iba a marcharse sin dejar ninguna huella. ¡Qué triste! Su recuerdo duraría lo que

vivieran sus padres y después desaparecería sin apenas dejar rastro. También la muerte hay que aprenderla. ¿Por qué no nos enseñan a morir?

A pesar de la luz matinal, sus ojos eran ya incapaces de ver con claridad. Se difuminaban los objetos. Apenas distinguía los colores. Todo parecía haber cobrado una consistencia acuosa. El tamborileo que oía sobre el motor del coche ya no lo causaba la lluvia, sino las gotas rezagadas que se descolgaban desde las hojas de los árboles. No había esperanza. El agua continuaría entrando en el cubículo hasta mucho después de que ella se hubiera ahogado. Allá, en el mundo real, muy por encima de la charca en que se hundía, tal vez hasta el sol hubiera hecho acto de presencia. Pero ella ya no lo vería, porque aquella poza asquerosa seguía recogiendo el agua de los alrededores y creciendo como un virus mortal. La tierra tardaría horas en conseguir drenar tanto líquido y ella no tenía energías para mantenerse erguida ni siquiera unos minutos. Solo con girar un poco la cabeza, su boca y su nariz quedaban sumergidas. Días, semanas, tal vez meses más tarde, encontrarían su cuerpo completamente seco y era posible que el forense que analizara sus restos, quizá roídos por las alimañas o convertidos en polvo, nunca llegara ni siquiera a imaginar que había muerto ahogada en medio de un bosque. Otra más, de las muchas contradicciones de su vida. Sintió un último arrebatado de rabia al comprender que la prensa hablaría de un escarceo romántico que acababa en tragedia. Dirían que un empeño exagerado en esconderse y no ser descubiertos había llevado a los amantes clandestinos a un rincón excesivamente perdido y solitario y que una torpeza o una imprudencia los había mandado al fondo del precipicio donde habían encontrado la muerte. Tal vez algún periodista imaginativo llegara a inventar el relato de un amor apasionado que acabaría arrancando lagrimones a unas cuantas solteronas.

Pensó que quizá debía rezar. Encomendarse a un dios omnipotente y bondadoso, capaz de apartar las aguas. Pero no sabía. A pesar de que su madre la había obligado a aprender muchas oraciones y la había llevado a la iglesia cada domingo del año hasta que aprendió a negarse, la chica se había esforzado en olvidar. Las velas que su madre encendía a los pies de la Virgen de los Remedios en la iglesia de San Feliu de Sort para que su hija no perdiera la fe no parecían haber surtido mucho efecto. Pensó en despedirse con una oración, e incluso empezó a entonar el Padrenuestro, pero antes de acabar la primera frase se sintió oportunista, ruin y ridícula... Le pareció una forma indigna de despedirse de este mundo y calló.

Decidió que por fin todo había acabado y cerró los ojos para dejarse vencer y esperar la muerte sin acritud.

Fue entonces cuando le pareció escuchar un ruido. Tal vez fuera la última

esperanza que la imaginación se concedía. O quizá había empezado a delirar. Se sentía aturdida. Los sentidos le fallaban. Cabía la posibilidad de que algún animal hambriento estuviera a punto de darse un festín a su costa. Notó un mareo y creyó que iba a vomitar. Estuvo a punto de perder el equilibrio y derrumbarse, pero encontró en algún rincón de su cuerpo la energía necesaria para levantar un centímetro la cabeza y conseguir que sus oídos quedaran fuera del agua. Un ruido, quizá sí. ¿Pájaros? Podía ser la muerte que llegaba al fin a recogerla. Las almas perdidas, que al final la habían encontrado. Fantasmas, que habían acudido a recibirla. Unos pasos, tal vez. El rumor de una voz que emitía palabras que no conseguía entender. Quiso gritar, pero solo consiguió lanzar al bosque un gemido breve y afónico. Esperó un segundo y repitió aquel susurro apenas audible que pretendía ser un aullido desesperado. Se dejó caer dentro del agua un par de segundos para descansar los brazos y el cuello. Necesitó toda su rabia para conseguir emerger de nuevo, convencida de que estaba ante la última apuesta. Tuvo que parpadear varias veces para aclararse la mirada e intentar comprender lo que estaba viendo. Desde una de las ventanillas, un espectro, alguien, un fantasma barbudo, quizá su padre, la estaba encañonando con una escopeta.

Capítulo 13

Viernes, 9 de noviembre

Hallamos a Santiago Laurel hacia las once y cuarto de la mañana. El día anterior, a un cazador le había parecido ver un vehículo encajado en una especie de poza en mitad de un bosque. Más tarde, desde un teléfono público había telefonado a nuestra comisaría sin identificarse, pero dando muchos detalles sobre la ubicación de su hallazgo. Poco después se había mandado una patrulla de mossos a darse un garbeo por la zona. Los agentes siguieron las indicaciones que había dado el cazador, pero dieron vueltas en vano durante mucho rato. Cuando estaban a punto de rendirse y calificar la llamada como una de esas bromas estúpidas con que algunos tocacojones nos castigan para hacerse los graciosos ante sus novias analfabetas, se toparon de repente con el coche. Resultaba tan absurdo que un vehículo estuviera encajado en aquel agujero alejado de cualquier ruta, que enseguida supieron que algo grave había sucedido.

Nosotros lo habíamos intuido unas pocas horas antes. Lo primero que habíamos hecho esa mañana era intentar localizar a alguien que nos diera razón del profesor, pero resultó que, a pesar de su imagen de éxito aparente, el tal Santiago Laurel era un tipo solitario. En la facultad donde trabajaba tan solo un par de alumnos se habían atrevido a quejarse por la ausencia del profesor. El jefe de estudios ni se había molestado en intentar averiguar qué le pasaba y uno de sus compañeros de departamento me aseguró que ni siquiera recordaba el último día en que se había cruzado con él por los pasillos. Tan solo pude descubrir que vivía solo y que no era un tipo muy dado a las relaciones sociales, por lo que no resultaba tan extraño que se hubiera tardado nueve días en dar la alarma de su desaparición.

Cuando me comunicaron el descubrimiento del coche en mitad del bosque me pareció evidente que rondaba la tragedia.

El verdadero problema fue llegar hasta él. El Audi A3 de color plateado se había precipitado por un barranco de cuarenta y cinco metros al abandonar una pequeña pista forestal en medio de un bosque a veintinueve kilómetros de la capital. Por la nacional 230, a mil quinientos metros de Alfarràs, apenas a unos

pasos del límite con Aragón, a unos pocos kilómetros del lugar donde había desaparecido y luego aparecido el cuerpo de Maria Dolors Ballesté unos años atrás, tuvimos que desviarnos hacia el embalse de Santa Ana y dejar las carreteras comarcales asfaltadas para perdernos por caminos abandonados y llegar al borde de un barranco desde donde tuvimos que descender asegurados con cuerdas y jugándonos la integridad de nuestros tobillos para poder inspeccionar el vehículo. En su interior, encontramos el cuerpo sin vida del profesor Santiago Laurel.

Era mi segundo muerto desde que sabía que me estaba muriendo. Temí que me afectara como en el caso de la Yoli y que de nuevo me diera por montar un número, pero esta vez ni siquiera se me hizo un nudo en la garganta. Quizá porque no tenía ningún tipo de vínculo con la víctima. O tal vez porque ya no era la misma persona de dos meses atrás y la idea de la muerte había empezado a transformarse ante mis ojos. El caso es que me dio por contemplar el cadáver con el cariño y la solidaridad con los que se mira a un colega aventajado.

—Hay que tener pocos escrúpulos para irse a morir en el culo del mundo — se me escapó en voz alta la opinión.

Desde luego, aquel rincón del planeta era un sitio absurdo para tener un accidente de circulación. Aunque resultaba difícil de justificar, lo más lógico era imaginar que el Audi había avanzado entre los árboles, quizá buscando un lugar donde ocultarse, y que algo había impedido al conductor darse cuenta de la proximidad de aquel barranco, por lo que el vehículo se había precipitado y el chófer, que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, se había golpeado mortalmente la cabeza. Sin duda era lo más razonable... Pero el escenario planteaba demasiadas dudas.

—¿Qué hacía un coche como este rodando tan lejos de cualquier carretera, por un sendero tan lleno de troncos y de piedras y de zarzas? —preguntó en voz alta uno de los policías que nos acompañaba.

En el punto desde donde se había despeñado el vehículo no hallamos huellas de frenazos, pero sí una inesperada zapatilla de mujer. El terreno hacía una leve pendiente hacia abajo, pero apenas había espacio para que el automóvil alcanzara velocidad. Por su posición en el fondo del barranco, el coche tenía que haber ido avanzando muy despacio, casi parado, por lo cual se descartaba que la velocidad hubiera sido la causante de la pérdida de control del vehículo.

—Tal vez el coche se desfrenó accidentalmente y fue ganando metros poco a poco sin que el conductor se diera cuenta —especuló otro de los agentes que venían con nosotros—. Estaría echando una siesta o quizá necesitaba el olor de la naturaleza para concentrarse. Hay gente así, sargento, que se escapan de la

ciudad para respirar aire puro...

—O se habría ido a celebrar la castañada y llevaba una castaña de aúpa. Quizá creyó que había encontrado la autopista... —se cachondeaba un tercero.

—Igual iba bien mamado y se quedó completamente roque mientras buscaba la carretera principal... —aportaba el primero.

Cuando por fin pudimos descender hasta el fondo del barranco, tuvimos que movernos con mucha cautela, pues, a pesar de que no había llovido durante los últimos días, el suelo estaba muy húmedo. El coche no reposaba sobre las ruedas, sino sobre el techo. A pesar de las múltiples abolladuras, el chasis parecía haber aguantado bastante bien. Los cristales se habían pulverizado en fragmentos minúsculos excepto el que correspondía al lado del copiloto, que debía de estar bajado en el momento de la caída y se había mantenido protegido en el interior de la puerta. En el cubículo, el techo, convertido en el suelo a causa de la posición, estaba cubierto de una capa de barro, hojas y ramas que dificultaba el hallazgo de cualquier pista. El cuerpo del profesor Santiago Laurel desprendía un olor nauseabundo. Las alimañas habían empezado a atacarlo, aunque todavía no habían llegado a darse un gran festín. Las llaves seguían encajadas en su lugar, aunque con el contacto apagado. La palanca del cambio de marchas estaba en punto muerto.

—Aquí hay mucha sangre —señaló uno de los mossos.

Alguien había sangrado en abundancia. Había quedado una inmensa mancha encarnada en un lateral del respaldo en el asiento del acompañante y la capa de barro tenía un tono sospechosamente rojizo.

La documentación del vehículo había caído de la guantera, que sin embargo se hallaba cerrada. En su interior no quedaba nada. Entre los fragmentos de parabrisas y de plástico, los papeles sueltos y las cajas de CD, en un rincón, casi cubierto de barro, descubrí el reflejo de la pantalla de un teléfono móvil. Lo cogí e intenté encenderlo, pero no dio señales de vida. Se había quedado sin batería. O tal vez el agua lo hubiera inutilizado. De todas formas, desde allí no podía realizarse ninguna llamada. Saqué mi móvil y comprobé que estábamos en una zona sin cobertura. De repente se me ocurrió preguntarme por qué a pesar de la brutalidad del accidente, no había saltado ninguno de los airbags.

—¿No te parece un poco raro? —preguntó la agente Artero mientras disparaba a diestro y siniestro con la cámara fotográfica que habíamos conseguido secuestrar de nuestra sección.

—Sí, huele a gasolina, a barro, a váter...

—No me refiero a eso, pero ahora que lo dices...

Después de marcar y fotografiar una mancha de sangre en la ventanilla del copiloto y otras huellas que parecían indicar que un cuerpo había sido

arrastrado o había reptado para conseguir salir del vehículo, mi compañera tuvo que tumbarse en el suelo para meter la cabeza en el interior y hacer unas cuantas fotografías del habitáculo.

—Algo falla, prima. Todo esto parece un escenario manipulado —dije tras aplastar hierbas y zarzas y dar varias vueltas al vehículo accidentado—. Si alguien pretendía que esto pareciera un accidente, hizo una chapuza.

La agente fotografió las manchas de sangre, la forzada posición del cadáver, su cara tranquila, los vidrios rotos, el teléfono móvil en la guantera, una petaca de licor, la documentación del vehículo sucia y mojada, uno de los zapatos del muerto con el cordón desatado, los restos de agua y de barro en el interior del Audi.

—¿Crees que este tipo ya estaba muerto cuando el coche cayó por el barranco? —preguntó mi compañera.

Antes de que las pisadas del resto de los agentes acabaran de contaminar el escenario, yo intentaba explorar la zona que rodeaba el vehículo. El suelo estaba demasiado blando, pero no se apreciaban huellas de pisadas. Tal vez las lluvias de la semana anterior hubieran borrado algunas pistas. De hecho, las marcas de arrastre desaparecían justo a la salida del coche. Aun así, tenía que quedar la marca de alguna pisada o gotas de sangre o hierba manchada de rojo por algún sitio.

—No, de ninguna forma. Si el profesor ya hubiera estado muerto, ¿por qué alguien tenía que molestarse en toquetear los airbags para que no se abrieran? —Azucena apuntó su cámara hacia los airbags buscando indicios de que hubieran sido manipulados—. El tipo tiene magulladuras en la cabeza y un gran moratón en el cuello, ¿no? Estaba vivo cuando cayó, pero debió de golpearse el cráneo y seguramente todavía tardó un rato en estirar la pata. Aunque todo eso ya nos lo dirá el forense. También nos tendrá que decir si el conductor estaba en plenas condiciones o había bebido o consumido algún tipo de narcótico. Quiero saber qué hay dentro de esa petaca. Me resulta muy difícil creer que el tipo no viera el precipicio.

—Podría ser un suicidio. Imagine que el tipo está deprimido y no tiene valor para cortarse las venas o tirarse a la vía del tren. Anula los airbags, se emborracha y conduce hasta esta bonita hoya, donde decide acabar sus días sin molestar a nadie...

Por fin conseguí localizar unas gotas de sangre. Aquellas manchas señalaban una dirección.

—Los suicidas no eligen formas de morir que puedan resultar tan dolorosas o que puedan dejarlos como vegetales. Y desde luego no lo hacen en un lugar

donde puedan tardar años en ser encontrados. La mayoría se pegan un tiro o se tiran de un rascacielos o se cuelgan en la lámpara del comedor para fastidiar a familiares y colegas o con la esperanza de provocar algún remordimiento entre los infelices que tienen la desgracia de vivir a su alrededor. «Me habéis puteado o abandonado o ignorado, pues aquí tenéis la consecuencia. ¡Jodeos!». El suicida suele ser un cabrón egoísta que se marcha reclamando una atención que no sabe conseguir de otra forma. Lo patético es que ya no estará ahí para comprobar los efectos de esa presunta venganza, que raramente ven como tal los pringados que quedan para recoger los restos. De todos modos, para el suicida es muy importante asegurarse de que se encontrará su cadáver enseguida. Nadie se suicida para pudrirse en secreto y poco a poco en un rincón de un bosque.

Azucena frunció el ceño, como si intentar hurgar en la mentalidad de un suicida constituyera una temeridad inaceptable o como si le provocara náuseas el simple acto de pensar en ello. Durante unos segundos, detuvo su furor fotográfico para reflexionar.

—¿Y crees que iba con la chica?

—Bueno, deja que los de la científica tomen muestras y saquen huellas. Pero desde luego no iba solo. El tipo está magullado por todas partes, pero apenas tiene heridas abiertas. Una en la frente y otra en la mejilla, las dos sin importancia. Sin embargo, el habitáculo parece el escenario de una matanza a navajazos. Sangre en el asiento, la ventanilla, por el suelo... El propietario o propietaria de esa sangre ha desaparecido. Quizá sea ella.

—Si esa sangre es de nuestra chica, me atrevería a decir que no pudo ir muy lejos. Después del trompazo que tuvo que darse en la caída, debía de estar muy dolorida y medio desangrada. Haríamos bien de rastrear por los alrededores.

—¿Qué crees que estoy buscando? ¿Recuerdas que en el vídeo llevaba una especie de vendaje en el pie? Tal vez se hizo daño...

La agente se levantó del suelo desde donde seguía fotografiando los detalles del accidente y se sumó a mi búsqueda. Llevaba todo el uniforme manchado de barro, lo que le daba un aire travieso que me pareció encantador. Hizo unas cuantas fotografías de las gotas de sangre que yo había dejado marcadas y después siguió buscando entre los matorrales.

—¿Y crees que el secuestrador se la curó?

—Para empezar, todavía no tenemos evidencias de que se trate de un secuestro. Todo esto no podía estar preparado para raptar a la chica. Un rapto supone una acción más sencilla: un lugar adecuado, un momento oportuno y una acción rápida. Lo que ha pasado en este coche ha de ser algo mucho más complicado. Y sin duda también algo chapucero. ¿Quién pretendía perjudicar a

quién y por qué

acabaron los dos en el fondo del barranco? Si había una tercera persona, ¿con quién se había compinchado? ¿O tan solo era un espectador accidental, alguien que pasaba por aquí? Tal vez esa persona encontró a la chica dentro de este coche, todavía viva, pero herida y tuvo el impulso de ayudarla. ¿Si le curó la pierna, dices? ¿Por qué no? Aunque quizá después decidió cobrarse esa ayuda. O tan solo aprovecharse. Como encontrar tirada una muñeca rota. Si te gusta, la arreglas y te la quedas. ¿De qué te sirve estropeada?

—Así de fácil.

—¿Por qué no?

Se puso a mi altura, muy pegada a mi lado, como si en el fondo toda aquello resultara una situación amenazadora y empezara a producirle escalofríos.

—La verdad, sargento, es que no entiendo nada. Si alguien intentó matarlos haciendo que el coche se precipitara por el barranco, ¿por qué después tuvo un ataque de arrepentimiento y decidió salvar a la chica? ¿Habían quedado aquí con el secuestrador o este apareció por casualidad después del accidente? ¿Cómo perdió la chica una zapatilla ahí arriba, antes de que el Audi se precipitara?

—Buenas preguntas, prima, pero todavía no tengo las respuestas. Tal vez esto ayude a encontrarlas —dije señalando el borde de un charco.

Marcamos y fotografiamos unas huellas de botas que habían quedado impresas de forma muy clara y una rama manchada de sangre. Tal vez el secuestrador hubiera sido en realidad un salvador, alguien que se había topado con el coche accidentado, había sacado a la chica y la había llevado a algún sitio para atenderla y evitar que se desangrara. Pero si la cosa había ido de ese modo, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué todavía no había dado señales de vida? Y sobre todo, ¿qué sentido tenía aquel extraño vídeo donde ella posaba desnuda para un mundo de anónimos espectadores?

—María Asunción no es un peso pluma, parece una chica más bien corpulenta. Si un tipo la sacó del coche, la cargó en brazos y tuvo que caminar bajo la lluvia por un bosque lleno de zarzas y barro, no creo que pudiera llegar muy lejos. En algún sitio cercano tiene que haber una casa, una cabaña o una pista forestal por la que pueda transitar un coche —aventuré.

Nos llevó un rato, pero al final dimos con un sendero suficientemente amplio para el tránsito de vehículos. En las zonas más blandas hallamos las huellas de unas ruedas anchas, con toda seguridad de un todoterreno. Las rodadas podían ser de hacía unos minutos o de semanas atrás, eso no había forma de comprobarlo. Pero al menos ahora sí teníamos unas cuantas pistas y material suficiente como para llevar a cabo una verdadera investigación.

Tuvimos que esperar la llegada del forense y del juez antes de conseguir empaquetar todas las pruebas y poder volver al rutinario ajetreo de la comisaría. Eran más de las tres y media y todavía no habíamos comido. Mi compañera quería que nos ventiláramos un bocata en el bar más cercano para volcarnos de inmediato en los detalles de la investigación, pero yo necesitaba una comida reconstituyente y unos minutos de reposo, así que afiné mi tono de voz más autoritario y apelé al sentido del decoro imprescindible en cualquier agente de la ley para ordenarle que se cambiara aquel uniforme embarrado y mojado y se presentara después de haber comido en perfecto estado de revista. Se miró durante un segundo, arrugó el morro y se retiró sin una sola queja.

Mientras, yo escapé a mi apartamento, arrasé con las pocas existencias que había en la nevera y me tumbé quince minutos entre las margaritas estampadas de mi sofá a reponer fuerzas. Cuando, casi una hora y media más tarde, volví a atravesar la puerta de la comisaría, la agente Artero volvía a ir hecha un pincel y removía papeles como si el destino del mundo dependiera de su diligencia. Dudé de que me hubiera hecho caso y hubiera ido a zamparse un buen menú a alguno de los muchos restaurantes de los alrededores, pero al menos parecía contenta y con las pilas recargadas.

—Sargento, los del laboratorio de pruebas me dicen que la sangre que hemos encontrado en el coche es A positivo, que es el grupo sanguíneo de María Asunción.

—Bueno, no nos pilla por sorpresa. Habría sido mejor encontrar su carné de donante de órganos o algo que la identificara sin ninguna duda, pero en este puto negocio has de conformarte con lo que el azar te tira a la cara —dije mientras me dejaba caer en mi silla y resoplaba con fuerza como si aquello fuera la culminación de un gran esfuerzo.

—Me he acercado al piso de Berta y María Asunción para recoger una muestra de pelo que nos sirva para comparar el ADN de la sangre del coche.

—¡Perfecto, prima! Precisamente te iba a pedir que lo hicieras. Ahora tendremos que mandarlo a...

—Ya lo he hecho —me cortó—. Lo he metido en un sobre de pruebas y lo he enviado por vía de urgencia al laboratorio central, aunque los resultados van a tardar lo suyo. Espero no haberme precipitado.

¡Joder! La prima modosita infringía los límites de velocidad hasta cuando no conducía su Mini. En este oficio, tener iniciativa constituye una virtud indiscutible, pero un exceso de ella acostumbra a acarrear el odio más visceral y sincero de tus compañeros. Tampoco parecía una buena táctica dejar que una subordinada te pasara la mano por la cara, pero me sentía sin demasiadas fuerzas para discutir.

—Efectivamente, te has precipitado. Si te he mandado a descansar no es para fomentar tu indolencia, sino porque te necesito fresca y descansada para que alegres la tarde a tu jefe.

—Eso suena muy machista.

—Tal vez lo sea, pero no me gusta que tomes decisiones sin antes consultármelas. ¿Queda claro, prima?

La chica frunció su frente y bajó la cabeza, más enfadada que avergonzada. Esperaba una felicitación y se había encontrado con una reprimenda.

—También he pedido la grabación de la llamada que ha avisado del coche accidentado en el bosque...

—¡Joder, prima, eres un ciclón! Tú no descansas nunca...

En su ordenador, reprodujo para mí la conversación que habían mantenido nuestro encargado de la centralita telefónica y el cazador que había alertado de la presencia de un Audi volcado en un rincón del bosque. La llamada había llegado desde un teléfono público de la población de Alfarràs y desde luego la voz no correspondía a nadie que conociéramos o con quien hubiéramos coincidido a lo largo de la investigación. Era una voz grave, aguardentosa y un tanto nerviosa, lo que parecía más que justificado. Pronunciaba las palabras precisas para indicar la situación del coche y después colgaba. Exactamente veintidós segundos. Aunque lo escuchamos unas cuantas veces, no supimos descubrir ni ruidos de fondo ni nada que se pudiera considerar una pista.

—¿Lo paso a los técnicos? —preguntó Azucena.

—No creo que de momento sea necesario. Bastará con que guardemos esa grabación por si más adelante podemos comparar esa voz con la de alguien.

Hasta cierto punto, resultaba emocionante sentirse de nuevo en plena vorágine de una investigación criminal. Tenía que reconocer que lo había echado en falta. Pero también me sentía terriblemente cansado. Por primera vez me daba cuenta de que la medicación me estaba dejando sin apenas fuerzas. Ahí estaba la prima Azucena con su eterna sonrisa y su hiperactividad infantil para recordármelo.

—Jefe, todavía tenemos otro asunto pendiente. El maestro de sordomudos que ha venido esta mañana a leer los labios de la imagen del vídeo, ¿recuerda? Quizá haya conseguido descubrir lo que la chica está diciendo.

Sin duda no me hallaba en mi mejor momento, porque también eso lo había olvidado. Por la mañana, al descubrirse el cadáver del profesor, habíamos salido corriendo de comisaría y habíamos dejado al lector de labios ante el ordenador y en compañía del agente Botargues, un tipo barrigón que debía de pasar sobradamente tanto los cincuenta años como los cien kilos y lucía una sonrisa inquebrantable que era la envidia de la comisaría. Hasta esa mañana,

cuando el intendente le había ordenado que nos echara una mano, no lo había visto nunca moverse de su silla, rodeado de teclados, pantallas de ordenador y todo tipo de trastos electrónicos. Contra lo que su aspecto y su edad anunciaban, el agente era todo un fuera de serie en asuntos informáticos.

—¿Y bien?

—Mejor que te lo explique Botargues.

Tuvimos que cruzar toda la comisaría para llegar hasta su mesa, situada en un rincón de la primera planta.

—Botargues, ¿exactamente usted a qué coño se dedica? —quise saber.

Me miró como si no pudiera creer que un tipo como yo hubiera podido conseguir el rango de sargento.

—Soy policía.

—¡Joder, eso ya lo sé! ¿Cuáles son sus tareas?

Exhibió su celeberrima sonrisa y nos habló con un punto de orgullo que casi resultaba cómico:

—Hago un poco de todo, sargento. Lo que me manda la superioridad. Aunque principalmente busco delitos en la red.

—O sea, que le pagan por navegar por internet...

—¿Se lo puede creer? —dijo con un brote de alegría infantil—. Soy la envidia de mis nietos, sargento. No querían saber nada de mí hasta que supieron que me pasaba la jornada laboral mirando páginas de la red. Ahora soy el abuelo más enrollado y me han preguntado qué tienen que estudiar para llegar a ser mossos d'esquadra.

—Vaya, lo celebro. Desde luego, los caminos de la vocación policial son inescrutables.

—¡Y que lo diga!

Busqué una silla para situarme frente a su mesa. Tenía una forma de hablar y de gesticular tan sosegada que cualquier conato de conversación parecía reclamar una silla cómoda, el paquete de tabaco y una taza de tila.

—A ver, agente, necesito saber qué le ha dicho esta mañana el lector de labios que ha venido a ver el vídeo.

—¡Ah, sí! Pues verá... —Y se tomó una pausa que me hizo pensar si había quedado fulminado por un infarto cerebral—. El tipo no parecía muy convencido, ¿sabe?... Era uno de esos listillos que siempre ponen excusas y se quejaba de la iluminación de la película y de que la cámara no enfocaba bien la cara de la chica y de la resolución de la pantalla... Le dije que tranquilo, que ya le pediríamos al secuestrador que contratara al Spielberg ese para la secuela. ¿No te jode? ¡El muy capullo! Al final dejó de protestar y pareció centrarse. Estaba bastante seguro de que la chica decía algo absurdo... Lo

tengo aquí apuntado... «Soy Neriles Tip (o algo parecido), y tú, Robert...» y algo más. Pero lo que venía después, quizá el apellido del segundo nombre, no podía entenderlo porque en ese momento el movimiento de la cámara dejaba los labios fuera de cuadro. No crea, se lo estuvo pasando una y otra vez hasta aburrirme.

—¿Neriles Tip? ¿Qué cojones es eso?

—Ni idea. He buscado por internet y he visto que hay personas que se llaman Neriles, pero nadie con ese otro apellido.

Botargues empezó una disertación sobre la extrañeza que le producían los nuevos nombres que la gente ponía a sus hijos y que sus nietos se llamaban Aniceto, José y Encarna, nombres de toda la vida y que cómo iba uno a fiarse de tipos que se llamaran Kevin o Kendrick o Bashkim o Borys o Yaritza... Tuvimos que dejarlo a media frase porque su defensa del casticismo nominal amenazaba con entretenernos el resto del día. Le agradecemos su ayuda y nos escapamos rápidamente a nuestras mesas.

Reproduce el vídeo una vez más e intenté poner la frase en los labios de la chica: «Yo soy Neriles Tip, y tú, Robert...». Era posible, desde luego. Pero resultaba absurdo. Neriles Tip, Neriles Tip, Neriles Tip... ¿Y si fuera más bien «Meryl Streep»? Continuaba siendo raro, pero quizá podría tener algún sentido.

—«Yo soy Meryl Streep, y tú, Robert...» —dije en voz alta.

—¿Meryl Streep? —se preguntó mi compañera y puso cara de pensárselo muy seriamente—. Podría ser. Pero sigue resultando una frase muy extraña. ¿Crees que intentaba mandar un mensaje a quien pudiera ver ese vídeo?

Me detuve un segundo a pensar que aquello parecía más propio del guion de una serie americana de televisión.

—Si es así, tenía que saber el destino de esa grabación. Y eso abre un interrogante muy oscuro sobre su situación.

La chica parecía estar muy tranquila para ser la víctima de un secuestro y su rostro era casi inexpresivo, muy lejos de la mirada aterrada del vídeo de Maria Dolors Ballesté. ¿Quién puede tener arrestos para permanecer impassible durante un secuestro y tener la sangre fría de pensar la manera de mandar un mensaje oculto entre las imágenes de vídeo? Ni siquiera podía tener la certeza de que aquello llegara algún día a los ojos de un policía. Todo aquello era muy raro.

—Tal vez María Asunción nos quería dar el nombre de un actor que se parece a su secuestrador, pero la cámara ha cortado su cara justo antes de poder darnoslo por completo.

Me tenía preocupado aquella tranquilidad, aquel aplomo, aquel dominio de

la situación. Estaba completamente desnuda pero no hacía ni un gesto para intentar cubrirse con las manos. La gente normal se siente intimidada por el objetivo de una cámara, mucho más estando desnuda. En cambio, ella parecía una modelo que posaba para un fotógrafo de revista. Los ojos de la chica seguían a su filmador con calma absoluta, sin acritud ni turbación ni recelo ni odio. Podía ser que aquella frase no fuera un mensaje, sino una simple muestra de cariño o de familiaridad.

—¿Me está escuchando, sargento? —me interrumpió mi compañera—. Tal vez deberíamos hacer una lista de actores que se llamen Robert y que hayan trabajado en alguna película junto a Meryl Streep.

Durante unos segundos la miré todavía sin verla. Tenía demasiado humo en mi cerebro.

—No creo que haga falta, agente —le dije sin conseguir separar los ojos de la expresión de la chica del vídeo—. Seguro que se refiere a Robert de Niro. A finales de los setenta, los dos actores protagonizaron una de mis películas preferidas, *El cazador*, dirigida por Michael Cimino.

La agente Artero me miró como si saber ese tipo de cosas constituyera poco menos que un prodigio. Era demasiado joven.

—Entonces, ¿tú crees que María Asunción nos está diciendo que debemos buscar a alguien parecido a Robert de Niro?

—O quizá solo nos apunta a un cazador —confirmé sin prestar mucha atención a mis propias palabras. Las imágenes del vídeo reclamaban la mayor parte de las neuronas operativas de mi cerebro—. El verdadero problema es que esa frase se la está diciendo a su secuestrador.

—Por supuesto, porque la chica es muy lista y espera que nosotros entendamos el mensaje.

—Ya, pero ¿quién habla así con la persona que te tiene retenido en un agujero? «Yo soy Meryl Streep y tú Robert de Niro»... Más bien parece un comentario cariñoso entre amantes.

—No sé qué decirte, sargento.

—¿Quién mantiene la serenidad para elaborar un mensaje que pase inadvertido a tu secuestrador? ¿Quién es capaz de formularlo sin dudar mientras tu carcelero te graba con una cámara y tú estás en pelotas e inmovilizado sobre una camilla?

—Bueno, la chica es toda una deportista, parece muy fuerte —comentó sin mucha convicción—. Y a juzgar por las notas que saca en la universidad, debemos pensar que se trata de una joven inteligente. Tal vez lo está llevando muy bien.

— Sí, quizá incluso demasiado bien. Por eso, prima, nos vemos obligados a

formularnos una pregunta todavía más complicada que las anteriores: ¿qué tipo de relación se ha establecido entre esos dos?

Capítulo 14

Cuando abrió los ojos, sintió el vértigo de la nada. Miró el vacío durante unos segundos dolorosos, hasta que por fin comprendió que la oscuridad volvía a rodearla. Como si sintiera próxima la amenaza del agua, se esforzó en llenar de aire sus pulmones, pero de inmediato se dio cuenta de que era una oscuridad diferente, sin reflejos amenazadores, ni frío, ni efluvios de gasolina y orina, ni repique de gotas de lluvia contra la chapa... Estaba completamente tumbada, no en una posición antinatural ni con el pie atrapado entre los asientos del coche. No tenía que apoyarse sobre los codos, ni que estirar el cuello, ni que forzar la posición para seguir respirando, no se hundía en el barro y el agua sucia de una charca... «Estoy muerta —se dijo sin pesar, casi con alivio—. Por fin». Y se detuvo un segundo a meditar el alcance de ese pensamiento. Durante ese segundo, María fue tomando consciencia de su cuerpo. El dolor fue brotando poco a poco desde el interior de sus huesos para acabar manifestándose en cada terminación nerviosa. El cuello, la cabeza, los hombros, la espalda, el abdomen, las nalgas, las piernas, los párpados, las uñas, el pelo... no

hallaba dónde fijar su pensamiento, que no topase con alguna forma diferente de dolor. Se dijo que no podía estar muerta y contrajo los labios en una mueca parecida a una sonrisa. La muerte no podía doler tanto.

Las náuseas le confirmaron su resurrección. Se sentía tan mareada y confusa, tan sin fuerzas... Las súplicas que llegaban desde diferentes puntos de su anatomía le impedían abstraerse y pensar. Tuvo que emplear toda su capacidad de concentración para imponerse la pregunta más lógica: ¿dónde estoy? Desde luego, no se encontraba en el interior de un Audi volcado en pleno bosque. No olía a hierba ni a gasolina ni a ese aire diferente que sigue a la tormenta. Pero tampoco se hallaba en la camilla de una ambulancia o en la habitación de un hospital. No había sirenas, ni enfermeros, ni goteros, ni luces de emergencia... Intentó recordar, pero su mente continuaba oscura como el limbo en que se hallaba. Consiguió acordarse de la intensidad del dolor y esa fiereza le devolvió la imagen del hombre barbudo intentando desentramar su pie izquierdo. «¡Aguanta, chica!», le había gritado. Esa era su última visión, el

último recuerdo, porque el dolor le había hecho perder la consciencia.

Se dio cuenta de que la oscuridad no era tan absoluta como había creído, porque sus ojos empezaron a perfilar algún objeto. Supo que estaba tumbada sobre una superficie no muy dura y que miraba hacia un techo que no quedaba muy por encima de ella. Su nuca reposaba sobre algo blando, tal vez una almohada. No olía a agua de cloaca, ni a carne putrefacta, ni a barro. Ni siquiera a su propio miedo. Más bien percibía un cierto aroma de jabón barato, con esencia de lavanda. No se hallaba en mitad de un charco. Ni siquiera estaba mojada. Darse cuenta de ese detalle le hizo percatarse de que la sed la abrasaba por dentro. Intentó que la saliva acudiera a su boca, pero solo encontró una lengua de esparto.

Intentó mover la mano derecha y sintió un pinchazo de dolor, pero pudo separarla del cuerpo sin ninguna traba. Supo que nada retenía sus manos. Con extrema precaución, intentó mover los pies y tampoco los retuvo nada, aunque el izquierdo le quemaba en una hoguera diferente. Con mucho cuidado, lo levantó solo unos centímetros y notó que llevaba algo adherido a la pierna, porque pesaba más de lo habitual.

Contempló la posibilidad de intentar incorporarse, pero no se vio con suficientes energías. Palpó la superficie sobre la que se hallaba y le agradó redescubrir la sensación del tacto. Era una plataforma de piel acolchada y no muy amplia, pues llegaba a los bordes sin necesidad de extender los brazos. Probablemente se trataba de una especie de camilla o de mesa. Se dijo que tal vez estuviera en un quirófano, aunque la superficie le pareció demasiado ancha y era poco probable que el equipo médico trabajara a oscuras. Quizá el cirujano y su equipo la hubieran abandonado a media operación para salir a fumar. O a almorzar. «Qué estupidez», se dijo. Volvió a esbozar una sonrisa, aunque la tensión de los labios también le provocó dolor. O quizá la habían dado por muerta y se hallaba en el depósito de cadáveres del hospital, en la fría mesa de disecciones del patólogo forense, esperando que un bisturí la abriera en canal y un desconocido se dedicara a hurgar entre su más estricta intimidad. Intentó tragar saliva, pero no había nada que tragar.

Hizo acopio de fuerzas y ascendió la mano derecha hasta la cabeza para palparse. El pelo lo tenía despeinado, sucio y pajizo, pero seco. Su cara parecía limpia, sin restos de barro o briznas de hierba. No descubrió ninguna herida, solo le repugnó la sequedad de sus labios. ¿Adónde había ido toda el agua que había tragado? Por lo demás, todo parecía estar en su sitio. Aunque sin duda debía de tener una pinta horrorosa. Darse cuenta de que se estaba preocupando por su aspecto le provocó de nuevo un intento doloroso de sonrisa.

Quiso moverse y oyó crujir varias vértebras al girar la cabeza y acercarla al

límite de su cama. Su cuerpo protestó airadamente con aquella torsión mínima. El debilísimo resplandor que casi daba forma a los objetos de la sala procedía de las dos resistencias de una estufa eléctrica que tenía a su derecha, al pie de la mesa-cama. Recordó con espanto el frío que había tenido que soportar durante toda la noche que había pasado en el coche, inmovilizada y cubierta de agua, y agradeció como una bendición aquella agradable sensación de calor. ¿Tenían estufas en el cielo? De repente, a su mente llegó una vaga sensación de amenaza y tuvo que esforzarse para conseguir formularla... Era la extrañeza del tacto de la piel, su espalda contra el material del que estaba forrada la mesa... En ese momento tuvo el reflejo de llevarse la mano al pecho y descubrió que estaba desnuda. Tras recuperar la posición, recorrió con las manos sus pechos, su abdomen, su sexo. No vestía su blusa, ni sujetador, ni bragas, no llevaba encima ni una sola pieza de ropa. Un cadáver dispuesto para ser arrojado a una fosa común. Le pareció más extraño que alarmante. Bien pensado, resultaba coherente que quien la hubiera rescatado de una muerte segura se hubiera tomado la molestia de despojarla de sus ropas mojadas, seguramente estropeadas y sin duda pestilentes. Aunque también le habría parecido lógico que las hubieran sustituido por una de aquellas ridículas batas de hospital que dejaban la espalda y el culo al descubierto. O por una simple sábana.

Le sorprendió el reflejo anaranjado de las resistencias eléctricas en algún cristal que pendía por encima de su cabeza. Una bombilla. ¿Por qué estaba apagada? ¿Por qué nadie había acudido todavía a encenderla? Tal vez alguien (una enfermera, sus padres, Elia...) esperaba en alguna habitación contigua a que ella despertara y reclamara compañía. A pesar de que la sensación de cansancio parecía haber tomado posesión de todos sus músculos, cabía la posibilidad de que ya llevara muchas horas durmiendo.

—¿Hay al...guien ahí?

Tosió. No era esa su voz, la que ella recordaba. Tenía un timbre rasgado y sin vida, como de alguien que estuviera aprendiendo a hablar, pero le había salido razonablemente audible. Acababa de descubrir que también le dolía la garganta. Le costaría días recuperar su voz de siempre. Necesitaba beber.

—¡Eh! ¡Por fa... vor! ¿Puede al... guien decir... me dónde estoy? —insistió con algo más de claridad y vigor.

Le contestó un silencio tan absoluto que volvió a sentir la proximidad de la muerte. Intentó aguzar el oído, pero no fue capaz de sorprender el rumor más leve. El mundo entero estaba lleno de sonido, de gritos, de lloros, de susurros, de molestos chirridos y de ruido desagradable y prescindible, ¿dónde habían metido todo eso? Quizá sí estuviera muerta al fin y al cabo. Meditó durante un

segundo la extravagancia de un más allá equipado con estufas eléctricas, pero sin aparatos de música. Tal vez pasaran por problemas económicos y tuvieran que apagar las luces cuando no fueran necesarias. De nuevo dejó escapar una risa breve y cansada, que le permitió tomar consciencia de que también sus pensamientos eran extraños. ¿Y si le habían dado alguna droga? ¿Y si no estaba pensando con normalidad?

Se apoyó sobre el codo izquierdo y, tras superar el desgarró del primer dolor, se embarcó en la proeza de levantar unos centímetros el tórax y la cabeza. Le costó un esfuerzo exagerado, pero acabó triunfando. Desde esa nueva posición, intentó divisar y comprender su entorno. Se esforzó en discernir otras camillas que acogieran otros cuerpos como el suyo, pero la escasez de luz y la debilidad no daban para que su mirada atravesara las sombras. En apenas unos segundos, se dejó caer de nuevo atacada de un cansancio infinito.

Por primera vez en muchas horas pensó en comida. Un simple bocadillo de jamón, un pincho de esas increíbles tortillas de patata que Berta preparaba, cualquier cosa cocinada por su madre... Esos pensamientos le regaron la boca por fin. No sabía qué hora era, pero hacía mucho que no se llevaba nada al estómago y tenía un hambre atroz. Habría sido capaz de comerse cualquier cosa que le hubieran puesto delante, hasta un plato de col hervida, ese error de la naturaleza que algunos descerebrados celebraban como un manjar. Para visualizar mejor el plato que en esos momentos quisiera zamparse, entornó los ojos, lo que le hizo pensar que su cansancio era todavía peor que su hambre. Finalmente, cerró los ojos del todo. «Solo un momento», se dijo. Pero enseguida descubrió que sus párpados tenían vida propia y no atendían a sus órdenes. Al parecer, sobrevivir resultaba una aventura agotadora.

«Tarde o temprano tendrá que aparecer alguien», pensó con los últimos chispazos de consciencia.

Capítulo 15

Viernes, 9 de noviembre

El juez encargado del caso era un niño que apenas hacía tres meses que había aterrizado en aquella plaza y andaba con pies de plomo para evitar cometer alguna cagada. Nos costó una excursión al juzgado, tres cuartos de hora de una espera vergonzante y una agria discusión para arrancarle a aquel capullo engreído, como si nos estuviera haciendo un favor, tres órdenes de registro: una para el piso de Santiago Laurel Cifuentes, la segunda para su despacho de la Facultad de Ciencias de la Educación y la tercera para fisgar en el ordenador portátil de María Asunción Burgués Collegats.

Tan pronto como tuvimos los tres documentos en las manos, corrimos a casa del profesor. No es que esperara encontrar a María Asunción encerrada en un trastero o algo así, pero al menos realizaríamos la buena acción del día evitando que el perro del profesor muriera de hambre, afonía y aburrimiento. En último extremo, el vecino torturado por los ladridos del chucho podría acabar de fundir sus neuronas ante su televisor sin más sobresaltos.

Cuando el cerrajero consiguió franquearnos el paso, descubrimos que el pobre animal, un dálmata de pelo cobrizo que en mejores circunstancias no habría hecho mal papel en una exposición canina, estaba en las últimas. No nos ladró por deber de centinela, sino de puro agradecimiento, aunque sus ladridos apenas sonaban ya como un simple acceso de tos. El bicho nos había hecho ya la mitad del registro. Sin duda se había pasado horas buscando algo que llevarse a la boca y poco antes de nuestra llegada se había resignado a morir de inanición. Cuando un agente se lo llevó a la protectora de animales, procedimos a hurgar entre lo poco que quedaba en pie. Durante más de dos horas, nos armamos de valor para soportar el tufo a orina y excrementos de perro, y revolvimos entre papeles, libros, la nevera, los armarios, los cajones y, cómo no, el cubo de la basura, el lugar donde los detectives de película encuentran las pistas para resolver sus casos, pero que en esta ocasión solo contenía lo que su nombre apuntaba: pura y simple basura. Tenía la esperanza de encontrar en algún rincón de la vivienda indicios que explicaran por qué el profesor y su acompañante habían decidido ir hasta aquel bosque, a casi treinta

kilómetros de Lleida. ¿Qué se les había perdido allí? ¿Existía alguna relación concreta entre el profesor y aquella zona o era ella quien lo había arrastrado hasta allá? Una escopeta que lo identificara como cazador, unas botas de montaña, una foto junto a una cabaña o una casa de campo... cualquiera de esas cosas habría constituido una pista. Pero no encontramos ni armas, ni ropa de excursionista y las únicas fotos que lucían junto al televisor eran las de una niña de apenas dos años, sin duda la única hija del matrimonio que había acabado en divorcio. Pensamos que en alguna agenda de teléfonos quizá aparecería el nombre de Maria Dolors Ballesté o que tal vez la casa dispusiera de un sótano habilitado como estudio de filmación...

Por supuesto, no encontramos nada de eso.

—Recuérdeme que preguntemos a Elia dónde se produjo la agresión de la que nos habló. Si se tratara del mismo bosque donde hemos hallado al profesor o donde se encontró el cuerpo de la primera víctima, quizá eso pudiera tener algún significado.

—Tomo nota —contestó mi compañera, sorprendida de que mis cinco sentidos no estuvieran puestos en los pormenores del registro.

Con una cierta sensación de fastidio, me di cuenta de que mi cabeza no podía dejar de intentar encajar las piezas de un puzle en el que todavía no se apreciaba una imagen definida. Si el profesor había muerto en el «accidente», parecía extraño que hubiera sido quien secuestrara a la chica, y desde luego no podía ser quien le curara el pie dañado y quien colgara el vídeo en internet. Buscábamos también a una tercera persona.

Después de un registro concienzudo, lo único destacable que supimos encontrar fue una anotación en la agenda de su ordenador correspondiente al día 31 de octubre: «17.30. Recoger a M.A.». Supusimos que «M.A.» tenía que ser María Asunción. Si todavía existía alguna duda de que la chica desaparecida había estado en el coche accidentado, de repente se había esfumado. Cuando le enviáramos a Berta una foto de la zapatilla encontrada cerca del Audi, sin duda la identificaría como la que su compañera calzaba el día de la desaparición.

Azucena debía de estar pensando algo parecido:

—A ver si me aclaro, jefe: a las cinco y media del 31 de octubre el profesor Santiago Laurel recoge a María Asunción para llevársela de fiesta, ¿verdad? Sin embargo, la chica aparece sola en la fiesta y se la pasa bailando y bebiendo hasta la madrugada, ¿no? Entonces, ¿cómo acaba cabeza abajo en un barranco en mitad de un bosque a treinta kilómetros de aquí? ¿El tipo pasó a recogerla otra vez después de la fiesta? ¡Jolín, no entiendo nada!

Recogimos los trastos, subimos al coche y nos trasladamos rápidamente a la Facultad de Ciencias de la Educación para cumplir con la segunda orden de registro: el despacho del doctor en investigación sociológica aplicada Santiago Laurel Cifuentes. Tuvimos que movilizar a todo el cuerpo de bedeles de la universidad para que alguien tomara la decisión, un viernes a las siete y cuarto de la tarde, de abrirnos el despacho, pero al fin algún subalterno se sintió lo suficientemente intimidado. Como era de prever, no encontramos ningún indicio relevante. Ninguna agenda, ningún detalle personal, tan solo pilas de ejercicios escritos pendientes de corrección y un ordenador sin clave de acceso que guardaba documentos administrativos, los guiones de sus clases, listados de bibliografía, algunos trabajos de sus alumnos y hojas de cálculo con las notas de diversas promociones de estudiantes. Se me ocurrió que tal vez las calificaciones de las chicas implicadas en nuestro caso revelaran alguna información útil y dediqué unos minutos a buscarlas. Puesto que María Asunción era alumna durante el curso vigente y estábamos en los primeros compases, todavía no contaba con ninguna nota. Elia Espín no constaba en ese listado. Donde sí aparecía era en el documento que recogía las puntuaciones del curso anterior para la asignatura «Introducción a la sociología»: una triste serie de doses, treses y cuatros que acababan en una nota final de «Aprobado», al parecer más que generosa. Quizá la bella Elia arrasaba en otras materias, pero desde luego no en la del tal Santiago Laurel.

Cuando salimos al aire frío de la calle, sobre las nueve y media, me sentía un paso más allá de estar exhausto. Me dolía un poco el estómago y estaba algo mareado. Solo tenía ganas de llegar hasta mi cama para esperar cómodamente el fin del mundo.

—¿Y ahora?

Resultaba preocupante que mi joven compañera se estuviera convirtiendo en mi conciencia. Me obligaba a elegir entre intentar salvar a la chica desaparecida y procurar vivir el último tramo de mi existencia lo más confortablemente que pudiera. Lo razonable parecía encontrar un buen restaurante para sentarme a cenar como un señor, más tarde salir a tomar una copa y por último meterme en la cama temprano, preferiblemente acompañado, aunque solo fuera para recuperar el tacto y el calor de la piel femenina.

—Esa tal Ainoa, la de la fiesta, estudia leyes y vive en un piso de estudiantes, ¿no? Tal vez esté por aquí, cerca de la facultad de Derecho...

Azucena sacó su teléfono, marcó el número de la tal Ainoa y le preguntó si estaría dispuesta a recibirnos a esas horas y contestarnos unas pocas preguntas. Mi compañera tuvo que insistir y hasta la oí emplear un tono de amenaza que

le quedaba postizo.

—Vive aquí mismo, jefe. Está ansiosa por vernos.

La chica nos recibió con una cara de funeral que agravaba su mirada triste y unos labios curvados en una perenne mueca de fastidio. No era guapa, ni siquiera interesante, pero hasta en las pantuflas que utilizaba para andar por casa se notaba la impronta del dinero. Disfrutaba de un ático grande y lujoso, con una terraza gigantesca y unas vistas preciosas a la Seu Vella, el río Segre y el paseo. Un lujazo. Tres carteles de películas recientes le daban el toque juvenil que los muebles de madera oscura y las imágenes tristes de los cuadros colgados en las paredes desmentían. Nos invitó a sentarnos en un sofá de piel marrón situado ante una lustrosa tele de plasma, pero no nos ofreció ni un triste café.

—Háblenos de su fiesta —le propuse mientras sacaba mi libreta y empezaba a tomar muchas más notas de las necesarias. Se trataba de infundirle la idea de que aquello era algo más que una simple conversación y que cuanto dijera iba a alcanzar la relevancia de una declaración.

Titubeante, corrigiéndose cada dos por tres, fue detallando los pormenores de una fiesta multitudinaria y alcohólica que duró de las nueve de la noche a las cuatro o las cinco de la madrugada. Música, baile, cervezas, gin-tonic y, por supuesto, las tradicionales castañas asadas. La chica se reafirmó en que su amiga María había acudido sola a la fiesta, que se había mostrado alegre y divertida, que había bailado mucho y bebido un poco, y que se había retirado pasadas las cuatro, con los últimos invitados: Josep, Raúl, Gloria, Luisa, Eugenia, Judit, Doménech, Silvia, Sandra... Cada vez que la chica citaba el nombre de alguno de sus amigos, yo le pedía el apellido y que me detallara si estudiaba en alguna facultad. Recibía cada insistencia en un nombre con una mueca extraña, como si le estuvieran clavando un alfiler en el trasero. Estaba claro que mentía y que temía implicar en sus mentiras a sus invitados.

—Mire, señorita —dije tras considerar que ya se había enredado suficientemente en sus embustes—, usted estudia derecho y sabe qué significa mentir a la policía. Su amiga se ha esfumado y nadie sabe nada de ella desde aquella noche. Hasta donde nosotros sabemos, usted y sus amigos fueron las últimas personas que la vieron. A no ser, por supuesto, que usted nos esté mintiendo. Porque todo nos empuja a pensar que su amiga no estuvo aquí la noche del 31, sino que se hallaba junto a un tipo al que hoy hemos encontrado tieso como un bloque de hormigón. —Ante sus ojos, puse una de las fotos del cadáver de Santiago Laurel que guardaba en mi móvil—. En el coche donde este tipo se pudría, había mucha sangre y todo nos lleva a pensar que se trata de la sangre de su amiga María Asunción, la misma que usted dice que bailaba

y explicaba chistes mientras aquel coche se precipitaba por un terraplén. ¿Me está diciendo —y ahí saqué mi tono más amenazador— que si voy a interrogar a todos esos invitados suyos y los amenazo con las penas por perjurio confirmarán que la chica que buscamos estuvo aquí, meneando el trasero y dejándose meter mano hasta las cuatro de la madrugada?

La estudiante de derecho tragó saliva con dificultad. Sabía que se había metido en un berenjenal.

—Bueno..., muchos no la conocían —dudó con una voz débil, que empezaba a contemplar la posibilidad de una rectificación—. Quizá no habló con todos. Algunos tal vez ni se dieran cuenta de su presencia... Bebimos mucho...

—Señorita, ¿no se da cuenta de que es posible que la vida de su amiga corra peligro?

Dejó caer la cabeza, entre avergonzada y derrotada. Si no sabía sostener una birria de mentira como esa, difícilmente llegaría algún día a defender a alguien en un tribunal. Tenía menos futuro como abogada que yo como paciente. Se rindió sin condiciones. Nos confesó que María Asunción la había llamado la mañana del 31 de octubre y le había explicado que seguramente acudiría a la fiesta, pero que andaba metida en líos sentimentales y que necesitaba que alguien le ofreciera una coartada. A cualquiera que viniera a preguntar, tenía que decirle que ella había acudido sola a la fiesta y que se había retirado con los últimos invitados.

—Pensé que se trataba de un rollo con algún casado, alguien que conociéramos las dos y que pudiera venir a preguntar... No crean, le estuve dando vueltas al asunto... Pero no esperaba que fuera la poli la que viniera a preguntarme. En cualquier caso, no me dio más explicaciones, solo me advirtió de que se trataba de un asunto importante y me recordó nuestra larga amistad y esas mandangas... ¿Qué querían que hiciera?

Por pura venganza, por el tiempo valioso que nos había hecho perder, por hurgar un poco más en sus remordimientos, nos entretuvimos en preguntarle todo tipo de detalles sobre la vida y el carácter de su amiga, hasta le dije que el fiscal estudiaría la posibilidad de denunciarla por obstrucción a la justicia... La dejamos llorando en su sofá de diseño, aunque habría preferido atizarle cuatro hostias. Al menos las palabras de aquella pija engreída nos ayudaban a entender en parte la cronología de los hechos. A pesar de todo, el caso todavía seguía plagado de incógnitas.

Cuando abandonamos el piso de Ainoa, a las diez y cuarto de la noche, estaba convencido de haber superado con creces las obligaciones que imponía el sueldo de sargento y las de paciente tutor de una poli novata con ganas de

comerse el mundo. Hasta en el rostro de mi persistente compañera parecía haber prendido la llama del cansancio. Pero todavía le quedaba un tronco que quemar.

—¿No crees que la exesposa del profesor podría saber alguna cosa? —preguntó mientras descendíamos en el ascensor—. Tal vez tuvieran buena relación y hablaran habitualmente...

—¿Y crees que el profesor guaperas comentaría los rollos con sus alumnas con su ex? Nadie guarda tan buena relación con la persona que te ha mandado a la mierda y se queda con la mitad de tu sueldo.

—De todas formas, podríamos intentarlo. Comparten una hija: alguien tendrá que anunciarle la muerte de su padre.

—Ya. Y casualmente tú tienes a mano su teléfono, ¿verdad?

—La duda ofende, sargento.

Aunque se trataba de una simple llamada telefónica, tuve que hacer unas cuantas inspiraciones profundas para aplacar mi evidente cabreo. Ya había dejado de esforzarme para que no se notara. En el mismo portal del edificio donde vivía Ainoa, antes de salir a la calle, marqué los números del teléfono de Marta Fontás. Me contestó una voz dulce y aniñada que daba gusto escuchar. Pero apenas se filtró en mi segunda frase el nombre de Santiago Laurel, llegué a percibir cómo se le alargaban los incisivos y las uñas.

—Si se trata de la custodia de Greta, no se moleste en gastar saliva, sargento —me advirtió—. Un juez excesivamente benévolo me obliga a dejársela cuarenta y ocho horas cada quince días, pero ese cabrón no va a estar con ella ni un segundo más, palabra...

Por mucho que el ataque de rabia confirmase que entre dos divorciados no es posible otra relación más que un odio más o menos violento, tuve que pararla antes de que dijera algo que pudiera lamentar.

—Disculpe, señora Fontás, pero no la llamo para eso. Tenemos una mala noticia... bueno, supongo que lo es... El caso es que hemos encontrado a su exmarido... muerto... y, puesto que no sabemos a quién avisar, hemos creído conveniente hablar con usted.

Se abrió un silencio molesto que duró unos pocos segundos. Supuse que era el tiempo que necesitaban los dientes y las uñas para regresar a su estado de reposo.

—¡Oh! No sabía... ¡Joder!... ¿Muerto? Bueno, no voy a ser yo quien lo llore, desde luego, pero... Tendré que decírselo a la niña... ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por fin se lo ha cargado el novio de alguna de sus alumnas?

No resultaba difícil imaginar una de las razones que más habían pesado en la demanda de divorcio.

—Todavía no podemos decirle nada, señora. Pero nos ayudaría saber si últimamente tuvo algún contacto con usted... ¿Se veían?

—¿Está de coña, sargento? Me largué a vivir a Tarragona para no correr el riesgo de coincidir con él en un callejón oscuro. No por miedo a ese mamarracho, no se engañe, sino porque conozco mi pronto. Cuando venía a recoger a la niña, tenía prohibido subir hasta mi piso de alquiler, le tocaba esperar en el coche hasta que Greta bajara.

—Tal vez ustedes hablaran por teléfono y él le contara algo.

—Sargento, si lo hubiera intentado, le habría colgado. Cuando hice las maletas fue para siempre, se lo aseguro.

La mala hostia que transmitían aquellas palabras no dejaba margen a la duda. Ni la muerte había atenuado un odio feroz y avinagrado, que esa mujer conservaba y cuidaba como una reliquia, absolutamente incólume.

—Tal vez le parezca un exceso de curiosidad por mi parte, pero quizá los motivos de su distanciamiento puedan tener algo que ver con lo que haya provocado la muerte de su exmarido. ¿Puedo saber qué sucedió entre ustedes?

—Por supuesto, se lo he contado a quienquiera que haya querido escucharme. La debilidad por sus alumnas... mire, tiene un pase. Al fin y al cabo yo fui una de ellas. Después vino aquella primera vez que me puso un ojo morado... Era después de una fiesta, yo había estado tonteando con todos e íbamos un poco bebidos. Los dos. Decidí que tan solo había sido un momento de flojera, un accidente. Pero la segunda vez que me puso la mano encima, ya había nacido nuestra Greta y no estaba dispuesta a que creciera viendo cómo sacudían a su madre.

—Hemos revisado su expediente y no consta ninguna denuncia por malos tratos...

—Ese fue el argumento que utilicé para que aceptara dejarnos en paz. Con el parte de urgencias me planté ante él y le di a elegir: el divorcio o la denuncia. Al cabrón le preocupaba demasiado su imagen pública como para intentar retenernos. Firmó todos los papeles que le puso delante mi abogado.

Cuando le pregunté por algún pariente del profesor, me dijo que no tenía hermanos, pero que sus padres vivían en Alcoletge, un pueblo cercano a Lleida. Sin embargo, se negó a tener ningún contacto con ellos. Le agradecí su ayuda antes de colgar.

Salimos a la calle y nos recibió una inesperada brisa invernal que me produjo un escalofrío. La cabeza se me iba un poco y sentía náuseas. Necesitaba mis pastillas con urgencia. Mientras caminábamos hacia el coche, expliqué a mi compañera los detalles de la conversación que acababa de mantener con la ex del profesor. Después caminamos unos metros en silencio,

como si cada uno intentara encajar la nueva información.

—Así que el profesor era un tipo violento... —comentó Azucena.

Las palabras de mi compañera me hicieron recordar que Berta no había sabido apreciar ni una pizca de entusiasmo en la cara de su compañera en el momento de abandonar el piso.

—Y por lo que ha dicho esa mujer, no era la primera vez que el profesor buscaba la compañía de sus alumnas. En su agenda —reflexioné en voz alta—, solo hay una entrada que puede referirse a nuestra chica desaparecida, precisamente la del día de la cita. Aparecen otros muchos nombres de mujer y otras muchas iniciales: Roser, Helena, Kira, Neus, Conchita, Pilar, Magda, L., C., M.E... Algún nombre incluso sale repetido varias veces, pero no hay ninguna otra anotación que apunte a nuestra desaparecida. ¿Tú qué deduces de eso, prima?

—No sé. Quizá que no se conocían demasiado.

—Yo diría que la tarde del 31 de octubre debía de ser la primera vez que se citaban. Aunque lo normal es que después todo acabe siendo una catástrofe, los primeros encuentros suelen estar cargados de ilusión e ingenuas expectativas de felicidad. ¿Recuerdas la sensación que tu amiga Berta tuvo sobre la actitud de su compañera de piso cuando iba a encontrarse por vez primera con el codiciado profesor Santiago Laurel?

Quería llegar rápidamente a nuestro coche porque se me estaban congelando la nariz, las orejas y los dedos de las manos. La cabeza estaba a punto de estallarme. Sin embargo, Azucena se detuvo en mitad de la acera, como si seguir caminando representara un obstáculo para culminar su reflexión. La repentina brisa invernal se clavaba en la piel como una lluvia de cristales.

—Sí. Le pareció que María Asunción respondía a la llamada del interfono sin verdadero entusiasmo, no le parecía que fuera a una fiesta a pasárselo bien. Y, de hecho, ahora sabemos que no llegó a pisar la fiesta de su amiga.

—Pero le había pedido que le sirviera de coartada.

—Es verdad, resulta extraño. Aunque, bien mirado, es factible que María Asunción supiera lo que había pasado entre su profe y su amiga Elia.

—Por lo tanto, es más que probable que ella supiera que iba a reunirse con un violador. —Le di la espalda y reemprendí la marcha hacia el coche, aparcado en mitad de un paso de cebra—. ¿Y por qué crees tú, prima, que tan solo

un rato después esa joven con inclinaciones lesbianas y brazos de nadadora se deja arrastrar por el violador de su amiga hasta un bosque perdido?

La agente vino corriendo tras de mí hasta la puerta del vehículo.

—¡Dios mío, por venganza! Todo esto es un ajuste de cuentas. María Asunción pretendía castigar de algún modo al profesor que había forzado a su amiga del alma... Pero pasó algo que torció sus planes y acabaron los dos atrapados en el fondo del barranco.

—Sube —le ordené frotándome las manos. Parecía embobada—. Sería imposible encontrar signos de lucha (si la hubo) en el interior del vehículo accidentado. Pero tal vez en la autopsia hallen restos de piel de María en las uñas del cadáver.

Arranqué. Eran cerca de las once de la noche y mis baterías estaban muy por debajo del mínimo exigible a un humilde asalariado. Los funcionarios tenemos fama de rascarnos los huevos todo el día. ¿Qué hacía yo regalando mi energía, mi inteligencia y mis últimas semanas o meses a una administración que jamás reconocería mis méritos ni se molestaría en recordarme ni siquiera con respeto?

—Si yo pretendiera hacer daño a un hombre joven y fuerte —comentó la agente—, desde luego no confiaría en mis uñas. Me agenciaría algo más contundente. Una pistola, un cuchillo afilado, una barra de hierro...

—Tienes mucha razón, prima. Necesitaba un arma y no hemos encontrado ninguna. Deberíamos preguntarnos qué podría ser considerado un arma y nos ha pasado inadvertido entre los restos del accidente.

—En cuanto volvamos a la comisaría me pondré a repasar las fotos, pero no recuerdo ningún objeto que se pudiera usar como arma.

Casi me dio vergüenza sentirme demasiado cansado para replicarle que al día siguiente tendríamos tiempo de mirarlo todo detenidamente y formular nuevas hipótesis.

—También cabe la posibilidad de que la persona que rescató a María Asunción del Audi accidentado en realidad fuera un cómplice, algún amigo o amiga de ella que los estuviera esperando en aquel rincón apartado para ayudarla a consumir su venganza.

—¿Y que después la muestra desnuda en un vídeo colgado en internet? No sé, jefe, eso no cuadra...

No tuve argumentos para replicarle. Ni muchas ganas, la verdad. Pero en todo caso apunté mentalmente que sería conveniente investigar un poco entre las otras amistades de María Asunción. No sería difícil, puesto que la chica no parecía especialmente inclinada a fomentar las relaciones sociales. Pero era joven y sin duda tenía que conocer a muchos colegas dispuestos a ayudarla a cometer cualquier disparate. Revisaríamos su agenda, con especial atención a sus amistades masculinas. Si las tenía, por supuesto.

Mi mal de tripa cesó de repente y dejó un inmenso vacío que, la experiencia

me lo advertía, era conveniente rellenar con urgencia. Cuando el hambre me corroe las entrañas, se dispara mi mal humor. Necesitaba con urgencia clavarle el diente a algo sólido. El maldito caso se estaba retorciendo como una serpiente venenosa y el subinspector Busquet y el intendente De Gea no tardarían en tirársenos a la yugular ante la falta de resultados con los que aplacar a sus superiores y a la prensa, que era lo único que en realidad les importaba. Antes de devolver el coche al depósito, me decidí a llevar a mi compañera hasta su casa para asegurarme de que no volvía a la comisaría a seguir trabajando en el caso.

Atravesamos el barrio de Balafia y llegamos hasta donde los edificios empiezan a mezclarse con solares vacíos, huertos y bancales de frutales. Esta vez no se apeó en la acera exterior. Me indicó que entrara por un camino de tierra junto a un cartel que rezaba «Villa Flor». Avanzamos sobre la línea que dividía una plantación de nectarinas hasta un edificio de tres pisos con un almacén en un lateral de los bajos. Un foco de una luz amarilla iluminaba la fachada y le confería un aspecto de monumento antiguo y un tanto desangelado. Todo aquel entorno parecía una mancha anacrónica, una antigua cicatriz que recordaba una ciudad que sin duda ya había dejado de existir.

Antes de bajar del coche, la agente volvió a tentarme:

—No quisiera ser cruel, sargento, pero te advierto que me espera una cazuela de calamares. E insisto en que mi madre es una cocinera excelente. ¿De verdad no te animas a acompañarme?

—No, gracias.

Mi negativa no debió de salir de mi boca con la suficiente contundencia, porque la chica se sintió obligada a insistir.

—No temas por mi familia, sargento. Son gente de campo y siguen un horario estrictamente solar, por lo que a estas horas ya debe de hacer rato que roncan a pierna suelta.

Supongo que la urgencia del hambre pudo más que mis alergias familiares. Apagué el motor y la seguí a través de un precioso porche floreado y con dos sillas metálicas encaradas hacia poniente que parecían el lugar más indicado para contemplar cómo el mundo se echaba a perder. Un chucho muy peludo se acercó a estudiarme con aire aburrido y no debió de inquietarle mucho lo que olió, porque me acompañó sin un solo ladrido y meneando la cola.

—En verdad me hubiera gustado tener un perro que me recibiera contento al final de una ajetreada jornada laboral, pero siempre supe que ningún animal al que alimentara con pienso barato y encerrara todo el día en un apartamento minúsculo del barrio de Gracia, al que ni siquiera regresaba a dormir cada noche, me iba a hacer sentir como un dios.

Azucena se detuvo ante la puerta de entrada para mirarme con unos ojos que rezumaban compasión.

—Te sorprendería comprobar lo agradecidos que pueden llegar a ser los perros. Se conforman con muy poco, siempre están contentos y les basta estar junto a sus amos. Deberíamos aprender mucho de ellos.

—Sí, su estupidez los inmuniza contra la infelicidad. Ni siquiera son conscientes de que algún día morirán.

—No digas eso, Abel. Ya ves que Mut te ha aceptado rápidamente, como a uno más de la familia.

Tal vez aquella fuera la primera vez que Azucena me llamaba por mi nombre. Me gustó que supiera discriminar el trato laboral y el personal. Mut se dejó hacer unos pocos arrumacos y después corrió tras su dueña, que abrió una puerta de madera maciza y me ofreció el silencio de una casa a oscuras. Encendió una lámpara de lágrimas que parecía robada de un museo barroco y me condujo a través de un recibidor, una escalera y un pasillo atiborrado de fotografías hasta una cocina muy amplia con alegres ventanales y una enorme y alargada mesa central donde sin duda se celebraban las comidas familiares que no requerían protocolo. También de las paredes de la cocina colgaban decenas de fotografías. En algunas vi el alegre rostro infantil de mi compañera. En otras me pareció reconocer algunos rasgos familiares en algunas caras. Tal vez alguna fuera la de mi madre. Me pregunté por qué en casa de mis padres no se había desarrollado ese mismo culto al pasado.

—Siéntate aquí y prepara tu paladar y tu estómago. Estás a punto de comer el mejor plato de calamares de tu vida.

No sé si fueron los mejores, pero desde luego la madre de Azucena sabía lo que se llevaba entre manos. Dimos cuenta de una barra de pan, de una cazuela generosa y de una botella de verdejo que me devolvieron la sonrisa y la fe en la humanidad. Pura gloria. Renuncié a cualquier postre a cambio de una taza de café y pedí permiso para encender un cigarrillo. Mut se había tumbado a mis pies y de vez en cuando levantaba la cabeza para asentir a mis palabras. En ese momento, intentar seguir vivo durante mucho tiempo parecía un buen proyecto.

—Violeta, una cena magnífica.

—¡Jolín! No me llamo Violeta, ni Geranio ni Gardenia ni Tulipán. Voy a empezar a enfadarme si no me llamas por mi nombre.

No tuve tiempo de replicar. Una mujer menuda, que pasaba sobradamente los sesenta años, entró en la cocina con cara de sueño. Una bata ligera le cubría un camisón de un blanco inmaculado y arrastraba unas zapatillas de paño muy gastadas. Se detuvo un instante delante de mi silla y me estudió con un punto de

descaro y otro de desconfianza. Me sentí obligado a levantarme.

—Abel, mi abuela Rosa —nos presentó Azucena—. Abuela, este es...

—Sé perfectamente quién es —interrumpió la señora—. Es el tipo que se ha comido mi almuerzo de mañana.

—Magníficos calamares, por cierto —me sentí obligado a excusarme.

No solo le habíamos interrumpido el sueño, sino que además le habíamos arruinado la comida del día siguiente. No parece la mejor manera de conocer a alguien. La mujer lucía una mueca de enfado que tal vez fuera fingida, pero que desde luego resultaba muy convincente. Tras la máscara huraña, se intuía una cara que probablemente había sido muy atractiva y unos ojos de mirada severa, acostumbrados a averiguar lo que se proponían. Apenas despegó su mirada de mi rostro mientras se acercaba a la nevera, llenaba un vaso de agua y lo bebía con absoluta parsimonia. Pensé que ya hacía demasiado frío como para beber agua de la nevera.

—Tienes los mismos ojos claros de tu madre y su misma mueca de cabreo. No era así cuando la conocí, pero tu padre le contagió esa mirada sesgada y altiva y esa torcedura de labios con la que parecía despreciar al resto de la humanidad.

—¡Abuela, por favor! Abel es mi invitado —protestó Azucena.

Aunque no estuviera diciendo ninguna insensatez, resultaban unos comentarios muy inapropiados como discurso de bienvenida.

—No tengo mucha relación con mis padres, señora. A mi madre la veo de vez en cuando, por su cumpleaños y alguna Navidad, pero con el viejo... Nunca nos hemos llevado nada bien.

—Siento alegrarme de eso. Porque el cabrón de tu padre fue una maldición para esta familia.

—¡Abuela...! —se quejó de nuevo Azucena.

Yo no estaba seguro de que fuera muy prudente preguntar. Las historias tristes deben descansar en paz. Pero acababa de cenar como un obispo, mi compañera había dejado una taza de café y una botella entera de Gran Duque de Alba ante mis agradecidos ojos y el paquete de Bisonte estaba casi entero.

—¿Puedo saber por qué?

Rosa llenó de nuevo su vaso, cerró la nevera y se acercó a la mesa. Se sentó al lado de Azucena y le dedicó un vistazo lleno de tal cariño y orgullo que me hizo sentir una envidia instantánea. Acto seguido se vistió de nuevo una mirada enfurruñada y clavó sus ojos en mí. Durante los segundos siguientes pareció valorar si me consideraba digno de sus más recónditos secretos familiares.

—¿Sabes por qué tus padres salieron huyendo de esta ciudad?

—En absoluto. En casa de mis padres no existía un pasado anterior a nuestra

vida en Barcelona.

—Comprendo —susurró mientras fijaba toda su atención en algún punto del interior del vaso de agua que retenía entre sus manos como la bruja que invoca la magia de una bola de cristal—. Verás, tu abuelo David era un católico polaco que había estudiado ingeniería y que llegó a Barcelona hacia 1941 asqueado de los excesos del nazismo. La España de posguerra no era un mal destino para un ingeniero con talento y ganas de trabajar, siempre y cuando fuera capaz de guardarse sus opiniones sobre las dictaduras y los fascismos. Consiguió trabajo en aquel organismo oficial que algún iluminado llamó Servicio Nacional de Regiones Devastadas y que se dedicaba a parchear el paisaje lunar que había quedado en España tras la guerra civil. Los diversos contratos lo pasearon por Aragón y el pirineo catalán hasta llegar a Lleida capital, donde conoció a tu abuela, Josefina Terrats, la hija de un humilde payés, una joven muy guapa y también muy beata. Se casaron en la recién restaurada iglesia de San Juan y se establecieron en esta misma casa, donde tuvieron dos hijos, Teresa, tu madre, y Arcadio, mi marido, que en paz descansa.

—Lo siento, no sabía...

—Déjate de zarandajas. Ya hace años que se lo habrán comido los gusanos. Que les aproveche. Ya sabrás que Teresa era la mayor, pero tenía un carácter apocado y cobarde, como si desde pequeña hubiera sucumbido al destino de ser una víctima. Su hermano, en cambio, tenía mucho más empuje a pesar de ser tres años menor. Era él quien la arrastraba a reuniones clandestinas, a cineclubes para ver aquellas películas aburridas que llamaban de arte y ensayo, a estúpidas acciones de protesta contra Franco y contra los Estados Unidos de América y contra los bancos y contra todo... Él se la llevó a Barcelona, a ver el famoso concierto de los Beatles de julio de 1965 en la Monumental. Fue allí donde Teresa conoció a tu padre, que por aquel entonces era un joven apuesto de veintiocho años y aficionado a la música moderna. Solo después, cuando ella ya estaba enamorada como una colegiala, se enteró de que Ángel era policía, uno de aquellos que se paseaban con su uniforme gris y su pistola y que por menos de mirarlos a los ojos podían descerrajarte un balazo en la sien.

—No exageres, abuela. Tío Celes siempre ha defendido que Ángel Claramunt era un tipo civilizado.

—No voy a discutir sobre eso, pero desde luego aquel hombre estaba muy lejos de ser un ciudadano ejemplar y todavía menos un chollo de novio. Por aquellos años Teresa estaba a punto de acabar sus estudios de maestra y ya se había hecho a la idea de casarse con él e irse a vivir a Barcelona, a pesar de

que Ángel la trataba con aquella arrogancia tan típica de los policías de aquella época. Él era mucho menos inteligente que ella, pero a su lado Teresa parecía no tener voluntad y aceptaba cualquier humillación como una muestra de amor. La mayoría de los domingos que libraba en el trabajo, Ángel venía de Barcelona para sentarse en esta misma mesa a comer con toda la familia y no era infrecuente que mi suegro le tuviera que parar los pies por algún comentario o alguna impertinencia.

—Sí, reconozco en eso a mi padre. Siempre ha tenido una enorme facilidad para hacerse querer.

—En octubre de 1967, Arcadio empezó la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona y se había instalado en un piso del Eixample con uno de esos amigos de toda la vida.

—Yo siempre lo he llamado tío Celes —apuntó Azucena—. Para mí siempre ha sido una especie de padrino.

—En menos de tres meses —continuó la abuela Rosa—, el tarambana de mi Arcadio ya se había incorporado a un grupo de universitarios de esos que gritaban todo el día, se enfadaban mucho por todo y estaban dispuestos a salvar el mundo, aunque el mundo no se dejara.

—Era una célula clandestina del PSUC, abuela —precisó Azucena—, y se dedicaban a protestar contra las injusticias de la dictadura franquista, por eso convocaban huelgas, colgaban carteles de protesta y redactaban panfletos de propaganda que no hacían daño a nadie.

—Tú sabes más de eso que yo, niña. El caso es que tu abuelo alguna torpeza debió de cometer, porque lo pillaron en un almacén de un polígono industrial imprimiendo octavillas revolucionarias con un ciclostil y se lo llevaron a hostias hasta los calabozos de Vía Layetana, donde lo tuvieron tres días, tres largos días con sus noches, sus interrogatorios y sus palizas. Cuando lo trajeron a casa ni siquiera parecía el mismo, con la cara amoratada y deformada, los labios partidos y todo el cuerpo molido a palos. Hasta el carácter le habían arruinado...

—Por aquella época os hicisteis novios, ¿verdad, abuela?

Todavía concentrada en el agua de su vaso, pareció no oír el comentario de su nieta y continuó su relato con una voz progresivamente más amarga.

—Después supimos que Ángel había estado en aquella comisaría de Vía Layetana y había asistido a los interrogatorios sin mover un dedo en favor de quien había de ser su cuñado.

—Para mi padre, las hostias siempre han tenido un alto valor terapéutico. Según él, casi todo el mundo merece un escarmiento y no hay mejor manera de aprender cualquier cosa que mediante una buena paliza. A mi culo le costó

perder el color rojo mientras viví en su casa.

La abuela Rosa asintió y sonrió a la vez, como si mi apunte confirmara sus sospechas.

—Arcadio tardó varias semanas en recuperarse de las palizas y ya nunca volvió a Barcelona. Gracias a esa convalecencia empecé a tratarlo, porque yo había aprendido de mi madre, que era practicante, a poner inyecciones y venía a pincharlo cada tarde y charlábamos un rato.

Le huyó el pensamiento durante unos instantes y Azucena y yo nos miramos mientras decidíamos si era conveniente interrumpir su escapada. Tal vez pensaba en aquellos primeros encuentros con su futuro marido, pero a sus labios y a sus ojos no asomaba ni una sola chispa de alegría.

—Mi suegro —la viuda retomó el discurso de repente— había prohibido a Ángel que volviera a poner los pies en su casa y que viera a Teresa, pero tu madre, que nunca se había atrevido a desobedecer a su padre ni a levantar la voz a nadie, decidió ponerse del lado de su enamorado. Su padre rezaba y rezaba y acudía a misa diaria, como si tuviera que hacerse perdonar algún pecado inconfesable, pero no dio su brazo a torcer. Ella tampoco. Por eso nunca más volvieron a verse. Teresa se casó en privado con tu padre y se instalaron en un piso de alquiler en Barcelona.

—Vaya, no sabía... Nunca nadie me había explicado... ¿Y los hermanos jamás volvieron a relacionarse?

—Tiempo después, cuando Arcadio intentó entrar en contacto con su hermana Teresa, esta no quiso saber nada de él ni de sus padres. Tan solo hablaron un par de veces por teléfono y siempre para solucionar algún asunto legal. Teresa no acudió a los entierros de su padre ni de su madre. En cambio, cuando mi marido murió de aquella enfermedad horrorosa que lo fue consumiendo, ella y Ángel se presentaron por sorpresa al entierro y mantuvieron durante toda la ceremonia aquella cara de talla románica que era una mezcla de orgullo y de enfado. Supongo que habían olido el dinero, porque mi Arcadio nos sorprendió con un testamento que corregía la decisión anterior de su padre y dejaba a Teresa una parte importante de las escasas posesiones que tenía la familia. Tuvimos que vender una de las fincas para poder pagarles su parte de la herencia y evitar que vinieran aquí a reclamar cobijo bajo el techo de esta casa.

—Sí, recuerdo que yo era un chaval cuando nuestra situación económica mejoró de repente. Gracias a ese dinero y contra la opinión de mi padre, mamá me animó a entrar en la universidad y comenzar unos estudios que yo nunca llegué a terminar...

Todos permanecemos un momento en silencio. Miré mi reloj y me pareció

que ya era tardísimo.

—Ya ves —intervino Azucena—, si las cosas hubieran ido de otra manera, tal vez ahora esta habría sido tu casa.

—Y la vida de todos, muy diferente —apostilló la abuela tras acabarse el vaso de agua, levantarse pesadamente de la mesa y acariciar el pelo de su nieta.

Desapareció por la negrura de una escalera sin una palabra de despedida, como si el final del relato hubiera dejado un punto final que no requiriera mejor explicación.

—¿Tú conocías esta historia, prima?

—La he escuchado muchas veces, aunque no siempre es igual. Depende de quién te la explique.

—¿Y aun así querías conocerme? ¿No temías que fuera la reencarnación del espíritu malévolo de mi padre, dispuesto a volver a sembrar la discordia?

—También formas parte de mi familia y sentía curiosidad. Además, todos merecemos una oportunidad.

Aquella noche, tras dejar el coche patrulla en el depósito y regresar a la mazmorra de mi piso de alquiler, me tumbé en la cama sin fuerzas ni para abrir un libro. Sin embargo, me costó mucho dormir. «¡Maldito café! —me dije al principio—. ¡Jodidos ruidos! —maldije al cabo de un rato—. ¡Putada soledad!», me justifiqué mucho más tarde, a falta de nadie mejor a quien culpar. Pero en el fondo sabía que no se trataba de nada de eso. Los fantasmas arrastraban sus cadenas por el interior de mi cabeza. Nos recordamos solo parcialmente. Sabemos de nosotros mismos lo que nos han querido contar. Somos una historia incompleta, un puzle con muchas piezas extraviadas.

Capítulo 16

La despertó el estallido de la luz de una bombilla por encima de su cabeza. Estaba soñando con el mar, concretamente una playa de Cambrils que había visitado de pequeña con sus padres. Entonces ella, una chica de montaña que contemplaba la belleza y magnitud del mar por vez primera, no se atrevió ni a acercarse al agua. Su padre se burló de aquella cobardía y ella tuvo que cubrirse con una toalla para llorar a escondidas. En su sueño, en cambio, había saltado decidida a la playa y había nadado mar adentro durante mucho rato, quizá horas, hasta que los brazos habían empezado a pesarle como columnas y el agua salada le abrasaba los labios y la boca. Después se había girado y había braceado lo justo para mantenerse a flote mientras contemplaba un punto lejano que marcaba el límite de la playa. Allí la había citado la muerte y no tenía intención de rehuirla.

Todavía confundida por un sueño de una intensidad que realmente parecía haberla llevado al más allá, oyó que una puerta metálica se abría con un quejido irritante. De repente, el exceso de luz le impidió abrir los ojos. Unas suelas de goma chirriaron sobre el linóleo. Eran pasos lentos, pisadas que no transmitían inseguridad, cautela o temor, cada vez más cerca. Notó la proximidad de alguien a quien todavía no podía ver.

—¿Dónde estoy? —titubeó.

Su voz había sido un susurro que nadie se molestó en contestar. A cambio, notó el peso de una mano que se posaba sobre su frente. Era una palma grande y poderosa, pero blanda y amable. Olía a tabaco. Sin duda, la mano de un hombre. Instintivamente se tapó los pechos y el sexo con las manos y escuchó un principio de risa.

—Por fin te ha bajado la fiebre, Elia. Parece que saldrás de esta —afirmó una voz poderosa, grave, masculina, pero también pausada y agradable, con un punto de dulzura.

A la chica no le pareció la voz fría y profesional de un enfermero que cumple su jornada laboral. Tenía emoción. Estaba segura de que no conocía al propietario de esa voz. De hecho, la había llamado Elia.

—¡Agua, por favor! —suplicó.

—¡Oh, por supuesto!

Intuyó que los pasos se alejaban, escuchó el chorro de agua de un grifo y oyó que los pasos se acercaban a ella sin que todavía hubiera conseguido levantar los párpados. Notó que la mano poderosa le atrapaba la nuca y le levantaba la cabeza con mucha suavidad. En aquella nueva posición, la chica logró entreabrir los ojos solo lo suficiente para distinguir ante ella la boca de una de aquellas cantimploras metálicas y forradas de una malla verde que sus compañeras de escuela llevaban a las excursiones del colegio. Ella nunca había tenido ninguna, porque sus padres jamás la dejaron salir de excursión. Se amorró al orificio e intentó recrearse en la abundancia del trago, pero la cantimplora se separó de sus labios rápidamente.

—¡Despacio, Elia! Tienes que beber poco a poco.

De nuevo la había llamado Elia. Mientras procuraba aplacar su ansia bebedora y recuperaba el placer de aquella cantimplora, pensó en el rectángulo de cartulina que había causado todo aquello, el carné de la biblioteca universitaria extendido a nombre de Elia Espín Rubinat que había guardado en el bolsillo de su cazadora un segundo antes de que sus planes se precipitaran al fondo de un barranco. Hacía tiempo que ella utilizaba el carné de su amiga para ahorrarse la molestia de renovar el suyo, pero la tarde anterior lo había cogido a propósito, con la esperanza de poder enseñárselo en algún momento al conductor del coche para que comprendiera el motivo que iba a arruinarle la vida. Ahora alguien se había dejado engañar por ese documento. Se preguntó si realmente Elia y ella guardaban algún parecido. Le agradó que alguien pudiera confundirlas.

La mano que inmovilizaba su cabeza empezó a descender y la depositó con delicadeza sobre la almohada. Quiso hablar para deshacer el equívoco de su nombre, pero un dedo se posó sobre sus labios.

—Tranquila, ya habrá tiempo para explicaciones...

Puesto que la cabeza del hombre le tapaba la luz directa de la bombilla, consiguió abrir completamente los ojos, aunque le costó acostumbrarse a tanta claridad. A pesar de que solo era capaz de intuir su perfil, comprendió que un hombre la contemplaba desde dos palmos más arriba con verdadero interés. Poco a poco la cara y las facciones se fueron perfilando. Era el hombre barbudo que la había encañonado desde la ventanilla del coche accidentado. «¡Aguanta, chica!», recordó. Sin duda, era el tipo que se había colado en el cubículo inundado del coche, le había aguantado la cabeza con una mano para mantenerla a flote y con la otra había maniobrado para desatracar su pie izquierdo de la presión de los asientos... No recordaba nada más, porque se había desmayado, pero seguro que aquel era el rostro del ángel salvador.

—Estarás muy hambrienta. Llevas más de dos días sin llevarte nada a la boca.

Su hambre era tan intensa que ya ni siquiera la sentía. Fueron las palabras del hombre las que se la recordaron. De nuevo la mano cogió su cabeza por detrás y la empujó para ayudarla a incorporarse. El esfuerzo disparó todos sus sensores de dolor, pero no lo suficiente como para dejar de comprobar que efectivamente estaba desnuda. Entendió que había descuidado cubrirse los pechos y el sexo en cuanto había sentido la posibilidad inminente de calmar la sed. Se había bebido el pudor junto con el agua de la cantimplora. Lo único que llevaba encima eran las férulas y las vendas que le envolvían e inmovilizaban desde la rodilla hasta el pie izquierdo. Ya no tenía sentido intentar cubrirse con las manos.

Al conseguir la posición vertical, durante unos instantes su conciencia dudó. Necesitó unos segundos para estar segura de que no iba a desmayarse. Se descubrió sentada al borde de la mesa forrada de una imitación de piel de color beis. Parecía la camilla de un masajista. Sus pies habían quedado suspendidos en el aire. El izquierdo parecía tenerlo dentro de una olla de agua hirviendo. Cuando levantó la cabeza, vio el plato metálico que aquel hombre aguantaba ante sus ojos. Contenía un triste sándwich de queso y una pastilla de color amarillo. María cogió el plato con la mano izquierda y notó que le temblaba. En lugar de lanzarse a calmar su hambre, se entretuvo a estudiar el contenido del plato. No entendía qué estaba sucediendo. No comprendía su desnudez, ni el torpe entablillado de su pierna, ni la cantimplora de excursionista, ni aquel plato metálico...

—Venga, come.

Desconfiaba de todo cuanto veía a su alrededor. Pero tuvo que admitir que el hambre se estaba imponiendo a sus dudas. Sus reflexiones debían de ser de lo más transparente.

—No te preocupes por tu ropa —dijo el hombre—. Aquí dentro no necesitas tu blusa ni tu falda. El accidente y el agua las han echado a perder. Además, un cuerpo desnudo luce en todo su esplendor. Es ridículo que la gente dedique tanto esfuerzo a la tarea de taparse, ¿no crees?

—Usted va vestido.

El hombre rio.

—Sí, es cierto. ¿Preferirías que fuera desnudo?

—Preferiría que me devolviera mi ropa.

El hombre no contestó. Puesto que ella tampoco estaba para muchas discusiones, dio un par de bocados apresurados al pan y se atragantó. El hombre había dicho que allí dentro no necesitaba nada. ¿Qué había querido

decir con «aquí dentro»? ¿Dentro de qué? No se atrevió a preguntar. Su cabeza todavía estaba tan seca como su garganta. Debía procurar entender lo que estaba pasando. El hombre le pasó de nuevo la cantimplora de explorador y ella se la llevó inmediatamente a los labios. Vació media cantimplora de un solo trago.

—Tómate también esa pastilla.

La voz del hombre no era autoritaria. No había en ella prisa ni enfado. Ni siquiera esa sensación de irritación o cansancio que transmiten las personas acostumbradas a repetir las mismas frases.

La chica miró la píldora con desconfianza. La tocó con la punta de su dedo índice y la hizo rodar por el plato, entre las pocas migas que había dejado. Después levantó la mirada para contemplar por primera vez la sala donde estaba. Un recinto amplio y casi vacío, de techo bajo y sin ventanas, con las paredes forradas de corcho. «Aquí dentro». Una puerta metálica a su derecha, por la que sin duda había entrado el visitante, y otra de madera a su izquierda. En la pared que tenía delante, un piano electrónico aguardaba con unas partituras abiertas. Delante había un taburete. Apenas un metro delante de ella, junto al hombre que le había traído el agua y la comida, una vieja silla de cocina... ¿Qué era todo aquello?

—¿Quién me ha prescrito esta pastilla? Esto no parece un hospital.

—Cierto —dijo el hombre resoplando como si tener que dar explicaciones fuera la cosa más agotadora del mundo—, esto no es una clínica ni un hospital. Ni siquiera un centro de atención primaria. La píldora que he dejado en el plato es simple ibuprofeno para el dolor y la inflamación de tu pie. Te conseguiré unos antiinflamatorios más potentes, pero de momento deberás conformarte con este. Tú verás si te lo tomas o lo dejas. Nadie va a obligarte. Durante al menos una semana ese pie te va a hacer mucho daño y notarás que te quema si lo pones hacia abajo como ahora. Después, poco a poco irá bajando la inflamación y el dolor desaparecerá. Desde luego, no debes intentar apoyarlo o se volverá a romper.

—He perdido mucha sangre.

—Sí. Es posible que estos días te marees con facilidad. Pero no has perdido tanta como para que resulte peligroso.

—Podría haber muerto.

—Supongo que sí.

Buscó en esas dos afirmaciones un apunte de ternura, pero solo halló indiferencia. Como mucho, una frialdad profesional. Aquel hombre corpulento y serio estaba acostumbrado a decir cosas como aquella. Por primera vez lo miró directamente a los ojos y en ellos vio una especie de temblor que no era

miedo o inseguridad, sino emoción. Eran unos ojos azules, que le parecieron bonitos, pero también raros. Toda su cara, con aquella barba poblada, la nariz delgada y ganchuda y una especie de tristeza adherida a la frente, transmitía una sensación de extrañeza.

—¿Me ha visto la herida algún médico? —preguntó María mientras se tragaba la pastilla y se amorraba de nuevo a la cantimplora.

El hombre volvió a mostrar una sonrisa mientras recogía el plato metálico y se giraba con la intención de marcharse. Pareció pensarlo mejor y se detuvo un instante para contestar:

—Me llamo Damián y soy todos los médicos que necesitas ver.

Capítulo 17

Sábado, 10 de noviembre

A pesar del cansancio que arrastraba, había pasado otra noche sin conseguir dormir ni siquiera un poco bien. Tenía que replantearme mi relación con la herboristería y proponerme la sustitución de los canutos de maría por infusiones de valeriana. Aunque al menos había conseguido sustituir los fantasmas mortuorios por esos otros que te asedian en cada nuevo caso, mucho más afables, risueños y hasta estimulantes. O puede que toda mi inquietud fuera consecuencia de ese virus de excitación que mi compañera contagiaba o del descubrimiento de un turbio pasado familiar que me había pillado desprevenido, o de la incomodidad por el olor y los ruidos de mi nuevo domicilio, o del incordio de las nuevas rutinas laborales, o del coñazo de los nuevos superiores, o incluso del celo vigilante de mi vecina de rellano, ocupada en espiarme veinticuatro horas al día... Por motivos no sería. Todo parecía confabularse en contra de la placidez de mis horas de sueño. Por si eso fuera poco, no había previsto los caprichos del clima leridano. El apartamento alquilado de la calle Taquígraf Martí no disponía de nada que se pareciera a un sistema de calefacción, y yo, acostumbrado a las temperaturas suaves de Barcelona, no estaba preparado para aquella brisa hiriente que en apenas unas horas había precipitado la ciudad hacia el invierno. Ni siquiera disponía de mantas, por lo que había tenido que intentar dormir envuelto en diversas capas de la ropa de entretiempo que había traído en mi maleta.

Intenté recuperarme con una ducha caliente y una taza de café al punto de ebullición, pero aun así llegué a la puerta de la comisaría un poco mareado y con el mismo humor de perros con el que me había ido a dormir la noche anterior.

—Buenos días, sargento —me recibió la agente Artero con esa sonrisa que casi me pareció insolente a fuerza de sincera y cariñosa.

—Si realmente fueran tan buenos, no estaríamos trabajando en pleno casquete polar, la Generalitat nos doblaría el sueldo como reconocimiento a nuestra mierda de trabajo y los asesinos, pederastas y banqueros vendrían a postrarse arrepentidos ante las puertas de la comisaría.

—Vaya, se te está poniendo el optimismo por las nubes. ¡A ver si tu corazón no va a resistir toda esa euforia y vamos a tener un disgusto!

Mi guardiana lucía un uniforme digno de ser exhibido en un expositor. Toda ella, fresca y risueña, parecía a punto de posar para un anuncio publicitario donde reclamar a las juventudes catalanas que corrieran a ingresar en las filas de los Mossos d'Esquadra.

—Solo me faltaba acabar en un hospital de provincias, donde seguramente ni siquiera habrá llegado el descubrimiento de la penicilina.

Supongo que ahí me pasé, porque la agente arqueó las cejas y torció el gesto, se sentó en su silla con los brazos cruzados y ni siquiera me ofreció la taza de café con la que solía recibirme cada mañana.

—No te enfades, prima —contemporicé a regañadientes—. Solo era una broma. Hoy me he levantado con el pie izquierdo.

—Debes de ser la única persona del mundo que solo tiene pies izquierdos.

Al final la chica había conseguido arrancarme algo parecido a una sonrisa.

—No estoy en condiciones de negarlo categóricamente.

—Cuando te acostumbres, sargento, aprenderás a apreciar estos días de otoño fríos pero soleados, sin niebla.

—Me han hablado de la famosa niebla leridana. Tenía miedo de no ser capaz de encontrar la ciudad.

—Ríete. Pero algún día me pedirás que te ayude a ir hasta tu apartamento y yo te dejaré vagando por las callejuelas como un ánima en pena hasta que en febrero empiece a levantarse la niebla.

Aquella chica tenía la impagable virtud de levantar el ánimo incluso a un cascarrabias como yo. Acostumbrado a los gruñidos y rebuznos de mis compañeros anteriores, me preguntaba si sería capaz de acostumbrarme a trabajar con alguien inmune al mal humor. Quizá no me quedara mucho tiempo para comprobarlo.

Azucena se acercó a mi mesa y se puso justo a mi lado, inclinada sobre el teclado de mi ordenador. Sus movimientos arrastraban un aroma de pradera floreada, hasta pude distinguir el perfume de su nombre. Manipuló el ratón hasta dar con el archivo que buscaba y mostrarme una de las fotografías que ella misma había tomado junto al Audi A3 siniestrado del profesor Santiago Laurel.

—¿Qué estoy a punto de ver, Marg... Azucena? —pregunté con verdadera curiosidad.

—Nada —dijo mientras empezaba a pasar una a una y muy despacio las fotografías—. He estado mirando con mucha atención cada una de estas fotos y no he sido capaz de encontrar en ellas nada que pudiera servir a María

Asunción de arma. Ni siquiera hay por los alrededores del coche algún palo que pudiera utilizar a modo de garrote o un pedrusco lo suficientemente contundente.

—Quizá el cómplice se lo llevara de la escena...

—¿Y a la vez cargar con la chica herida? —dudó.

Me pregunté cuánto rato llevaba aquel pimpollo trabajando. Tanto entusiasmo empezaba a mosquearme. El exceso de curro es una enfermedad altamente peligrosa, aunque por fortuna no demasiado contagiosa. A aquel ritmo resolveríamos todos los crímenes del planeta antes de acabar el año.

—En cualquier caso —apunté—, habría resultado un tanto extraño que María Asunción hubiera acudido a su cita con el profesor armada de un bastón, ¿no te parece? Si en verdad quería vengarse de él, necesitaba disponer de algún otro tipo de arma o al menos disponer de un plan no tan primitivo.

—Puede ser que el cómplice los estuviera esperando bien armado en el lugar convenido en mitad del bosque... María Asunción debió de poner alguna excusa para que el profesor condujera su coche hasta allí.

—¿Y llevar ese coche nuevo, elegante y bien cuidado por un camino de cabras? —recelé—. ¿Qué excusa crees que pudo colarle? ¿Echar un polvo? Él estaba divorciado y tenía una casa vacía, ¿por qué iba a conducir hasta un bosque en el quinto coño? Además, en caso de que exista ese compinche misterioso, ¿qué diablos sucedió dentro del coche para que también María Asunción acabara precipitándose por el barranco? ¿Por qué no saltó ella del vehículo si realmente iba tan despacio?

—No sé. Yo le habría echado algo en la bebida, una droga o un somnífero, algo que lo dejara KO e hiciera que no fuera consciente de lo que estaba pasando.

—Eso ya me gusta más...

—A lo mejor por eso nuestro profesor no vio que conducía hacia un barranco o no pudo detener completamente el Audi y ella no tuvo tiempo de escapar...

Asentí sin mucha convicción. Eran simples especulaciones y quizá ni siquiera la autopsia fuera capaz de refrendarlas.

—O simplemente —corregí— le aplicó un narcótico que lo atontara un poco, sabiendo que después la autopsia lo descubriría y eso apoyaría la hipótesis de que el conductor iba drogado y, por lo tanto, confundido. Eso justificaría que el profesor se hubiera arriesgado a conducir por un lugar tan apartado e inconveniente e incluso que la excursión hubiera acabado en un accidente mortal.

—Pero, sargento, ¿usted drogaría a una persona y después se metería con

ella en un coche y le dejaría conducir?

—No, claro. Tal vez fuera ella quien condujo hasta el borde del barranco. Allí se detuvo y, con ayuda o sin ella, sentó al profesor en el asiento del piloto... Fue entonces cuando tuvo que ocurrir alguna cosa inesperada: algún incidente o alguna torpeza, o la intervención de esa tercera persona... algo que provocó que la chica cayera también con el coche.

—Esta mañana le practican la autopsia al profesor. Supongo que a mediodía ya sabremos alguna cosa.

—Asegúrate de que analizan el contenido de la petaca de licor que encontramos en el coche. Tampoco estaría de más inspeccionar la habitación de María Asunción y ver qué exquisiteces guarda entre sus medicamentos.

—¿Crees que guardaría la droga en su casa?

—Bueno, si no esperaba verse atrapada en aquel coche chafado, no veo por qué no. Supongo que tendría previsto deshacerse de la droga después de que su plan hubiera tenido éxito. Ocupate de ir a revisar su botiquín y recuerda que has de confiscar el portátil de la chica.

Cogió la orden y salió disparada. No quise ni imaginarme a los pobres peatones que cometieran el atrevimiento de cruzarse ante su Mini. Yo me alegré de poder trabajar tranquilamente, sin el roce de su ansiedad calentándome el cogote.

Sin embargo, el sosiego apenas duró un respiro. El subinspector Busquet se plantó delante de mi mesa y me puso delante de los morros un ejemplar del día del diario *Segre*. La página 3, nada menos. Una foto de medio cuerpo del profesor Laurel, seguramente tomada de su página web. Abajo, a la derecha, la agente Artero y yo atrapados en una pequeña fotografía donde yo parecía estar abroncándola y ella aceptaba la reprimenda con la cabeza gacha. Por la distancia y la poca calidad de la instantánea, seguramente nadie sería capaz de reconocernos, pero sin duda éramos nosotros dos.

—Ha tardado poco en hacerse notar, Claramunt.

Puse cara de no poder luchar contra un destino de fama y esclavitud. El titular daba cuenta de la muerte del profesor universitario en un accidente de coche. En el texto central se detallaban unos pocos pormenores del supuesto accidente y se desgranaban el currículum y los méritos académicos de Santiago Laurel. Un primer desglose recogía las declaraciones de tres alumnas compungidas, que lo describían más o menos como el mejor profesor que había dado la historia de la pedagogía desde Sócrates. Un modelo para todos sus alumnos. Divertido y brillante. Siempre tan atento y tan dispuesto a ayudarte. La puerta de su despacho siempre estaba abierta... Casi pude percibir el olor de sus bragas. Solo en el segundo desglose, bajo un pequeño plano que

situaba la ubicación del vehículo accidentado y nuestra fotografía, el periodista sugería extrañas circunstancias, comentaba las dudas de la policía sobre la naturaleza del accidente y hasta especulaba con la posibilidad de que la muerte del profesor guardara alguna relación con la desaparición de una alumna de la misma facultad.

—¡Cabrones! —fue todo el comentario que se me ocurrió.

—¿Los periodistas son unos cabrones?

—Puede ser. Aunque yo me refería a quienes hayan filtrado toda esta información. Si sale a la luz lo que sabemos, la vida de esa chica valdrá menos que nuestro plan de pensiones.

—Una tía desaparecida, un vídeo nudista en internet, el cadáver de un conocido profesor de la ciudad, la prensa publicando nuestros secretos... ¡Hostia, Claramunt! ¿Qué más me tiene preparado para hoy?

—Ya sabíamos que el tema era delicado, subinspector, y que si llegaba a la prensa iba a ser difícil controlarlo. Ya sabe, a las televisiones les encanta eso de «Tía buena secuestrada y exhibida en bolas por internet» y toda esa gaita... Pero nadie se esperaba que además el caso viniera adornado con un muerto de prestigio.

Siempre me ha molestado la alegría con que la prensa se apresura a dar respuesta a investigaciones en curso, que todavía constituyen un misterio. Casi nunca el periodista se limita a informar sobre datos contrastados. Se siente en la obligación de dar respuestas, para lo que no duda en aventurar hipótesis y hasta apuntar culpables o inventarse móviles. Para algunos periodistas de sucesos, la noticia se ha convertido en un género de ficción. ¿De dónde habrían sacado la información que aparecía hoy en el diario?

—Sí, los muertos no respetan nada y aparecen cuando menos te lo esperas. Siempre son un incordio —protestó con evidente ironía—. Los periodistas ya han empezado a atosigarme y yo no sé qué responder. Necesito que me redacte inmediatamente un informe completo con todo lo que sabemos hasta ahora y la línea actual de la investigación. Yo decidiré qué podemos revelar y qué no. Y lo necesito ya.

Y salió pitando para escamotearme mi derecho a réplica, que se basaba en la necesidad de encontrar a la chica cuanto antes y no en perder el tiempo escribiendo esos estúpidos documentos con los que mis superiores se limpiarían el culo entre café y café.

Si redactar un informe ya suele ser una especie de tortura, hacerlo en mitad de una investigación resulta además una pérdida de tiempo y de tensión. Pura ridiculez. Pero los ascensos en el escalafón policial incluyen la posibilidad de putear a tus subordinados como mejor te venga en gana, sin tener que dar

explicaciones. Así que a desgana y convencido de que nuestros esfuerzos deberían consagrarse en intentar liberar a la chica secuestrada y no en satisfacer la insaciable curiosidad de la prensa, dediqué una valiosa hora a poner por escrito todos nuestros movimientos y las hipótesis con las que estábamos trabajando. Hasta que no lo terminé y le di a la tecla para enviarlo por correo electrónico, no pude concentrarme de nuevo en la investigación.

Apenas unos minutos más tarde, la agente Artero apareció provocando remolinos a su paso y con la sonrisa inalterada.

—Hola, jefe. Como no sé nada de la mayoría de estos medicamentos, me los he traído todos —dijo dejando sobre mi mesa un ordenador portátil y una bolsa de plástico de supermercado cargada de frascos y cajitas hasta los topes.

—Joder, no parece el botiquín de una tía joven y atlética que vaya a nadar dos veces por semana, sino más bien el de una enferma terminal.

Extendimos aquella exhibición farmacéutica sobre mi mesa y empezamos la inspección: pastillas de paracetamol, sobres antigripales, protectores estomacales, complejos vitamínicos y grajeas estimulantes, ampollas antihistamínicas, hierbas laxantes, comprimidos ansiolíticos, todo tipo de calmantes, soluciones antiinflamatorias, jarabes antimucolíticos...

—Aquí está, prima, esto es lo que andábamos buscando —proclamé con voz de triunfo—: el famoso Rohypnol, la droga de la violación.

—¿Qué es eso, jefe?

—Es un sedante muy fuerte que algunos cerdos mezclan con la bebida de las tías a las que se quieren beneficiar. En dosis grandes y mezclado con alcohol, provoca un estado total de confusión que además suele producir amnesia.

—¿Y eso es legal? Parece asqueroso.

—Niña, no has elegido buen oficio si querías evitarte todas las miserias del ser humano. En un jardín de infancia podrías hacer carrera.

Me dedicó una mueca de reprobación amable.

—No te pases, jefe, que estuve dudando entre prepararme para cuidar enfermos terminales o presentarme a las pruebas de mosso.

Si nuestra relación seguía adelante, quizá acabara haciendo las dos cosas.

—Deberías hacerte mirar esa tendencia al masoquismo. Uno no se hace policía por sed de justicia ni por sentirse llamado a cumplir un deber social, sino por imperativo económico o porque no sabe vivir alejado de la mierda.

—Si consigo superar sus consejos, sargento, creo que mi vocación va a ser inquebrantable.

Me dedicó una de sus sonrisas blandas y después se concentró en estudiar la etiqueta del frasco como si estuviera valorando la posibilidad de probar una pastilla. Apuntó unos cuantos datos en el informe que tenía abierto en la

pantalla del ordenador.

—Me juego nuestro próximo sueldo a que nuestros cerebritos del piso de arriba encuentran restos de Rohypnol en el contenido de la petaca.

—¿No te parece irónico que un violador acabe siendo derrotado por unas pastillas para violar?

—Sí, nuestra secuestrada parece tener sentido del humor.

—¡Jolín! ¿Y estas asquerosidades no han de comprarse con receta médica?

—En teoría sí. Pero hay todo un negocio montado alrededor del mercadeo clandestino de este tipo de productos. No creo que a cualquiera le resulte difícil encontrarlo si sabe lo que busca.

La última parte de la conversación se había producido ante la presencia del agente Botargues, que en un esfuerzo sin precedentes había conseguido desplazar su barriga exagerada hasta nuestras mesas. Azucena y yo tuvimos que interrumpir nuestra charla y mirarlo, a la espera de una explicación que justificara tan inesperada presencia. Tuve que formular una pregunta evidente para que reaccionara.

—Botargues, ¿pasa algo?

—¡Oh, no, sargento! —se sobresaltó, repentinamente recuperado de su ofuscación—. Bueno, en realidad he venido a traerle dos informaciones: una sobre el teléfono móvil que encontraron en el lugar del accidente y la segunda sobre el vídeo colgado en internet.

—Sorpréndame...

—He confirmado que el teléfono que me trajeron de la escena del accidente estaba registrado a nombre de Santiago Laurel. Pero es imposible sacar nada de él. Debió de estar sumergido bajo el agua y la tarjeta y la memoria del aparato están inutilizables, difícilmente conseguiremos rescatar algún mensaje o la lista de contactos, aunque desde luego voy a seguir intentándolo. Si quieren conseguir la lista de sus últimas llamadas, el juez tendrá que firmarles una orden para que su operadora telefónica suelte la información.

Botargues dejó de hablar, como si aquella explicación lo hubiera dejado agotado o algo mucho más profundo hubiera pasado a ocupar la totalidad de sus neuronas.

—¡Botargues! —casi grité—. ¿Y qué pasa con el vídeo?

El agente de nuevo pareció despertar de una hibernación.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Quiero decir que no hemos encontrado nada. No hemos podido descubrir desde dónde fue colgado en la red, lo que significa que el tipo que lo hizo sabe muy bien cómo funcionan estas cosas. También le puedo decir que la imagen

no parece estar manipulada. Es decir, se trata de una grabación directa e ininterrumpida de cinco minutos y catorce segundos hecha con una sola cámara de no muy buena calidad. No hay cortes, ni efectos digitales posteriores.

—Vaya, eso prácticamente deja resuelto el caso —ironicé.

—Sí, ya sé que no es para lanzar cohetes, pero qué quiere que le diga, sargento. Se hace lo que se puede. Si quieren podemos ponernos en contacto con Sabadell para que nuestros genios de la central le echen una ojeada al móvil del profesor e intenten seguirle la pista a nuestro vídeo, pero ya les avanzo yo que poco van a sacar.

Lo detuve antes de que iniciara la retirada hasta su castillo amurallado de pantallas y teclados en la segunda planta.

—Botargues, tengo aquí el portátil de esa chica que ha desaparecido. El problema es que está protegido con una contraseña. ¿Será usted capaz de abrir la cerradura para que podamos echarle un vistazo al contenido?

—Eso está hecho, sargento. Tenemos un programa abrelatas al que no se le resiste ningún *password*. Y si yo encuentro algún problema, cualquiera de mis nietos le desvalija este ordenador en un abrir y cerrar de ojos.

—Joder, Botargues, me alegra saber que todavía quedan abuelos preocupados por la educación de sus nietos.

Capítulo 18

Le costó aceptar que no era una enferma recluida en una camilla, sino algo parecido a una prisionera. Atrapada por la torpeza de aquella pierna vendada y todavía dolorida, pero también cautiva como una vulgar delincuente en aquella habitación desangelada, cuya puerta metálica se había cerrado con llave tras la salida de aquel loco que había dicho llamarse Damián. Quizá aquello fuera una broma. Todos sus amigos partiéndose el pecho de la risa al otro lado de la pared. Una broma estúpida y pesada. Pero no, el dolor y la sed y el mareo y el vendaje de su pie... todo era real. Una realidad absurda. Difícil de entender.

¿Qué pretendía aquel tarado? Damián el chalado. El bromista trastornado. ¿De verdad tenía la intención de mantenerla encerrada en aquella habitación? ¿Como castigo a qué? ¿Iba a violarla o algo así? ¿Se proponía venderla como esclava a alguna mafia de trata de blancas? Uno de esos mitos urbanos que circulaban casi como una broma decía que a veces desaparecían ciudadanos a manos de doctores sin escrúpulos que los vendían a piezas para trasplantes... No, era ridículo, no podía estar pasándole eso... Tal vez la cosa fuera más sencilla y se tratara de un simple secuestro, aunque tenía que reconocer que ella no era la mejor candidata para que alguien se forrara a su costa. Se preguntó cuánto dinero podrían reunir sus padres para liberarla. La casa, el huerto, unas pocas hectáreas de tierra montañosa... También se preguntó cuánto estarían dispuestos a pagar. No estaba segura de querer saber las respuestas. El tal Damián no había hablado de dinero. Ahora que lo pensaba, ni siquiera sabía su nombre verdadero. La había llamado Elia...

Todos aquellos pensamientos le estaban emponzoñando el ánimo. Intentó dejar de pensar, pero los malos augurios regresaban como impertinentes mosquitos. De repente se dio cuenta de que el tal Damián no se había ocultado la cara ante ella, lo que se le antojó un indicio pésimo. Si no temía que lo reconociera tal vez fuera porque no tenía intención de dejarla marchar. Por otra parte, tenía que admitir que la había tratado con delicadeza. Había sabido recomponerle el pie y entablillararlo de manera eficaz mientras estaba inconsciente. O al menos eso parecía. La había sedado con alguna droga para evitarle el dolor y le había limpiado la cara y el cuerpo, puesto que no había

encontrado restos de barro y su piel transmitía un tenue aroma de lavanda.

La idea de que la hubiera desnudado y manoseado mientras estaba inconsciente le provocó un brote de cólera que sofocó mordiéndose el labio inferior. Aquel depravado habría paseado a su antojo aquellas manos grandes y pesadas sobre su piel. Y lo habría hecho sin que ella ni siquiera pudiera resistirse o protestar. Le dio rabia sentirse tan frágil, tan vulnerable. El muy cabrón la abandonaba en aquella sala silenciosa y la dejaba desnuda, confundida, irritada, incomunicada. Y sola, por supuesto. Aquellos mosquitos negros la asediaban incluso con los ojos cerrados, incluso mientras dormitaba, incluso cuando le dolía la espalda de tanto estar tumbada y se incorporaba en medio de la oscuridad y se ponía a llorar en silencio.

Pasaron unas horas interminables hasta que oyó girar una llave en la cerradura de la puerta metálica y de nuevo la luz estalló contra sus ojos. Cuando consiguió atenuar la ceguera, incorporó el torso sin bajar de la mesa, colocó su mano izquierda a modo de visera y dominó las punzadas de dolor para escupir las preguntas que le ardían en la boca:

—¿Por qué estoy aquí encerrada? ¿Dónde están mi móvil y mi ropa? ¿Ha avisado a mi familia?

Damián se acercó despacio y sigilosamente, como si su presencia pudiera asustar a la convaleciente. Su boca sonreía. Era un hombre corpulento, de espaldas anchas. Debía de rondar los cuarenta, pero se movía con una agilidad muy juvenil. Seguro que practicaba deporte y cuidaba su alimentación. Vestía con ropa informal: una sencilla camisa blanca de delgadas líneas marrones pero abotonada hasta la garganta, tejanos muy desgastados, zapatillas de color castaño y negro de ir por casa. Llevaba en las manos una cuña de hospital y un rollo de papel higiénico. Acercó la silla y los dejó sobre ella.

—Mientras no puedas caminar, esto es todo lo que necesitas. Tras la puerta de madera hay un lavabo donde podrás asearte y hacer tus necesidades cuando puedas valerte por ti misma. Entretanto, yo cuidaré de ti. Yo soy todo lo que vas a ver del mundo exterior durante una temporada. Si eres una chica disciplinada y obediente, comerás dos veces al día y cubriré tus necesidades. Si, en cambio, decides armar escándalo o intentas escapar, encontraré la manera de castigarte. Ahora eres mía y dependes de mí. Cuanto antes lo entiendas, mejor para los dos.

Más que las palabras, a la chica le aterró el frío convencimiento que transmitía aquella voz, que había dicho tal barbaridad sin ni siquiera inmutarse, como el anciano maestro harto de explicar a decenas de generaciones de niños los mecanismos de una simple suma.

—A ver, ¿me está diciendo que me ha secuestrado?

El hombre barbudo esbozó una sonrisa que comunicaba aburrimiento y cansancio. Durante unos instantes, se arrodilló ante ella para comprobar la firmeza del vendaje. Pareció satisfecho. Cuando volvió a levantarse, la voz le había ganado un apunte de ternura.

—Te equivocas, Elia. Esto es todo lo contrario a un secuestro. Estabas muerta y yo te he devuelto la vida. He conseguido salvarte ese pie casi de milagro y he cicatrizado tus heridas. He conseguido que superaras el peligro que suponía la pérdida de sangre y hasta te he evitado el riesgo de una infección. También te he dado calmantes para evitar que sufieras y te he lavado para que no olieras a pis y excrementos... ¿Te parecen pocas muestras de buena voluntad? ¿De verdad crees que un vulgar secuestrador haría todo eso por ti?

La chica dudó. Intentó que entre sus palabras no se mezclara la queja, ni el miedo, ni la desesperación.

—Pero... ¿por qué no puedo ver a mis padres o a mis amigos, o llamarlos? Hay gente que estará preocupada por mí.

Damián la miró de nuevo con ternura y se demoró unos segundos en contestar para conseguir que toda la atención de María se concentrara en sus palabras.

—Ahora ya no importa quién te ha querido y a quién has querido. Eso es el pasado. Un pasado ya remoto, de una vida anterior. Tu buena suerte te ha hecho nacer en una nueva biografía, donde ya no existe nadie que te haya conocido. Por supuesto, habrá quien llore a la chica que murió dentro de aquel Audi A3 en mitad de un bosque, tal vez tu madre o tu novio sigan albergando esperanzas de encontrarte con vida; al fin y al cabo tu cuerpo habrá desaparecido y se preguntarán dónde ha ido a parar... Pero dales un poco de tiempo y todo se olvida. La memoria que dejamos en el mundo apenas dura un instante. Pronto nadie se acordará de ti. Solo yo, aquí, en esta habitación, que ahora es todo tu mundo, sabré de tu existencia. Estabas muerta y yo he recuperado tu vida. Me la he ganado. A partir de ahora, me perteneces.

El rostro de la chica fue mudando de la incomprensión a la sorpresa; del estupor al enfado; de la cólera al horror.

—Pero... usted... ¿Qué está diciendo? Ha perdido el juicio...

—No te lo voy a discutir. Pero si es así, deberás andar con más cuidado y medir tus palabras, porque todavía no he decidido qué voy a hacer contigo. De hecho, espero que tú me ayudes a tomar esa decisión. Me debes la vida. Piensa cómo puedes pagarme el inmenso regalo que te he hecho. Piensa qué estás dispuesta a hacer por mí, querida Elia.

No podía creer lo que estaba escuchando. Un pirado al que algún

funcionario inepto concedió el privilegio de cargar con una escopeta. Un demente que pasea por los bosques en días de lluvia. Un loco con ínfulas de salvador...

Si aquel psicópata la había confundido con su amiga Elia, de momento no haría ningún esfuerzo por sacarlo de su error. Suponía una especie de pequeña ventaja. Todavía no sabía qué privilegios o amenazas podían derivarse de esa confusión.

—¿Está chalado? Tengo padres y un montón de amigos. Me esperaban en una fiesta... Deben de estar buscándome por todas partes. Habrán encontrado el coche y descubrirán que yo iba en él. Se preguntarán dónde me he metido. Sabrán que iba con el profesor y pondrán equipos de policías y perros a rastrear la zona y tarde o temprano encontrarán este zulo y usted acabará en prisión.

—Has descrito perfectamente una de las posibilidades. Pero también hay otras, Elia. Me conmueve que te preocupes por mi futuro, sobre todo teniendo en cuenta la situación en que te encuentras. Tú no tenías que estar donde estabas y yo no tenía que pasar por allí, pero a veces las cosas no suceden como estaban previstas y el azar decide por nosotros. De momento no parece que nadie esté buscándote, pero si alguien se toma la molestia de hacerlo, desde luego será muy lejos de esta casa. El rastro que sigan los perros se perderá en un camino o una carretera y la lluvia tapaná el resto. No dejas nada imprescindible tras de ti. Te repito que ahora eres mía. Nadie va a encontrarte. Nadie va a venir aquí a rescatarte, porque ese comodín ya lo has utilizado. Vas a tener que aceptarlo para poder proyectar el mejor futuro posible en tus actuales circunstancias.

Sentada sobre la mesa y apoyada sobre las dos manos, María no conseguía borrar de su cara la incredulidad. ¿Por qué le estaba pasando eso a ella? ¿Por qué había tenido que ir a caer en manos de un desequilibrado? La gente era buena, se ayudaba, procuraba el bien de quienes la rodeaban. No iba recogiendo heridos de los caminos para utilizarlos como esclavos o para aprovecharse de ellos. Sí, estaban los otros, los tarados, los sociópatas y neuróticos y paranoicos y esquizofrénicos, por supuesto. Pero eran una parte insignificante de la sociedad. Una minoría ridícula y que aparecía en los informativos de la tele o en los reportajes periodísticos, pero no a su lado, no en mitad de su vida. No, eso no podía estar pasándole a ella. Había oído hablar de psicópatas que mantenían atrapadas a personas durante años. Recordaba haber leído algo sobre el monstruo de Cleveland, un puertorriqueño de cincuenta y pico años, el inofensivo conductor de un autobús escolar que había mantenido encerradas a tres mujeres durante más de una década y de las que

había abusado regularmente y a las que incluso había practicado abortos en los bajos de una casa donde las mantenía como cautivas. Nadie había oído ni sospechado nada durante más de diez años y todos sus vecinos habrían jurado que se trataba de un tipo tranquilo y cabal, respetuoso de la ley, un ciudadano ejemplar. También recordaba haber visto en la televisión un reportaje terrible sobre un tipo de un pueblecito de Austria que durante un cuarto de siglo había retenido como prisionera en el sótano de su casa a su propia hija, con la que había tenido varios hijos, algunos de los cuales nunca habían visto la luz del sol hasta que fueron liberados por la policía. En el pueblecito austriaco nadie se explicaba que aquello pudiera haber ocurrido allí, en lugar tan calmado, tan civilizado, tan paradisíaco. ¿También ella había ido a topar con uno de esos repugnantes enfermos? ¿Ese era el futuro que aquel pirado sociópata tenía pensado para ella?

Por primera vez fue consciente de que estaba clavando el odio de su mirada en los ojos azules de su carcelero. Unos ojos bonitos, sin sombras inquietantes, casi dulces. Los ojos de un comercial que puede forrarse vendiendo abrigos en el trópico, se dijo; el único motivo de alarma era que miraban con una fijación inquietante. Tal vez fuera de verdad un chiflado. Un médico pirado.

—Pero ¿yo qué le he hecho? Solo soy una estudiante. Mi padre es un simple agricultor. Ni siquiera creo que nos conozcamos. ¿Por qué se ha propuesto arruinarme la vida?

Mientras paseaba alrededor de la camilla, Damián suspiró, de nuevo cansado. María intentaba seguirlo con la mirada, pero tener que girar el cuello y contorsionar su cuerpo le producía unos pinchazos dolorosos.

—Veo que no quieres entenderlo, Elia. Tu vida anterior ya se ha acabado. La chica que eras murió ahogada o desangrada o de hambre o víctima de las alimañas..., como tú prefieras. Tus días se agotaron con aquel accidente o lo que fuera que pasó dentro de aquel coche. Piénsalo. No tenías ninguna posibilidad. La muerte ya te llevaba en sus brazos. ¿O no lo recuerdas? Yo no tenía que estar allí. Tu suerte estaba echada. Hasta tú te habías dado por vencida. Y en cambio, ya ves, estás aquí conmigo, viva y recuperándote a marchas forzadas. El color está volviendo a tus mejillas, ya puedes incorporarte y dentro de poco podrás caminar. Olvídate de todo tu pasado y piensa quién quieres ser de verdad. Deja de pensar en tus padres, borra de tu mente a tus amigos y compañeros de estudios, a la gente con quien solías compartir la vida... Nada de eso existe ya para ti. Si tú quieres, hasta podemos cambiarte el nombre, porque ahora eres otra.

—¿Otra?

—Una Elia diferente. Hasta tal punto que debemos decidir cómo va a ser tu vida a partir de este momento. De hecho, te estoy proponiendo la posibilidad de que me ayudes a diseñarla a nuestro gusto. Al menos cabría esperar que te mostrases un poco agradecida.

—Por supuesto que le estoy agradecida por salvarme la vida —dudó María—. Pero esta situación... esta cárcel... ¿Cómo voy a estar contenta de que me retenga dentro de esta habitación como a una prisionera a la que se quiere castigar? Ni siquiera me ha devuelto mi ropa.

Damián se situó delante de ella y la miró directamente a los ojos desde tan solo un palmo de distancia.

—Te lo repetiré por última vez: la que era tu ropa ya no es tuya, lo que era tu vida ya no existe, lo que tuvieras planeado nunca va a pasar... Todo lo que puedes ser a partir de ahora está en mi mano. La vida y la muerte. La abundancia y la escasez. El placer y el dolor. Hasta el día y la noche dependen ahora de mi voluntad. Si quieres un futuro, vas a tener que ganártelo.

Capítulo 19

Sábado, 10 de noviembre

Apenas nos sentamos a la mesa de un restaurante donde habíamos decidido atacar un menú económico, mi joven compañera preguntó:

—¿Y esas pastillas?

Ni siquiera era consciente de haber sacado los dos comprimidos de sus cajas y haber empezado a jugar con ellos en mi mano. Quizá eso significaba que ya había empezado a restar importancia al hecho de tomarlos y que habían dejado de representar el terrible motivo de angustia de las primeras veces.

—¿Crees que podría vivir en esta ciudad si no me drogara?

—Vamos, sargento, confíese que esto le está encantando.

—¿Sin que una pistola me apunte a la sien? Tú estás loca.

Azucena sonrió con un punto de amargura. Inmediatamente desvió la mirada para hablar.

—Bueno, hoy no pienso presionarle mucho. Ayer ya tuvo suficiente con la simpatía de mi abuela.

Ninguno de los dos había mencionado la conversación de la noche anterior, pero desde luego yo no había conseguido olvidarla. Me había producido un gran desconcierto darme cuenta de que lo desconocía casi todo acerca de mi pasado.

—La abuela Rosa, todo un encanto. Reconozco en ella un aire de familia.

—Sí, ¿verdad? Tendrás que perdonarla, sargento. Me temo que ayer no fue todo lo delicada que cabe esperar de una mujer de su edad.

—No te acostumbres a pedir disculpas por los demás, prima, que ya somos mayorcitos. De todas formas, te confieso que me gusta la gente franca y directa, y desde luego tu abuela aún no ha descubierto la línea curva. Puede tener un genio del demonio, pero estoy seguro de que podría llegar a entenderme con ella.

—Te aseguro que no es fácil. Nunca ha sido una persona muy amable, aunque ahora... No sé, quizá a aquellos que sienten cerca la presencia de la muerte se les agria el carácter.

—Quizá —reconocí a regañadientes.

—Yo siempre he sido la niña de sus ojos y no puedo quejarme, pero mis amigos del colegio la temían cuando se acercaban a mi casa. Últimamente ya casi nadie puede dirigirle la palabra sin que suelte alguna coz. Es como si pensara que el mundo le debe alguna cosa. Ves, en eso sí que se parece a ti.

—¡Por dios! Si yo soy un amor... —gruñí.

—Mi madre me ha reconocido muchas veces que había tenido suerte al ir a caer en brazos de mi padre, porque a través de él había descubierto que existía una forma alegre y divertida de encarar la vida, puesto que ella siempre había visto en casa caras largas y gritos en lugar de cariño y conversaciones sosegadas. En fin, solo quería asegurarme de que la historia que te explicó mi abuela Rosa no te había molestado.

—¿Molestarme? ¡Qué carajo, todo lo contrario! Me enseñó algo de mi pasado que ignoraba completamente. Aquel cuento sobre mis padres fue como abrir una puerta que yo siempre había visto cerrada. No pienso darle más importancia. No está mal echar una ojeada de vez en cuando a la ropa vieja que alguien ha dejado guardada en los armarios. Ya no tengo edad para permitir que los cuentos de antiguos fantasmas me trastornen el sueño.

En cuanto acabé de pronunciar aquella frase, fui consciente de que estaba mintiendo. El relato de familia truncada que me había dedicado la abuela de Azucena había removido mi conciencia durante toda la noche. Hasta aquella charla había estado viviendo sin pasado y, precisamente ahora que ya no tenía futuro, había empezado a echarlo en falta. Me pareció extraño no haberme dado cuenta de ello mucho antes.

Comimos casi en silencio. Solo la voz de Pavarotti cantando el «Nessun dorma» de *Turandot* parecía dispuesta a amenizar nuestra comida. La sintonía de mi teléfono móvil impuso esa machacona banda sonora. Sabía qué significaba aquello, porque lo había vivido otras veces.

—¿No piensas contestar? —Arrugó la nariz mi compañera de mesa mientras yo ignoraba la pregunta.

La urgencia de nuestra investigación había saltado a los medios de comunicación y estos habían empezado a darnos caza. Nos habíamos convertido en el zorro de la cacería. A partir de entonces nos sería muy difícil movernos con libertad. Unos y otros nos preguntarían sobre el caso, aventurarían hipótesis, alegarían no sé qué derecho de la gente a conocer no sé qué verdad. Nos llamarían al móvil a cualquier hora del día o de la noche e inundarían el buzón de voz de mensajes urgentísimos e importantísimos, desbordarían de llamadas la centralita de comisaría, presionarían a los jefes y nos esperarían a la puerta de nuestras casas respectivas para arrancarnos una

declaración exclusiva, aunque fuera un simple «váyanse a la mierda». Tal vez algún fotógrafo se atreviera a seguirnos a distancia. Si les planteábamos dificultades, sus jefes hablarían con nuestros jefes, y estos nos reprenderían a cambio de un pie de foto donde les dedicarían alguna alabanza más bien tibia. Nada iba a ser fácil a partir de entonces.

Tan solo contesté la llamada del subinspector Busquet, que precisamente me telefoneaba para prevenirnos de que a la puerta de la comisaría nos esperaban reporteros de Televisión Española, de Antena 3, de TV3 y de Lleida Televisió. En su voz no encontré preocupación, sino más bien un matiz de decepción, como si en el fondo le diera rabia que el objeto de atención de las televisiones fuéramos nosotros y no él.

En cambio, yo odiaba tener que hablar con periodistas. Dijeras lo que dijeras, ellos nunca se ajustaban a la verdad. Su desinterés por la precisión, su incontinencia verbal o su imaginación excesiva me habían arruinado más de una investigación. Pero por mucho que me disgustaran, resultaba estúpido alargar aquella sobremesa silenciosa solo para postergar lo inevitable. Tenía que volver a mi mesa de trabajo, donde había dejado el nombre y el teléfono del responsable del coto de caza en el que había aparecido el cadáver del profesor. Además, habíamos empezado a explorar las rodadas de cuatro por cuatro que habíamos encontrado en el camino cercano al escenario del crimen.

Alguien se había tomado la molestia de describirme para los periodistas o estos habían hecho bien su trabajo, porque se me tiraron encima en cuanto me acerqué a la puerta de la comisaría.

—Tranquilos, queridos colegas. Aquí la agente Artero los informará de lo poco que podemos decirles por ahora.

La agente enrojció de repente y conseguí que su perfecta sonrisa se trocara por un instante en una mueca de odio. No me quedé para escuchar sus explicaciones. Me llegué hasta mi mesa y me puse a trabajar tranquilamente hasta que, media hora después, mi ayudante entró con un enfado huracanado que habría acoquinado a cualquier otro menos veterano que yo.

—Espero que hayas sabido ser discreta y no les hayas arrojado todas las tripas de este caso... —me adelanté a sus gritos.

La agente volvió a enrojecer de cólera y solo conseguí evitar una explosión de consecuencias imprevisibles esgrimiendo ante sus ojos el informe de la autopsia, que acababa de llegarnos por correo electrónico y yo me había impreso porque no podía acostumbrarme a tener la nariz pegada a una pantalla de ordenador. La rabia de mi compañera se esfumó como por arte de magia y me dedicó una atención sin fisuras, como si de mis palabras dependiera el destino del planeta.

—Efectivamente, el profesor Santiago Laurel murió por culpa de una fractura craneal... Entre las dieciocho y las veintidós horas del 31 de octubre de 2012... Presentaba diversas contusiones y bla, bla, bla... Alguna herida punzante superficial... Incrustaciones de cristales en la cara... Mira, esto resulta curioso: «Marca profunda de mordedura en la primera falange de la mano derecha»...

—Supongo que eso quiere decir que el profesor agarró a la chica y que esta intentó soltarse. Tendremos que pedir el historial dental de la chica para ver si sus dientes coinciden con las marcas de esa mordedura.

—«Restos de piel bajo las uñas de la mano derecha...», bla, bla, bla... Aquí: «La víctima presenta un contenido de alcohol en sangre de 0,15 gramos por litro, por lo que puede deducirse que había consumido alguna bebida alcohólica al menos una hora antes del deceso. Presenta un alto contenido de flunitrazepam y diazepam, que debieron de imposibilitarle el control de los movimientos de su cuerpo».

—¿Y esos nombres?

—El flunitrazepam es el principio activo de las pastillas de Rohypnol que hemos encontrado en el botiquín de María Asunción. Ahora las pastillas se fabrican con unas escamas de colorante azul para que puedan detectarse en caso de ser mezcladas con un líquido incoloro, pero las que tenía nuestra secuestrada eran de las antiguas, sin aditivos colorantes y prácticamente indetectables por el gusto. La otra droga es el diazepam, más conocido como Valium. El pobre infeliz no debió de enterarse de que se moría ni después de haberse roto la crisma. Seguro que hallarán esos mismos compuestos en el contenido de la petaca...

—Eso quiere decir que nuestro primer sospechoso de secuestro ha saltado de repente a la categoría de víctima de homicidio.

Tras esta conclusión, la agente se dejó caer en la silla, como vencida por un cansancio súbito.

—Y lo que es peor —añadí sin poder evitar que en la voz me asomase un matiz de decepción—: hasta ahora buscábamos a una joven secuestrada; a partir de este momento buscamos a una joven asesina.

* * *

Hay personas a quienes les basta un pestañeo para que su estado de ánimo se tambalee. La ventaja de los tipos que tenemos mal carácter es que somos regulares. No engañamos. Evitamos ser motivo de sorpresa. Era toda una evidencia que ninguno de los cromosomas que conforman esa peculiaridad de mi carácter había llegado hasta el genoma de la prima Azucena. Su habitual palabrería se diluyó de repente. No abrió la boca. Ni una protesta, ni un

comentario, ni tan solo una mala cara. Pero era evidente que mi entusiasta compañera se estaba desinflando por momentos. Tal vez solo fuera su respuesta a mi jugarreta de arrojarla a las pirañas de la prensa sin ni siquiera un flotador. O una simple muestra de cansancio, más que justificada a tenor de las horas que estábamos invirtiendo en aquel caso.

—Ánimo, prima, no aflojes ahora que estamos tan cerca.

No dijo ni que sí ni que no. El codo apoyado sobre su mesa y la mejilla izquierda sobre su puño izquierdo, la agente se hundió en la pantalla de su ordenador y siguió rastreando aburridamente las bases de datos. Buscaba un tipo de ruedas que coincidiera con las rodadas que ella misma había fotografiado en las inmediaciones del coche siniestrado.

Mientras tanto, conseguí localizar al administrador del coto de caza donde hallamos el Audi A3 con el cadáver, un agricultor local que no parecía nada dispuesto a colaborar conmigo. Mantuvimos una larga conversación telefónica de la que apenas pude concluir que el coto de caza ocupaba una gran extensión de terreno difícil de vigilar y que era imposible establecer una lista de los socios y abonados que la mañana del 1 de noviembre habían salido a pegar tiros. Además, con la apertura de la veda todavía reciente, ese había sido un día de mucho ajetreo por el coto. Me dio el nombre de un bar y un restaurante, donde muchos cazadores se concentraban antes y después de la jornada para preparar o comentar la sesión de caza. Si preguntaba allí, tal vez podría averiguar el nombre de muchos de los cazadores que aquella mañana habían salido a recorrer el monte y a lo mejor podría dar con alguno que hubiera visto alguna cosa sospechosa.

Resultaba de una amabilidad extrema que aquel tipo me indicara cómo tenía que hacer mi trabajo. Pero desde luego yo no estaba dispuesto a perder una mañana en aquel barucho dando palos de ciego. Era mucho más cómodo y práctico que el responsable del coto me facilitara la lista completa de los miembros y yo buscara la manera de ponerme en contacto con ellos. Se lo propuse de buenas maneras, pero el hombre me salió con la previsible letanía de objeciones: que si las responsabilidades de un buen gestor, que si el derecho a la intimidad de las personas, que si la ley de protección de datos... en fin, todas esas mandangas.

—Mire, quizá usted no sea consciente de que los policías de mi categoría tenemos el derecho de proponer inspecciones fiscales a cualquier ciudadano o asociación que consideremos sospechosos —mentí—. Disponemos de un cómodo formulario en una página web para realizar nuestras denuncias. Absolutamente secretas y sin preguntas embarazosas. Ha sido un gran avance para la Agencia Tributaria. Acabo de introducir todos sus datos. Me basta con

apretar la tecla adecuada para que la denuncia se arrastre por un laberinto de cables hasta la pantalla del ordenador del inspector de guardia...

—Pero... ¿me está amenazando?

—Tú verás, capullo. —Un insulto establecía suficiente vínculo como para tutearlo—. Aunque podrías evitarte todos esos problemas si en los próximos minutos apareciera en la bandeja de entrada de mi correo electrónico la lista que te he pedido.

Noté la ofensa en el silencio que vino a continuación. Aproveché para deletrear mi dirección electrónica mientras duraba el efecto de mi apuesta.

—Esto... No sé... Es una vergüenza. Conozco gente, ¿sabe?

—Quien más, quien menos...

—Está abusando de su poder, sargento. No crea que no voy a quejarme a sus superiores y a quien haga falta. Es absurdo... Yo no puedo... Tengo una responsabilidad...

Todavía no se había extinguido el eco de sus quejas, cuando mi administrador de correo me avisó de la entrada de un mensaje. Adjunto a él, iba un documento que abrí al instante. Ante mis ojos tenía una relación de cazadores con sus direcciones, teléfonos de contacto, tipo de vinculación con el coto, número de cuenta bancaria y estado de sus pagos. Celebré no tener que ir a pelearme con nuestro juez novato para pedir que nos cedieran esa información. En lugar de presentarme en un bar de cazadores donde, de haber superado las suspicacias de los clientes, tan solo habría conseguido una información parcial, me pareció más cómodo ir llamando uno por uno a los trescientos doce nombres de aquella relación y someterlos a un breve cuestionario. Me esperaba un fin de semana de la hostia.

Desde luego, las primeras llamadas no fueron demasiado alentadoras. Alguno de mis interlocutores se negó a responder sin la certidumbre de estar hablando con quien yo decía ser. Otro me atendió con una extraña mezcla de miedo y desconfianza. Otro se quejó airadamente de que la policía cometiera el atrevimiento de molestarlo una tarde de sábado... Me reconocí como uno de esos vendedores por teléfono que consiguen no sentirse mal a pesar de que saben que están jodiendo al personal con sus llamadas y su tozudez ramplona e infatigable. Intenté no desalentarme y hasta conseguí que la mayoría respondiera con razonable educación a mis preguntas: si habían salido a cazar por las inmediaciones del embalse de Santa Ana el 1 de noviembre, si se habían cruzado con un Audi A3 plateado que circulaba por los caminos de los alrededores, hasta qué hora habían estado caminando por el monte, si habían observado alguna circunstancia irregular y, muy importante, en qué tipo de vehículo se habían desplazado hasta la zona de caza. Después de veintisiete

entrevistas telefónicas, empezaba a pensar que aquella ronda de llamadas no era tan buena idea y que difícilmente iba a sacar nada en claro. El subinspector había accedido a poner otro agente al teléfono durante unas horas para ayudarme a completar los nombres de la lista, pero aun así la tarea resultaba soporífera y no estaba nada claro que acabara dando algún resultado. Me pareció ridículo que un tipo como yo, al que quizá le quedaran unos pocos meses de vida, estuviera quemando las horas de una manera tan estúpida. Cuando el desánimo había empezado a calar en mi moral, Azucena acudió a mi rescate.

—Las tengo, jefe —anunció sin que el entusiasmo le saliera a borbotones.

—¿Qué tienes, prima?

—Las ruedas. Unas Michelin Latitude Tour HP.

—¿Y eso qué quiere decir?

Leyó con calma toda la información que contenía la ficha de su ordenador antes de responder.

—Según nuestra base de datos, son unos neumáticos bastante corrientes en vehículos 4 × 4 de recreo: 215 de ancho, 70 de alto y 16 de diámetro. Son gomas de verano y principalmente para circular por carretera. Las instalan de serie algunos modelos de Audi Q5 y Q7, Porsche Cayenne, Mercedes Clase M y Clase R, Mercedes GLK, Land Rover Range Rover Evoque.

Procuré digerir sin prisas la información que había conseguido mi compañera. Podían ser unos datos valiosos, aunque todavía estaba por ver.

—Parecen unos coches caros —comenté.

La agente tecleó a tal velocidad que me hizo sentir un ejemplar de homínido prehistórico. Yo escribía aporreando el teclado con los dos índices y cada informe me costaba sangre, sudor y una mañana perdida.

—Tiene razón, jefe. De sesenta mil euros no baja ninguno. De todas formas, aquí pone que son neumáticos bastante corrientes, así que cualquiera puede habérselos puesto a su carro.

La chica tenía razón. No era una prueba que demostrase nada en concreto, pero era otro hilo que quedaba suelto. Alguien tenía que tirar de él.

—Prima, odio trabajar en domingo, pero espero que no seas una fanática religiosa fiel cumplidora del precepto de descanso dominical. Si queremos encontrar a esa chica y descubrir qué coño está pasando con ella, vamos a tener que pasarnos el domingo con esta puta lista de cazadores: yo, interrogándolos por teléfono; tú, averiguando cuáles de ellos tienen uno de esos carros caros que has nombrado.

No soltó una protesta, pero vi cómo su frente se arrugaba. Ni un apunte de aquel entusiasmo arrebatador de las jornadas anteriores. Al parecer, la

perspectiva de intentar capturar a una posible asesina no le resultaba tan seductora a mi compañera como procurar salvarle la vida a una pobre chica secuestrada.

Capítulo 20

Por mucho que la bombilla que tenía por encima de su cabeza hubiera quedado encendida, la soledad y el silencio dolían con más fuerza que la herida de su pie. Se desperezó e intentó devolver algo de movilidad a los músculos de su cuerpo. Esperó. Canturreó una canción de moda y después se puso a dormir un rato. Esperó. Añoró su MP3, su ordenador, su móvil... Siguió esperando. No era una gran lectora, pero también echó de menos alguno de sus libros de poemas. Quiso consolarse recordando cualquier cosa agradable: la inminente temporada de esquí, la música de un grupo de conocidos que acababa de editar su primera maqueta, el rostro más bello del mundo... Intentó levantarse, pero dudó de sus fuerzas y desistió pronto. Lanzó un grito para reclamar la atención de cualquiera que pudiera oírlo. Esperó en silencio durante mucho rato. Llamó a Damián una, dos, tres veces. Lloró y luego voceó el nombre de su carcelero hasta cansarse y aburrirse. Volvió a gritar mucho más tarde. Se permitió cerrar los ojos para mitigar su desesperación e intentar aclarar sus ideas. Cuando los abrió de nuevo, no pudo decidir si había dormido un buen rato o tan solo se había concedido un pestañeo. Hasta el momento, esa nueva vida de la que hablaba el psicópata que la retenía estaba siendo una espera inacabable. El aburrimiento reblandecía los segundos y ponía al descubierto su naturaleza elástica. La ausencia de ruido, de luz natural o de cualquier otro referente desposeía al tiempo de esa sensación de orden que imponen los relojes. Se desvanecía cualquier posibilidad de medirlo o controlarlo.

María se consideraba más bien una persona solitaria: desde pequeña se había pasado tardes enteras encerrada en su habitación, escuchando música, jugando en la consola o el ordenador, a veces leyendo o estudiando; desde que vivía en Lleida, raramente acudía a una de esas ruidosas fiestas universitarias; en la cafetería de la facultad, procuraba sentarse en el rincón más apartado para no tener que soportar conversaciones frívolas ni los cotilleos de sus compañeros; no quedaba con amigas a estudiar o para ir a un *pub*

Capítulo 20

Por mucho que la bombilla que tenía por encima de su cabeza hubiera quedado encendida, la soledad y el silencio dolían con más fuerza que la herida de su pie. Se desperezó e intentó devolver algo de movilidad a los músculos de su cuerpo. Esperó. Canturreó una canción de moda y después se puso a dormir un rato. Esperó. Añoró su MP3, su ordenador, su móvil... Siguió esperando. No era una gran lectora, pero también echó de menos alguno de sus libros de poemas. Quiso consolarse recordando cualquier cosa agradable: la inminente temporada de esquí, la música de un grupo de conocidos que acababa de editar su primera maqueta, el rostro más bello del mundo... Intentó levantarse, pero dudó de sus fuerzas y desistió pronto. Lanzó un grito para reclamar la atención de cualquiera que pudiera oírlo. Esperó en silencio durante mucho rato. Llamó a Damián una, dos, tres veces. Lloró y luego voceó el nombre de su carcelero hasta cansarse y aburrirse. Volvió a gritar mucho más tarde. Se permitió cerrar los ojos para mitigar su desesperación e intentar aclarar sus ideas. Cuando los abrió de nuevo, no pudo decidir si había dormido un buen rato o tan solo se había concedido un pestañeo. Hasta el momento, esa nueva vida de la que hablaba el psicópata que la retenía estaba siendo una espera inacabable. El aburrimiento reblandecía los segundos y ponía al descubierto su naturaleza elástica. La ausencia de ruido, de luz natural o de cualquier otro referente desposeía al tiempo de esa sensación de orden que imponen los relojes. Se desvanecía cualquier posibilidad de medirlo o controlarlo.

María se consideraba más bien una persona solitaria: desde pequeña se había pasado tardes enteras encerrada en su habitación, escuchando música, jugando en la consola o el ordenador, a veces leyendo o estudiando; desde que vivía en Lleida, raramente acudía a una de esas ruidosas fiestas universitarias; en la cafetería de la facultad, procuraba sentarse en el rincón más apartado para no tener que soportar conversaciones frívolas ni los cotilleos de sus compañeros; no quedaba con amigas a estudiar o para ir a un *pub* o a un concierto... Sus momentos de paz y plenitud quedaban delimitados dentro de los veinticinco metros de la piscina adonde acudía dos veces por semana y donde no tenía que escuchar ni ver a nadie. Y, sin embargo, ahora aquella soledad le anudaba la

garganta y el estómago. Porque no era tan solo silencio; era vacío.

Cuando escuchó la llave que giraba en la cerradura de la puerta metálica, no supo delimitar la vastedad del tiempo que había estado esperando, pero le había parecido la misma eternidad. Se sorprendió al sentir algo parecido a un brote de alegría, que reprimió al instante. Cuando Damián se plantó ante ella, de nuevo sentada sobre su mesa-cama, María lo recibió con toda la dureza con la que fue capaz de armar su rostro. La sonrisa delicada de Damián le pareció un ultraje.

El hombre dejó un plato metálico lleno de arroz hervido y un tenedor de plástico a pocos centímetros de la mano de la chica. Ella valoró durante una décima de segundo las posibilidades de aquel trozo de plástico como arma defensiva. Cuando levantó la vista, descubrió que él la miraba a los ojos y supo que había adivinado sus pensamientos.

Sin mediar palabra, el hombre recogió la cuña. No concedió ni una mueca de asco o desagrado. La llevó en silencio hacia la puerta de madera, por donde desapareció un momento. Mientras María se apresuraba a llenarse la boca de arroz, oyó que el hombre silbaba una canción que no fue capaz de identificar, pero cuya melodía estaba segura de haber oído antes. Alguna de aquellas canciones de sus padres, pensó. Después escuchó el vaciado de la cisterna de un váter y el ruido de un chorro de agua repicando contra la loza. El hombre apagó una luz, cerró la puerta y regresó al lado de la chica con la misma sonrisa odiosa entre los labios. En el borde de la mesa, dejó la cuña limpia, una pequeña palangana con agua y jabón y una toalla blanca. Después se sentó en la silla, delante de María.

—Espero que hayas pasado una buena mañana —dijo.

¿Solo había pasado una mañana? ¡Imposible! De todas formas, a María le gustó saber que seguramente era mediodía y se propuso retener aquella información para intentar discernir cuándo era de noche y cuándo de día, pero al momento comprendió que sería incapaz de controlar el paso de las horas y que en cuanto se durmiese perdería cualquier referencia.

—La verdad es que no he tenido mucho que hacer —respondió con acritud.

—Eso no es del todo exacto, querida Elia. Has tenido unas cuantas horas para resolver algo importante.

—¿A qué se refiere?

—Si no recuerdo mal, te pedí que decidieras lo que vas a hacer por mí.

María dejó de masticar la cucharada de arroz que se había llevado a la boca para mirarlo con odio. Había tenido muchas horas de soledad para analizar todo lo que le estaba pasando, para maldecir su suerte, para estudiar las dimensiones y rincones de su celda o para calcular el límite de su dolor, pero

en ningún momento se le había ocurrido que aquel chalado le hubiera pedido en serio que pensara en lo que estaba dispuesta a darle.

—¿Qué tengo yo que pueda interesarle? —preguntó casi con miedo.

—Esa no es la cuestión que debes hacerte, querida. Lo verdaderamente importante es lo que tú estás dispuesta a dar. Yo decidiré si vale la pena.

Hablaba en serio. Le pedía que ofreciera algo a cambio de su vida. Que comprara su supervivencia. ¿Qué clase de zumbado se creía con derecho a disponer de la vida de otro ser humano?

Ser consciente de la pregunta que acababa de formularse le provocó un acceso de vergüenza. Ella había decidido sobre la vida de otra persona, el profesor Santiago Laurel. Había matado. Era una asesina. Quizá pudiera esquivar la justicia humana y esta no representara una amenaza inminente para ella, pero la providencia o un dios bromista o la fuerza irónica que removía el universo había decidido reírse de ella al provocar que se hiciera la pregunta que acababa de hacerse. Tal vez aquel era el justo castigo que su arrogancia merecía.

—¡Joder! No sé qué coño quiere que haga.

Si al menos fuera capaz de comprender los motivos de aquel tipo. Adivinar sus pensamientos. Prever sus acciones. Encontrar argumentos para persuadirlo. Conseguir imponer su inteligencia. ¿De qué le servían ahora a ella sus clases de psicología? Sabía más de ese loco por las películas de psicópatas que había visto en la tele que por todos los libros sobre educación que había leído en sus dos años de carrera. ¡Dios, cómo deseaba volver a la rutina de las aulas, al comportamiento arrogante de sus profesores, a la indolencia de sus compañeros, a la molestia controlada de los trabajos de campo, al fastidio tolerable de los exámenes...! ¿Qué hacía ella allí, en aquella habitación, junto a aquel maníaco? Si lo que quería era aprovecharse de ella, ¿por qué hasta ahora se había limitado a curarla y alimentarla? Resultaba insoportable aquella sonrisa confiada que quería expresar su posición de poder. A ella, en cambio, la desnudez le producía una irritante sensación de fragilidad y vulnerabilidad.

—Para ser una estudiante universitaria, hablas como una cualquiera y te comportas de una forma sorprendentemente vulgar —le reprochó—. Tus padres no te pagaron clases de música para que después te esforzaras en pasar por una verdulera.

María había estudiado música hasta entrar en la universidad. Desde luego no era ningún secreto, pero le pareció muy extraño que aquel desconocido dispusiera de esa información.

—¿Qué sabe usted de mis clases de música?

—¡Oh, muy poco, querida! He escrito tu nombre en internet y no he

descubierto gran cosa: que estudias magisterio, que no tienes muchos amigos y que a los doce o trece años ganaste un premio por tocar una pieza para violín. Has cambiado mucho desde entonces.

—Viola —corrigió la chica—. Una pieza para viola. Gané el primer premio de un concurso tocando la puta viola.

María comprendió que el hombre se estaba refiriendo a su amiga Elia, quien efectivamente había estudiado en el conservatorio y había apuntado a figura musical durante su infancia. Elia le había hablado alguna vez de aquel premio, que fue el primer paso hacia una especie de tortura materializada en sesiones maratonianas de ejercicios, en profesores déspotas, en habituales castigos paternos y en mañanas y tardes solitarias. A su amiga, la música le había pesado como un fardo que casi consiguió aplastarla. Por eso tuvo que plantar cara a su familia y abandonar el último año de conservatorio a mitad de curso, decisión que sus padres nunca le habían perdonado.

María, en cambio, había pasado por una escuela de piano donde rápidamente disiparon sus sueños de grandeza. Había seguido acudiendo a clases de interpretación hasta hacía cuatro años, pero más por no contrariar a sus padres que por verdadero entusiasmo. Por mucho que en aquellos momentos el hombre que tenía a su lado significara una amenaza, no pudo dejar de sentir una especie de halago porque alguien le estuviera atribuyendo la vida de su amiga.

—¿Por qué te sientes obligada a decir un taco cada tres palabras?

—¿Acaso esperaba una civilizada conversación entre colegas? —exclamó María con rabia a la vez que tiraba al suelo el plato vacío de arroz.

Damián contempló cómo el plato rodaba sin perder la sonrisa. Se levantó de la silla, se arrodilló y recogió uno a uno los granos de arroz que habían quedado esparcidos por el linóleo.

—Te lo he dicho esta mañana, Elia: para empezar, me bastaría con un poco de agradecimiento.

—¿Agradecimiento? ¡Maldito chalado! —gritó dejando que la rabia le deformara la cara—. Bastaba con que llamara a un teléfono de emergencias. En cambio... ¡me ha robado mi vida!

Damián volvió a dejar el plato sobre la mesa y se sentó en la silla sin dejar de sonreír.

—No soy un ladrón. No he robado nada a nadie. Lo que hayas perdido no es el resultado de un atraco, sino de tu mala fortuna o de tus malas decisiones. Además, estoy convencido de que lo que dejas atrás es una existencia triste y previsible. ¿Tanto te preocupa perderla? ¿Tan orgullosa te sentías de ser la típica estudiante impresionable que se lía con su profesor? ¿Qué te esperaba

ahí afuera? ¿Te lo has preguntado de verdad?

—¡Qué coño! Por supuesto. Yo...

—Un futuro de maestra de escuela incapaz de enlazar tres palabras seguidas sin soltar un taco... ¿En qué pueblucho de mala muerte acabarías enterrándote la Administración?

—¡Mierda! ¿Y usted qué sabe sobre mi futuro y mis ambiciones?

—Solo hace falta mirarte para saber que ni siquiera te gustan los niños... ¿Qué ibas a enseñar tú, Elia? ¿Qué tenías tú para ofrecer a esos chiquillos? ¿En qué birria de proyecto vital te habías enredado?

—Es asunto mío.

La protesta de María había querido sonar concluyente, pero estaba muy lejos de ser el reflejo de una firme convicción. Por mucho que no se atreviera a reconocerlo, aquel tipo estaba hurgando en una herida profunda.

—Dime, ¿eras una persona feliz?

La pregunta era casi una puñalada.

—Por descontado —mintió sin dudarlo.

Damián le aguantó la mirada y supo que mentía. Ella supo que él había descubierto su embuste. Desde hacía tiempo, a María le dolía la vida que llevaba y desde luego no se consideraba una persona feliz. Los estudios hacía tiempo que habían dejado de importarle, y la gente que la rodeaba le parecía anodina, interesada y mediocre. Huir de sus padres era lo mejor que le había pasado en los últimos años. Pero ya le sabía a poco. Después habían venido aquellas clases aburridas y aquellos exámenes tan sencillos que ni siquiera le hacía falta estudiar para sacar notas brillantes. Por su vida habían pasado unos compañeros insulsos y un novio que solo le había durado tres o cuatro citas. Y Elia, por supuesto. La bella y desconcertante Elia. La frágil. La caprichosa. Y ese proyecto tantas veces comentado y nunca cumplido de dejarlo todo colgado y salir corriendo.

—No quieres entender que esa felicidad bobalicona de la que hablas ya la habías perdido cuando te encontré.

—Todavía está ahí.

—¿Y de verdad crees que estaba destinada a ti?

El silencio que siguió a esa pregunta puso de manifiesto la magnitud de la duda. Los dos se dieron cuenta de ello. La sonrisa del hombre se agrandó.

—Si lo piensas bien —continuó después de un largo silencio—, a todos nos pasa tarde o temprano algo parecido. Envejecemos y dejamos de ser la persona que éramos. O algo, un accidente, un nuevo trabajo, una persona a la que acabamos de conocer... nos arrojan de golpe del espacio en el que nos movíamos y tenemos que amoldarnos a una nueva manera de estar en el

mundo, a una existencia paralela, nuestra vida par.

—¿También a usted lo ha secuestrado un puto maníaco? —vociferó.

Tanto como su conversación, a María le irritaba aquella sonrisa de bondad que Damián no descabalgaba de su cara. Este la miró durante un segundo como valorando si merecía una respuesta.

—No, en mi caso no hubo ningún secuestro. A mí me echó de mi mundo el conductor de una vieja Ducati, un trasto que hacía años que debería haber estado retirado de las carreteras.

—¿De qué coño me está hablando?

—De un motorista que entró demasiado rápido en una rotonda; el coche que circulaba por el carril exterior tuvo que frenar. Justo detrás venía un camión de veinte toneladas cuyo conductor tuvo el reflejo de girar el volante para evitar embestirlo. El azar decidió que justo allí estuvieran ellas, en su pequeño Citroën casi nuevo, esperando civilizadamente para entrar en la rotonda, seguro que sonrientes y felices aunque todavía un poco adormiladas; a las ocho y veintiséis exactamente, mi esposa y mi niña de ocho añitos camino de la escuela, una agradable mañana de abril...

María estudió la cara del hombre para encontrar algún indicio de mentira o de dolor, pero continuaba sonriendo como si aquello fuera un cuento ajeno, una simple historia que no implicaba ninguna afectación emocional.

—¿Qué quiere que yo le diga? —se resistió a renunciar a su enfado—. Si me está contando la verdad, es una historia horrorosa, por supuesto... Ya sabemos que la vida es una mierda y que esas cosas no deberían pasar...

María se sintió desconcertada. Por mucho que a lo largo de la vida se hubiera esforzado en componer una imagen de mujer cerebral y fría, era muy consciente de que gestionaba con dificultad las emociones. El dolor ajeno le afectaba tanto como el propio. Desvió la mirada un tanto avergonzada, como si sus quejas ahora le parecieran una chiquillada.

—Pero pasan, querida —dijo el hombre con una voz temblorosa—. Un día suena un teléfono y tú refunfuñas porque tienes la rebanada de pan dentro de la tostadora y sabes que si la conversación se alarga más de unos segundos se te acabará quemando... Descuelgas con prisas y contestas un poco cabreado, porque te consideras con derecho a comer una tostada perfecta y a que el resto del planeta deje de molestarte de una vez. Entonces alguien pronuncia unas palabras que no entiendes. Pocas, ni siquiera muchas. Son palabras que no puedes comprender —se detuvo un segundo como para coger fuerzas—. Porque te está anunciando que tu mundo ha muerto, que se ha roto, que ya no existe, que todo aquello que creías sólido acaba de diluirse y ya nunca más va a estar donde tú creías tenerlo bien guardado y protegido...

María notó de nuevo la pesadez del silencio. Carraspeó, molesta consigo misma por sentir la presión de un nudo en la garganta. Se esforzó en imponerse la obligación de no sentir pena por aquel hombre. Se dijo que era a ella a quien tenían prisionera y desnuda, mal alimentada, sin atención médica...

—A usted nadie podía devolverle su mundo. Sé que debió de ser terrible, pero no tenía la posibilidad de dar marcha atrás. Su mujer y su hija habían muerto. En cambio, yo estoy viva y mi mundo está ahí fuera, me basta con salir de aquí. Usted tiene la llave de esa puerta. Cualquiera puede matar o violar o destruir una existencia, pero muy pocos tienen la posibilidad de regalar la vida. Usted tiene la llave de mi mundo. Hoy, aquí, puede ser un dios.

Damián rompió a reír con ganas.

—¿Intentas confundirme, Elia? ¿De verdad crees que soy tan estúpido como para dejarme enredar en un juego de palabras?

—No pretendía...

—Me alegra descubrir que eres una chica inteligente. ¿Ves?, tu conversación es una de esas cosas que puedes ofrecerme.

María devolvió la dureza a su rostro. Tras un momento de relajación, volvía a estar enfadada.

—¡Muy bien, de acuerdo! —dijo elevando mucho el volumen de su voz—. Solo dígame qué debo hacer para salir de aquí.

Damián la miró en silencio durante unos segundos.

—¿Qué puede ofrecer una chica joven, guapa, inteligente y agradable como tú a un cuarentón cansado de la vida como yo?

—¡Joder! ¿Me ha secuestrado para conseguir echar un polvo?

—No me gusta que hables así. Y desde luego no soy ni un vulgar violador ni un tipo amargado por la castidad o torturado por el rechazo femenino. No soy un enfermo mental y llevo una vida sexual razonablemente sana. No me he vuelto a casar, pero tengo amigas. Algunas muy obsequiosas y siempre dispuestas a complacerme. No, Elia, no es eso lo que echo en falta.

—Entonces, yo...

—No pienso pegarte, ni forzarte, ni nada parecido, si es lo que estás temiendo. No soy un maníaco dispuesto a torturar a su víctima. No voy a pedirte nada. Ni siquiera voy a negociar contigo. Porque lo que de verdad quiero es que necesites dármelo todo. Quiero que llores de alegría al verme entrar por esa puerta, que cuentes los segundos que pasen hasta que vuelva a visitarte, que me supliques que te permita hacerme una caricia. Quiero que todo tu cuerpo y tu cerebro dediquen las veinticuatro horas del día a encontrar la mejor manera de hacerme sentir una persona feliz.

María lo miró sin poder reprimir una mueca de asco.

—Prefiero morirme. ¡Estás completamente loco!

—Vaya —amplió su sonrisa Damián—, es la primera vez que me tuteas. Bien, es un primer paso. Quizá estés empezando a entenderlo, aunque tu cerebro aún prefiera resistirse. Pero desde luego quiero más, mucho más. En realidad, lo quiero absolutamente todo. Si me satisface lo que ofreces, dispondrás de una vida fácil y agradable. Pero si eres incapaz de encontrar algo que pueda interesarme...

—Pero ¿te estás escuchando? Me pides que encuentre formas de adorarte. ¿Quieres que monte una religión alrededor de tu persona? ¿De verdad pretendes que escriba unas sagradas escrituras que hablen de tus milagros? Realmente pretendes ser un dios...

Camino ya de la salida, el hombre se detuvo a pensarlo durante unos segundos. No parecía desagradarle aquella idea.

—Sí. Pero solo en esta sala. Y solo para ti.

Capítulo 21

Domingo, 11 de noviembre

Me joden los domingos laborables. Me joden mucho. Bien mirado, eso de hacer festivo uno de cada siete días supone una interpretación interesada y ruin de la Biblia. Aunque fuera cierto que Dios se tomara su descanso al séptimo día de trabajo, quien diseñó nuestro calendario laboral decidió olvidar deliberadamente que el creador llevaba toda una eternidad tocándose los huevos. Y que después tampoco se tomó muchas molestias en corregir la chapuza que acababa de parir. En fin, lo dicho, que me fastidian especialmente los domingos de curro. Y mucho más si el trabajo rinde poco.

A las diez en punto me había sentado en mi silla de la comisaría y me había preguntado qué cojones hacía un moribundo desperdiciando ante el teléfono una mañana razonablemente soleada. No supe qué contestarme. Preferí no estrujarme el cerebro, así que empecé a atacar ordenadamente los nombres de la lista que tenía ante mis ojos. Me sorprendió que casi todos aquellos números de teléfono ignoraran mi llamada o me remitieran directamente al buzón de voz. «Deje su mensaje al oír...». ¡Mierda!

Todos aquellos tipos eran cazadores, sabían disparar un arma... Sin duda conocían qué significaba matar. Pasó un buen rato hasta que caí en la cuenta de que era domingo y, por lo tanto, jornada de caza. Era lógico que ninguno de aquellos tipos respondiera. Hasta bien entrada la tarde solo podría contactar con aquellos de quienes me habían pasado un número de teléfono móvil como contacto, que se hallaran en una zona con cobertura telefónica y, además, que estuvieran dispuestos a perder unos valiosos minutos de su sesión cinegética para pegar la hebra con un madero cansado. Estaba claro que aquello iba a ser una pérdida de tiempo.

Puesto que necesitaba ropa para combatir el repentino cambio de temperatura y todas mis pertenencias que no había traído hasta mi nuevo destino habían quedado provisionalmente depositadas en casa de mis padres, tras haber renunciado a mi piso de alquiler del barrio de Gracia, resultaba vital que regresara a Barcelona aunque solo fuera por unas horas. Aquella mañana que amenazaba con echarse a perder parecía el momento ideal. Mientras la

agente Artero seguía buscando qué cazadores de la lista eran propietarios de alguna de las marcas de vehículos calzadas con la rueda Michelin que habíamos identificado, yo me comí mi orgullo y me resigné a pedirle prestado el Mini de color pistacho a mi compañera. Se alegró de hacerme un favor. Me metí en aquella estrafalaria caja de zapatos, me encomendé al dios de los ateos y salí pitando hacia la gran capital. El plan era sencillo: una hora y media para llegar a casa de mis padres, media hora para cargar los trastos y la ropa que necesitaba y para rechazar cariñosamente las ofertas de comida de mi madre y una hora y media para volver a Lleida. Un pispás. Si me daba prisa, estaría de regreso para regalarme un buen ágape dominical.

Tras ser intimidado varias veces por tráileres cuyas ruedas abultaban más que el vehículo que yo conducía, llegué a casa de mis padres, un amplio tercer piso en la calle Dante, antes de lo previsto. Allí me esperaba la cara un poco más ajada de mi madre para anunciarme con una amable sonrisa que mi padre parecía estar un poco mejor. A sus setenta y cinco años, Ángel Claramunt había quedado reducido a un incómodo vegetal, al que un ictus, el alzhéimer, el colesterol y un sinfín de indicadores de sus analíticas parecían condenar a una muerte inminente. Así lo habían anunciado su médico de cabecera, el especialista en cardiología de la Seguridad Social, un curandero amigo de una amiga y el responsable de urgencias del hospital donde lo ingresaron y operaron a vida o muerte una tarde de febrero. Pero de eso hacía casi un año y medio y el viejo parecía obstinado en no dejarse enterrar y en continuar arruinando la vida de mi madre, tan solo cinco años más joven, pero que casi podría haber pasado por su hija.

—Pasa a saludarlo —suplicó.

Entré porque mamá no se merecía otro disgusto, pero aquel absurdo reencuentro no suponía ningún motivo de alegría. Hacía años que no nos dirigíamos una sola palabra. Y en ese momento ya parecía imposible salvar el abismo que se había abierto entre nosotros, pues ni siquiera guardaba consciencia del mundo que le rodeaba. Y, aun así, parecía decidido a dedicarme un último motivo de afrenta: sobrevivirme.

Con diecisiete años, yo había empezado a estudiar la carrera de Filología en la Universidad de Barcelona, no tanto porque la literatura o la lingüística constituyesen ninguna pasión irrefrenable, sino más bien por provocarle un berrinche a mi padre, para quien las facultades de letras eran un nido de víboras comunistas que no merecían otra consideración que el exterminio, a ser posible lento y doloroso.

Estudié y leí y hasta llegué a admirar a alguno de aquellos profesores pretenciosos y gandules, capaces de perorar durante horas sobre cualquier

insignificancia, pero proclives a no presentarse a sus clases de primera hora de la mañana o a postergar la corrección de un examen durante meses enteros. A pesar de aquel ritmo aburrido y cansino, seguí estudiando y leyendo disciplinadamente y rellenando sesudos trabajos sobre epítetos antiguos y ejercicios de prosodia y hasta conseguí unas notas que habrían adornado cualquier expediente. El desaire de una compañera de la que andaba un poco encariñado me volvió turulato y me sirvió una excusa perfecta para colgar los libros y buscar alguna actividad que exigiera una vida menos contemplativa. Miré a mi alrededor y la policía me pareció la mejor alternativa.

El día que le comuniqué a mi padre la decisión de ingresar en la Policía Nacional, aunque fuera como administrativo, me dedicó una sonrisa burlona que venía a expresar la superioridad de quien está por encima de todas las cosas y guarda la verdad, sabedor de que tarde o temprano el resto de los ignorantes mortales acabará por darle la razón. Más tarde discutiríamos por cualquier otro asunto que ya ni siquiera soy capaz de recordar. Yo me iría de casa dando un portazo y ya nunca volvería más que a ver a mi madre a escondidas, pero el verdadero abismo se había abierto entre nosotros con aquella sonrisa guasona, que era a la vez una suerte de perdón y una forma de desprecio. Hasta oposité a la policía autonómica, que él despreciaba, solo por tocarle los huevos.

Cuando entré en aquella sala rancia, impregnada de un hedor a verdura hervida a prueba de cualquier ventilación y que no había cambiado ni un detalle en las últimas décadas, sentí una repentina pesadez en las piernas y tal vez en la conciencia. Me noté un poco mareado al reconocer la inmovilidad de un mundo que ya no era el mío. Una mesa, seis sillas y una estantería de madera de roble cubiertas de un barniz muy oscuro. En los estantes, una vieja enciclopedia y cuatro libros de colecciones de quiosco. Un *Quijote* ridículamente ilustrado por no sé qué conocido pintor. Una televisión grande y antigua funcionando a jornada completa y siempre con el volumen muy alto. Paredes empapeladas con motivos florales y unas pocas láminas enmarcadas que representaban a nobles ingleses a caballo dedicados a dar caza y tortura a un pobre zorro. Tresillo de tela a rayas amarillas y ocres que casi había perdido el color rematado con tapetes de ganchillo para apoyar la cabeza que, si no tenía mal entendido, mi madre había tejido mientras estaba embarazada de un servidor. Lo dicho: ni un solo cambio en las últimas décadas.

Por su parte, el viejo, fosilizado en su butaca de siempre ante el televisor, se había arrugado y secado como algunas plantas fuera de temporada, pero su rostro no había perdido aquel rictus de mosqueo perpetuo que yo le recordaba. Un leve temblor de los labios parecía tenerlo sumido en una inacabable

discusión consigo mismo.

—¿Con quién estará peleándose esta vez? —se me escapó apenas le puse la vista encima.

La mirada que me dedicó mi madre volvía a ser aquella mezcla de sonrisa y reprensión con que solía castigar mis fechorías infantiles. El recuerdo de aquella sonrisa llenó mis ojos de una bruma amable que tal vez fuera simplemente nostalgia de algún instante remotamente feliz.

—No seas tan duro con él, cariño. Ya no puede hacerte daño.

No estaba muy seguro de ello. Probablemente aquello que lo mantenía con vida era la posibilidad de sobrevivir a su único hijo. Si mamá seguía cuidándolo con aquel mimo exagerado y mi cáncer de próstata no se entretenía mucho, tal vez estuviera cercano a conseguirlo.

—Pero te lo sigue haciendo a ti. Vives encerrada entre estas cuatro paredes, esclavizada por su maldita enfermedad. No sales, no te distraes, no te arreglas, no recibes amigas o visitas... Casi es peor que cuando él estaba bien de salud y era un simple amargado que protestaba por todo y renegaba del mundo. Fue un mal policía, un mal marido, un mal padre y ahora está siendo un mal enfermo. Ni siquiera sabrá ser un buen cadáver, y estoy seguro de que encontrará alguna manera de amargarnos desde el cementerio.

—No digas eso, Abel... Quizá no haya sabido ser un buen modelo para ti, pero, a su manera, siempre ha sido un buen hombre.

—Un buen hombre... —repetí maquinalmente como si no pudiera acabar de entender el significado de aquellas palabras—. ¿Y por qué no consigo recordar un solo día en el que fuerais felices?

Mi madre se dejó caer en una silla y hundió su mirada cansada en un programa de televisión donde una pareja de baile había acabado una actuación y esperaba la puntuación de un jurado. En la pantalla apareció una absurda nota con tres decimales y, mientras la bailarina aguantaba estoicamente una sonrisa ofendida, el bailarín no pudo esconder su decepción y su enfado.

—El mundo es injusto y no nos da lo que merecemos —opinó mi madre, quizá a propósito de las imágenes televisivas.

—Estoy trabajando en Lleida con una especie de prima lejana. Ayer me presentó a su abuela Rosa, que ha resultado ser tu cuñada y, por lo tanto, una desconocida tía mía. Mientras escuchaba una historia alucinante sobre disputas familiares, me sentí como en casa. No sabía un carajo de todo aquel melodrama que me estaba contando, pero aquella rabia y aquel resentimiento... Todo aquello me sonó terriblemente familiar.

—¡Rosa, vieja bruja! Ni siquiera sabía que siguiera viva...

—Y a juzgar por el entusiasmo que ponía a sus palabras, yo diría que su

rencor hacia vosotros permanece intacto.

Aquel anuncio de odio parecía haberle interesado. Apartó la mirada de la pantalla y me estudió durante unos instantes con una atención desconocida, como si hubiera detectado algo nuevo en mí. Cogió el mando a distancia de la tele y silenció a una locutora chillona que especulaba sobre aspirantes a no sé qué campeonato. Ante aquel repentino silencio, el rostro de mi padre no sufrió la más mínima alteración.

—Oh, no, cariño, no... Si yo apenas tuve trato con ella... No puede ser odio lo que sienta hacia mí. Aunque quién sabe... Quizá también los sentimientos fermentan y acaban convertidos en un cáncer que nos pudre el alma...

Me senté en otra silla justo al lado de la suya. En lugar de mirarnos al rostro fingimos atender a la muda pantalla del televisor. A lo mejor mi madre tenía razón y mi enfermedad era la putrefacción de toda la rabia, el rencor y los malos pensamientos que había ido acumulando a lo largo de toda una vida.

—Tal vez no fuera odio y se tratara solo de alguna variante de desprecio. Si no la entendí mal, me dijo que decidiste enfrentarte a tu padre por primera vez en la vida para correr al lado de quien sería tu marido, el hombre que iba a hacerte infeliz.

—¿Eso te dijo? —Se detuvo unos cuantos segundos para reflexionar, como si llegar hasta el lugar de la memoria donde tenía guardados aquellos recuerdos requiriera un camino largo y cansado—. Bueno, no creo que a ella le fuera mucho mejor. Yo al menos tenía la excusa de que estaba embarazada de ti, y en aquella época resultaba muy problemático convertirse en una madre soltera —me dedicó una breve sonrisa que no transmitía ni una pizca de felicidad—. Mi padre era un hombre chapado a la antigua... muy chapado a la antigua —y se detuvo un momento, como si de repente se diera cuenta de la redundancia, de que ser padre significa estar chapado a la antigua ante los ojos de sus hijos—, estaba ofuscado por su estricto sentido de la moral y por la religión cristiana, y no supo o no quiso darme el apoyo que yo necesitaba en aquel momento crucial de mi vida. No me quedaron muchas opciones, la verdad. En realidad, tu padre era mi única baza.

Otra pareja de bailarines había saltado a dibujar círculos perfectos en medio de una pista. A pesar de que el volumen estaba apagado, no resultaba difícil imaginar una música agradable, quizá un vals, la pieza perfecta para decorar una vida.

—¿Y te has arrepentido alguna vez?

No respondió de forma inmediata. Tal vez había tenido que pensarlo.

—¿Cómo puede arrepentirse alguien de lo que hizo si resultaba inevitable? ¿Qué quieres que te diga, hijo, que he sido una persona desgraciada? La

felicidad es un sentimiento esponjoso, que se hincha y se deshincha dependiendo de la fuerza con que lo presiones. Yo he vivido una vida más o menos cómoda y he tenido mis momentos. Es mucho más de lo que otros pueden decir.

En la pantalla, la pareja seguía danzando con una precisión acartonada. Las piruetas de los bailarines consiguieron arrancar una sonrisa del rostro de mi madre. Con una sorprendente sincronía, también los labios de mi padre interrumpieron su continuo murmullo para dibujar una mueca parecida a una sonrisa. Tal vez hasta las parejas que se odian acaben pareciéndose.

Me levanté lentamente y, sin hacer ningún otro comentario, arrastré mi cansancio hasta el armario de mi antigua habitación. En una bolsa de viaje y una maleta, fui metiendo camisetas, jerséis, pantalones, calcetines de lana, una manta y dos cazadoras... También unos pocos libros más que dieran calor a las frías noches que me esperaban en Lleida. Tuve que sentarme sobre la maleta para conseguir cerrarla. Cuando obré el prodigio, vi que mamá me había seguido hasta el dormitorio y que me estaba contemplando en silencio.

—¿No vas a quedarte a comer?

Me volví de espaldas para no mirarle a la cara mientras le mentía.

—No puedo, mamá. Tengo trabajo que no puede esperar.

Acabé de cerrar la bolsa y me acerqué a darle un par de besos que me hicieron sentir como un traidor. Cargado con los bultos, caminé hasta la puerta del piso y ella me siguió. Me dejé abrazar ante la puerta del ascensor y noté que mi madre me retenía una fracción de segundo más de lo habitual mientras me susurraba al oído una frase que me pareció enigmática:

—No entregues la vida por nada.

Por no esperar el ascensor, me desprendí de su abrazo y bajé la escalera sin ni siquiera girarme para verla en el rellano, envuelta en su vieja bata y tal vez llorando.

Cargué el equipaje en el Mini y arranqué con ganas de dejarlo todo atrás. Conseguí escabullirme entre los vehículos de una Barcelona sorprendentemente tranquila y salí disparado de nuevo hacia Lleida sin acabar de digerir el sentido de aquella especie de máxima o de amenaza o de consejo, que tal vez pretendía resumir la sabiduría destilada de toda una vida: no entregues la vida por nada.

* * *

Llegué a mi apartamento cargado de bolsas y maletas. La puerta del segundo B se abrió con un chirrido de vieja película de miedo:

—¿Hoy no viene su hija?

—¿Mi hija?

—Sí, esa chica guapa, la policía...

No recuerdo qué excusa le solté antes de cerrar, pero sí recuerdo que me molestó que me atribuyera la paternidad de Azucena, que ni por un momento se le ocurriera pensar que podía ser mi joven amante. Quizá hubiera reconocido en nuestros rostros un cierto aire de familia. Aunque me pareció poco probable.

La abuela me había hecho pensar en mi compañera, que tal vez siguiera trabajando sin concederse un respiro. Abandoné los bultos en el recibidor y salí corriendo a devolverle el coche. Eran las dos y media pasadas. Aposté conmigo a que la sufrida agente Artero seguiría atrapada ante la pantalla de su ordenador y, por supuesto, acerté.

—¡Vaya forma de pasar un domingo! —protestó la chica con una mueca que en otros muchos rostros menos risueños habría podido pasar por una sonrisa.

—Haberte hecho oficinista, prima —repliqué.

—Pues no creas, a mi madre le habría dado una alegría y la habría hecho feliz.

—Un dios sádico puso a las madres en la Tierra con el único fin de recibir disgustos. Ponerle el adjetivo «feliz» al sustantivo «madre» es una audacia a la que jamás se han atrevido ni los poetas más innovadores. Una mujer puede ser madre o puede ser feliz, pero las dos cosas a la vez...

—¡Vaya burrada, sargento! ¿Tan pocas alegrías le has dado a tu madre?

No contesté. No me atreví. A cambio, ordené a mi colega que dejara inmediatamente el ordenador y me siguiera hasta un restaurante cercano para obsequiarnos una comida típicamente leridana. Puesto que el restaurante se llamaba Lo Caragol, pedimos unos caracoles *a la llauna*. Me los preparaba mi madre de pequeño, pero no había vuelto a probarlos desde entonces. Me sentí un chaval mientras hundía la carne del primero en el cuenco de alioli. No pude dejar de sentir un arrebató de agradecimiento cósmico. También nos acompañó una botella de un buen vino de Costers del Segre y un entrecot de ternera que yo apenas pude acabar y que mi compañera dejó casi intacto. Pedimos café y yo, una copa de armañac. Había necesitado todo aquello para superar la opresión en el estómago que me había dejado la visita a casa de mis padres. Tras el primer sorbo de la copa de licor me sentí casi bien.

—¿Por qué vives todavía con tus padres, prima?

Pareció sorprendida por aquel repentino ataque a su intimidad. Desde luego no era propio de mí. Pero no estaba enfadada.

—Vaya, creo que es la primera vez que te interesas por algún asunto de mi vida privada.

—El licor me afloja el sentido común.

—De todas formas, te voy a responder: soy joven y no tengo ninguna relación estable; me quieren y los quiero: ¿dónde voy a estar mejor?

—No sé. En cualquier sitio. A tu edad, nuestra generación solo pensaba en escapar de casa y ser independiente. Nos era igual el dónde y el cómo. Sabíamos que la épica nos esperaba en cualquier lugar del mundo excepto entre las paredes de nuestra habitación, que habíamos forrado con pósteres de cantantes y revolucionarios para recordarnos que la grandeza existía, aunque fuéramos incapaces de reconocerla en nuestro entorno. Lo importante era sentirse libre como individuo y a la vez tener la sensación de participar en un proyecto colectivo.

—En algún momento tuvisteis que descubrir que habíais sido terriblemente injustos con vuestros padres. Además, eso que me cuentas solo le ha pasado a tu generación. Desde siempre los abuelos han compartido retrete con sus hijos y sus nietos. Ahora, la crisis económica está haciendo que las cosas vuelvan a ser como antes y que las diferentes generaciones convivan bajo el mismo techo. A mí no me parece una mala manera de ordenar el mundo.

—¿Para qué cojones necesita un mamífero adulto y razonablemente sano los cuidados de su madre o de su abuela? El sometimiento a los mimos y a las atenciones excesivas nos debilita, nos atonta y nos hace vulnerables.

—¿Tienes miedo de convertirte en un nenaza, sargento? Además, ¿quién te ha mandado a ti salvar la identidad de la especie? Los padres y los hijos se cuidan mutuamente, sin ninguna otra razón que el mutuo afecto.

—Te equivocas, prima —protesté—. En las sociedades antiguas la familia constituía una forma de clan. Pertenecer a una familia te aseguraba protección y distribución de alimento y te ofrecía un modelo de vida sin excesivo conflicto. El precio era contribuir al grupo con tu esfuerzo y tener que cuidar de quienes te habían cuidado. Pero el nuestro es un mundo de individualidades. Hemos abandonado la manada para ser cazadores solitarios. Los padres no pueden proteger a sus retoños de la brutalidad del mundo que hemos construido. Por eso los cuidados y la protección han de comprarse con dinero. Por eso existen los geriátricos y los centros sociales para jubilados y hasta este oficio nuestro. El individuo solvente sale a flote; la masa fagocita al insolvente. Todo tiene un precio. Solo es tuyo lo que puedes pagar o arrebatar a los demás.

—¡Vaya, sargento! No sabía que abanderaras la filosofía de la desesperación. ¿También hay que pagar la compañía?

—¿Pagar la compañía? —Levanté la mirada de las últimas gotas de armañac. Descubrí un apunte de malicia entre mucha simpatía—. ¿Me estás preguntando si voy de putas?

La risa le hizo atragantarse y toser. Liquidó el incidente con un trago de agua y una sonrisa amable. Aquella chica iba a destrozar muchos corazones.

—No espero acceder a tanta intimidad, sargento. Tan solo te estoy preguntando si no te gustaría compartir la vida con alguien.

—He estado casado en dos ocasiones. Dos veces más de las necesarias. Ahora, cuando siento la urgencia de la piel, pago lo que haga falta sin el menor sentimiento de culpa.

De repente trocó la sonrisa por un semblante grave.

—Yo no quiero estar sola.

¿Qué hacía una chica alegre y cargada de esperanzas comiendo un domingo con un perro resabiado y recosido de cicatrices? Se merecía algo mejor que mis consejos de animal apaleado. La frase que esa misma mañana me había susurrado mi madre todavía rebotaba ruidosamente contra las paredes de mi cráneo.

—Si alguna cosa me han enseñado mis dos matrimonios es que despertarse al lado de alguien a quien has dejado de amar es una forma de soledad mucho más agria que la de los tipos que hablan solos por la calle.

—No sé, no sé... Yo creo que la compañía, el cariño y la costumbre llegan allí donde el amor ya ha desaparecido.

—Ni siquiera voy a intentar convencerte de lo contrario, prima. Estas son cosas que a uno le tienen que ir haciendo daño poco a poco. Son sarampiones que uno debe pasar hasta llegar a inmunizarse. Aunque supongo que lo mejor siempre es ahorrárselos...

Para salir del círculo adonde nos había llevado la conversación, pedí a la agente que me pusiera al corriente de los avances de aquella mañana. Tan solo protestó con una leve mirada de reproche. Después me informó de que disponía de una relación de cinco nombres de cazadores que eran propietarios de un vehículo todoterreno que coincidía con los de nuestra lista. La agente me recordó que se trataba de un inventario muy poco fiable. En primer lugar, ella solo había investigado los vehículos que figuraban a nombre de los cazadores de la lista, pero perfectamente podían poseer otros coches a nombre de una empresa, la mujer u otro miembro de la familia. En segundo lugar, el cazador que había dejado aquella huella también podía conducir un vehículo prestado, alquilado o incluso robado. Por último, el neumático que había dejado aquella marca en el barro podía no ser la goma original del coche, la que llevara de serie cuando su primer propietario lo compró. Cualquiera de esas tres eventualidades convertiría en tiempo malgastado todo aquel esfuerzo.

Me levanté de la mesa contento como hacía días que no recordaba. La comida y la charla con la prima Azucena me habían levantado el ánimo. No

dejé que la agente se llevara la mano a la cartera y pagué la cuenta.

—¿Qué es eso que canta? —preguntó Azucena apenas salimos a la calle.

Solo entonces me di cuenta de que, a pesar del frío, estaba canturreando una canción. ¿Cuánto hacía que no me encontraba tan bien?

—Es un fragmento de una ópera.

—Ópera, claro —dijo haciendo un esfuerzo por controlar las náuseas.

—*Hansel y Gretel*, del compositor alemán Engelbert Humperdinck.

—¿Eso no era un cuento de alguno de los hermanos Grimm?

—Por supuesto —le confirmé mientras caminábamos lentamente—. El músico alemán lo convirtió en una ópera que en su momento obtuvo mucho éxito. Es curioso que esa melodía haya acudido a mi cabeza.

—¿Por qué lo encuentra curioso?

—Bueno... será el olfato de viejo policía... pero no creo que esa chica que estamos buscando haya desaparecido por propia voluntad. Parecería lógico pensar que se deshizo del violador de su amiga y se dio a la fuga... Pero toda aquella sangre... Y el vídeo... Algo tuvo que pasar. Alguien la traicionó o la engañó o algo así... Su móvil no ha aparecido, pero ella no ha dado señales de vida a pesar de que han pasado unos cuantos días... Tiene que estar retenida en algún sitio... Por eso tal vez la historia de la ópera de Humperdinck guarde alguna relación con el caso que estamos investigando. En la historia, la bruja captura a los niños, mantiene encerrado a Hansel y lo alimenta para engordarlo, puesto que tiene la intención de comérselo.

—¿No pensará que en nuestro caso también anda metido un caníbal?

—Espero que no. —Se me escapó una risa breve—. Pero me pregunto qué estaba mirando la persona que la filmó desnuda. ¿Por qué grabarla y exhibirla después si puedes disfrutar de su visión en directo?

—Tal vez viera alguna cosa que nosotros somos incapaces de ver.

—Sí, quizá se trate de eso. O tal vez la grabó con la única finalidad de poder recordarla con detalle.

—Comprendo. Si tienes razón, eso querría decir que muy probablemente piensa deshacerse de ella.

Asentí en silencio. Después, seguimos caminando hasta la misma puerta de la comisaría. La detuve justo cuando iba a entrar.

—Bueno, prima, me temo que poco más puedes hacer por ahora. Será mejor que vayas a complacer a tu familia o a ese novio que me ocultas o a quienquiera que necesite tus mimos. Yo dedicaré la tarde a acabar de llamar a los cazadores de la lista.

—Todavía no he conocido al chico que debería estar esperándome. Puedo quedarme a ayudarte.

Había sido una oferta con poca convicción. Mero cumplimiento. Al día siguiente llegaría la orden judicial de intervención del teléfono de María y tal vez averiguaríamos algo sobre el contenido de su ordenador. Todo apuntaba a que volvería a ser un lunes de mucho trajín.

—De ninguna forma. Aprovecha estas pocas horas de descanso. Mañana te quiero fresca y con ganas de rematar este caso. Voy a encontrar a esa chica, Azucena. Sea lo que sea lo que haya hecho o lo que le hayan hecho.

Ni pestañeó. Se despidió con un lánguido «hasta mañana» y la vi dirigirse hacia su Mini de color pistacho. Era demasiado joven y guapa como para perder una tarde de domingo con un tipo como yo.

De las más de doscientas personas con las que hablé por teléfono durante aquel fin de semana, solo una recordaba haber visto alguna cosa rara en una zona próxima al embalse de Santa Ana la mañana del 1 de noviembre. Un tal Pere Pena, un cazador que resultó ser un escritor de quien yo había leído un libro de poemas magnífico, decía haber visto a un tipo que cargaba una pieza grande hasta su coche, un impresionante Mercedes de color blanco. Mi informador imaginó que el cazador había cobrado algún animal prohibido, porque no solo había evitado el contacto directo, sino que además había salido pitando.

No era mucho, desde luego. Pero habría sido peor la sensación de haber tirado el domingo por el retrete sin ni siquiera algo que pudiera ser considerado un avance.

Capítulo 22

Después de llorar durante horas largas y aburridas, María tuvo la sensación de haber agotado sus reservas de lágrimas. Tras tanta agua, se sintió seca. Al incorporarse, se supo relajada. Muy triste, pero tranquila. Los músculos de sus brazos y su abdomen habían dejado de dolerle con aquella punzada casi insoportable. Tan solo le quedaban unas pocas molestias. Ya podía girar la cabeza sin tener la sensación de que la estaban acuchillando por la espalda. La pierna había dejado de arderle y la inflamación había cedido poco a poco. El tacto de la piel estaba recuperando la normalidad. Por fin había podido descansar de verdad. Ahora podía pensar.

Como primera obligación, se impuso reconocer los límites de su cárcel. Al descender por primera vez de la camilla sintió un brote de vértigo. Creyó que iba a marearse, pero se repuso enseguida. A pequeños saltos, apoyándose en la silla de madera y arrastrándola consigo, recorrió la pared, burdamente forrada con placas de un corcho más decorativo que aislante. Alguien que daba sus primeros pasos en el bricolaje había intentado insonorizar aquella sala, tal vez para poder practicar, sin tener que molestar al resto de la familia, con el teclado electrónico que estaba pegado a la pared, cerca de la puerta de entrada. Nadie se había tomado la molestia de colgar algún motivo decorativo en aquellas cuatro paredes, aunque al pasar la mano por la superficie descubrió una chincheta y restos de cinta adhesiva, pruebas de que aquellos muros habían conocido tiempos más alegres.

A duras penas llegó hasta la puerta metálica y tiró de la manija para comprobar que estaba cerrada por fuera. Miró a su alrededor, pero no halló ningún objeto que le sirviera para forzar la cerradura. Era moderna y segura, sin agujero a través del cual echar una ojeada. No admitía forcejeos. Podía golpearla durante el resto de su vida y apenas conseguiría que perdiera aquel brillo insultante. Desde luego, una puerta metálica no era lo más adecuado para conseguir un buen aislamiento ni sonoro ni térmico. Sus gritos necesariamente tenían que llegar a oírse desde el otro lado. Se preguntó si su celda era una dependencia de la casa de su carcelero. Si alguien vivía en ese mismo edificio o venía a visitar a su secuestrador, tarde o temprano tendría que oírla. Pegó la

oreja a la puerta e intentó escuchar algún rumor: la vibración de una risa o la música que escapara de un televisor encendido; quizá el murmullo de una voz... Nada. Un silencio rotundo. Tomó nota mental de que debía mantenerse alerta.

Se fijó en que la ventilación se reducía a un pequeño agujero en uno de los ángulos del techo bloqueado por un extractor que funcionaba cuando la luz estaba encendida. Apagó el interruptor para recuperar un silencio sin fisuras y estudiar las paredes para comprobar si se filtraba algo de luz por algún lado. No logró descubrir ventanas cerradas o cegadas. No notaba corrientes de aire que revelaran ninguna otra abertura. Volvió a encender la luz. O aquello era el sótano de un edificio o un zulo pensado precisamente para encerrar a alguien como ella. Una prisión.

Se le ocurrió preguntarse si era la primera inquilina de aquel agujero o había habido otras desgraciadas que hubieran corrido la misma suerte previamente, pero no pudo descubrir indicios suficientes para darse una respuesta. La chincheta clavada en el corcho, el teclado o los restos de cinta adhesiva eran detalles sin peso suficiente. Podían haber pertenecido a la hija de su carcelero. Aquella podía haber sido su sala de juegos o la habitación para practicar en el piano. Tal vez ella misma solo fuera una proyección de la hija de aquel grillado, algo así como la niña a la que no pudo cuidar y proteger. Quizá mantenerla allí encerrada fuera la mejor forma que tenía aquel loco de sentirse amoroso y protector.

A saltos se acercó al piano eléctrico y se sentó en el taburete situado enfrente. Pasó un dedo por las teclas y descubrió que estaban cubiertas de polvo. Era un teclado Yamaha casi nuevo colocado sobre un trípode metálico. Un cable en espiral lo mantenía conectado a la corriente. Apretó un interruptor lateral y notó una vibración a la vez que un piloto verde se encendía en el extremo izquierdo. Tocó una tecla suavemente y sonó un do de una intensidad que la sobresaltó. Al parecer, el aparato funcionaba perfectamente. Había una partitura cerrada en el atril superpuesto al aparato, medio apoyado en la pared. Leyó la portada: Domenico Scarlatti. Sonata en Fa (Gigha) K78, L 75. No recordaba haber aprendido a tocar nada de Scarlatti. Probó a interpretar unas pocas notas seguidas pero pronto se dio por vencida, apagó el piano y siguió su inspección.

La segunda puerta, de madera y pintada toscamente de blanco, escondía un minúsculo cuarto de baño que incluía una taza limpia y un lavabo diminuto. No tenía ducha ni espejo, tan solo una toalla blanca colgada de una argolla metálica que parecía incrustada en la pared. Sobre el lavabo había un pequeño peine de plástico blanco. María lo cogió para permitirse el coqueteo de

arreglar un poco su maltrecha melena, pero se detuvo al contemplar un largo pelo rubio enroscado entre las púas. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Quién habría sido su propietaria? ¿Qué había sucedido con ella? No llegó a usarlo. Con una mezcla de asco y de miedo, lo depositó suavemente en el mismo lugar donde lo había hallado. Aprovechó para lavarse y refrescarse la cara. La toalla estaba limpia. La utilizó para frotársela por el cuerpo, como si tuviera que arrancarse una costra de suciedad que llevara adherida a la piel.

Al salir de aquel aseo, le alegró saber que a partir de entonces podría hacer sus necesidades de una forma menos degradante y evitar los incómodos efluvios que quedaban pululando por la sala durante mucho rato. Tampoco tendría que agradecer a su carcelero que le vaciara la cuña y se la devolviera limpia.

Un último detalle le llamó la atención. En el techo, una especie de gancho, que quizá en algún otro momento hubiera sostenido alguna lámpara, había sido aplastado hasta perder su curvatura, con lo que ya nada podría colgarse de él. Le pareció algo completamente inútil en una sala donde no sobraba nada.

Cuando llegó de nuevo a la camilla, se dio cuenta de que había acabado la inspección de su nuevo mundo y que en ello apenas había invertido poco más de trece o catorce minutos. Y eso desplazándose con dificultades y entreteniéndose en asearse un poco. Volvió a tumbarse para recuperar las fuerzas. El paseo la había cansado. Desde allí, intentó descubrir algo que pudiera servirle de arma contra su enemigo. Podía destrozar la silla y utilizar una de las patas a modo de garrote. Podía romper la bombilla y emplear el vidrio para segar la yugular de aquel tipo. Podía arrancar el cable del piano o romper a tiras la toalla y unir las para confeccionar una cuerda que pudiera apretar alrededor del cuello de aquel hombre... Todas le parecieron opciones estúpidas, sin posibilidades reales de éxito. Al menos, mientras ella tuviera que arrastrar aquella pierna fracturada, que le impedía moverse con agilidad y rapidez. Aquel tipo era un hombre corpulento y parecía estar en buena forma. Probablemente acudía a machacarse a un gimnasio o practicaba algún deporte. Sin el factor sorpresa, ella no tenía ninguna probabilidad.

Afortunadamente, el dolor físico casi había desaparecido, tan solo quedaban algún pinchazo esporádico y una vaga quemazón y sensación de hormigueo en el pie dañado. Pero la angustia todavía le pudría el ánimo. Puesto que no tenía la referencia de un reloj o de la luz solar, no sabía cuántos días llevaba encerrada en aquella habitación. Sentía como una necesidad primordial salir a la calle y ver el sol o notar la caricia del aire o simplemente el olor de la ciudad, que ahora recordaba como una fragancia embriagadora. Por primera vez se preguntó de verdad qué estaría dispuesta a hacer para recuperar todas

esas cosas aparentemente tan pequeñas, tan insignificantes. No se atrevió a formular una respuesta.

* * *

Cuando Damián abrió la puerta, hacía muchas horas que María tenía la certeza de que ya nunca volvería a ver a un ser humano. Había recuperado la angustia que inspira la certeza del acecho de la muerte. Tal vez la rudeza de su comportamiento había desilusionado a su captor, que finalmente había decidido dejarla abandonada en aquel agujero miserable. O el tal Damián había sufrido un accidente y estaba ingresado en un hospital, sin posibilidad de venir a verla y a traerle algo de comida. O, peor aún, podía estar muerto, y ya nadie llegaría a saber hasta dentro de unos cuantos meses que ella estaba allí encerrada, desgañitándose, arañando una puerta de hierro, agonizando de hambre, de rabia y de aburrimiento. También existía la posibilidad de que el tipo simplemente hubiera encontrado un entretenimiento mejor y la hubiera abandonado como se deja de jugar con un juguete estropeado.

María había dormido durante un lapso indeterminable. Había meditado sobre su nueva situación y había tarareado las canciones que había escuchado durante sus últimos días de libertad. Y también algunas canciones pasadas de moda. Y también canciones muy antiguas. E incluso canciones que ni siquiera sabía que recordaba... También había sentido un hambre terrible. Y había practicado en el piano varias piezas que había conseguido reconstruir a duras penas. Y se había tumbado a dormir de puro aburrimiento. Y había recorrido la sala varias veces arrastrando su pie. Había entrado en el lavabo y había bebido varias veces por el mero placer de sentirse ocupada en alguna actividad. A partir de un determinado momento incluso dejó de oír el reclamo de sus tripas.

Tras despertar sobresaltada de uno de sus sueños, se le ocurrió preguntarse cuánto tiempo tardaría en morir. ¿Cuántos días le costaría a una persona como ella, de su constitución y sin muchas reservas de grasa corporal, morir de hambre? ¿Cómo sería la sensación de ir perdiendo las fuerzas poco a poco y no poder levantarse ni gritar? ¿Cómo serían sus últimos momentos, cuando ya no pudiera ni siquiera pensar con claridad? ¿Cuándo le abandonaría la consciencia de que se estaba consumiendo? ¿Perdería la razón antes del final? ¿Llegaría a sentir verdadero dolor...? Morirte podía ser una putada. Pero darte cuenta de que tus horas se estaban acabando resultaba un castigo mucho peor.

Al oír el sonido de la llave, la invadió una alegría intensa y sincera, pero cuando el hombre de la barba avanzó hacia ella cargando el plato de arroz hervido y un chusco de pan, María gimoteó discretamente e intentó forzar unas lágrimas, aunque apenas consiguió humedecer sus ojos. Se sentía humillada y

hundida. Vencida. Pero sobre todo cansada. De aquel estúpido cautiverio. De la tozuda y monótona uniformidad de la luz eléctrica. Del olor agrio e insano de la habitación. De su desnudez. Del rumor del extractor o de la vibración de las resistencias eléctricas. De la dureza de la mesa donde se tumbaba a descansar. Del hambre, pero también de los platos de arroz. Del agua con sabor metálico de la cantimplora. De la soledad y de su infinito aburrimiento. También de la arrogancia de su carcelero.

El hombre dejó el plato sobre la mesa-camilla, se sentó en la silla y contempló a la chica en silencio. Parecía más serio o reflexivo que en las ocasiones anteriores. Quizá él también se estaba aburriendo de todo aquello.

—¿Pretendes ablandarme con esos ojos húmedos? ¿De verdad crees que, si he llegado hasta aquí, voy a conmoverme por unos estúpidos lloriqueos?

María frotó el dorso de la mano contra sus párpados. Sabía que su dolor y abatimiento podían ser armas de negociación, pero era demasiado orgullosa para mostrarse débil deliberadamente. Se dio cuenta de que su voluntad empezaba a flaquear. Notaba que su capacidad de resistencia volvía a recorrer los límites.

—Estoy harta de todo esto. Quiero salir de aquí. Ver el sol. Comerme un plato de pasta y un buen bistec. Tener un libro para leer...

Damián la miró durante un rato largo antes de hablar.

—Después de estos últimos días ya deberías comprender que nadie va a venir a buscarte. En la prensa ni siquiera hablan de ti. Ya no hay nadie husmeando por el bosque del que te saqué. Nadie ha venido hasta esta casa a preguntar... Te quejas de tu mala suerte, pero todavía no has hecho nada para cambiarla. Todo eso que deseas lo tienes a tu alcance. Pero no has dedicado ni un segundo a encontrar la manera de ganártelo.

—¿Quieres decir que puedo conseguir esas cosas?

María se llevó la mano derecha a la boca inmediatamente después de su pregunta, como sorprendida de haber sido capaz de acompañarla de un brote de ilusión o de esperanza. Buscó la cuchara y el plato de arroz para ocultar su vergüenza.

—Por supuesto, querida. El mundo entero está a tus pies.

El hombre dejó escapar una risita que ella no supo cómo interpretar. Tal vez se estuviera burlando de la tibieza de sus esperanzas. Lo estudió en silencio. María tenía una vaga idea de la naturaleza de ese mundo cuyas puertas no se atrevía a cruzar. Aquel tipo quería jugar y ella era su juguete. Quería ser un dios. Uno de esos dioses rácanos cuyo nombre tienes que buscar en las enciclopedias. ¿Cómo podía conseguir que se sintiera como si lo fuera? Acabó el arroz en cuatro cucharadas y se llenó la boca de pan. Después de beber un

trago de agua, volvió a bajar de la mesa y saltó hasta el taburete situado delante del piano. Apretó el interruptor, intentó concentrarse y dejó que sus dedos acariciaran las teclas. Cinco minutos más tarde había interpretado de manera casi aceptable una de las pocas piezas de Chopin que recordaba de memoria.

Cuando acabó, se volvió temblando hacia el hombre que la había escuchado sin abrir la boca, sentado en la silla. Esperó un veredicto.

—Para ser una aventajada estudiante de música, me has parecido un poco torpe —dijo casi con una sonrisa.

—Hace tiempo que dejé la música. También estoy un poco nerviosa... y cansada —se excusó la chica—. Todavía me duele la espalda y casi todos los músculos. Además, el piano nunca ha sido mi instrumento. Hace tiempo que no toco ninguno...

Damián la miró fijamente, como si hurgara detrás de sus palabras. Después se levantó cansadamente y caminó hasta la puerta. Ella quiso gritarle para retenerlo y estaba a punto de caer de rodillas y empezar a llorar y suplicar cuando advirtió que el hombre se detenía justo en el umbral y giraba la cabeza para mirarla con aspecto grave.

—Mañana tendrás tu ropa.

Y el eco de su voz se confundió con el chirrido de la cerradura.

Capítulo 23

Lunes, 12 de noviembre

El lunes no amaneció. La famosa niebla leridana había llegado y tuve que reconocer que hacía honor a su fama legendaria. La ciudad entera parecía haberse hundido en un mar repentino y los peatones nos movíamos como torpes buceadores, apenas intuyendo los edificios, las calles, los semáforos, los vehículos, el resto de los sonámbulos que circulaban por la ciudad...

En la comisaría, todas las luces encendidas como si trabajáramos en turno de noche, el subinspector Busquet me convocó a su mesa para gruñir con la energía renovada del fin de semana plácidamente pasado en un apartamento de la playa. En la diaria reunión de las once de la mañana, el intendente responsable de la Región Policial de Ponent había puesto sobre la mesa las páginas de diversos diarios con las declaraciones de los padres de la chica secuestrada, donde se acusaba a la policía de inoperancia, incompetencia, irresponsabilidad y alguna otra i. Un periodista aprovechaba la oportunidad para saldar sus propias cuentas con los Mossos d'Esquadra y nos recriminaba tanta vagancia como ineptitud. Al intendente responsable de la comisaría de la zona del Segriá le había faltado tiempo para convocar al inspector responsable para abroncarlo a conciencia, que a su vez había requerido la presencia del subinspector Busquet para reprenderlo con una filípica larga y descarnada y este, por supuesto, me había acorralado junto a su mesa para reprocharme no solo la lenta evolución de la investigación, sino también los recortes en los presupuestos de la comisaría, el aumento de la delincuencia en la ciudad que proclamaban las últimas estadísticas, el exceso de casos no resueltos por el conjunto de los cuerpos de seguridad del Estado, las deficiencias en los protocolos de actuación inmediata de la Interpol y, en general, cualquier asunto policial poco claro.

—Voy a acabar con usted, Claramunt —concluyó, rojo de ira o de un exceso de sol durante el fin de semana.

—Pues podría haberse puesto manos a la obra el pasado viernes, subinspector; así me habría ahorrado todo el curro del sábado y el domingo.

Se dignó a escuchar mi informe sobre los avances que habíamos hecho y

noté en él un mínimo ramalazo de mala conciencia al conocer todas las horas que la agente Artero y yo habíamos invertido en el asunto. Aun así, el muy capullo no se retractó de ninguna de sus palabras, ni siquiera insinuó una disculpa.

Como mínimo pude salir de aquel despacho todavía como responsable de la investigación, que no era poco. Aunque no resultaba complicado deducir que mi situación pendía de un hilo.

—¿Y bien? —preguntó Azucena antes de que llegara hasta mi mesa y antes incluso de ofrecerme el vaso de café.

—La niebla es otra forma de morir.

—No me vengas con frasecitas, sargento. Lo que quiero saber es qué te ha estado gritando el subinspector.

Por su semblante, a la agente Artero le había sentado bien la tarde de descanso. Había estado esperándome en mi mesa con labios sonrientes, aunque con la mirada expectante.

—El jefe me ha pedido que te vigile de cerca, prima. Al parecer, eres el sector conflictivo de esta pareja.

Sonrió con desgana. Ante su atenta mirada, descolgué el teléfono y marqué el número del sargento Benedito, un policía nacional con el que había tratado mucho antes de ingresar en el cuerpo de Mossos d'Esquadra y con el que había trabado una de esas amistades que el tiempo no consigue corroer. Me debía tantos favores que ni siquiera tuve que suplicarle, tan solo me arrancó la promesa de una noche alcohólica de *bourbon* y nostalgias. Muy barato. Yo sentía curiosidad por saber algo más sobre aquel interrogatorio de noviembre de 1967 en el que mi recién descubierto tío Arcadio había sido brutalmente apaleado por la policía franquista. Lo lógico era pensar que todos aquellos informes habían sido destruidos, puesto que comprometían a muchos que después se convertirían en demócratas de toda la vida. Aunque todavía existieran, también era probable que estuvieran redactados a base de mentiras o que estuvieran traspapelados, devorados por las ratas o arrinconados en cualquier archivo y que por lo tanto fueran ilocalizables. Pero no se perdía nada por probar.

Azucena sonrió apenas colgué el auricular.

—Pero ¿ese asunto familiar no era una puerta que debía continuar cerrada? —ironizó mi compañera.

—Cualquier persona con unos mínimos conocimientos sobre higiene sabe que resulta muy conveniente airear la casa de vez en cuando. O quizá sea esta puta niebla, que me sube los niveles de nostalgia en la sangre.

Su sonrisa se agrandó como si hubiera conseguido una victoria. Después, puso ante mis ojos un papel con el membrete del juzgado: la orden para intervenir el teléfono móvil de la chica desaparecida.

—¡A buenas horas! —me quejé—. Supongo que has comprobado que el teléfono sigue fuera de servicio...

Lo había comprobado, por supuesto. Seguir trabajando con ese ejemplo de tesón y de eficiencia iba a resultar agotador.

El tipo de la compañía telefónica con el que hablé parecía dispuesto a poner todos los inconvenientes del mundo hasta que cité el nombre del juez que había firmado la orden. Al parecer, por muy novato que fuera el magistrado, ya se habían topado con él en alguna otra ocasión, porque a partir de entonces todo fueron facilidades. Bendije en silencio la mala hostia del juez, a pesar de que la única vez que lo había tenido delante me había parecido un botijo rechoncho y lleno de mala leche al que ni por asomo era posible que le creciera un amigo. El tipo de la compañía nos prometió que antes del mediodía nos mandarían por correo electrónico toda la información que hubieran recogido sus ordenadores.

Hacia las diez de la mañana, el agente Botargues nos convocó a su pequeño feudo de cables, teclados, pantallas y programas informáticos.

—¡Pan comido, sargento! Le he grabado en un lápiz de memoria todos los documentos e imágenes recientes, la agenda, los mensajes de correo guardados y enviados y las entradas de Facebook, así no hace falta que toquemos más el aparato de la chica. Aquí tiene material para entretenerse un buen rato.

Tenía razón. Inspeccionar concienzudamente todo aquello me iba a ocupar una semana por lo bajo. Decidí optar por una ojeada selectiva y revisé la agenda, que apenas me sirvió para comprobar la escasa vida social de la chica y que, efectivamente, la del 31 de octubre era la primera cita con su profesor. Al menos la primera de la que dejaba constancia. Su actividad en Facebook era más bien escasa y no revelaba ninguna información que pudiera sernos útil, aparte de alguna foto reciente aprovechable y de la curiosidad de que en su reducida lista de amistades no figuraba el nombre de Santiago Laurel. De hecho, resultaba muy curioso que en la lista solo hubiera un nombre masculino, un tal Rafael del Hoyo, del que no teníamos nada en los archivos. No supimos encontrar ninguna cuenta más en otras redes sociales.

Su actividad de correo electrónico también era muy escasa. Algún contacto con compañeras de curso por asuntos académicos y una habitual correspondencia con su amiga Elia, a quien trataba con una delicadeza y un cariño un tanto empalagosos. Desde luego, no parecía la correspondencia de

dos enamoradas, pues en ningún momento se expresaba un clima afectivo de alto octanaje ni, por supuesto, nada que pudiera ser considerado una declaración de amor. Aunque era verdad que María Asunción trataba a su amiga con un cariño conmovedor. «Me aburro sin ti». O «¿Por qué no vienes a pasar la tarde conmigo? Berta no está en casa. Prometo ser buena». O «Estoy preparando un pan de semillas de amapola para ti... Ya verás». Era Elia quien a veces respondía con un sorprendente «Déjame tranquila» o con alguna impertinencia más o menos leve. En cualquier caso, la comunicación era escasa y no resultaba demasiado reveladora. Seguro que las familiaridades que tuvieran que comunicarse se las decían en persona o a través del móvil.

Tanta intimidad consiguió hacerme sentir un poco sucio. A la chica desaparecida no la conocía, y por tanto no me provocaba recelo alguno hurgar en su vida privada, pero había estado hablando con Elia hacía muy poco y no dejaba de visualizar su hermoso rostro mientras figaba entre sus mensajes.

Quizá lo más interesante de aquella cuenta de correo eran los dos únicos mensajes que se habían cruzado María Asunción y su profesor. En el primero, este elogiaba la brillantez de un trabajo presentado por la chica y la citaba a su despacho para comentarlo. Ella aceptaba la entrevista de manera fría y protocolaria. En el segundo, del 29 de octubre, el profesor la trataba con una cordialidad menos protocolaria, quizá un tanto afectuosa. Incluso le sugería la necesidad de continuar la conversación interrumpida. La respuesta de María Asunción era tibia y dejaba entrever una resignada conformidad, pero en ningún momento se llegaba a fijar una hora y un lugar de encuentro. Cabía suponer que habían coincidido en algún rincón de la facultad, habían comentado el trabajo aludido y habían pactado los pormenores de su cita.

Me pregunté si en esa modosa aceptación por parte de la chica latía ya una estrategia de seducción y un plan de venganza fríamente concebido, o era el interés y el apetito del profesor lo que había ido despertando la fiera vengativa de su alumna. Acabé hallando la respuesta en una carpeta llamada «Dossier» y que estuvo a punto de pasarme desapercibida en aquella primera inspección. Contenía todo el material que podía hallarse en la red sobre Santiago Laurel Cifuentes: la lista de sus libros publicados, algunos artículos colgados en la red, la información de su página web personal, un sinfín de fotos individuales o de grupo, una relación de amistades y compañeros de departamento en la universidad, un documento con abundante información sobre su exesposa, un PDF informativo sobre las características de los Audi A3, etc. Un verdadero trabajo de documentación sobre quién era Santiago Laurel, cómo había vivido hasta entonces, sus gustos y cómo vivía en aquellos momentos. Desde luego, no podía negarse que la chica era concienzuda. Le mostré a mi compañera

todo aquel material y la vi torcer el labio en un gesto de desagrado. Estaba claro que la prefería de víctima y no tanto como furia vengadora.

Mientras yo seguía curioseando entre las intimidades informáticas de nuestra desaparecida, Azucena se había ocupado de recabar información sobre el tal Rafael del Hoyo. Las imágenes de Facebook e Instagramlo mostraban como un joven esmirriado y debilucho, de cara aniñada y gafas metálicas y redondas que parecían ofrecerlo como víctima propiciatoria para cualquier aprendiz de abusón. Estudiaba Historia y presumía de entendido en cine. Eso era todo. Calculé que no me llevaría mucho tiempo hacerle una visita en la misma facultad.

Dejé a Azucena revisando documentos y me fui caminando hasta el edificio del antiguo seminario, donde se imparten la mayor parte de los estudios de humanidades. Lo hice, en parte, para experimentar la sensación de caminar entre la espesura de la niebla. Catorce minutos exactos, el tiempo de estirar las piernas. Me costó poco localizar al amigo de María Asunción sentado a la mesa de uno de los bares cercanos al edificio universitario. Tenía ante él una taza de café cuyas últimas gotas se habían ya secado y, a juzgar por el título del libro que mantenía cerrado entre las manos, parecía sumido en profundas meditaciones sobre la economía española del siglo xix. Me senté frente a él sin pedir permiso.

—Tú eres Rafael, ¿verdad?

Su sobresalto resultó desproporcionado. Aunque me parecía no haber mostrado mi perfil más agresivo, creí ver asomar el miedo en los ojos del chaval, que asintió con poca convicción, aplastado contra el respaldo de su silla.

Abrí mi cartera para que echara una ojeada a mi identificación, mientras con la otra mano reclamaba la atención del camarero y pedía dos cafés. Noté que le temblaba el labio superior mientras yo guardaba mi cartera y me entretenía unos segundos en estudiarlo. Dejé pasar un buen rato antes de hablar:

—Estoy buscando a una amiga tuya: María Asunción Burgués.

Dejó escapar una especie de suspiro leve. Sin duda el chico tenía algún secreto que ocultar, aunque probablemente nada que tuviera que ver con la persona que a mí me interesaba.

—¿María? ¿María Burgués? ¿Qué le ha pasado?

Era perceptible el toque justo de ansiedad en su voz.

—He venido a hacerte unas preguntas, no a contestarlas. ¿La has visto últimamente?

Negó con la cabeza. El miedo había sido sustituido por la curiosidad.

—¿Por qué viene a preguntarme a mí?

—¿Y por qué no? Tú eres el único varón de su lista de amigos en Facebook y quiero saber qué relación tenéis.

—¿No hay más chicos en esa lista? —pareció alegrarse.

—¿Quieres dejar de hacer preguntas? Tal vez prefieras que vayamos a comisaría.

No sé qué pensaba que sucedía con la gente que cruza el umbral de una comisaría, pero la amenaza devolvió el terror a su cara. El camarero llegó para dejar dos cafés en la mesa y recoger la taza vacía.

—Simplemente somos amigos.

—¿Qué clase de amigos? ¿De los que se mandan mensajitos con el móvil o de los que quedan para ir al cine?

—Bueno, supongo que las dos cosas. A los dos nos va el cine, ¿sabe? Algún miércoles, cuando ella ha acabado la sesión de natación, hemos quedado para comernos un bocata e ir a ver algún estreno...

—Yo diría que eso es ser bastante amigos. El pasado 31 de octubre era miércoles. ¿Fuiste tú quien pasó a recogerla por su piso a eso de las cinco y media?

Rebuscó en su memoria durante unos segundos.

—¡Oh, no! No era día para ir al cine, era la Noche de Difuntos y la Castañada, y todo el mundo celebraba fiestas por toda la ciudad.

—¿A cuál fuiste tú?

—Bueno... a mí no me entusiasman las reuniones sociales para bailar y hacer ruido, así que me quedé en casa leyendo...

—¿Qué ocurre, no te gustan las fiestas? ¿O es que no te invitaron a ninguna? ¿Puede alguien confirmar que estuviste encerrado en tu habitación?

El chico había empezado a sudar. Casi tuvo el impulso de apiadarme.

—Vivo con mis padres —pronunció con una voz temblona—. Ellos también estaban en casa. Llamé a María este miércoles pasado para ir a ver un documental sobre los campos de refugiados en el mundo... A ella le gustan mucho estas cosas... Pero no me contestó ni me devolvió la llamada.

—¿Suele actuar así?

—Ni de coña. Es de las que siempre devuelven las llamadas. Le he mandado unos cuantos WhatsApp y tres o cuatro *e-mails*, pero nada. Pensaba que se había cansado de verme.

Sus palabras fluctuaron entre la intriga y la esperanza. De repente intuía una justificación menos humillante al hecho de que su amiga no le hubiera devuelto sus llamadas. Sin duda, la chica le gustaba. Tal vez por eso medía exageradamente sus palabras, para evitar decir alguna cosa que pudiera perjudicarla. Cabía la posibilidad de que estuviera fingiendo, pero habría sido

necesario ser muy buen actor.

—Te gusta la chica, ¿verdad?

Enrojeció como si de golpe le hubieran arrojado a la cara un baño de sangre.

—Es mi amiga.

—¿Habéis estado juntos alguna vez?

Su rojez casi adquirió un tono fosforescente.

—¿Se refiere a...? Bueno... alguna vez me ha invitado a su piso.

—Sé claro. ¿Te has acostado con ella?

No hizo falta que me contestara. La confusión que evidenciaba su cara resultaba casi tan reveladora como una afirmación. Saqué mi libreta, le pasé un bolígrafo y le pedí que escribiera su número de teléfono.

—Tal vez todavía tenga que hacerte alguna pregunta.

Me salió un tono que pareció una amenaza, aunque no pretendía serlo. Cuando me levanté, el chico todavía temblaba y no había tocado su taza de café.

—Me estoy muriendo, chaval —me oí decirle—. Me han encontrado un tumor que me va a llevar a la tumba, seguramente muy pronto. Pero antes voy a encontrar a tu amiga. Aunque, si quieres que te dé mi opinión, creo que tienes muy pocas posibilidades con ella.

No sé por qué le había dicho todo aquello. Yo no iba por la vida confesando mis intimidades y dando asesoramiento amoroso a jóvenes desgraciados... Desde luego, no era el tipo de licencias que yo solía permitirme. Pero cuando volví a pisar la calle, la niebla casi me pareció acogedora. Me sentía razonablemente bien. Aquella era la primera vez que le confesaba a alguien, aunque fuera un absoluto desconocido, que iba paseando un cáncer. Verbalizarlo había sido como sacarme un peso de encima.

De camino a la comisaría, reflexioné sobre el aire de fragilidad que transmitía aquel aprendiz de historiador. Tal vez fuera eso lo que excitaba a María Asunción, la sensación de poder y de dominio. Pensé en los brazos poderosos de la nadadora y en la endebles del tal Rafael. Recordé la dulzura extrema de la voz de Elia. Me vino a la mente la fuerza agreste del padre de María Asunción, su entereza, su aguante. Pero también visualicé los lloros infinitos de su madre. Mi padre y mi madre. Azucena y yo mismo. Los polos opuestos se atraen. A veces las relaciones personales reúnen fuerzas desproporcionadas.

Llegué a mi mesa de trabajo con las manos heladas. La maldita niebla te humedecía hasta el cerebro. Dudé que llegara a acostumbrarme a aquella blanca oscuridad y a aquel frío. Necesité unos cuantos tragos de café para

conseguir borrar de mi mente los pensamientos que había venido arrastrando desde la facultad de Historia.

—¿Le has sacado algo al amigo? —se interesó mi compañera.

—Me temo que he perdido el tiempo, prima. ¿Tú tienes algo?

Azucena puso ante mis ojos cuatro páginas que acababa de sacar de la impresora. Era el prometido mensaje de la compañía telefónica. Contenía dos documentos diferentes, uno para el móvil de Santiago Laurel y otro para el de María Asunción Burgués. En ambos se detallaba no solo una relación de llamadas, sino también de localizaciones. Los números de teléfono más frecuentes resultaron ser muy variados en el caso del profesor y muy repetitivos en el de María: sus padres, su compañera de piso y, por supuesto, Elia, cuyo número protagonizaba la mayor cantidad de llamadas, algunas de ellas de una duración que a mí casi me pareció enfermiza. Una de ellas había ocupado una hora y dieciséis minutos. Sin embargo, una sola llamada de tan solo treinta y ocho segundos ponía en relación a María Asunción con Santiago Laurel.

El documento adjuntaba también dos listas de localizaciones, que situaban los teléfonos, la tarde del 31 de octubre, cerca de un repetidor ubicado en las afueras de Alfarràs, el más cercano al bosque donde se halló el Audi accidentado. Allí se perdía definitivamente la señal, tanto del uno como del otro. Lo curioso era que, pese a lo rigurosa que había sido la búsqueda, no habíamos encontrado el teléfono móvil de María Asunción que, igual que ella, parecía haberse volatilizado. Se me ocurrían varias posibilidades. La primera: que el aparato hubiera resultado destruido en el accidente; pero entonces, ¿por qué no lo habíamos encontrado, aunque hubiera estado hecho añicos? ¿Para qué iba a entretenerse en recogerlo una chica que se había golpeado brutalmente en la caída y que, a juzgar por la cantidad de sangre, sin duda estaba gravemente herida? Tal vez ella lo hubiera recogido en su huida con la idea de no dejar pruebas que la situaran en el coche. O simplemente se le había mojado con la lluvia y había dejado de funcionar. Segunda posibilidad: que sencillamente lo mantuviera apagado o sin la batería para que la policía no pudiera rastrearlo, lo que significaba que se estaba escondiendo; aunque, si pensaba huir, también existía la posibilidad de que se hubiera deshecho de él de forma voluntaria. Tercera hipótesis: que lo hubiera recogido la misma persona que la había ayudado a salir del vehículo accidentado. Este me pareció el supuesto más plausible. Si esa persona mantenía el teléfono apagado o no se había molestado en cargar la batería y conectarlo o había preferido no arreglarlo... solo se me ocurría que era porque no deseaba que los encontrasen. Cabía la posibilidad de que se tratara de dos cómplices que habían

decidido disfrutar de un retiro voluntario. Pero resultaba difícil de creer que ni su amiga Elia estuviera al corriente de sus planes. Mi olfato me decía que si el móvil permanecía en silencio era porque ese desconocido o desconocida lo mantenía apartado de las manos de María Asunción. Tal vez lo conservara como trofeo o por algún otro motivo que todavía no conseguíamos entender. En cualquier caso, la línea estaba pinchada: si alguien lo encendía, el programa de localización que controlaba Botargues se iluminaría como una hoguera de San Juan.

Después de comer, la niebla se había levantado y se había hecho la luz. Como mi compañera había pronosticado días atrás, aquel sol frío de noviembre parecía un regalo del cielo.

—¿Y ahora qué? —me interrogó la agente Artero.

Hacía rato que yo me hacía la misma pregunta. La verdad era que no teníamos muchas opciones. A mi correo electrónico había llegado un breve informe que confirmaba que en el contenido de la petaca hallada dentro del Audi del profesor Laurel había una concentración alta de las drogas requisadas en el piso de estudiantes de las chicas.

—Solo nos queda tu lista de cazadores que conducen todoterrenos que cuestan un ojo de la cara. Daremos crédito a nuestro informador y empezaremos por buscar entre los vehículos de color blanco.

—Así sea.

Pusimos manos a la obra y, una vez hubimos cruzado los datos, el resultado fue tan solo de dos nombres. Dedicamos la mitad de la tarde a documentarnos sobre ellos: antecedentes, multas, datos personales y profesionales, posesiones, teléfonos, presencia en la red... Una vez completados los dos expedientes, aún nos dio tiempo para hacer una primera visita.

Nuestro primer candidato, Jesús Javier Albendea, propietario de un espectacular Mercedes Clase R de apenas un año, era un constructor de cincuenta y nueve años que vivía en la localidad de Rosselló, a catorce kilómetros de Lleida, en un ostentoso chalé con trescientos o cuatrocientos metros cuadrados de zona ajardinada. El sábado ya había mantenido con él una breve y un tanto áspera conversación telefónica. Me había informado de que, aunque la mañana del jueves 1 de noviembre había estado cazando por los bosques cercanos a Alfarràs, no recordaba haber observado nada fuera de lo habitual: mucho barro, algún que otro cazador, pocas perdices... En su expediente brillaba con luz propia una condena por estafa de hacía tres años. Al parecer, la promoción de apartamentos de superlujo que había vendido a unos incautos había acabado siendo una chapuza de ínfima calidad que había desembocado en

una lluvia de quejas administrativas. La cosa no habría pasado de ahí a no ser porque uno de los afectados era la hermana pequeña de un juez, que decidió por una vez hacer justicia. A pesar de la multa y la condena, al tipo no parecía irle nada mal de todos modos.

Según nuestro informe, no tenía esposa, pero una joven de aspecto nórdico lo esperaba, solícita, para compartir con él una aburrida sesión televisiva. Estuvimos un buen rato observando el edificio desde fuera sin que nada raro nos llamase la atención. El constructor, un tipo regordete y más bien bajo, de aspecto tosco, sacó a pasear a su perro, un fox terrier blanco y pardo de concurso canino, y hasta recogió educadamente la mierda del chuchó. Eran las nueve de la noche cuando nos recibió con un tercio de curiosidad y dos de mala hostia. Se quejó de que volviéramos a molestarlo, habló de acoso, acusó a todas las fuerzas del orden de represoras y fascistas y amenazó con llamar a un abogado y a un primo que no sé qué cargo tenía en no sé dónde. Cuando se hubo calmado un poco, respondió lacónicamente a nuestras preguntas. Como coartada para la tarde-noche del 31 de octubre nos ofreció a la nórdica escultural, confirmó que su sesión de caza había sido bastante frustrante y casi nos echó a patadas.

Sentados de nuevo en el coche, camino de comisaría, Azucena y yo coincidimos: cualquiera que sintiera una mínima sensación de culpabilidad nos habría tratado con mayor delicadeza. Aun así, quedó pendiente para el día siguiente investigar un poco más sobre el sujeto. Cuando decidí que también el otro candidato a secuestrador debería esperar hasta el día siguiente, mi compañera ni siquiera protestó.

Capítulo 24

¿Cuántos días habrían pasado desde que Damián la rescatara del Audi inundado? Muchos, seguro. Le dolía no ser capaz de calcularlo. Probablemente más de una semana. Tal vez incluso dos. Nunca se le habría ocurrido que perder la consciencia del paso del tiempo pudiera representar una tortura tan cruel. Desde que su carcelero le había concedido el privilegio de vestirse con una falda escocesa que le iba un poco grande, un polo granate de manga corta y calcetines de colegio de monjas, sin ropa interior pero con una chaqueta de lana que solo utilizaba para cubrirse cuando se tumbaba a dormir, tenía que reconocer que su situación había mejorado mucho. Había dejado atrás la sensación constante de estar siendo humillada. Sin embargo, todavía se sentía débil y la exasperaba saberse completamente dependiente de la caridad o los intereses de su guardián. Tal vez pudiera pedirle un reloj para contar los días que duraba aquel encierro. Pensó que poder contar el tiempo quizá le permitiera no volverse loca.

La mejora también se había notado en el dolor de su pie, que había remitido hasta convertirse en un tenue cosquilleo. Tan solo era consciente de su lesión en los momentos de descuido en que ponía el pie en el suelo y apoyaba en él parte de su peso. Hasta la comida había mejorado un poco. Alguna pieza de fruta, lechuga, galletas, macarrones hervidos sin ninguna salsa... Desde luego, su carcelero no aspiraba a ninguna estrella Michelin, pero cada vez que se abría la puerta del sótano le traía alguna cosa diferente, en la que ella descubría la intensidad de un sabor que días antes ni siquiera habría podido imaginar. Le daba rabia no poder controlar aquel apetito, pero su cuerpo luchaba por recuperarse y necesitaba hacer acopio de energías. Por mucho que intentara dominar sus ansias, siempre acababa cediendo a la tentación de disfrutar de cada sabor, por simple que fuera. Después de todo, comer era casi el único placer que allí dentro podía permitirse.

Aunque las visitas de Damián no seguían una cadencia muy regular, María decidió utilizarlas para contar el paso de los días. Dos comidas al día, una por la mañana y otra por la tarde. Utilizando ese baremo tan impreciso, no habrían

pasado menos de ocho o nueve días, más el tiempo que hubiera estado inconsciente. Era imposible que no hablaran de ella en la prensa local. Alguien tenía que haber notado su ausencia y haber dado la alarma. Seguro que Berta, su compañera de piso, o Ainoa, su amiga del pueblo, habría llamado a la policía. Sin duda, sus padres estarían removiendo cielo y tierra para encontrarla. En cambio, Elia sufriría en silencio. Y en el caso de que nadie la hubiera echado en falta todavía, al menos sí estarían buscando al profesor. Sus alumnos, sus amigos o quien se ocupara de estas cosas en la universidad se habrían puesto en contacto con los Mossos d'Esquadra. Quizá estos llevaran una investigación discreta y hubieran evitado que la noticia saltara a la prensa y a las televisiones para no estropear alguna pista. Tenían que estar buscándola, seguro. Por otra parte, las palabras de Damián sobre la levedad de la huella que dejamos tras nosotros entre la gente que nos rodea habían acabado de inquietarla. Quizá su guardián le hubiera mentido para que perdiera toda esperanza de ser salvada. Aunque la verdad era que ya le quedaba poca que perder.

Lo que calculaba ella que eran las mañanas, las invertía en recuperar sus ya casi olvidados ejercicios de piano y en desempolvar de la memoria las piezas que había aprendido tiempo atrás. La partitura de Scarlatti le parecía difícil, pero disponía de un tiempo inacabable para ensayarla. Insistía una y otra vez hasta aburrirse, hasta que los dedos le dolían, hasta que un cansancio inexplicable la vencía y se tumbaba de nuevo en la mesa-camilla a recuperar las fuerzas. Después volvía a empezar. Entre un intento y el siguiente, aprovechaba para imaginar sofisticadas formas de escapar: un túnel excavado bajo el linóleo con tenedores de plástico, una trampa en el suelo para capturar a su captor, la escenificación de un ataque de epilepsia que obligara a su carcelero a llevarla a un hospital... Después, probablemente por la noche, cuando Damián le traía la cena y se sentaba en la silla, ella encendía el teclado electrónico y

se esforzaba en ejecutar correctamente las piezas practicadas. Él siempre la escuchaba en silencio y se limitaba a aplaudir o a fruncir el ceño, y al día siguiente la obsequiaba con alguna mejora en el menú o la castigaba con una recaída en los insulsos platos de arroz hervido.

—¡Por Dios —protestaba ella en estas ocasiones—, es imposible que tanto arroz pueda ser saludable!

—Vaya, ¿ahora eres dietista? A base de arroz, la China se ha convertido en la primera economía mundial.

Sentada en el suelo y apoyada en la pared, aquel día María simuló impacientarse.

—Yo no aspiro a tanto, Damián. Me bastaría con tener un colchón donde dormir un poco más cómoda.

El hombre sonrió y esa sonrisa hizo que la chica se diera cuenta de que acababa de pronunciar el nombre de su carcelero en un tono de absoluta normalidad. Unos días atrás le habría parecido una traición, pero ahora ya le importaba muy poco.

—Hay monjes, en algunos monasterios, que duermen toda su vida sobre el suelo o sobre un camastro mucho más incómodo que esa camilla.

—Puede ser. Pero a ellos no les duele tanto, porque tienen un dios a quien ofrecer todo ese sufrimiento.

—¿Tú no crees en dios?

—Me gustaría. Desde luego estoy sufriendo penas de sobra para dedicárselas. También estoy pensando en dirigirle unas oraciones muy sentidas, lo que como mínimo servirá para sentirme menos sola.

—¿Nunca habías estado sola?

María tuvo que detenerse a pensar.

—No así.

—La soledad no es tan mala cosa. Todos tenemos que enfrentarnos a ella en algún momento de nuestra vida. Creo que fue Nietzsche quien dijo que la valía de una persona se mide por la cantidad de soledad que es capaz de soportar.

—Nietzsche se hizo famoso por decir ese tipo de chorradas. Es estúpido y cruel utilizar la desgracia como baremo para evaluar a la gente. ¿De verdad crees que estar solo puede hacer de alguien una persona mejor?

—Supongo que te endurece y te insensibiliza ante el dolor, pero desde luego no te convierte en alguien mejor

—reconoció el hombre evitando mirarla a los ojos—. Desde que perdí a mi familia he vivido prácticamente como un ermitaño. Salvo las horas que dedico a mi trabajo, vivo en un piso en la ciudad, pero a veces vuelvo a esta casa para sentirme más solo y para estar rodeado de unos pocos recuerdos que únicamente sirven para atormentarme. Ha dejado de gustarme la gente y por eso procuro mantenerla a distancia. Desde luego, vivir alejado del mundo no me ha convertido en un tipo encantador.

—¿Por eso estoy yo aquí? —preguntó una María repentinamente interesada. Observó que el hombre no acertaba a encontrar una respuesta y optó por continuar—. ¿Para tener a alguien de quien cuidar? ¿Para sentirte un tipo imprescindible? ¿Para evitar llegar a una casa vacía en la que nadie te tiene preparado un plato de sopa?

—Bueno —dudó un instante—, todavía estoy intentando descubrir si haber intervenido en el curso de tu vida ha valido la pena o debería haber dejado que

se cumpliera tu destino. Aunque puede ser que sí, que se trate de algo parecido a lo que dices. Siempre es bueno tener a alguien de quien ocuparse, porque nos hace sentir importantes y da sentido a nuestro paso por el mundo. Somos seres sociales, todos necesitamos a alguien. Incluso un misántropo como yo. Ya ves que tú no eres la única persona que se siente sola.

—¡Joder, podrías haberte comprado un periquito o un caniche como hace la mayoría de la gente normal que se siente sola!

—No se me había ocurrido, pero es cierto que podría sustituirte por un lindo gatito —respondió Damián tras una breve risa—. El problema es que yo no aspiro a ser un tipo normal.

Sí, María sabía que no era un hombre corriente. En sus ojos latía un temblor diferente. Una especie de abismo que tal vez hubiera abierto el dolor. En aquel cristalino azul, no lucía un fragmento de cielo, sino una profundidad oceánica: incertidumbre, angustia, soledad... Aunque quizá tampoco fuera tan diferente a todos aquellos hombres que había conocido. Su padre siempre había intentado sojuzgarla. Sus profesores exigían disciplina. Su único novio había intentado cambiarla y cortarla a su medida... Tal vez no fuera tan diferente. ¿Y si cedía? ¿Y si se entregaba a él? ¿Y si conseguía que se confiara, que relajara la vigilancia?

Aquella tarde, cuando María se decidió a tocar los primeros compases de la partitura de Domenico Scarlatti, Damián la sorprendió con una reacción airada y casi violenta.

—Esa no, por favor.

—Es la única que me he preparado —se quejó. Le había costado muchas horas de práctica conseguir que sonara razonablemente bien.

—Esa está prohibida.

—¿Por qué?

—Está prohibida.

Se levantó de su silla, se acercó al teclado y arrancó la partitura del atril con un gesto violento. María lo miró con rabia.

—¿Quién la tocaba? ¿Tu mujer? ¿Tu hija?

—Eso no te incumbe —protestó Damián con un gesto de enfado—. Toca cualquier otra cosa.

Puesto que el hombre se había sentado de nuevo, María volvió a encararse al piano y probó suerte con una romanza que recordaba vagamente de sus antiguas clases. El resultado fue poco menos que un desastre. Se equivocó varias veces y volvió a empezar, pero Damián, que parecía ausente, ni siquiera protestó. Se levantó antes de que la pieza acabara y se fue cabizbajo, sin ni siquiera una despedida. Ella dejó de tocar y se sintió invadida por una intensa

sensación de pena. Por el asco de mundo que habitaba y por aquella situación absurda en la que se había metido. Pero también por aquel infeliz en cuyas manos había ido a caer.

Al día siguiente, Damián se presentó de nuevo con un plato de arroz hervido y un pedazo de pan. Ella no protestó, pero lo recibió ceñuda y en silencio, ni siquiera le dirigió la mirada. Cuando acabó su arroz, se tumbó de nuevo en la camilla y cerró los ojos. Tras dos o tres minutos de silencio, escuchó cómo las pisadas que tan bien conocía se dirigían a la puerta. Oyó el chirrido de los goznes y el giro de la llave. Solo entonces abrió de nuevo los párpados e intentó imaginarse de verdad el futuro que le esperaba. Soledad y platos de arroz. Aburrimiento y tristeza inacabable. Hasta que aquel tipo se cansara de ella. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para que su vida dejara de ser aquella porquería? ¿Qué podía ofrecer una chica como ella para conseguir al menos una comida apetitosa o un paseo por el jardín o una buena novela que aireara su cerebro en aquellas horas interminables, en las que se dedicaba a esperar y a la vez a temer la llegada de su secuestrador?

Probablemente fue una noche cuando María tocó a Damián por vez primera. En cuanto acabó con la insulsa ensalada de lechuga y tomate que le había traído, la chica pegó su cuerpo al de su carcelero e hizo que su dedo índice le sellara la boca. Después lo hizo descender lentamente por la barba, por su cuello, recorrió su hombro derecho a través de la camisa, bajó por su torso y unos abdominales todavía en forma hasta detenerse sobre la bragueta de los pantalones tejanos.

—Necesito ver el sol —dijo ella mientras notaba que aumentaba el volumen bajo los pantalones.

Damián apartó de un golpe seco la mano de la chica. De repente, había perdido todo el buen humor con el que había llegado.

—No entiendes nada, chica tonta. No bajo aquí dos veces al día para comerciar contigo. Si quiero una puta me resulta más cómodo y barato llamar a alguno de los teléfonos que salen en las páginas de contactos de cualquier periódico.

—¿Y cómo voy a saber qué mierda quieres? —gritó ella, de repente enloquecida por el cansancio y por la demostración de debilidad.

Damián la miró con lástima y le respondió despacio, con una voz apagada, casi un susurro:

—No quiero un sacrificio. Quiero sed, necesidad... Quiero que me ruegues que te deje tocarme. Quiero que supliques para que te toque. Quiero ver en tu rostro urgencia y hambre sincera...

—Eres un puto chalado. ¿Quién elige una manera tan retorcida de buscar el

amor? —le escupió a la cara con los ojos encendidos.

Cuando Damián se marchó dando un portazo, María seguía perpleja y enfadada junto a la camilla. Lloró desconsoladamente durante mucho rato. Se secó las lágrimas y volvió a llorar. Gritó, pidió socorro e inventó formas de maldecir. Pensó en el pelo largo y rubio que había encontrado enroscado entre las púas del peine del lavabo. Durante muchas horas, espió la puerta metálica con auténtico miedo. Nadie la abrió. El hambre volvió a devorarla, pero el verdadero motivo de angustia fue madurar durante un tiempo interminable la posibilidad de que Damián se hubiera cabreado definitivamente con ella y que la hubiera abandonado en aquella triste habitación. De nuevo se vio muriendo de hambre, de pena, de orgullo, de aburrimento, de soledad. Se imaginó desgarrándose las uñas y las yemas de los dedos contra la puerta metálica. Le dio una pereza terrible volver a convivir con la certidumbre de estar a punto de morir. Por eso sintió que ya había empezado a pudrirse lentamente.

La despertó el chirrido de la puerta al abrirse y casi saltó de la mesa y arrastró su pierna dañada para tumbarse a los pies de su carcelero y llorar desesperadamente y pedirle entre hipidos que no la dejara, que haría todo lo que él quisiera, que sería una sirvienta fiel, una feligresa devota, una compañera comprensiva, una madre tolerante, una cocinera sacrificada, una amante apasionada... todo, lo sería todo, absolutamente todo, lo que él quisiera, lo que él necesitara... «pero por favor no me dejes, no te vayas, Damián, te necesito aquí, a mi lado, no quiero estar sola, no quiero quedarme encerrada en esta habitación sin aire, sin luz natural, sin nada».

Dos horas más tarde, Damián volvía a cruzar la puerta metálica cargado con una cesta que contenía una botella de vino del Priorat, una tarrina de fuagrás, unas lonchas de jamón, diversos tipos de quesos y una barra de pan. El hombre extendió un mantel de papel blanco sobre la camilla y se sentaron en la silla y el taburete, uno frente al otro. Comieron y bebieron despacio y en silencio. De vez en cuando, ella levantaba de la mesa unos ojos agradecidos. Sintió la enorme satisfacción de volver a sonreír.

Después, Damián salió un momento y regresó cargando un colchón y un juego de sábanas. Acomodaron el colchón en el centro de la sala y prepararon la cama sin dirigirse la palabra.

—Querría que la luz estuviera apagada —dijo ella sin bajar la mirada.

Él dudó unos segundos antes de asentir. Caminó unos pasos hasta el interruptor y apagó la luz. Las resistencias de la estufa iluminaron tenuemente sus pasos de regreso.

Capítulo 25

Martes, 13 de noviembre

Andreu Figueredo, nuestro segundo candidato en la lista de cazadores sospechosos, era el propietario de un Audi Q5 comprado dos años atrás. Era un médico especialista en pediatría que trabajaba en el hospital Arnau de Vilanova de Lleida y por las tardes pasaba consulta privada en un piso de la Rambla de Aragón. Estaba casado y tenía dos hijos, a los que solo debía de ver en la cama, cuando volvía a casa tras acabar con todo el papeleo de un consultorio saludablemente concurrido. El tipo se debía de estar haciendo de oro, y más teniendo en cuenta que vivía en un piso humilde del barrio de Pardinyes. A juzgar por lo que nos dijeron todos aquellos a quienes preguntamos, resultaba improbable que aquel sujeto estuviera reteniendo a nadie en ningún sitio con los horarios pakistaníes que gastaba.

Lo abordamos a primera hora de la mañana, justo antes de que empezaran a desfilar sus pacientes por el cubículo del hospital. Tenía un aspecto frágil y enfermizo y una piel muy blanca, lo que le otorgaba el perfil idóneo para despertar las ansias dominantes de María Asunción. Su pelo, era lacio y escaso y sus ojos ofrecían una mirada cansada. Parecía no haber roto un plato en su vida, pero se retorció de nervios en su silla en cuanto supo que la Policía estaba interesada en sus actividades. Para ser un tipo acostumbrado a tratar con críos, no parecía tener mucho aguante. Decía haber pasado consulta el 31 por la tarde hasta las nueve de la noche y haber regresado a casa hacia las once. Disponía de una lista de pacientes, la recepcionista de su consultorio privado y una esposa cabreada para atestiguarlo. Al día siguiente no había salido a cazar. Aunque fuera fiesta y desfogarse a costa de las pobres perdices supusiera una de sus pocas distracciones, él solo desempolvaba la escopeta en contados domingos. Aquel jueves festivo lo había dedicado a un lujo inhabitual: ver corretear por el piso a sus pequeños y aburrirse largamente sobre el sofá del salón.

—Me huele mal —opinó la agente en cuanto cerramos la puerta de la consulta.

Más que la pediatría, aquel hechicero debía de ejercer los exorcismos a

juzgar por la larga cola de criajos que se retorcían como endemoniados ante su puerta. Ni por un momento se me ocurrió sospechar de aquel desgraciado; que le aprovecharan su título universitario, su cuenta bancaria y su coche de señorito. Lo compadecí. Mi compañera esperó hasta llegar a la cafetería, conseguir un café y un carajillo de Anís del Mono y sentarnos en una mesa apartada para explicar el porqué de sus picores nasales:

—¿Te has dado cuenta, jefe, de que a ese matasanos se lo veía inseguro en cada respuesta? Dudaba, temblaba... Si hasta ha estado a punto de contradecirse... A poco que le hubiéramos apretado las tuercas, tendríamos que haber echado mano del desfibrilador.

—Bueno, ese es el efecto que los policías producimos la mayoría de las veces, prima. Incluso entre la gente inocente. Tendrás que ir acostumbrándote.

—Su coartada del domingo es una birria —añadió, casi enfadada—. Su mujer, los niños y su sofá... Con eso no te descarta un jurado popular. ¿A ti no te parece un tipo sospechoso?

—¿Sospechoso? Lo que en verdad me parece es un pobre infeliz, uno de esos que trabajan y trabajan para no tener que reconocer que no les gusta la vida que llevan o sencillamente que no saben vivirla. Sin duda que esos tipos son peligrosos, pero para ellos mismos. Y a veces también para aquellos que les rodean, porque de pronto despiertan un día y se dan cuenta de la mierda de existencia que se han montado y empiezan a culpar de todas sus desgracias a la gente que encuentran a su alrededor.

—No me da mucha pena, jefe: él se lo habrá buscado...

—Bueno, tampoco seas muy dura: a veces uno no tiene mucho donde elegir...

Nos quedamos un rato en silencio. Supongo que la prima Azucena leyó en mis ojos la fatiga y la impotencia.

—No crees que sea ninguno de nuestros dos sospechosos, ¿verdad?

Me tomé unos segundos antes de reconocerlo.

—No. Ni el constructor cabrón ni el pediatra gilipollas. Pero el problema es que no nos quedan muchas más opciones. No ha habido un segundo vídeo, ni una petición de rescate, ni sabemos nada de su cuenta corriente, ni tenemos noticia de su teléfono móvil... No tenemos ni idea de quién es esa tercera persona. Quizá deberías volver a tu mesa de trabajo y seguir buscando alternativas entre esa lista de cazadores —ordené con poca fe.

—Ni siquiera tenemos la certeza de que ese tipo sea un cazador...

Era cierto. Y resultaba desalentador tener que reconocerlo a aquellas alturas de la investigación, cuando los jefes ya debían de tener tomada la decisión de darnos la patada. Quizá fuera eso lo que nos merecíamos.

—Pero no tenemos nada más, prima. Empieza buscando otros vehículos de las mismas características a nombre de las esposas de los cazadores o a empresas vinculadas a ellos. Si encuentras algo, llámame. Yo voy a seguir preguntando sobre el constructor y el pediatra. Quizá me lleve una sorpresa.

Mi compañera se levantó con el mismo desánimo que había visto en mis ojos y se marchó con sus andares de bailarina de *ballet*. Tal vez comprendió que yo no quería regresar a la comisaría sin nada que ofrecerles a Busquet y a De Gea, que debían de estar esperándonos con ganas de proclamar a los cuatro vientos nuestra derrota y apartarnos definitivamente de la investigación. A lo mejor ya solo pretendía postergar lo inevitable.

Me levanté con cansada parsimonia y salí al jardín. Por una extraña asociación mental, ser consciente de que me encontraba dentro de un hospital me había abierto unos deseos irrefrenables de fumar. En otros lugares los fumadores se reúnen y conversan, pero no a las puertas de un hospital, donde nos comportamos como apestados con sentimiento de culpa ante las miradas de desprecio del personal médico y los pacientes que van entrando y saliendo. Me senté en un banco solitario y, mientras saboreaba la tranquilidad del jardín, oí el zumbido que anunciaba la

entrada de un mensaje en mi teléfono móvil. Esperé a acabar mi cigarrillo para leerlo. El sargento Benedito, tras jactarse de la eficiencia de la policía nacional y ningunear el trabajo de los mossos, una de esas bromas cansinas pero que había arraigado en el protocolo de nuestra relación, me proponía que consultara mi correo electrónico, donde encontraría toda la información que le había pedido.

Volví al hospital y deambulé un buen rato por los pasillos. Pregunté a unos bedeles, un conductor de ambulancias, a tres administrativas y a un par de médicos por el pediatra que nos interesaba, pero solo conseguí miradas de sorpresa, alguna sonrisa de incredulidad y unos cuantos comentarios evasivos. Una enfermera muy joven y ofensivamente guapa me explicó con un suspiro de resignación que el doctor Andreu Figueredo siempre entraba y salía del hospital con prisas y que apenas se entretenía a confraternizar con el resto del personal sanitario.

El balance de mis pesquisas resultaba desolador. No tenía una mierda. Cero. Absolutamente nada. Había agotado el tiempo y el crédito que me había concedido el intendente y no podía entregarle ni un sospechoso, ni una vía de investigación prometedora, ni siquiera una intuición. Por mucho que me doliera, tan solo me quedaba bajar la cabeza y capitular sin condiciones, un regreso sin gloria a mi mesa de aromas fecales y la desconsolada perspectiva de desempolvar carpetas amarillas hasta el fin de los tiempos.

Un policía acaba acostumbrándose a la derrota. Se alía con ella. De la misma forma que un profesor descubre que no hay forma de acabar con la ignorancia, un miembro de los cuerpos de seguridad sabe que su razón de ser va adherida a la existencia del mal. Tal vez pueda concederse pequeños triunfos, victorias más o menos consoladoras, pero uno debe acabar aceptando que la maldad continuará acechando pese a todo. En este oficio, y seguramente también en la vida, aprender a perder resulta imprescindible para ir tirando.

Volví a salir a fumar uno de esos pitillos que quema la desesperación y durante un rato deambulé por la zona ajardinada y me entretuve en contemplar cómo un aprendiz de jardinero rastrillaba la hierba con estudiada morosidad y amontonaba las hojas caídas de los árboles. «Lo que muere sobra», pensé. Yo empezaba a sobrar.

Un operario reemplazaba una papelera adherida a la fachada, junto a la entrada principal. «Lo que deja de servir es apartado», se me ocurrió. Quizá debería pedir una baja y retirarme discretamente a fumar hierba y escuchar ópera.

Y no hallé donde poner los ojos que no me recordara lo fugaces y prescindibles que somos, la suma de renunciadas y tropiezos que tejen una existencia. O quizá solo fuera la mía.

Puesto que no podía pasarme el resto de mi vida lamiéndome las heridas y paseando por aquella especie de limbo meditativo que era el jardín anejo al hospital, finalmente decidí reconocer mi derrota. No me quedaba más remedio que presentarme ante Busquet, caer rendido a sus pies y confesarle entre sollozos avergonzados que él tenía razón y que yo era un tarugo presuntuoso incapaz de encontrar la pista de una lesbiana veinteañera perdida en una pequeña ciudad de provincias. ¡Valor!

Justo había iniciado los primeros pasos del camino de regreso a la comisaría cuando escuché que Pavarotti reclamaba mi atención y por un momento tuve la intuición de que estaba a punto de disiparse mi cabreo:

—Sargento, ¿todavía está en el hospital? —preguntaba una voz esperanzada.

—Acabo de salir.

—Pues dé marcha atrás. He localizado un Range Rover Evoque a nombre de una tal Lidia Ballabriga Ardel, que murió el 22 de julio de 2006.

—¿Y crees que, después de seis años, todavía la tendrán esperando en el depósito de cadáveres?

—El viudo se llama Fidel Sáez de Arteaga Burriel, tiene treinta y nueve años y también trabaja en el hospital Arnau de Vilanova.

—¿Otro matasanos?

—En realidad no se trata de un licenciado en medicina, sino en psicología.

Hasta tiene un doctorado por la Universidad de Barcelona y ha publicado un par de artículos en revistas americanas. Los títulos no tienen desperdicio. Escuche: *Lonely people. Psychological perspectives on loneliness* y *The experience of emotional and social isolation*.

—Parece que al loquero le preocupa la soledad.

—Pues mejor haría buscándose amigos que escribiendo tonterías. Al parecer, en el hospital está vinculado con la unidad psicológica de apoyo al enfermo o algo así.

—¿Tiene alguna propiedad que...?

—Posee varios vehículos, dos pisos aquí en la ciudad y, además, es propietario de una casa rural y una explotación agrícola de considerables dimensiones en el término municipal de Camarasa. Frutales, básicamente. Aunque él no se ocupa directamente de la explotación. ¡Ah! ¡Muy importante! Tiene licencia de armas y dos escopetas de caza registradas a su nombre.

—Si el tipo es propietario de una buena finca y nada en la abundancia, ¿por qué decide venir cada día a tratar con enfermos y chalados en lugar de comprarse un velero y navegar tranquilamente por el Mediterráneo?

—Tal vez sea un buen samaritano.

—U otro tarado. Y desde luego un vago: en seis años no ha cambiado de nombre el vehículo de su esposa...

—La verdad es que no se mata trabajando, sargento. Aquí consta que visita enfermos durante tan solo dos horas al día.

—Dos horas diarias para no curar nada, pero conseguir que el enfermo deje de quejarse y dar la lata. ¡Menudo oficio!

—Bueno, no todos podemos pasárnoslo en grande recibiendo disparos de los chorizos y peleándonos con drogatas y prostitutas... A mí no me parece tan disparatado que ese sujeto venga a trabajar unas horas. Ya sabe que hay gente que no sabe estar ociosa o que se siente sola encerrada en un piso. Además, el tipo perdió en un accidente de coche a su esposa y a su hija. Lo que sí me parece raro es que dos de nuestros sospechosos trabajen en el mismo hospital...

—A mí, en cambio, es lo que menos me sorprende. Al fin y al cabo, buscamos al propietario de un coche muy caro. Parece lógico que nuestros sospechosos tengan oficios bien pagados, ¿no te parece?

Cuando colgué, el mal humor había desaparecido. Necesitaba aferrarme a aquella nueva pista. Podía ser una última oportunidad. En realidad, no tenía nada más.

Volví a entrar al hospital y pregunté a un bedel, que me mandó a un despacho pequeño de la tercera planta. Cuando llegué, la puerta estaba abierta,

como invitando a los pacientes a atreverse a cruzar el umbral. Nadie esperaba en las incómodas sillas de plástico de la entrada, desde donde se podía ver al psicólogo concentrado en la redacción de algún informe. Lo observé discretamente durante unos segundos. Era un hombre corpulento y de aspecto pacífico y bonachón, pero con una mirada perdida que parecía de otro mundo. La barba tupida acrecentaba esa sensación de oscuridad. Tal vez a alguno de esos pacientes que estuviera sufriendo y que no entendía por qué el mundo se le venía encima pudieran serle de alguna utilidad sus movimientos pausados y su aspecto ausente, pero enseguida me pareció que en él había algo inquietante. Como si regresara de una ensoñación, sus ojos adquirieron un brillo de inteligencia como respuesta al descaro de mi intromisión.

—Necesito hacerle unas preguntas, doctor —le informé a la vez que le enseñaba mi identificación.

Abrió las manos con el gesto de quien no tiene nada que ocultar. Yo me acogí a su hospitalidad y sin pedir permiso me senté en una de las sillas que había ante su mesa. Él ni siquiera pestañeó cuando le expliqué el motivo de mi visita. Ni una muestra de sorpresa o de molestia porque estuviera alargando unos minutos su minúscula jornada laboral. Escuchó atentamente mis preguntas, pareció meditar cada una de ellas con una profundidad exagerada y luego respondió con una voz profunda y de un extraño efecto sedante.

—La tarde del 31 de octubre la pasé leyendo tranquilamente en mi piso de la calle Príncipe de Viana —declaró con una firmeza que no dejaba entrever ningún matiz de duda o la más mínima sospecha de que estuviera mintiendo.

Con esa misma voz confiada y segura, dijo haber acudido a una cena a casa de unos amigos en la cercana población de Torrefarrera, de donde se había retirado temprano, precisamente porque tenía planeado ir a cazar al día siguiente. El jueves había salido al amanecer. Solo, como siempre. Sin perros. Recordaba que había tenido una buena mañana y había cobrado tres perdices y dos conejos. Hacia las dos del mediodía se había rendido al cansancio y había regresado a su coche y a su piso para descansar toda la tarde. Podía ofrecernos el testimonio de sus amigos para la cena del 31, pero en todo el día siguiente no recordaba haber hablado o coincidido con ningún otro cazador o alguna otra persona. Desde luego no parecía ni impresionado ni molesto porque un policía hubiera ido a indagar sobre él. Me despidió con una sonrisa en la boca.

Volví a entrar en la cafetería para chutarme una nueva dosis de cafeína. Apenas conseguí mi taza, llamé a Azucena.

—Prima, te llamo desde la cafetería del hospital...

—¡Jolín! Si te hicieran pasar un control

Capítulo 25

Martes, 13 de noviembre

Andreu Figueredo, nuestro segundo candidato en la lista de cazadores sospechosos, era el propietario de un Audi Q5 comprado dos años atrás. Era un médico especialista en pediatría que trabajaba en el hospital Arnau de Vilanova de Lleida y por las tardes pasaba consulta privada en un piso de la Rambla de Aragón. Estaba casado y tenía dos hijos, a los que solo debía de ver en la cama, cuando volvía a casa tras acabar con todo el papeleo de un consultorio saludablemente concurrido. El tipo se debía de estar haciendo de oro, y más teniendo en cuenta que vivía en un piso humilde del barrio de Pardinyes. A juzgar por lo que nos dijeron todos aquellos a quienes preguntamos, resultaba improbable que aquel sujeto estuviera reteniendo a nadie en ningún sitio con los horarios pakistaníes que gastaba.

Lo abordamos a primera hora de la mañana, justo antes de que empezaran a desfilar sus pacientes por el cubículo del hospital. Tenía un aspecto frágil y enfermizo y una piel muy blanca, lo que le otorgaba el perfil idóneo para despertar las ansias dominantes de María Asunción. Su pelo, era lacio y escaso y sus ojos ofrecían una mirada cansada. Parecía no haber roto un plato en su vida, pero se retorció de nervios en su silla en cuanto supo que la Policía estaba interesada en sus actividades. Para ser un tipo acostumbrado a tratar con críos, no parecía tener mucho aguante. Decía haber pasado consulta el 31 por la tarde hasta las nueve de la noche y haber regresado a casa hacia las once. Disponía de una lista de pacientes, la recepcionista de su consultorio privado y una esposa cabreada para atestiguarlo. Al día siguiente no había salido a cazar. Aunque fuera fiesta y desfogarse a costa de las pobres perdices supusiera una de sus pocas distracciones, él solo desempolvaba la escopeta en contados domingos. Aquel jueves festivo lo había dedicado a un lujo inhabitual: ver corretear por el piso a sus pequeños y aburrirse largamente sobre el sofá del salón.

—Me huele mal —opinó la agente en cuanto cerramos la puerta de la consulta.

Más que la pediatría, aquel hechicero debía de ejercer los exorcismos a

juzgar por la larga cola de criajos que se retorcían como endemoniados ante su puerta. Ni por un momento se me ocurrió sospechar de aquel desgraciado; que le aprovecharan su título universitario, su cuenta bancaria y su coche de señorito. Lo compadecí. Mi compañera esperó hasta llegar a la cafetería, conseguir un café y un carajillo de Anís del Mono y sentarnos en una mesa apartada para explicar el porqué de sus picores nasales:

—¿Te has dado cuenta, jefe, de que a ese matasanos se lo veía inseguro en cada respuesta? Dudaba, temblaba... Si hasta ha estado a punto de contradecirse... A poco que le hubiéramos apretado las tuercas, tendríamos que haber echado mano del desfibrilador.

—Bueno, ese es el efecto que los policías producimos la mayoría de las veces, prima. Incluso entre la gente inocente. Tendrás que ir acostumbrándote.

—Su coartada del domingo es una birria —añadió, casi enfadada—. Su mujer, los niños y su sofá... Con eso no te descarta un jurado popular. ¿A ti no te parece un tipo sospechoso?

—¿Sospechoso? Lo que en verdad me parece es un pobre infeliz, uno de esos que trabajan y trabajan para no tener que reconocer que no les gusta la vida que llevan o sencillamente que no saben vivirla. Sin duda que esos tipos son peligrosos, pero para ellos mismos. Y a veces también para aquellos que les rodean, porque de pronto despiertan un día y se dan cuenta de la mierda de existencia que se han montado y empiezan a culpar de todas sus desgracias a la gente que encuentran a su alrededor.

—No me da mucha pena, jefe: él se lo habrá buscado...

—Bueno, tampoco seas muy dura: a veces uno no tiene mucho donde elegir...

Nos quedamos un rato en silencio. Supongo que la prima Azucena leyó en mis ojos la fatiga y la impotencia.

—No crees que sea ninguno de nuestros dos sospechosos, ¿verdad?

Me tomé unos segundos antes de reconocerlo.

—No. Ni el constructor cabrón ni el pediatra gilipollas. Pero el problema es que no nos quedan muchas más opciones. No ha habido un segundo vídeo, ni una petición de rescate, ni sabemos nada de su cuenta corriente, ni tenemos noticia de su teléfono móvil... No tenemos ni idea de quién es esa tercera persona. Quizá deberías volver a tu mesa de trabajo y seguir buscando alternativas entre esa lista de cazadores —ordené con poca fe.

—Ni siquiera tenemos la certeza de que ese tipo sea un cazador...

Era cierto. Y resultaba desalentador tener que reconocerlo a aquellas alturas de la investigación, cuando los jefes ya debían de tener tomada la decisión de darnos la patada. Quizá fuera eso lo que nos merecíamos.

—Pero no tenemos nada más, prima. Empieza buscando otros vehículos de las mismas características a nombre de las esposas de los cazadores o a empresas vinculadas a ellos. Si encuentras algo, llámame. Yo voy a seguir preguntando sobre el constructor y el pediatra. Quizá me lleve una sorpresa.

Mi compañera se levantó con el mismo desánimo que había visto en mis ojos y se marchó con sus andares de bailarina de *ballet*. Tal vez comprendió que yo no quería regresar a la comisaría sin nada que ofrecerles a Busquet y a De Gea, que debían de estar esperándonos con ganas de proclamar a los cuatro vientos nuestra derrota y apartarnos definitivamente de la investigación. A lo mejor ya solo pretendía postergar lo inevitable.

Me levanté con cansada parsimonia y salí al jardín. Por una extraña asociación mental, ser consciente de que me encontraba dentro de un hospital me había abierto unos deseos irrefrenables de fumar. En otros lugares los fumadores se reúnen y conversan, pero no a las puertas de un hospital, donde nos comportamos como apestados con sentimiento de culpa ante las miradas de desprecio del personal médico y los pacientes que van entrando y saliendo. Me senté en un banco solitario y, mientras saboreaba la tranquilidad del jardín, oí el zumbido que anunciaba la

entrada de un mensaje en mi teléfono móvil. Esperé a acabar mi cigarrillo para leerlo. El sargento Benedito, tras jactarse de la eficiencia de la policía nacional y ningunear el trabajo de los mossos, una de esas bromas cansinas pero que había arraigado en el protocolo de nuestra relación, me proponía que consultara mi correo electrónico, donde encontraría toda la información que le había pedido.

Volví al hospital y deambulé un buen rato por los pasillos. Pregunté a unos bedeles, un conductor de ambulancias, a tres administrativas y a un par de médicos por el pediatra que nos interesaba, pero solo conseguí miradas de sorpresa, alguna sonrisa de incredulidad y unos cuantos comentarios evasivos. Una enfermera muy joven y ofensivamente guapa me explicó con un suspiro de resignación que el doctor Andreu Figueredo siempre entraba y salía del hospital con prisas y que apenas se entretenía a confraternizar con el resto del personal sanitario.

El balance de mis pesquisas resultaba desolador. No tenía una mierda. Cero. Absolutamente nada. Había agotado el tiempo y el crédito que me había concedido el intendente y no podía entregarle ni un sospechoso, ni una vía de investigación prometedora, ni siquiera una intuición. Por mucho que me doliera, tan solo me quedaba bajar la cabeza y capitular sin condiciones, un regreso sin gloria a mi mesa de aromas fecales y la desconsolada perspectiva de desempolvar carpetas amarillas hasta el fin de los tiempos.

Un policía acaba acostumbrándose a la derrota. Se alía con ella. De la misma forma que un profesor descubre que no hay forma de acabar con la ignorancia, un miembro de los cuerpos de seguridad sabe que su razón de ser va adherida a la existencia del mal. Tal vez pueda concederse pequeños triunfos, victorias más o menos consoladoras, pero uno debe acabar aceptando que la maldad continuará acechando pese a todo. En este oficio, y seguramente también en la vida, aprender a perder resulta imprescindible para ir tirando.

Volví a salir a fumar uno de esos pitillos que quema la desesperación y durante un rato deambulé por la zona ajardinada y me entretuve en contemplar cómo un aprendiz de jardinero rastrillaba la hierba con estudiada morosidad y amontonaba las hojas caídas de los árboles. «Lo que muere sobra», pensé. Yo empezaba a sobrar.

Un operario reemplazaba una papelera adherida a la fachada, junto a la entrada principal. «Lo que deja de servir es apartado», se me ocurrió. Quizá debería pedir una baja y retirarme discretamente a fumar hierba y escuchar ópera.

Y no hallé donde poner los ojos que no me recordara lo fugaces y prescindibles que somos, la suma de renunciadas y tropiezos que tejen una existencia. O quizá solo fuera la mía.

Puesto que no podía pasarme el resto de mi vida lamiéndome las heridas y paseando por aquella especie de limbo meditativo que era el jardín anejo al hospital, finalmente decidí reconocer mi derrota. No me quedaba más remedio que presentarme ante Busquet, caer rendido a sus pies y confesarle entre sollozos avergonzados que él tenía razón y que yo era un tarugo presuntuoso incapaz de encontrar la pista de una lesbiana veinteañera perdida en una pequeña ciudad de provincias. ¡Valor!

Justo había iniciado los primeros pasos del camino de regreso a la comisaría cuando escuché que Pavarotti reclamaba mi atención y por un momento tuve la intuición de que estaba a punto de disiparse mi cabreo:

—Sargento, ¿todavía está en el hospital? —preguntaba una voz esperanzada.

—Acabo de salir.

—Pues dé marcha atrás. He localizado un Range Rover Evoque a nombre de una tal Lidia Ballabriga Ardel, que murió el 22 de julio de 2006.

—¿Y crees que, después de seis años, todavía la tendrán esperando en el depósito de cadáveres?

—El viudo se llama Fidel Sáez de Arteaga Burriel, tiene treinta y nueve años y también trabaja en el hospital Arnau de Vilanova.

—¿Otro matasanos?

—En realidad no se trata de un licenciado en medicina, sino en psicología.

Hasta tiene un doctorado por la Universidad de Barcelona y ha publicado un par de artículos en revistas americanas. Los títulos no tienen desperdicio. Escuche: *Lonely people. Psychological perspectives on loneliness* y *The experience of emotional and social isolation*.

—Parece que al loquero le preocupa la soledad.

—Pues mejor haría buscándose amigos que escribiendo tonterías. Al parecer, en el hospital está vinculado con la unidad psicológica de apoyo al enfermo o algo así.

—¿Tiene alguna propiedad que...?

—Posee varios vehículos, dos pisos aquí en la ciudad y, además, es propietario de una casa rural y una explotación agrícola de considerables dimensiones en el término municipal de Camarasa. Frutales, básicamente. Aunque él no se ocupa directamente de la explotación. ¡Ah! ¡Muy importante! Tiene licencia de armas y dos escopetas de caza registradas a su nombre.

—Si el tipo es propietario de una buena finca y nada en la abundancia, ¿por qué decide venir cada día a tratar con enfermos y chalados en lugar de comprarse un velero y navegar tranquilamente por el Mediterráneo?

—Tal vez sea un buen samaritano.

—U otro tarado. Y desde luego un vago: en seis años no ha cambiado de nombre el vehículo de su esposa...

—La verdad es que no se mata trabajando, sargento. Aquí consta que visita enfermos durante tan solo dos horas al día.

—Dos horas diarias para no curar nada, pero conseguir que el enfermo deje de quejarse y dar la lata. ¡Menudo oficio!

—Bueno, no todos podemos pasárnoslo en grande recibiendo disparos de los chorizos y peleándonos con drogatas y prostitutas... A mí no me parece tan disparatado que ese sujeto venga a trabajar unas horas. Ya sabe que hay gente que no sabe estar ociosa o que se siente sola encerrada en un piso. Además, el tipo perdió en un accidente de coche a su esposa y a su hija. Lo que sí me parece raro es que dos de nuestros sospechosos trabajen en el mismo hospital...

—A mí, en cambio, es lo que menos me sorprende. Al fin y al cabo, buscamos al propietario de un coche muy caro. Parece lógico que nuestros sospechosos tengan oficios bien pagados, ¿no te parece?

Cuando colgué, el mal humor había desaparecido. Necesitaba aferrarme a aquella nueva pista. Podía ser una última oportunidad. En realidad, no tenía nada más.

Volví a entrar al hospital y pregunté a un bedel, que me mandó a un despacho pequeño de la tercera planta. Cuando llegué, la puerta estaba abierta,

como invitando a los pacientes a atreverse a cruzar el umbral. Nadie esperaba en las incómodas sillas de plástico de la entrada, desde donde se podía ver al psicólogo concentrado en la redacción de algún informe. Lo observé discretamente durante unos segundos. Era un hombre corpulento y de aspecto pacífico y bonachón, pero con una mirada perdida que parecía de otro mundo. La barba tupida acrecentaba esa sensación de oscuridad. Tal vez a alguno de esos pacientes que estuviera sufriendo y que no entendía por qué el mundo se le venía encima pudieran serle de alguna utilidad sus movimientos pausados y su aspecto ausente, pero enseguida me pareció que en él había algo inquietante. Como si regresara de una ensoñación, sus ojos adquirieron un brillo de inteligencia como respuesta al descaro de mi intromisión.

—Necesito hacerle unas preguntas, doctor —le informé a la vez que le enseñaba mi identificación.

Abrió las manos con el gesto de quien no tiene nada que ocultar. Yo me acogí a su hospitalidad y sin pedir permiso me senté en una de las sillas que había ante su mesa. Él ni siquiera pestañeó cuando le expliqué el motivo de mi visita. Ni una muestra de sorpresa o de molestia porque estuviera alargando unos minutos su minúscula jornada laboral. Escuchó atentamente mis preguntas, pareció meditar cada una de ellas con una profundidad exagerada y luego respondió con una voz profunda y de un extraño efecto sedante.

—La tarde del 31 de octubre la pasé leyendo tranquilamente en mi piso de la calle Príncipe de Viana —declaró con una firmeza que no dejaba entrever ningún matiz de duda o la más mínima sospecha de que estuviera mintiendo.

Con esa misma voz confiada y segura, dijo haber acudido a una cena a casa de unos amigos en la cercana población de Torrefarrera, de donde se había retirado temprano, precisamente porque tenía planeado ir a cazar al día siguiente. El jueves había salido al amanecer. Solo, como siempre. Sin perros. Recordaba que había tenido una buena mañana y había cobrado tres perdices y dos conejos. Hacia las dos del mediodía se había rendido al cansancio y había regresado a su coche y a su piso para descansar toda la tarde. Podía ofrecernos el testimonio de sus amigos para la cena del 31, pero en todo el día siguiente no recordaba haber hablado o coincidido con ningún otro cazador o alguna otra persona. Desde luego no parecía ni impresionado ni molesto porque un policía hubiera ido a indagar sobre él. Me despidió con una sonrisa en la boca.

Volví a entrar en la cafetería para chutarme una nueva dosis de cafeína. Apenas conseguí mi taza, llamé a Azucena.

—Prima, te llamo desde la cafetería del hospital...

—¡Jolín! Si te hicieran pasar un control *antidoping* al final de la jornada, a ti, sargento, te caía la perpetua.

—Lo dice la Biblia: «Al principio fue el café».

—¿Estás seguro de eso? ¿Seguro que no te has comprado una traducción colombiana?

—Puede ser. Escucha, prima, busca todo lo que puedas de este tal Fidel Sáez.

—¿Qué ocurre? ¿Lo has pillado con las manos manchadas de sangre o algo así?

—Bueno, es un loquero, y eso ya resulta sospechoso... Además, se muestra demasiado seguro de sí mismo, lo que me empuja a pensar que probablemente esconde alguna cosa...

—Es una lástima que los culpables no lleven una cruz tatuada en la frente. ¿A ti qué te dice ese famoso olfato?

—El loquero —me descubrí contestando sin dudarle un segundo.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque me caen gordos, como a todo el mundo. Además, me escama la gente que no sabe perder los nervios. Tanta amabilidad y tanta buena educación me dan ganas de vomitar.

—Por lo que dices, os parecéis más bien poco.

—Lo tomaré como un cumplido.

—¿No estarás dejándote arrastrar por esa alergia tuya a los psicólogos...?
—comentó con un deje de malicia en la voz.

—Todo puede ser. Aunque yo diría que mi exmujer fue una especie de vacuna. Nos vemos luego.

La historia de mi segundo matrimonio se reducía a dos meses de pasión desenfundada, dos más de alegre compadreo, un par de años de odio descarnado y militante y una temporada indefinida de aburrida indiferencia. Exactamente del 15 de agosto de 1991 al 2 de julio de 1997. Ese día, un miércoles de un calor pegajoso, salí del juzgado y me senté en la primera terraza que se cruzó en mi camino. Pedí un vermú y una tapa de aceitunas para celebrar la recuperada sensación de libertad. Desde la televisión del interior del bar, una voz anunció la muerte James Stewart, uno de esos fraudes de Hollywood que triunfaron como actores por tener cara de buena persona, e inmediatamente pensé en una de esas películas blandengues y falsarias que le habían dado tanta fama: *Qué bello es vivir*. Recuerdo que pensé que tal vez el cine americano tuviera razón y a todos nos estuviera esperando un final feliz agazapado tras alguna esquina. Así de optimista me sentía yo por el mero hecho de perder de vista a la psicóloga que había llenado de complejos edípicos, frustraciones sepultadas, compensaciones desproporcionadas y teorías sobre mi inestabilidad emocional casi seis años de mi vida. Parece mentira que uno pueda llegar a equivocarse tanto. Desde aquel miércoles de

julio, no he podido sentarme en una mesa donde hubiera un psicólogo sin tener que reprimir las ganas de abofetearlo. No sé qué tipo de complejo será ese, puesto que no puedo acercarme a preguntarle a ningún profesional.

* * *

Decidido a aprovechar la sesión matinal y tras consultarlo con todo el ejército de ordenanzas de aquel hospital, me dirigí a uno de los despachos de la última planta. El responsable de personal del hospital me recibió con el rostro enfurruñado de quien tiene demasiado trabajo para perder su precioso tiempo con curiosos impertinentes y po

Capítulo 25

Martes, 13 de noviembre

Andreu Figueredo, nuestro segundo candidato en la lista de cazadores sospechosos, era el propietario de un Audi Q5 comprado dos años atrás. Era un médico especialista en pediatría que trabajaba en el hospital Arnau de Vilanova de Lleida y por las tardes pasaba consulta privada en un piso de la Rambla de Aragón. Estaba casado y tenía dos hijos, a los que solo debía de ver en la cama, cuando volvía a casa tras acabar con todo el papeleo de un consultorio saludablemente concurrido. El tipo se debía de estar haciendo de oro, y más teniendo en cuenta que vivía en un piso humilde del barrio de Pardinyes. A juzgar por lo que nos dijeron todos aquellos a quienes preguntamos, resultaba improbable que aquel sujeto estuviera reteniendo a nadie en ningún sitio con los horarios pakistaníes que gastaba.

Lo abordamos a primera hora de la mañana, justo antes de que empezaran a desfilar sus pacientes por el cubículo del hospital. Tenía un aspecto frágil y enfermizo y una piel muy blanca, lo que le otorgaba el perfil idóneo para despertar las ansias dominantes de María Asunción. Su pelo, era lacio y escaso y sus ojos ofrecían una mirada cansada. Parecía no haber roto un plato en su vida, pero se retorció de nervios en su silla en cuanto supo que la Policía estaba interesada en sus actividades. Para ser un tipo acostumbrado a tratar con críos, no parecía tener mucho aguante. Decía haber pasado consulta el 31 por la tarde hasta las nueve de la noche y haber regresado a casa hacia las once. Disponía de una lista de pacientes, la recepcionista de su consultorio privado y una esposa cabreada para atestiguarlo. Al día siguiente no había salido a cazar. Aunque fuera fiesta y desfogarse a costa de las pobres perdices supusiera una de sus pocas distracciones, él solo desempolvaba la escopeta en contados domingos. Aquel jueves festivo lo había dedicado a un lujo inhabitual: ver corretear por el piso a sus pequeños y aburrirse largamente sobre el sofá del salón.

—Me huele mal —opinó la agente en cuanto cerramos la puerta de la consulta.

Más que la pediatría, aquel hechicero debía de ejercer los exorcismos a

juzgar por la larga cola de criajos que se retorcían como endemoniados ante su puerta. Ni por un momento se me ocurrió sospechar de aquel desgraciado; que le aprovecharan su título universitario, su cuenta bancaria y su coche de señorito. Lo compadecí. Mi compañera esperó hasta llegar a la cafetería, conseguir un café y un carajillo de Anís del Mono y sentarnos en una mesa apartada para explicar el porqué de sus picores nasales:

—¿Te has dado cuenta, jefe, de que a ese matasanos se lo veía inseguro en cada respuesta? Dudaba, temblaba... Si hasta ha estado a punto de contradecirse... A poco que le hubiéramos apretado las tuercas, tendríamos que haber echado mano del desfibrilador.

—Bueno, ese es el efecto que los policías producimos la mayoría de las veces, prima. Incluso entre la gente inocente. Tendrás que ir acostumbrándote.

—Su coartada del domingo es una birria —añadió, casi enfadada—. Su mujer, los niños y su sofá... Con eso no te descarta un jurado popular. ¿A ti no te parece un tipo sospechoso?

—¿Sospechoso? Lo que en verdad me parece es un pobre infeliz, uno de esos que trabajan y trabajan para no tener que reconocer que no les gusta la vida que llevan o sencillamente que no saben vivirla. Sin duda que esos tipos son peligrosos, pero para ellos mismos. Y a veces también para aquellos que les rodean, porque de pronto despiertan un día y se dan cuenta de la mierda de existencia que se han montado y empiezan a culpar de todas sus desgracias a la gente que encuentran a su alrededor.

—No me da mucha pena, jefe: él se lo habrá buscado...

—Bueno, tampoco seas muy dura: a veces uno no tiene mucho donde elegir...

Nos quedamos un rato en silencio. Supongo que la prima Azucena leyó en mis ojos la fatiga y la impotencia.

—No crees que sea ninguno de nuestros dos sospechosos, ¿verdad?

Me tomé unos segundos antes de reconocerlo.

—No. Ni el constructor cabrón ni el pediatra gilipollas. Pero el problema es que no nos quedan muchas más opciones. No ha habido un segundo vídeo, ni una petición de rescate, ni sabemos nada de su cuenta corriente, ni tenemos noticia de su teléfono móvil... No tenemos ni idea de quién es esa tercera persona. Quizá deberías volver a tu mesa de trabajo y seguir buscando alternativas entre esa lista de cazadores —ordené con poca fe.

—Ni siquiera tenemos la certeza de que ese tipo sea un cazador...

Era cierto. Y resultaba desalentador tener que reconocerlo a aquellas alturas de la investigación, cuando los jefes ya debían de tener tomada la decisión de darnos la patada. Quizá fuera eso lo que nos merecíamos.

—Pero no tenemos nada más, prima. Empieza buscando otros vehículos de las mismas características a nombre de las esposas de los cazadores o a empresas vinculadas a ellos. Si encuentras algo, llámame. Yo voy a seguir preguntando sobre el constructor y el pediatra. Quizá me lleve una sorpresa.

Mi compañera se levantó con el mismo desánimo que había visto en mis ojos y se marchó con sus andares de bailarina de *ballet*. Tal vez comprendió que yo no quería regresar a la comisaría sin nada que ofrecerles a Busquet y a De Gea, que debían de estar esperándonos con ganas de proclamar a los cuatro vientos nuestra derrota y apartarnos definitivamente de la investigación. A lo mejor ya solo pretendía postergar lo inevitable.

Me levanté con cansada parsimonia y salí al jardín. Por una extraña asociación mental, ser consciente de que me encontraba dentro de un hospital me había abierto unos deseos irrefrenables de fumar. En otros lugares los fumadores se reúnen y conversan, pero no a las puertas de un hospital, donde nos comportamos como apestados con sentimiento de culpa ante las miradas de desprecio del personal médico y los pacientes que van entrando y saliendo. Me senté en un banco solitario y, mientras saboreaba la tranquilidad del jardín, oí el zumbido que anunciaba la

entrada de un mensaje en mi teléfono móvil. Esperé a acabar mi cigarrillo para leerlo. El sargento Benedito, tras jactarse de la eficiencia de la policía nacional y ningunear el trabajo de los mossos, una de esas bromas cansinas pero que había arraigado en el protocolo de nuestra relación, me proponía que consultara mi correo electrónico, donde encontraría toda la información que le había pedido.

Volví al hospital y deambulé un buen rato por los pasillos. Pregunté a unos bedeles, un conductor de ambulancias, a tres administrativas y a un par de médicos por el pediatra que nos interesaba, pero solo conseguí miradas de sorpresa, alguna sonrisa de incredulidad y unos cuantos comentarios evasivos. Una enfermera muy joven y ofensivamente guapa me explicó con un suspiro de resignación que el doctor Andreu Figueredo siempre entraba y salía del hospital con prisas y que apenas se entretenía a confraternizar con el resto del personal sanitario.

El balance de mis pesquisas resultaba desolador. No tenía una mierda. Cero. Absolutamente nada. Había agotado el tiempo y el crédito que me había concedido el intendente y no podía entregarle ni un sospechoso, ni una vía de investigación prometedora, ni siquiera una intuición. Por mucho que me doliera, tan solo me quedaba bajar la cabeza y capitular sin condiciones, un regreso sin gloria a mi mesa de aromas fecales y la desconsolada perspectiva de desempolvar carpetas amarillas hasta el fin de los tiempos.

Un policía acaba acostumbrándose a la derrota. Se alía con ella. De la misma forma que un profesor descubre que no hay forma de acabar con la ignorancia, un miembro de los cuerpos de seguridad sabe que su razón de ser va adherida a la existencia del mal. Tal vez pueda concederse pequeños triunfos, victorias más o menos consoladoras, pero uno debe acabar aceptando que la maldad continuará acechando pese a todo. En este oficio, y seguramente también en la vida, aprender a perder resulta imprescindible para ir tirando.

Volví a salir a fumar uno de esos pitillos que quema la desesperación y durante un rato deambulé por la zona ajardinada y me entretuve en contemplar cómo un aprendiz de jardinero rastrillaba la hierba con estudiada morosidad y amontonaba las hojas caídas de los árboles. «Lo que muere sobra», pensé. Yo empezaba a sobrar.

Un operario reemplazaba una papelera adherida a la fachada, junto a la entrada principal. «Lo que deja de servir es apartado», se me ocurrió. Quizá debería pedir una baja y retirarme discretamente a fumar hierba y escuchar ópera.

Y no hallé donde poner los ojos que no me recordara lo fugaces y prescindibles que somos, la suma de renunciadas y tropiezos que tejen una existencia. O quizá solo fuera la mía.

Puesto que no podía pasarme el resto de mi vida lamiéndome las heridas y paseando por aquella especie de limbo meditativo que era el jardín anejo al hospital, finalmente decidí reconocer mi derrota. No me quedaba más remedio que presentarme ante Busquet, caer rendido a sus pies y confesarle entre sollozos avergonzados que él tenía razón y que yo era un tarugo presuntuoso incapaz de encontrar la pista de una lesbiana veinteañera perdida en una pequeña ciudad de provincias. ¡Valor!

Justo había iniciado los primeros pasos del camino de regreso a la comisaría cuando escuché que Pavarotti reclamaba mi atención y por un momento tuve la intuición de que estaba a punto de disiparse mi cabreo:

—Sargento, ¿todavía está en el hospital? —preguntaba una voz esperanzada.

—Acabo de salir.

—Pues dé marcha atrás. He localizado un Range Rover Evoque a nombre de una tal Lidia Ballabriga Ardel, que murió el 22 de julio de 2006.

—¿Y crees que, después de seis años, todavía la tendrán esperando en el depósito de cadáveres?

—El viudo se llama Fidel Sáez de Arteaga Burriel, tiene treinta y nueve años y también trabaja en el hospital Arnau de Vilanova.

—¿Otro matasanos?

—En realidad no se trata de un licenciado en medicina, sino en psicología.

Hasta tiene un doctorado por la Universidad de Barcelona y ha publicado un par de artículos en revistas americanas. Los títulos no tienen desperdicio. Escuche: *Lonely people. Psychological perspectives on loneliness* y *The experience of emotional and social isolation*.

—Parece que al loquero le preocupa la soledad.

—Pues mejor haría buscándose amigos que escribiendo tonterías. Al parecer, en el hospital está vinculado con la unidad psicológica de apoyo al enfermo o algo así.

—¿Tiene alguna propiedad que...?

—Posee varios vehículos, dos pisos aquí en la ciudad y, además, es propietario de una casa rural y una explotación agrícola de considerables dimensiones en el término municipal de Camarasa. Frutales, básicamente. Aunque él no se ocupa directamente de la explotación. ¡Ah! ¡Muy importante! Tiene licencia de armas y dos escopetas de caza registradas a su nombre.

—Si el tipo es propietario de una buena finca y nada en la abundancia, ¿por qué decide venir cada día a tratar con enfermos y chalados en lugar de comprarse un velero y navegar tranquilamente por el Mediterráneo?

—Tal vez sea un buen samaritano.

—U otro tarado. Y desde luego un vago: en seis años no ha cambiado de nombre el vehículo de su esposa...

—La verdad es que no se mata trabajando, sargento. Aquí consta que visita enfermos durante tan solo dos horas al día.

—Dos horas diarias para no curar nada, pero conseguir que el enfermo deje de quejarse y dar la lata. ¡Menudo oficio!

—Bueno, no todos podemos pasárnoslo en grande recibiendo disparos de los chorizos y peleándonos con drogatas y prostitutas... A mí no me parece tan disparatado que ese sujeto venga a trabajar unas horas. Ya sabe que hay gente que no sabe estar ociosa o que se siente sola encerrada en un piso. Además, el tipo perdió en un accidente de coche a su esposa y a su hija. Lo que sí me parece raro es que dos de nuestros sospechosos trabajen en el mismo hospital...

—A mí, en cambio, es lo que menos me sorprende. Al fin y al cabo, buscamos al propietario de un coche muy caro. Parece lógico que nuestros sospechosos tengan oficios bien pagados, ¿no te parece?

Cuando colgué, el mal humor había desaparecido. Necesitaba aferrarme a aquella nueva pista. Podía ser una última oportunidad. En realidad, no tenía nada más.

Volví a entrar al hospital y pregunté a un bedel, que me mandó a un despacho pequeño de la tercera planta. Cuando llegué, la puerta estaba abierta,

como invitando a los pacientes a atreverse a cruzar el umbral. Nadie esperaba en las incómodas sillas de plástico de la entrada, desde donde se podía ver al psicólogo concentrado en la redacción de algún informe. Lo observé discretamente durante unos segundos. Era un hombre corpulento y de aspecto pacífico y bonachón, pero con una mirada perdida que parecía de otro mundo. La barba tupida acrecentaba esa sensación de oscuridad. Tal vez a alguno de esos pacientes que estuviera sufriendo y que no entendía por qué el mundo se le venía encima pudieran serle de alguna utilidad sus movimientos pausados y su aspecto ausente, pero enseguida me pareció que en él había algo inquietante. Como si regresara de una ensoñación, sus ojos adquirieron un brillo de inteligencia como respuesta al descaro de mi intromisión.

—Necesito hacerle unas preguntas, doctor —le informé a la vez que le enseñaba mi identificación.

Abrió las manos con el gesto de quien no tiene nada que ocultar. Yo me acogí a su hospitalidad y sin pedir permiso me senté en una de las sillas que había ante su mesa. Él ni siquiera pestañeó cuando le expliqué el motivo de mi visita. Ni una muestra de sorpresa o de molestia porque estuviera alargando unos minutos su minúscula jornada laboral. Escuchó atentamente mis preguntas, pareció meditar cada una de ellas con una profundidad exagerada y luego respondió con una voz profunda y de un extraño efecto sedante.

—La tarde del 31 de octubre la pasé leyendo tranquilamente en mi piso de la calle Príncipe de Viana —declaró con una firmeza que no dejaba entrever ningún matiz de duda o la más mínima sospecha de que estuviera mintiendo.

Con esa misma voz confiada y segura, dijo haber acudido a una cena a casa de unos amigos en la cercana población de Torrefarrera, de donde se había retirado temprano, precisamente porque tenía planeado ir a cazar al día siguiente. El jueves había salido al amanecer. Solo, como siempre. Sin perros. Recordaba que había tenido una buena mañana y había cobrado tres perdices y dos conejos. Hacia las dos del mediodía se había rendido al cansancio y había regresado a su coche y a su piso para descansar toda la tarde. Podía ofrecernos el testimonio de sus amigos para la cena del 31, pero en todo el día siguiente no recordaba haber hablado o coincidido con ningún otro cazador o alguna otra persona. Desde luego no parecía ni impresionado ni molesto porque un policía hubiera ido a indagar sobre él. Me despidió con una sonrisa en la boca.

Volví a entrar en la cafetería para chutarme una nueva dosis de cafeína. Apenas conseguí mi taza, llamé a Azucena.

—Prima, te llamo desde la cafetería del hospital...

—¡Jolín! Si te hicieran pasar un control *antidoping* al final de la jornada, a ti, sargento, te caía la perpetua.

—Lo dice la Biblia: «Al principio fue el café».

—¿Estás seguro de eso? ¿Seguro que no te has comprado una traducción colombiana?

—Puede ser. Escucha, prima, busca todo lo que puedas de este tal Fidel Sáez.

—¿Qué ocurre? ¿Lo has pillado con las manos manchadas de sangre o algo así?

—Bueno, es un loquero, y eso ya resulta sospechoso... Además, se muestra demasiado seguro de sí mismo, lo que me empuja a pensar que probablemente esconde alguna cosa...

—Es una lástima que los culpables no lleven una cruz tatuada en la frente. ¿A ti qué te dice ese famoso olfato?

—El loquero —me descubrí contestando sin dudarle un segundo.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque me caen gordos, como a todo el mundo. Además, me escama la gente que no sabe perder los nervios. Tanta amabilidad y tanta buena educación me dan ganas de vomitar.

—Por lo que dices, os parecéis más bien poco.

—Lo tomaré como un cumplido.

—¿No estarás dejándote arrastrar por esa alergia tuya a los psicólogos...? —comentó con un deje de malicia en la voz.

—Todo puede ser. Aunque yo diría que mi exmujer fue una especie de vacuna. Nos vemos luego.

La historia de mi segundo matrimonio se reducía a dos meses de pasión desenfundada, dos más de alegre compadreo, un par de años de odio descarnado y militante y una temporada indefinida de aburrida indiferencia. Exactamente del 15 de agosto de 1991 al 2 de julio de 1997. Ese día, un miércoles de un calor pegajoso, salí del juzgado y me senté en la primera terraza que se cruzó en mi camino. Pedí un vermú y una tapa de aceitunas para celebrar la recuperada sensación de libertad. Desde la televisión del interior del bar, una voz anunció la muerte James Stewart, uno de esos fraudes de Hollywood que triunfaron como actores por tener cara de buena persona, e inmediatamente pensé en una de esas películas blandengues y falsarias que le habían dado tanta fama: *Qué bello es vivir*. Recuerdo que pensé que tal vez el cine americano tuviera razón y a todos nos estuviera esperando un final feliz agazapado tras alguna esquina. Así de optimista me sentía yo por el mero hecho de perder de vista a la psicóloga que había llenado de complejos edípicos, frustraciones sepultadas, compensaciones desproporcionadas y teorías sobre mi inestabilidad emocional casi seis años de mi vida. Parece mentira que uno pueda llegar a equivocarse tanto. Desde aquel miércoles de

julio, no he podido sentarme en una mesa donde hubiera un psicólogo sin tener que reprimir las ganas de abofetearlo. No sé qué tipo de complejo será ese, puesto que no puedo acercarme a preguntarle a ningún profesional.

* * *

Decidido a aprovechar la sesión matinal y tras consultarlo con todo el ejército de ordenanzas de aquel hospital, me dirigí a uno de los despachos de la última planta. El responsable de personal del hospital me recibió con el rostro enfurruñado de quien tiene demasiado trabajo para perder su precioso tiempo con curiosos impertinentes y policías holgazanes. Cuando me senté ante una mesa atiborrada de documentos que tal vez llevaran meses esperando que una piadosa corriente de aire los arrastrara hasta la impoluta papelería y pronuncié el nombre de Andreu Figueredo, el tipo se colgó una sonrisa y me arrojó un desafío:

—Si alguien le ha hablado mal de ese candidato a la beatificación es que no tiene corazón ni vergüenza.

Después soltó una retahíla de elogios como si acabara de ponerlo a la venta: no faltaba nunca a las horas de consulta, puntual como un reloj, amable con los pacientes, ni una queja relacionada con sus diagnósticos...

En cambio, cuando mencioné a Fidel Sáez de Arteaga, el tipo me sorprendió con un enfado repentino.

—¡Oh, por dios!, ¿otra vez con ese asunto? ¿Es que no tienen nada mejor con lo que entretenerse en su comisaría? La chica se avino a no presentar una denuncia. Hacía apenas unas horas que había sufrido un accidente y había perdido a su novio, todavía estaba confusa. Si se hubiera demostrado que él la había toqueteado les aseguro que yo personalmente le habría abierto un expediente y lo habría puesto de patitas en la calle.

Antes de esforzarme en deshacer el equívoco, me enteré de que el tipo había acumulado dos quejas de pacientes descontentas: en ambos casos chicas jóvenes. Ninguna había llegado a los juzgados. Habían sido acusaciones leves y nunca refrendadas por testigos. Por eso el jefe de personal se inclinaba a defender la inocencia de su empleado y acusaba a sus pacientes y a la ciudadanía en general de querer aprovecharse de la naturaleza delicada de su profesión y servirse del mínimo desliz de cualquier doctor o personal sanitario para presentar una denuncia en los juzgados e intentar rapiñar algo de dinero.

—Aunque tenga razón y todo sean acusaciones sin fundamento, ¿usted diría que el tal Fidel es un tipo normal?

—¿Normal? Quizá ese término les resulte muy útil a los policías, pero a los médicos no nos sirve ni para limpiarnos el culo... —gruñó—. Nadie es normal si lo miras con la suficiente atención. De todas formas, usted no sabe por lo que ese tipo ha pasado. Perdió a una mujer preciosa y a una hija adorable en un accidente de circulación y tuvieron que ingresarlo una temporada en un psiquiátrico para que no se cortara las venas. Las pasó canutas, créame. Cuando volvió a su trabajo, era un hombre mucho más triste y más solitario... ¿Le parece eso suficientemente normal? Supongo que tener mala suerte o haber sufrido mucho no es suficiente para que te consideren un delincuente. Ni siquiera una mala persona.

Tenía razón, por supuesto. Pero también se puede ser una buena persona y estar como un cencerro. Por eso salí de aquel despacho sin haber confirmado ninguna sospecha, pero cargado de funestas intuiciones. Caminé hacia comisaría dando un largo rodeo para poder fumar y pensar. Tres cigarrillos después, antes de sentarme en mi mesa de trabajo, Azucena leyó en mi cara algo parecido al optimismo.

—Vaya, parece que esa última visita le ha devuelto la fe en la humanidad.

—Por supuesto. Visitar a un loquero te permite confirmar que la Humanidad entera está para encerrarla.

Tras explicarle mis dos últimas entrevistas, lo urgí a que me enseñara todo lo que había encontrado sobre el psicólogo. Azucena había cumplido bien el encargo y había preparado un buen expediente.

—Hace seis años perdió a su mujer y a su hija en un accidente de coche: un camión se las llevó por delante. Él no viajaba en el vehículo. La aseguradora le soltó una pasta, como para no tener que trabajar nunca más en su vida. Pero yo creo que una tragedia así no se compensa con dinero. El tipo pasó una temporada de baja ingresado en un sanatorio... Un año después una tal Judith Galcerán, paciente suya, presentó una demanda contra él. Los abogados se pusieron de acuerdo y la cosa no llegó a juicio.

—Deberíamos intentar hablar con esa chica.

—Trataré de localizarla. Desde entonces, no tenemos nada, sargento. Bueno, solo unas cuantas multas de tráfico por exceso de velocidad. Lo curioso es que antes de la muerte de su familia tenía un expediente completamente limpio.

—¿Me estás diciendo que su mujer y su hija mueren en un accidente de circulación y a él le empiezan a poner multas por conducir como un loco?

—Pues eso parece, sí. Tal vez el dolor le produjo una de esas enfermedades raras de la mente y lo transformó.

—Una simple depresión...

—Dicen que las depresiones severas cambian a las personas. Quizá aquella

tragedia lo haya trastornado...

—¿Cuándo sucedió el accidente?

—El 22 de julio de 2006.

—Hace seis años —dije sin poder evitar una sonrisa—. ¿Te das cuenta? Son las primeras dos piezas de nuestro puzle que encajan. ¡Por fin!

—¿Qué quiere decir?

—Solo tres meses después de ese accidente, se produjo la desaparición de nuestra primera víctima, Maria Dolors Ballesté...

—Es cierto. Parece mucha casualidad. Al final tendrás razón tú con esa manía a los psicólogos...

—Tiene que ser él, prima.

Sin embargo, era poco probable que el juez encargado de nuestro caso accediera a conceder un registro con la mera base de unas supuestas quejas que no habían llegado a constar en ningún documento. O la pertenencia a un determinado coto de caza. O la posesión de un vehículo todoterreno de color blanco. O aquella odiosa profesión. Los indicios resultaban demasiado triviales y poco consistentes.

Estos laberintos iba yo deshaciendo en mi mente mientras abría de manera mecánica mi cuenta de correo electrónico. Eliminé tres mensajes sin ni siquiera leerlos, postergué la consulta de otros dos y me topé con el que me había anunciado por teléfono el sargento Benedito, y que ya había olvidado por completo. Con todo lo que estaba sucediendo, con el acecho agobiante de mis superiores, la muerte del profesor y la vida de una chica presumiblemente en juego, me sentí ridículo por haber solicitado ese favor y habría preferido olvidarme del mensaje y de mi oscura historia familiar, pero suponía una descortesía para con un amigo que seguramente se había tomado muchas molestias en complacerme.

Según me decía en su mensaje el sargento Benedito, era casi un milagro que se hubieran conservado unos informes tan antiguos y, además, resultaba un prodigio mucho mayor que mi amigo dispusiera de la red de contactos necesaria para dar con un legajo perdido en el rincón más oscuro de los sótanos oficiales. A no ser por la buena relación que el veterano Benedito guardaba con el antiguo responsable de los archivos, jubilado ya hacía una década, el documento habría seguido descansando plácidamente hasta que alguna reforma lo hubiera condenado a una hoguera purificadora. El exarchivero abandonó su retiro para descender a un sótano mugriento y mohoso, abrir una sala tomada por arañas y ratones, localizar los legajos, desempolvarlos, seleccionar los documentos milagrosamente intactos, desplegarlos con tiento para que no se quebraran, escanearlos y enviárselos

mediante un correo electrónico al sargento Benedito. Tanta solicitud y eficiencia iban a costarle caras a mi excompañero, pero confesaba que le daba igual, porque fuera cual fuera el precio, pensaba cobrárselo con creces a mi costa. Puesto que esperaba un archivo completo cargado de informes poco fidedignos, descripciones falseadas y confesiones a golpe de porra, pedí a Azucena que se acercara para que se hiciera cargo de todo aquel material, lo imprimiera y le echara una ojeada. Sin embargo, ante nuestros ojos se abrió un triste documento de una sola página, escrito con una máquina a la que le tartamudeaban las erres y las jotas, y con una ortografía a la que, en un arrebatado de magnanimidad, podríamos calificar de original.

—Pero ¿su generación no respetaba la ortografía como una religión? — protestó mi compañera cargada de malicia.

—Un apóstata, seguro. Lo debieron de expulsar a una generación veinte años más joven como poco.

—No creo que el hombre pudiera soportar tanta crueldad.

Tuvimos que leerlo varias veces para comprender que Arcadio Boniek Terrats, nacido en Lleida el 21 de agosto de 1945, había sido detenido el 8 de noviembre de 1967 al ser sorprendido en un almacén de la Zona Franca en compañía de otros dos miembros de una célula del PSUC mientras imprimían unos pasquines que tenían como destino ser repartidos por las estaciones de metro del centro de Barcelona. Hasta ahí, la historia seguía el relato que la abuela Rosa nos había explicado. Pero las divergencias no tardaron en llegar y los dos las leímos con la boca abierta.

—Vaya —se exclamó mi compañera—, cuando tiras de un hilo, nunca sabes qué ratón está mordiendo el queso al otro extremo.

Según aquel documento, Arcadio era un informante habitual de la policía, de manera que su interrogatorio había durado tan solo una hora y treinta y cinco minutos. Al parecer, lo pusieron en libertad después de darle un par de golpes que proporcionaran verosimilitud a la detención.

—¡Vaya por Dios! —exclamé sin poder evitar que una sonrisa me saltara a los labios—. ¿Ahora resulta que el heroico abuelo era en realidad un delator?

—¡No... no puedo creérmelo! Tiene que haber algún error. Tengo entendido que antes la policía falsificaba esos informes por si algún día salían a la luz. Desde luego, nuestra mitología familiar recuerda a Arcadio Boniek como a un mártir, no como a un chivato...

—Te recuerdo que eras tú quien aconsejaba echar una ojeada a lo que ha quedado escondido detrás de las puertas cerradas...

Para un tipo descastado como yo, aquello no significaba un mal de tripa. Pero a la gente no le gusta que le remuevan el suelo sobre el que ha decidido

edificar un proyecto de vida. Azucena parecía realmente enfadada.

—Todo esto es muy extraño, sargento. Además, la abuela Rosa nos explicó que Arcadio no se había presentado en nuestra casa de Lleida hasta al cabo de tres días y que lo habían golpeado a conciencia.

Yo sentado y ella de pie a mi lado, nos quedamos mirando en silencio la pantalla como si se nos escapase algún detalle del informe que nos podría desvelar la solución del enigma.

—Si realmente quieres averiguar la verdad del caso, necesitamos hablar con alguien que viviera de cerca aquel episodio y que tenga memoria para explicárnoslo, alguna persona que no sea una parte tan interesada como tu abuela —le propuse.

Azucena continuó en silencio durante unos segundos. De repente, pareció iluminarse con una idea:

—Celes, mi padrino.

—¿Quién?

—El compañero del abuelo Arcadio en Barcelona. Hasta donde yo sé, compartían piso y eran buenos amigos. Es mi padrino de bautizo y siempre me ha tratado como a una hija. Podemos ir a preguntarle.

Y lo habríamos hecho en aquel momento si no hubiera sido porque descubrimos tras nosotros la impresionante y silenciosa humanidad del agente Botargues.

—Coño, Botargues, nos va a matar de un susto —exageré.

—Lo siento, sargento. Es por el móvil.

—¿Qué le pasa a mi móvil?

—El suyo, no, sargento. El de la chica. Ha sido solo un momento. Pero por fin ha dado señales de vida. Al conectarse le han entrado varios mensajes del tipo «¿dónde te has metido?», «¿por qué no contestas?», etc. Después ella, o quien tenga su móvil, ha mandado una respuesta en forma de mensaje de texto: «Prepárate. Por fin nos vamos». Eso ha sido todo. Después, el aparato ha vuelto a apagarse.

En la cara de la agente Artero volvía a lucir la excitación de los casos a punto de caramelo.

—Supongo que lo tienes localizado... —pregunté a Botargues.

—La duda ofende, sargento.

Capítulo 26

Para Damián, María Asunción era Elia.

Y a ella le parecía bien.

Necesitaba ser otra mujer para no tener la sensación de haberse convertido en un bicho abominable, en un monstruo, para borrar la idea de haber traicionado a la chica que era antes, para no sentirse desleal ante las esperanzas que sus padres habían depositado en ella, para no manchar de falsedad los proyectos que había planeado con sus escasos amigos, para no tener que reconocer ante sí misma que, en el fondo, aquella nueva María no le parecía tan mal. Era otra. Muy distinta. Alguien que acababa de romper el precinto de una existencia diferente. Las obligaciones de hija obediente, los estúpidos temarios de las asignaturas, el infierno que significaba la gente que la rodeaba, la angustia de tener que decidir sobre cosas que en el fondo le importaban muy poco... ahora todo aquello parecía un lastre que le había amargado esos últimos años y que había conseguido que se perdiera en el vacío. Quizá era verdad que su vida antigua le aburría y que por eso le había resultado tan fácil alejarse de todo. La cargante solicitud de su compañera de piso, la salmodia de las clases y el fastidio de los exámenes, las sesiones de piscina, los secretos que guardaba tan celosamente en su ordenador... Nada de eso valía la molestia de un ataque de añoranza. De cuanto dejaba atrás, solo sentía el vacío de Elia, su mirada triste, su voz acolchada, sus manos, sus labios perfectos... Había soñado con ella durante buena parte de su encierro, pero también su imagen, como todo lo que había conocido hasta entonces, parecía haberse difuminado entre la niebla de aquel pasado que ya sentía como remoto. A veces creía despertarse teniendo su nombre y su sabor entre los dientes, pero apenas abría los ojos se escapaba su recuerdo, como si no encontrara el rincón adecuado para encajar en su nueva forma de vivir. Se preguntó si podría soportar no volver a verla nunca más y no supo qué responderse.

Ahora Damián la visitaba más a menudo, aunque nunca se quedaba muchas horas seguidas a su lado. Ella le había pedido alguna novela y él le había traído una caja entera, cargada con una colección de las mejores obras de la literatura universal y otros muchos libros antiguos. Había insinuado que le apetecía

hojear una revista y

él había convertido la sala en un quiosco de rigurosa actualidad. Necesitaba partituras y él le había bajado una pila de libretos que, por mucho empeño que pusiera, tardaría años en aprender a tocar. «Añoro la televisión», le comentó una tarde; y él dudó, pero le trajo un viejo aparato, que apenas conseguía reproducir unas imágenes granuladas difícilmente identificables. Intentó seguir las noticias y hasta alguna película, pero el esfuerzo resultaba agotador. En realidad no supuso una decepción muy grande, pues había descubierto que el mundo que dejaba atrás le importaba más bien poco. Por eso pronto arrinconó el aparato y dejó de reclamar la prensa escrita y no volvió a preguntar por el mundo exterior. Consideró que con las novelas y la música iba a tener suficiente.

Su mejor conquista fue un viejo despertador al que tenía que dar cuerda cada doce horas. Jamás había visto uno de esos. Ella había nacido con los relojes digitales. Sin embargo, tener que alimentar aquel aparato con el pequeño esfuerzo de girar una manivela minúscula que asomaba en la parte trasera le parecía una obligación maravillosa, pues le otorgaba la sensación de controlar el tiempo. El único problema era que resonaba con un repiqueteo metálico que parecía rebotar por las paredes de la sala. «¿Cómo puedes soportar ese estruendo? No sé por qué te lo he traído. Parece que todo vaya a estallar de un momento a otro», protestaba Damián. Pero ella ignoraba las quejas, pues el viejo despertador le reportaba una extraña forma de felicidad. Por supuesto, también le ayudaba a organizar su tiempo alrededor de las visitas de Damián, normalmente por la tarde o por la noche.

A partir del momento en que había decidido encarar su encierro desde la nueva perspectiva, su relación con las horas se había transformado. Apenas le daban para leer y practicar al piano. Había montado ella sola una cama de matrimonio que venía milagrosamente empaquetada en una caja de cartón de un tamaño discreto y que habían situado en el rincón opuesto al lavabo, en el lugar más alejado de la bombilla que iluminaba la sala. Había recortado fotos de actores y modelos, que ahora colgaban del corcho de las paredes y que resultaban una compañía poco ruidosa. «¿No te resulta un poco molesto hacerlo ante la mirada de tantos personajes famosos?», bromeaba él, todavía sudoroso. «Son discretos—contestaba ella—, están acostumbrados a que los demás fisgoneen en su intimidad».

Damián nunca se quedaba a dormir la noche entera. Cenaban juntos sentados ante la camilla, definitivamente convertida en mesa, y charlaban sobre el mundo, sobre la vida y la muerte, sobre el dolor y la soledad, sobre los estudios que ella acababa de dejar colgados...

—No me creo que las clases te aburrieran tanto —dudaba él.

—¡Un coñazo, de verdad!

—Alguna asignatura tenía que gustarte...

—No sé. Las de psicología, tal vez. Pero el tipo que las daba era un capullo arrogante que se creía un sabio.

—¿Os habló de Wolfgang Köhler, de Kurt Lewin, de Jean Piaget, de Felix Krueger, de Abraham Maslow...?

—¡Vaya! Solo de alguno de esos nombres. Veo que eres todo un experto. ¿También has estudiado magisterio?

—No, pero conozco bien a los psicólogos.

—¿Por qué? ¿Han hurgado mucho en tu cerebro? —Ella rio, pero él no quiso acompañarla—. Me suenan Lewin y Piaget, pero ese último que has nombrado no creo que lo haya oído nunca...

—Abraham Maslow...—suspiró, como si estuviera evocando a un amigo de toda la vida—, uno de los impulsores de la psicología humanística...

Y se lanzó a una larga perorata sobre el sentido interno de la identidad, sobre el papel de la fuerza de voluntad en la formación de la personalidad, sobre el equilibrio emocional... María lo escuchó hasta el final sin proponer una sola interrupción.

—¡Jo, me dejaste impresionada! —exclamó cuando creyó que la charla había concluido—. En tu boca todo eso hasta parece interesante y comprensible —reconoció la chica con un apunte de admiración—. Sin duda, habrías sido un buen profesor.

En ese momento Damián sí se concedió una sonrisa. Se había levantado de la cama y había recogido su ropa.

—¿Y quién ha dicho que no lo sea?

Con esa pregunta, que había quedado en el aire mientras iniciaba su mutis hacia la puerta metálica, el hombre dejaba claro que no iba a revelar más datos sobre su vida. María apenas conocía un nombre (que acaso fuera falso) y una triste tragedia familiar (que también podía ser inventada). Sentía curiosidad. Quizá porque se sabía en clara desventaja, aunque también ella mentía sobre su identidad. Pero Damián no parecía muy interesado en ofrecerle demasiada información sobre sí mismo.

Aquella noche a María le costó dormir. No conseguía vencer una tristeza que se le escapaba de la boca en forma de suspiros, pero por otra parte había superado la angustia insoportable de los primeros días. Además, tenía que reconocer que Damián le parecía un tipo interesante. Extravagante y engreído, pero peculiar. Sabía que si se hubiera cruzado con él en la vida del exterior no le habría dedicado ni un segundo de atención. En cambio, allí dentro, en las

extrañas condiciones que se habían dado, se sentía un tanto aturdida por su delicadeza y su ternura, por su inteligencia y sus conocimientos, incluso por su empeño en hacerla disfrutar cuando le hacía el amor o lo que fuera aquello que practicaban sobre la cama nueva... Tal vez reconocerlo como una víctima injusta de la dureza de la vida había endulzado su mirada sobre él. Al fin y al cabo la tenía secuestrada. Era un criminal, un manipulador, un oportunista, un aprovechado, el típico macho ventajista que imponía su fuerza como argumento definitivo... Quería convencerse de ello, pero ya no conseguía enfadarse como tan solo unos días atrás. Conocía el síndrome de Estocolmo, lo había descubierto en una película y había leído un artículo sobre él: la víctima de un secuestro o de una violación desarrolla con frecuencia un vínculo afectivo con su secuestrador al interpretar la interrupción de la agresión física como un rasgo de humanidad que acerca a víctima y agresor. Pero no, no creía que se tratara de eso. El tipo nunca había llegado a hacerle daño. Incluso la había salvado de una muerte segura. La había curado y alimentado. Le había comprado medicinas. No había dejado de preocuparse por ella... Y, sin embargo, seguía allí encerrada, sin poder comunicarse con nadie, sin poder ver la luz del sol o respirar el aire de la calle. La cabeza de María ardía entre contradicciones.

—¿En qué me has convertido? —le reprochó María aquella misma tarde, todavía desorientada por la nueva situación—. No soy ni tu esclava. Soy un simple juguete. Uno de los animales que mataste aquel día, cuando saliste a cazar y me encontraste.

—Efectivamente. Salí de cacería una mañana y me topé contigo. No eres la pieza más difícil que he cobrado —se burló él.

—Estaba medio muerta. ¿Qué resistencia iba a poner? Tengo entendido que un cazador auténtico se mide por la dificultad que propone la pieza que pretende cazar. Yo no llego ni a la categoría de trofeo.

—No creas. Muchos cazadores cuelgan en sus salones las cabezas de los animales que han cobrado no por la dificultad que la caza les haya planteado, sino por la belleza de la bestia capturada.

—Vaya, tendré que considerar un halago que mi cabeza acabe colgada en una pared de ese comedor de ahí arriba, que por cierto nunca he visto.

—Eres una chica muy guapa. Tienes un cuerpo precioso. No quiero colgarte en ninguna pared. Aunque, ahora que dices eso, sí me gustaría filmarte y exhibirte tal como eres, rabiosamente bella.

—¿Exhibirme? ¿Desnuda? ¿Vas a pasearme en una urna por los alrededores de dondequiera que estemos?

Damián se acarició la barba mientras se concentraba en valorar esa idea.

Después estalló en una carcajada.

—No, querida —dijo entre hipidos de risa—, me limitaría a colgar un vídeo tuyo en internet para que el mundo entero pudiera contemplarte y admirarte.

María le aguantó la mirada durante unos segundos. El azul de sus ojos temblaba como nunca. Reconoció que no estaba bromeando.

—Antes —siguió Damián—, filmaba a mi hija mientras tocaba el piano o mientras actuaba en una función del colegio, como hacen otros padres; pero después me gustaba colgar en internet esas grabaciones para que el mundo entero las viera y envidiara al padre de esa niña maravillosa y deseara tener una hija como aquella.

—Yo no soy tu hija. Tampoco soy una niña prodigio.

—Lo sé.

—¿De verdad quieres lucirme como el cazador que se fotografía junto al elefante que acaba de fulminar de un balazo?

—Mejor una pantera. Pero sí.

María sonrió divertida, como si todo aquello fuera un simple juego. Le pareció a la vez un halago y una humillación. Una nueva contradicción que sumar a las que ya poblaban su cabeza. Pensó que a lo mejor ese vídeo era una oportunidad de librarse de su encierro. Si realmente llegaba a ser exhibido en internet, le daría presencia fuera de su cárcel. Tal vez algún conocido, amigo o familiar lo viera. Tal vez se preguntaran dónde estaba, por qué había desaparecido y qué se había hecho de ella. Era consciente de que había dejado atrás el horror de los primeros días y de que su vida actual le estaba descubriendo algo de ella que ni siquiera conocía, pero también se daba cuenta de la extrañeza de su situación y sabía que tarde o temprano volvería a sentir la urgencia de salir corriendo.

María empezó a desnudarse y él corrió al piso de arriba a buscar una cámara digital y una lámpara de pie. Tras unos breves preparativos, Damián filmó el cuerpo de María durante mucho rato, recreándose en sus ojos, sus labios, sus pechos... Ella posó sin recato ni vergüenza.

—¡Eres tan escandalosamente bella...!

María sonrió halagada y pensó que tal vez su carcelero se estuviera enamorando de verdad de ella.

—Hace días que quiero hacerte una pregunta, Damián.

—No voy a explicarte nada sobre mi vida.

—Lo sé. No quiero preguntarte más por tu familia o por tu oficio. Pero quisiera saber si ha habido alguna otra antes que yo.

Sorprendido por aquella curiosidad inesperada, Damián detuvo la filmación y la miró con extrañeza.

—¿Por qué te importa eso?

—En el peine del lavabo había un pelo largo y rubio.

—¿Y qué más da?

—No voy a entregar todo lo que he sido y todo lo que podría llegar a ser para convertirme en una más.

Damián volvió a apretar el botón de filmación y, como un niño enfurruñado, masculló entre dientes:

—Tengo derecho a ti.

—¿Por qué, porque el mundo te quitó a tu esposa y a tu hija? ¿Porque has sido muy desgraciado?

—Porque te he cazado.

María no pudo reprimir el mismo brote de risa que habría soltado ante la ocurrencia de un niño. Por primera vez lo vio como un ser débil, como un crío antojadizo.

—¡Vaya, eres el gran cazador! Así que yo soy Meryl Streep y tú Robert de Niro. Creo recordar que era una historia amarga, de amistades y futuros rotos. No consigo recordar si termina mal.

Damián apagó la cámara y recogió la lámpara en silencio. Ella lo miró con dureza. Esa noche no hicieron el amor.

* * *

Una madrugada, cuando Damián abandonó la sala tras una agitada sesión de sexo, María no oyó el giro de la llave que cerraba la puerta metálica. Dejó pasar unos minutos y después se acercó lentamente.

Aunque todavía renqueaba, ya se había deshecho de las vendas y la férula del pie y podía desplazarse con una cierta soltura. Le había quedado una fea cicatriz por encima del tobillo y había perdido toda la musculatura de la pierna, que ahora parecía raquítica; pero podía caminar.

Presionó el tirador de la puerta y esta se abrió mansamente, con el mismo leve chirrido que había estado escuchando a diario las últimas semanas. Notó que las manos le temblaban. Ante ella se abría la oscuridad de una escalera que ascendía muy arriba. Tragó saliva e intentó respirar profundamente. Era su oportunidad. Aunque desconocía qué iba a encontrar al final de esos peldaños, sabía que esa era la primera ocasión real de escapar que se le presentaba. Tal vez fuera la única. De hecho, Damián no había tenido ni un solo descuido hasta entonces. Por mucho que la relación entre los dos hubiera perdido la tensión de los primeros días, él jamás olvidaba tomar sus precauciones, como evitar introducir objetos susceptibles de ser usados como arma o cerrar la puerta con llave tras de sí.

María hizo el gesto de levantar su pie derecho para cruzar el umbral, pero

alguna fuerza interior la retuvo. Su amante y carcelero era una persona escrupulosa, que parecía tener calculado hasta el más mínimo detalle. ¿Y si aquella puerta abierta era tan solo una prueba de confianza? Tembló de nuevo al imaginar la posibilidad de perder de golpe todos los privilegios que se había ido ganando poco a poco. Devolvió el pie al interior de la habitación y contempló con una mezcla de miedo y de odio la oscuridad de la escalera. Al girarse para volver a su rutina de lectura y ejercicios de piano, recuperó de golpe la entereza y el vigor que unos segundos atrás la habían abandonado. Tal vez su destino estaba justo allí, entre esas cuatro paredes. Cuando llegó a la altura de la cama, la chica decidió desandar unos metros para situarse de nuevo ante la

puerta. La abrió de par en par e interpuso la silla para asegurarse de que no se cerraba. Si toda aquella situación era fruto de un descuido, quería que él supiera que ella había visto la posibilidad de escapar, pero que había decidido quedarse.

Mientras ejecutaba unas partituras de Bach, se sorprendió al darse cuenta de que hacía días que ni siquiera había pensado en matar a su carcelero. Desde aquel acto de claudicación, Damián la había tratado con delicadeza. Él jamás pedía, de manera que era ella quien se había acostumbrado a ofrecer. Era ella quien decidía la música que escucharían. La comida del día siguiente. La manera de hacer el amor. Cada una de sus decisiones le proporcionaba una curiosa sensación de control, de estar al mando. Después de tanto miedo, tanto dolor y tanta humillación, resultaba una sensación rara, pero gratificante.

Como mínimo todo aquello le estaba sirviendo para desenmascarar la estupidez e inconsistencia de la vida que había estado llevando fuera de aquellas paredes. Hacía tiempo que sabía que no le gustaba estudiar lo que estudiaba. Odiaba las clases de didáctica, de inglés, de sociología y metodología. Le molestaba la vagancia y el ingenuo sometimiento de sus compañeros. La asustaban tanto la incertidumbre de su futuro laboral y personal como la insipidez de un destino como maestra de escuela. Era incapaz de entender el mundo de sus padres. Odiaba la vida del pueblo y las tareas del campo, pero tampoco conseguía adaptarse del todo a la ciudad. Si no fuera por la natación y por Elia, nada digno de ser añorado la esperaba al otro lado de aquella puerta.

Vivía aquellas dudas como una traición infamante, pero por otra parte no le resultaba difícil sentirse a gusto con aquella nueva vida, tan extraña y tan estafalaria, pero tan despreocupada. Entre esas cuatro paredes todo resultaba claro y sencillo. Dar y recibir en la misma proporción. Entregar su libertad a cambio de no tener que tomar grandes decisiones. Ni sufrir decepciones. No le

hacía falta cumplir con aquellas convenciones sociales que tanto la irritaban. Ni siquiera estaba obligada a escuchar la inagotable salmodia de su madre sobre la necesidad de labrarse un futuro.

Le habría gustado disponer de un ordenador y de un móvil. Chatear con sus amigas. Mandar y recibir algunos de esos chistes idiotas que alegraban las clases aburridas. Pero hasta esos lujos le resultaban prescindibles. Lo único que verdaderamente añoraba era la luz. La luz y Elia. De repente se sorprendió de recordar que Elia significa luz, por lo que en realidad añoraba una única cosa. Nunca se había dado cuenta de lo importante que era para ella ver el sol y sentir su caricia.

Cuando Damián regresó, parecía enfadado, pero no hizo ningún comentario ni demostró ninguna sorpresa ante la puerta abierta. Tampoco se tomó la molestia de cerrarla. Aquella noche, cuando ella le pidió que le hiciera el amor de alguna forma diferente, y quizá disparatada, él la miró con asco; pero después le arrancó la ropa y la folló con rabia y no dudó en estrangular su garganta y abofetearla y hasta dejar la marca de sus dientes sobre la blanca piel de sus senos. Como si sintiera que merecía alguna forma de castigo, María casi agradeció toda aquella violencia, pero en la profundidad del azul de los ojos que la contemplaban le pareció redescubrir la clase de locura que había intuido aquel primer día, cuando ya las fuerzas le fallaban y consiguió levantar la vista para descubrirlo enmarcado en la ventanilla del Audi accidentado y sentir la fiebre de su mirada y la certidumbre de que aquellos dos cañones que la apuntaban directamente a la cara iban a abrir fuego en cualquier momento. Se dijo que tal vez tras aquella barba espesa habitara simplemente un desequilibrado.

Después, cuando ya descansaban, todavía resollando y los cuerpos cubiertos de sudor, ella acercó la boca al oído de él:

—Necesito la luz —dijo tan solo.

* * *

Un mañana de sábado, tras la excepción de una noche compartida y una discusión mínima, Damián le ordenó que se vistiera. No abrió la boca mientras ella, enfurruñada, se ajustaba la falda y protestaba sobre lo poco que sabía de él, sobre la estrechez de su mundo, sobre la necesidad de salir de aquel pozo, sobre el dolor de sentirse apartada... El hombre la cogió de la mano y tiró de ella hasta la puerta.

—¡Vamos, ven! —la animó a cruzar con una voz agria.

Ella dudó, intentaba descubrir qué amenaza se escondía tras aquella orden, cuál era la trampa. Pero él volvió a tirar de su mano y ascendieron por una escalera mal iluminada. María notó que las piernas le temblaban. Debilidad, la

falta de práctica, el pie dañado, se justificó. Damián se le adelantó en el último escalón y abrió una puerta de madera pintada de blanco, que derramó por la escalera una luz amarilla y suave. El hombre tuvo que tirar de ella para que pusiera los pies en un largo pasillo con un suelo de madera desgastada. María seguía temblando. El cambio de temperatura, se dijo. Es otoño, recordó. El minúsculo fragmento de vivienda que estaba contemplando le pareció casi abandonado, sucio y decorado con un gusto de otra época. La luz matutina, que se filtraba a través de unos visillos blancos de gasa situados ante una ventana en uno de los extremos, se le antojó desconocida y poco estimulante.

—¡Vamos! —la apremió Damián para que avanzara.

Pero ella permaneció parada, fascinada ante aquel nuevo mundo, tan frío, tan poco acogedor, tan diferente al que había imaginado durante sus largas horas de encierro. Estudió las paredes, que multiplicaban un motivo floral impreso sobre un papel que hacía tiempo que amarilleaba. Calculó la altura excesiva del techo, con molduras de otro siglo.

El único mueble que tenía a la vista, en un tramo de pared entre dos puertas cerradas, era una vieja consola

de madera labrada con dos estantes y un armazón sostenido sobre cuatro patas contorneadas en espiral. Era una pieza de anticuario, de formas retorcidas, clásica y seguramente valiosa que parecía desprender una intensa luz rojiza, a pesar de que lo cubría una gruesa pátina de polvo. En la plataforma inferior, vio un teléfono móvil, un HTC. De inmediato reconoció la grieta que cruzaba la pantalla como un rayo. Era el suyo, el que había oído agonizar bajo la lluvia mientras ella creía morir atrapada dentro del coche del profesor. Le habían sacado la batería. Tal vez ni siquiera funcionase. Junto al aparato, estaban las llaves de un coche. Sobre la plataforma superior, destacaban dos marcos de madera, también antiguos, que acogían sendas fotografías. En la primera, una niña de larga melena morena rematada en una diadema de pasta blanca sonreía de pie, ante un piano de media cola situado en mitad de un escenario. En la cara de la niña se reconocía la liberación de una tensión, como si acabara de finalizar la ejecución de una pieza largamente ensayada y ahora su sonrisa agradeciera y celebrara los aplausos que un público de otro tiempo y otro lugar le estuviera dedicando. La viveza de la luz y la intensidad del color de la foto contrastaban con la antigüedad de la madera agrietada y erosionada por el tiempo y, quizá, por la acritud de los recuerdos. Quien hubiera elegido aquel marco tal vez pretendía alejar de sí aquella imagen. O a lo mejor todo lo contrario: convertirla en un recuerdo atemporal, allí presente por los siglos de los siglos. En la segunda fotografía, de mayor tamaño, una mujer que debía de atravesar la mitad de la treintena, también morena y cuyos ojos se quejaban de

la intensa luz solar, apoyaba sus manos sobre la misma niña de la imagen anterior, aunque con un par de años menos. Las dos, descalzas sobre la arena, posaban ante un mar tranquilo y sonreían confiadas a la cámara, como si el futuro no las inquietara en absoluto. El fotógrafo había conseguido plasmar la simpatía de los rostros y la belleza y la dulzura de un momento seguramente feliz.

—¿Son ellas?

Damián no contestó. Interpuso su cuerpo entre los ojos de María y las fotos y tiró de la mano de la chica para arrastrarla. Caminaron despacio por un suelo de tablas que habían perdido la capa de barniz hacia una puerta con cristales esmerilados que iluminaba un recibidor con un perchero de varas arqueadas y un paragüero que acogía dos paraguas: uno negro con el mango deslustrado y otro pequeño de color rosa. Colgada en la pared de una escarpia oxidada, tras la puerta de entrada, una carabina de balines que no habría desentonado en un museo. Pero también una escopeta de caza de cañones superpuestos.

María las reconoció al instante.

—¿Son ellas? —insistió.

Él se detuvo y se giró para dedicarle una mirada de un odio destilado, pero no contestó. A ella ese silencio le pareció otro motivo de tristeza. Aprovechó que se habían detenido para intentar percibir algún ruido que diera vida a la casa. Pero solo supo percibir un silencio de mansión deshabitada.

En las paredes, unas acuarelas de colores pastel que quizá nunca habían sabido mostrar la luz de los paisajes que representaban acentuaban una congoja que María no supo atribuir a ningún detalle concreto.

—¿Vive alguien más aquí?

Su curiosidad resonaba como desde la profundidad de un pozo del que tal vez todavía no había conseguido salir. El hombre avanzó unos metros hasta la puerta exterior y, cogido del pomo, de nuevo giró el rostro para mirarla con una pena que consiguió conmoverla. Cuando abrió la puerta de entrada, un repentino baño de luz cegó a María. Con los ojos cerrados, se dejó acariciar por una brisa perfumada. Caminó a tientas siete pasos hasta el límite de un porche de tablas resacas y quejosas y poco a poco sus ojos se fueron abriendo y fue capaz de admirar la magnificencia de un mediodía de otoño. Un escalofrío recorrió su espalda y la piel se le erizó. Acostumbrada a la temperatura invariable de su pequeña prisión, ahora realmente temblaba de frío. Ella vestía un polo de manga corta y una falda hasta media pierna, sin medias ni ropa interior. Levantó la mirada e intentó calcular cuántos días llevaba sin ver el cielo. Una bandada de pájaros desfiló en formación ante ella.

Cuando quiso sonreír, las lágrimas ya habían tomado posesión de sus mejillas. En ese momento se dio cuenta de que hacía días que no lloraba.

A su alrededor solo había unos pocos metros de jardín invadido por las zarzas y las malas hierbas, y un castaño de una de cuyas ramas colgaban los restos de un columpio. Las cuerdas, deshilachadas por la acción del abandono y la intemperie, amenazaban con rendirse y precipitar la oxidada plataforma metálica. Tal vez el jardín hubiera sido en otro tiempo esplendoroso y lleno de vida, pero ahora acusaba una dejadez absoluta. Adjunto a la casa, había un gran almacén con una puerta metálica cerrada y un coche aparcado justo delante. Apenas veinte metros más allá, comenzaban unas largas hileras de árboles frutales que ya habían dejado caer sus hojas y un estrecho camino de tierra que se perdía muy a lo lejos, tras una curva a la derecha.

El frío o el desasosiego llevó a María a iniciar un leve movimiento lateral para acercar su cuerpo a Damián, pero una extraña sensación la retuvo. La piel del hombre le había transmitido una incomodidad desconocida.

—¿No temes que eche a correr?

Damián había perdido la mirada en algún punto indeterminado entre la plantación de perales. Sus ojos reaccionaron con un pestañeo rápido, como sorprendidos de descubrir que la chica todavía se hallaba a su lado.

—Aunque quisieras irte, sería difícil que consiguieras llegar a alguna parte —dijo despacio, con una voz fatigada. María intentó averiguar el sentido y alcance de aquellas palabras.

—Tal vez no quiera ir a ningún lado.

Damián volvió a quedarse en silencio mientras los dos contemplaban la profundidad del camino.

—Esta no es tu casa, Elia.

Era una voz temblona, diferente. Una voz que vibraba como en un aullido. Una voz que dudaba. Quizá la voz de un loco. Buscó los ojos del hombre, pero este mantuvo la mirada emboscada en aquel horizonte de pensamientos adonde la había arrojado.

—Eso me ha parecido, aunque apenas me has dejado ver un pasillo y dos fotografías. Es la casa de unas muertas.

María había girado su cabeza para poder estudiar el rostro de su acompañante y lo vio tragar saliva con dificultad. Por primera vez fue consciente de la absoluta debilidad de aquel tipo. Se dio cuenta de que él intentaba escoger cuidadosamente sus palabras.

—No es tu casa —repitió—. Yo vivo aquí arriba rodeado de mis fantasmas y por eso me ha costado tanto comprender que tú no encajas entre ellos.

—¡Joder! ¿Temes que los espante? ¿O que me descubran y se enfaden

contigo? No puedes tenerme toda la vida encerrada en ese agujero.

—Lo sé.

—Hubo otra, ¿verdad? El pelo enredado en el peine del lavabo... Pero en esas fotos... ellas...

—Morenas, muy observadora. Aunque, ¿qué quieres que te diga?

—La verdad, tal vez.

Damián cerró los ojos y se tomó unos segundos para disfrutar del aire perfumado.

—Hace mucho... Pensaba que no volvería a pasar nada parecido... Robar a alguien de su mundo y darle una vida nueva, diferente, paralela. Pero entonces, tú, allí, casi muerta... Revivirte era casi una forma de hacerle justicia a aquella otra chica. Tenía más o menos tu edad y también era estudiante. Pero fue un error terrible. Estaba confundido, ni siquiera podía pensar con claridad. Acababa de hundirse mi vida y creía que el mundo me debía algo. Ella era una chica malcriada que no había aprendido a soportarse a sí misma. Por eso fue incapaz de estar sola ni siquiera unos días. Utilizó una sábana para colgarse del techo del sótano.

—Ni siquiera tuviste valor para deshacerte de ella...

—No, no fue eso...—dudó con un apunte de temblor en su voz—. Ella era un ser débil. No como tú.

María pensó que el hombre que la había encerrado era en realidad un prisionero y ese pensamiento la hizo sentir fuerte y confiada.

—¿De verdad te importa?

—No tenía que morir. Tampoco es justo que tú... Al principio no me importaba, porque sabía que habías perdido tu primera vida, la que nos asigna el azar de un lugar y una época y unos padres cualesquiera... Yo te estaba dando la oportunidad de vivir otra muy diferente y quizá mejor. Pero ahora... No sé... Tal vez no pueda ofrecerte nada realmente valioso y tú ya me has dado todo lo que podías darme.

Lo había dicho con una voz suave y dolida, despacio, como aceptando la inevitabilidad de un destino previamente escrito. María se separó un palmo de él para poder contemplarlo mejor.

—¿Qué estás diciendo?

Había más dolor que interés en aquella pregunta. En vano, esperó una respuesta.

—¿Qué coño estás diciendo? —insistió masticando en las palabras una rabia repentina con sabor a limón.

Dio un paso atrás para alejarse todavía más del hombre y ampliar la perspectiva. Aquel no era el tipo que había imaginado. También él sentía

flojera en las rodillas. Era un ser mezquino y egoísta. Carne blanda. De repente comprendió que aquello que creía que se hallaba en sus inicios, en realidad estaba a punto de acabar. Esa revelación le produjo una extraña mezcla de liberación y de cólera. Tal vez aquel cabrón había decidido matarla y el regalo de aquella luz era en realidad la concesión de un último deseo. El pitillo mientras el pelotón montaba sus armas. María recordó la escopeta de cañones superpuestos del recibidor y buscó en su mente un punto de serenidad para volver a preguntar:

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Damián mantuvo los ojos cerrados durante unos pocos segundos para evitar topar con el enojo y el espanto de la mirada de la chica. Por primera vez desde que había empezado toda aquella historia se sintió sucio y cobarde. Tuvo que reunir fuerzas y valor para atreverse a contestar.

—Lo llevo pensando unos cuantos días. Mañana...

—¿Qué pasará mañana, cabrón? —lo interrumpió.

Damián encajó el insulto sin ninguna protesta, pero aquella ofensa mínima le dio fuerzas para acabar la frase.

—Mañana te vendaré los ojos, te subiré a mi coche y te devolveré al mismo lugar de donde te saqué...

—¿Al bosque? ¿Cómo si nada hubiera pasado? ¿Como si todo esto hubiera sido un simple error del calendario?

—Eso es, un error del calendario. Será lo mejor. Encontraron el coche y encontraron el cadáver de tu amigo, pero a ti nadie te echó en falta. Al menos tu nombre no salió en los diarios... Ya hace días que los policías y la gente que te buscaba se fueron del bosque y ahora ya es improbable que encontremos algún cazador por allí.

—Dime, ¿maquinabas toda esta mierda mientras te hacías el duro, mientras me explicabas el sentido de la vida y mientras me follabas? Me has estado mintiendo todo este tiempo...

El reproche consiguió que la voz del hombre volviera a flaquear.

—El pueblo no está lejos del lugar donde te encontré. Ahora ya caminas sin problemas, solo tendrás que andar dos o tres kilómetros y darás con una carretera. Podrás recuperar tu antigua vida. ¿No es lo que querías?

María sintió que de nuevo la rabia la llenaba.

—No entiendes nada... Te mereces todo lo malo que te haya pasado. ¿Ni siquiera vas a tener el valor de matarme, hijo de puta? ¿Qué mierda de tío estás hecho? Te desharás de mí como si esto solo hubiera sido un rollito de final de verano... ¿Qué vida crees que me está esperando ahí fuera? Tú te has encargado de acabar con todo lo que podía interesarme. Me lo dijiste, ¿no lo

recuerdas? Me dijiste que lo olvidara todo, que mi mundo se había terminado para siempre, que algo nuevo y fabuloso estaba empezando...

Damián bajó los dos escalones del porche y se alejó unos pasos. Se giró, pero siguió sin mirarla directamente a los ojos.

—Nada dura siempre. Eres una chica muy joven y estás llena de fuerza. Eres capaz de soportar cualquier contratiempo y esa es una virtud que muy pocos tienen. Tal vez esta experiencia te haya servido para descubrir quién eres en realidad y cuál es tu papel en el mundo. No te costará volver a ser la chica que eras antes, si es eso lo que quieres.

—¿Volver a esa mierda...?

—Bueno, quizá no... Todo esto ha tenido que servirte de algo... Ahora tienes la oportunidad de decidir el tipo de mujer que vas a ser.

—¿Pretendes que te agradezca que me hayas abierto los ojos, cerdo cabrón? Eres un puto tarado, un vulgar oportunista. Podría acudir a la policía.

A pesar de la contundencia de esas palabras, el reproche había empezado a abandonar la voz de la chica. Había sido una voz fría, sin dolor ni emoción, como si solamente fuera una reflexión en voz alta.

—Hazlo, si quieres. Yo no estaré allí para impedírtelo. De cualquier modo, vas a tener que dar muchas explicaciones e inventarte muchas mentiras. La policía, tus familiares y tus amigos, todos querrán saber qué te ha pasado durante estas últimas semanas, con quién has estado, dónde te has metido... Cuando les digas que te han secuestrado, tendrás que explicar qué hacías en el coche del que te saqué... Si te atreves a decir la verdad, te torturarán con más y más preguntas y comprobaciones. Te obligarán a sentirte culpable. Querrán que te sientas humillada. Querrán que expliques al mundo qué se siente cuando uno mira al monstruo directamente a los ojos. Durante años te marearán y te obligarán a acudir a alguna comisaría para reconocer a alguno de los delincuentes o sospechosos que hayan capturado. Tal vez uno de esos acabe siendo yo y ni siquiera me reconozcas. Tienes que saber que yo no estoy fichado y que, por muchas fotos que te enseñen, lo más probable es que nunca des con la mía.

—He visto cómo es esta casa y tengo tu cara grabada. También sé tu nombre. No es muy corriente.

Damián dudó. Su voz expresaba tanto dolor como cansancio. Por fin se atrevió a mirarla a los ojos.

—¡Ya! Tal vez no te sirva de mucho.

—¿También en eso me has engañado?

—Si quieres ahorrarte todo ese sufrimiento inútil, también te queda la opción de volver a tu vida de estudiante, como si regresaras de una especie de

retiro espiritual en algún pueblecito de la montaña, como si todo esto hubiera sido tan solo un paréntesis, una experiencia más, una especie de extrañas vacaciones.

—Unas extrañas vacaciones...—repitió maquinalmente, como si necesitara un segundo de pausa para entender

lo que acababa de oír—. No sabes el esfuerzo que he tenido que hacer para llegar a convencerme de que valía la pena dejar de ser quien era... No sabes la rabia que he tenido que tragarme. Y ahora me dices que todo era una simple broma, unas vacaciones raras y me arrojas de nuevo a la vida de la que nunca tendría que haber salido.

—Todo se acaba, Elia.

—Sí, todo se acaba —se dijo en un susurro, como si buscara la verdadera profundidad de esas palabras.

Capítulo 27

Martes, 13 de noviembre

Preparar una operación de rescate exige tiempo y planificación, exquisiteces que, en nuestras circunstancias, no podíamos permitirnos. Aunque no supiéramos exactamente si íbamos a salvar a una rehén o a capturar a una asesina, en el ambiente se respiraba una sensación de urgencia, como si tuviéramos la certeza de que la vida de la chica dependía de nuestra rapidez y de nuestra eficacia, aunque no existían indicios concretos que lo certificaran. Además, habían pasado trece días, y eso era mucho tiempo.

«Tráiganla viva», había ordenado el intendente De Gea como quien lanza una frase para pasar a la historia.

«No vuelva a cagarla», había amenazado el subinspector Busquet, aunque no quedaba descartado que esperara que pasase todo lo contrario.

Hasta el sargento Sainz de Heredia se acercó con la cabeza gacha y me palmeó la espalda sin decir ni pío, quizá torturado por no haber sabido salvar a la primera chica, por lo que casi tuve la tentación de pensar que no era un capullo indeseable y que guardaba una pizca de dignidad en algún rincón de su cerebro.

Reunimos el equipo en los bajos de la comisaría e informamos de los pormenores a los agentes que iban a participar en el tinglado. Mientras unos asignaban las funciones, otros estudiábamos en las fotografías de satélite de Google las condiciones de la finca cercana a la población de Camarasa, desde donde se había mandado el mensaje telefónico. Mientras planificábamos el asalto sobre un mapa, recibí la llamada apresurada del agente Botargues.

—He identificado el teléfono con el que se ha comunicado el móvil que tenemos pinchado, sargento. El aparato está a nombre de una tal Elia Espín Rubinat. ¿Le dice algo?

Era de esperar.

—Mucho, agente. Me dice que probablemente no vamos a conseguir nada con toda esta movida.

Si María Asunción sabía que la estábamos buscando, no tenía sentido que usara su móvil y se quedara a esperar que lo localizáramos y corriéramos a

detenerla. Lo más lógico era pensar que, cuando nosotros llegáramos, ella ya no estuviera en el lugar desde donde se había realizado la llamada. Por otra parte, si la chica estaba libre y con capacidad para comunicarse con cualquiera, parecía lógico suponer que no estábamos ante ningún secuestro, sino ante una desaparición voluntaria. Tras haber participado en el asesinato del profesor, la nadadora vengativa habría decidido esconderse, tal vez en compañía de su cómplice. Eso explicaría su actitud despreocupada en las imágenes del vídeo, aunque también provocaba que el vídeo en sí dejara de tener sentido y convirtiera en un juego tramposo y malévolos el mensaje silencioso a través del movimiento de sus labios.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de que no fuera María Asunción quien se había puesto en contacto con Elia. Era el móvil de la chica desaparecida, por supuesto, pero en realidad podía haberlo usado cualquiera. Quizá el secuestrador y la belleza del sanatorio habían urdido un plan rocambolesco para deshacerse del profesor y de María Asunción...

En realidad, la recuperada actividad de aquel teléfono no despejaba muchas incógnitas, aunque sí acrecentaba la posibilidad de que todo aquel asunto acabara con un final más o menos feliz.

—Tal vez deberíamos enviar a alguien a cuidar de Elia —le propuse a Busquet, consciente de que el mensaje del móvil sumía nuestro operativo en la más absoluta incertidumbre.

—¿Le parece que empleamos pocos agentes en este circo que ha montado? —gruñó.

No me atreví a protestar, pues mi situación seguía pendiendo de un hilo próximo a romperse. Aunque algo se retorció dentro de mi estómago.

El dispositivo policial estuvo preparado a las siete y veinte de la tarde. El intendente de la Región Policial encargó el despliegue al veterano subinspector Santos y puso a su cargo cinco patrullas de mossos para el asalto a la torre donde presuntamente podía estar retenida la joven María Asunción Burgués. A las siete cuarenta y cinco, todo el mundo había tomado posiciones alrededor de la masía y estaba preparado para intervenir. Mientras el subinspector, el secretario del juzgado, la agente Artero y yo esperábamos impacientes en el coche-patrulla desde donde se coordinaba la operación, el resto de los policías avanzaron sigilosamente por los campos de perales y paraguayos hasta rodear la casa, un edificio de dos plantas de aspecto anticuado y funcional al que varias generaciones habían ido añadiendo ampliaciones, parches y remodelaciones en un inacabable atentado contra el buen gusto. Un viejo jardín con castaño y columpio se moría de pena. La

puerta metálica de un gran almacén, donde se debían de concentrar las actividades agrícolas, permanecía cerrada. No se veían animales que arruinaran la sorpresa de nuestra aproximación; tampoco vehículos que anunciaran la presencia de otras personas. A la vivienda se accedía mediante tres escalones y una tribuna de madera parcialmente cubierta por un porche que reclamaba a gritos una brigada de asistencia primaria. A través de los prismáticos se divisaba una única sala iluminada, seguramente un salón o comedor, pero no se apreciaba movimiento. En principio, las órdenes fueron observar y esperar. Observamos y esperamos. Al subinspector se le acabó la paciencia después de una hora y diez minutos; entonces decidió que una patrulla se acercara a los muros de la casa e intentara descubrir qué pasaba en su interior.

—Ni un alma, Santos —fue el mensaje que el cabo encargado nos envió a través del comunicador—. Aquí no se mueve nada.

El resto de las patrullas avanzaron arma en mano hasta parapetarse alrededor de la casa. Cuando el subinspector dio la nueva orden, las patrullas empezaron a entrar por la puerta principal y la trasera, que ni siquiera estaban cerradas con llave. Se suponía que los agentes entraban sigilosamente, pero la madera del entarimado crujía bajo el peso de las botas con gritos de animal herido. Si había alguien dentro de aquel edificio, tendría que estar como una tapia para no oírnos entrar.

—Esto está vacío —informó de nuevo el cabo.

Conduje nuestro coche por el camino de tierra hasta la misma entrada del edificio y descendimos los cuatro ocupantes. La primera inspección ocular al interior de la vivienda parecía haber concluido y el sargento responsable se disponía a informar al subinspector cuando el grito de un agente nos devolvió al estado de alerta.

—Aquí hay algo, subinspector.

Se trataba de una puerta por debajo de la cual se filtraba un hilillo de luz. Todo el mundo volvió a empuñar su arma. Una patrulla se dividió a ambos lados de la puerta situada en mitad de un pasillo. El cabo la abrió procurando no hacer ruido. Ante nosotros teníamos una escalera empinada y mal iluminada que descendía hacia un sótano. Los agentes apretaron los dientes y empezaron a bajar de uno en uno. Oímos el leve crujido de los peldaños de madera

y el chirrido amortiguado de otra puerta que se abría como en otro mundo. Pasaron varios minutos antes de que la voz del cabo anunciara que no había peligro y reclamara nuestra presencia.

Descendimos en silencio, convencidos de que estábamos asistiendo al final

de una historia. Había poca luz. Atravesamos una puerta metálica al pie de la escalera y accedimos a una gran sala con el suelo cubierto de una especie de goma verdosa y paredes forradas de corcho. Una triste bombilla pendía a unos pocos centímetros de nuestras cabezas. Una estufa eléctrica encendida cargaba el ambiente. Aquella podía ser la habitación donde se había grabado el vídeo que habíamos descargado de internet. Efectivamente, arrinconada junto a la pared opuesta a la entrada, había una especie de camilla. En el otro extremo, una cama grande, perfectamente hecha y con una manta doblada a los pies. En el suelo, una bandeja con restos de comida. Pegado a una pared, un piano electrónico con un piloto rojo encendido.

Avanzamos hacia el círculo que habían formado los agentes de la patrulla, quienes nos tapaban la visión. Tuvimos que pedirles que se apartaran para abrirnos paso y poder contemplar el cadáver que yacía sobre el suelo de aquel sótano tétrico. Fidel Sáez de Arteaga, experto en apoyo al paciente del hospital Arnau de Vilanova de Lleida, ya nunca toquetearía a ninguna otra chica. Ahora yacía en el suelo. A su lado, una escopeta de caza de cañones superpuestos. La sangre del hombre, todavía fresca, dibujaba, como el aura de los santos de las pinturas antiguas, un círculo casi perfecto que enmarcaba lo poco que quedaba de la torturada cabeza del psicólogo.

* * *

—¿Una chica puede cambiar tanto?

Azucena contemplaba con una mueca de horror lo que quedaba de Fidel Sáez de Arteaga Burriel, pero la pregunta se le había escapado como un susurro casi dulce, como si solo se lo preguntara para ella.

—¿A qué te refieres?

—El corcho de la pared...

Estudí por un instante las caras de personajes famosos enganchadas con chinchetas en uno de los muros. Ellos habían sido testigos silenciosos y sin duda indiferentes de lo que había sucedido en aquella sala. Mi compañera tenía razón. En el dormitorio del piso de alquiler de María Asunción no habíamos encontrado ni una foto, ni un dibujo, ni un triste póster colgado en las paredes, pero en aquel sótano la superficie de corcho estaba atiborrada de recortes de diarios y revistas.

—Tal vez cuanto más reducida es tu vida, más te interesa la que viven los demás.

Lo había aventurado sin mucha convicción, pero pronto me di cuenta de que quizá yo estaba haciendo algo parecido. Puesto que tenía la certeza de que me estaba muriendo, había empezado a interesarme más por la vida de los otros: la prima Azucena, mis remotos familiares y hasta esa desconocida que se había

convertido en asesina. No era fácil aprender a morir.

—¡Debió de sentirse tan sola!

Había verdadera pena en la exclamación de mi compañera. Su comentario dejó un inesperado eco de silencio entre los policías que nos movíamos a su alrededor.

En la casa no quedaba nadie más. La recorrimos esperando descubrir algún detalle revelador, pero la inspección apenas sirvió para constatar que todo se hallaba en un estado de semiabandono. Excepto la cocina, un cuarto de baño, el salón y una habitación, todo estaba cubierto de polvo, como si en aquella torre el tiempo se hubiera detenido en algún momento de un pasado lejano. Lo único destacable del registro se encontraba sobre una mesilla junto a una cama deshecha en la habitación de la planta baja: una especie de dietario donde sin duda el psicólogo había ido apuntado día a día algunos detalles de su relación con la chica. Intenté leer las primeras páginas, pero la caligrafía era tortuosa, casi un jeroglífico. Nos llevaría días intentar descifrar su contenido. Lo único que saqué en claro de aquellas primeras páginas fue que el encuentro con María Asunción había sido fortuito, durante una jornada de caza. No sé por qué había decidido retenerla, pero aquel chalado había llenado una gruesa libreta con todo tipo de indicaciones, fechas y notas: parecían las anotaciones de un investigador que estudiara el comportamiento de un animal exótico en cautividad. Sin duda nos ayudaría a entender lo que había sucedido en aquel sótano.

Intentaba descifrar el contenido de alguna de las páginas cuando la voz de Pavarotti reclamó mi atención desde el bolsillo de mi americana. La doctora Carbonell me anunciaba que Elia, su paciente, había abandonado precipitadamente la clínica hacia las siete de la tarde. Al no presentarse al comedor para la cena, habían ido a su habitación para ver qué problema tenía, pero ya no estaba allí. Había cogido su bolsa de viaje con cuatro prendas de ropa, sus documentos, alguna medicina y las pocas cosas valiosas que guardaba y se había largado. Según atestiguó después la recepcionista, alguien la había llamado desde el interfono exterior y ella había salido sin prisas, pero también sin dar ninguna explicación. Puesto que su estancia era voluntaria y no estaba sometida a un estricto régimen de control, la encargada de la recepción le había abierto la puerta y la había visto marcharse tranquilamente, como ya había hecho en alguna otra ocasión.

—¿Crees que las dos amigas se han dado a la fuga? —inquirió mi compañera cuando se lo comenté.

No supe qué contestar. Desde el principio el comportamiento de María Asunción había sido una incógnita. Cabía suponer que la chica había

conseguido librarse de alguna manera de su secuestrador o de su cómplice y, consciente de que las circunstancias no la harían parecer del todo inocente de las muertes del profesor y del psicólogo, o sencillamente porque se sabía culpable, había convencido a su frágil amante para que se diera a la fuga con ella. Aunque, en realidad, no parecía que le hubiera costado mucho convencerla. Un mensaje de texto de tan solo cuatro o cinco palabras. Aquello parecía más bien un plan previamente acordado. Quizá un plan de huida.

Habíamos abandonado el sótano cuando un cabo se acercó hasta nosotros para informar al subinspector.

—Jefe, el Range Rover de color blanco que esperábamos encontrar no está en el almacén ni aparcado por los alrededores. Hemos hallado rodadas recientes junto a la puerta metálica, pero dentro solo hay dos tractores, uno de ellos una pieza de museo, y un remolque cargado de cajas de plástico vacías.

En realidad, no esperaba nada diferente. Me encaré al secretario del juzgado, pero el tipo conocía su trabajo.

—Necesitarán una orden de búsqueda para esa chica, ¿verdad?

—Son dos —aclaré—. María Asunción Burgués y Elia Espín. Huyen en un Range Rover Evoque de color blanco. María no se ha llevado la escopeta que ha causado la muerte del doctor, pero quizá en esta casa hubiera alguna otra arma y se la haya llevado consigo.

Teníamos que encontrarlas. María Asunción probablemente llevaba dos cadáveres sobre las espaldas, pero, que supiéramos, Elia no había cometido ningún delito todavía. A la primera le costaría explicar todo aquel embrollo, pero la segunda todavía podía escapar sin sufrir ningún daño y sin verse demasiado comprometida.

En un ataque de optimismo, marqué en mi móvil el número de teléfono de nuestra principal fugitiva. Tal vez contestara y todavía pudiera convencerla de que se entregase, pero, como era previsible, su teléfono volvía a guardar silencio. Por supuesto, el de Elia seguía la misma disciplina de mudez. Previsible, las cosas nunca son tan fáciles.

Si queríamos atraparlas, debíamos actuar con rapidez. Lo primero que hice fue marcar el número de la comisaría y pedir que me pasaran con nuestro peculiar experto informático.

—Amigo Botargues, dígame que todavía oye cómo cantan los pajaritos en su ordenador.

Él sabía que le preguntaba por el móvil de nuestra fugitiva.

—Otra vez se han vuelto sordomudos, sargento. Mucho me temo que esa chica no quiere ser encontrada.

Le pedí que probara con el número de móvil de Elia y el resultado fue el

mismo. Si habían vuelto a desconectar los aparatos, efectivamente era porque esperaban que nadie supiera dónde estaban escondidas.

Mi siguiente llamada fue para el subinspector Busquet. Por mucho que se me revolvió el estómago, tenía que informar a mi jefe inmediato porque era él quien tenía que solicitar formalmente las órdenes de búsqueda. No le gustó nada oír que habíamos sumado otro muerto a nuestra colección. Ni que era un respetado doctor del principal hospital de la ciudad. Ni que la misma chica por la que habían llorado los periódicos y las televisiones probablemente se había convertido en asesina. Ni que se había dado a la fuga acompañada de una maníaca depresiva... Sabedor de que podía estar provocándole una úlcera, no le ahorré disgustos.

—Probablemente todo esto sea una simple venganza. Pero es muy posible que todavía no se haya acabado.

«¡Cagonlaputa!», le oí renegar. Después protestó hasta cansarse, porque con otro muerto la prensa se nos iba a comer vivos... y porque todo aquel despliegue de efectivos y recursos solo había servido para hacer el ridículo... y porque el intendente se iba a subir por las paredes... y no sé qué pamplinas más. Después se le ocurrió buscar algún culpable y, como era lógico, yo estaba precisamente allí, escuchándolo desde la otra punta de la línea telefónica: yo era el responsable de la lentitud con la que habían avanzado las cosas... yo había cometido todos esos graves errores de cálculo... yo era el único culpable de que aquel asunto no hubiera quedado liquidado esa misma noche...

Escuché el chorro sin inmutarme, mientras encendía y fumaba tranquilamente el último bisonte de mi paquete. Al fin y al cabo, había oído otros mucho más rabiosos, injustos y ofensivos a lo largo de mi carrera como agente de la ley. Tuve que esperar a que el capullo de mi jefe se desfagara y recuperara la respiración más o menos normal para pedir que cursara las órdenes de búsqueda de las dos fugitivas. Inexplicablemente, se avino a atender mi petición sin soltar una sola protesta.

Dejamos a un equipo en la casa del crimen recogiendo huellas y pruebas y salimos disparados hacia la comisaría. Desde allí tramitamos la alarma sobre el Range Rover Evoque de color blanco. No podíamos hacer mucho más.

Capítulo 28

Miércoles, 14 de noviembre

A la mañana siguiente, me levanté mareado. El primer café de la mañana me sentó fatal y acabé de rodillas ante la taza del lavabo vomitando bilis. Para acabar de alegrar la mañana, cuando llegué a comisaría descubrí que los moscones de la prensa habían descubierto que el tema iba a dar para unos cuantos días y las portadas y las tertulias se habían llenado de comentarios malintencionados hacia la policía y de todo tipo de disparates sobre el tema. Por supuesto, mi teléfono empezó a echar humo con las llamadas de periodistas de todos los rincones del país. ¿Cómo coño habrían conseguido el número?

Uno de los agentes que la noche anterior se habían quedado a culminar el registro de la casa de Fidel Sáez de Arteaga vino hasta mi mesa para informarme de que las huellas de María Asunción estaban por todo el sótano donde habíamos hallado el cadáver, pero no por el resto del edificio, y que quienquiera que hubiera apretado el gatillo de la escopeta de cañones superpuestos después había borrado sus huellas del arma.

—¡Vaya por dios! Al menos eso excluye la posibilidad de un suicidio — opiné sin mucho entusiasmo.

Además, el agente me entregó una segunda libreta manuscrita en la cual el psicólogo pirado había consignado la experiencia del secuestro de su primera víctima, Maria Dolors Ballesté. Con la información contenida en ambas libretas y una paciencia infinita, pude redactar un primoroso informe, que imprimí y llevé en persona hasta la mesa del subinspector Alejandro Busquet. Este lo acogió entre el pulgar y el índice de la mano izquierda y lo mantuvo prudentemente alejado del resto de su cuerpo, como si le diera grima o sospechara que era portador de algún tipo de enfermedad contagiosa. Hacía bien, porque en aquel informe iban mis más sinceros deseos de que un ataque de diarrea lo vaciara definitivamente.

Mientras, el juez se avino a facilitarnos la consulta de las cuentas corrientes de las chicas, con lo que descubrimos que ambas habían sido vaciadas esa misma mañana. Aunque ya no era necesaria, se trataba de la

prueba definitiva para demostrar que María Asunción y Elia habían optado por salir pitando.

—Una reedición de la película *Thelma y Louise*... —comentó con cara de pena la agente Artero—. Cuando a la prensa se le ocurra la comparación, nos van a sacar hasta en las cadenas australianas.

—Pues la película acaba rematadamente mal.

Estábamos en nuestra mesa, razonablemente ociosos y de nuevo rodeados de carpetas viejas, polvo y olor a meados.

—Por cierto, ¿y aquella ópera basada en el cuento de Grimm? —preguntó con aire pensativo.

—¿*Hansel y Gretel*?

—Sí. ¿Al final se salvan los chicos?

—Se salvan —confirmé.

—¿Y cómo lo consiguen?

Alcé la vista de la carpeta que tenía entre las manos para interesarme por el rostro taciturno de mi compañera. Puesto que la ópera le interesaba un pimiento, estaba claro que veía en la historia algún paralelismo.

—La bruja manda a Gretel que mire si el mazapán que se cuece en el horno ya está listo. En realidad tiene la intención de empujar a la niña dentro del horno porque ya ha llegado el momento de comérsela. Pero Gretel la engaña: se hace la tonta y finge no entender cómo debe inspeccionar el mazapán. Le pide a la bruja que le enseñe cómo hacerlo y aprovecha que esta se encuentra cerca del horno para empujarla...

—La rehén acaba librándose de su carcelera. ¿Crees que es eso lo que acabó pasando en aquel sótano?

Eso no estaba en las últimas páginas del dietario. No supe qué responder. Pensé que quizá nunca llegaríamos a saber la respuesta a aquella pregunta.

* * *

Tal vez porque ahondar en el pasado familiar servía para aliviarnos del fracaso de nuestra investigación sobre las fugitivas María Asunción y Elia, aquella noche visitamos la residencia de Celestino Cardenal Cornadó, padrino de Azucena y antiguo compañero de piso de Arcadio Boniek Terrats en la Barcelona de finales de los años sesenta del siglo pasado. Vivía en una urbanización en el cerro de La Cerdera, junto a la cercana población de Alpícat, en un lujoso chalé con valla de obra de dos metros, puerta de madera maciza que evitaba a los curiosos, cámaras de seguridad y piscina iluminada. Azucena lo había llamado por teléfono y él había insistido en que pasáramos a verlo a pesar de que eran casi las diez de la noche. La alternativa era encerrarme en mi piso a repasar los errores que habíamos cometido en la

investigación y a lamentar los resultados, por eso acepté sin dudarlo.

A pesar de que Azucena me lo había descrito como un hombre culto y elegante, un arquitecto que había hecho fortuna con encargos de cierta importancia para las administraciones públicas, me sorprendió aquel entorno de refinamiento y buen gusto, con la suficiente opulencia para demostrar un poder económico al alcance de muy pocos y con el toque preciso de austeridad o sencillez como para no llegar a abrumar a unos invitados como nosotros.

—¿Así que usted es el primogénito de Teresa y Ángel? —pronunció como en una ensoñación mientras retenía mi mano en la suya y me estudiaba igual que si intentara descubrir toda la maldad que se acumulaba en los rincones más oscuros de mi alma.

El tío Celes rondaba los setenta pero lucía una elegancia y un aura de paz que lo rejuvenecían. Desde luego, no parecía un tipo que se hubiera pasado la vida trabajando en una mina de carbón o soportando las inclemencias del tiempo. Vestía con aparente sencillez, aunque solo su jersey de punto, los pantalones tejanos y los botines que lucía debían de costar mucho más que toda la ropa que se amontonaba entre mi armario y mi maleta. Estaba soltero y vivía al cuidado de una mujer de unos cuarenta y de muy buen ver que nos había preparado un pisco-labis a base de jamón de jabugo y un *merlot* de las bodegas de Raimat, que se hallaban a tan solo un par de kilómetros de aquella casa. Se dejó besuquear por su ahijada con evidente regocijo y se sentó junto a nosotros a la mesa, aunque solo probó un sorbo de vino para dar su aprobación. Aunque un repentino mal de estómago me había arruinado el apetito, probé el jamón y bebí su vino más por cortesía que por hambre. Él nos miró cenar con una complacencia y una atención que me resultaban un tanto embarazosas, hasta que debió de notar que la voracidad de su ahijada empezaba a flaquear.

—¿De verdad quieres saber qué pasó el día de la detención de tu abuelo? —preguntó a Azucena.

Mi compañera esperó a aclararse la garganta con un trago de vino antes de responder.

—Ya sabes que, sobre los asuntos delicados de la familia, siempre se guarda silencio o se endulzan con una versión de conveniencia. Tú eres una de las pocas personas que pueden explicarme la verdad.

—Verdad es una palabra muy grande.

—Alguien tiene que saber qué pasó —continuó Azucena—. La abuela Rosa nos explicó que Arcadio había estado encerrado tres días en la comisaría de Vía Layetana de Barcelona y que había sido brutalmente torturado, pero hemos conseguido rescatar y leer el informe que redactaron los policías que lo

encerraron, y allí se explica una historia muy diferente...

—¿Y por qué ibas a creerme a mí, si te explico una versión distinta?

—Ya soy mayorcita —respondió con un brote de enojo—, yo elegiré la opción que me resulte más creíble.

Nuestro anfitrión asintió, complacido por la muestra de genio de su ahijada, y después guardó silencio. Tal vez me habría tocado intervenir, pero creí más oportuno que fuera Azucena quien planteara el asunto.

—En el informe policial que hemos podido leer se dice que Arcadio tan solo estuvo encerrado en los calabozos de Vía Layetana unas pocas horas y que apenas le arrearon un par de tortazos para cubrir el expediente y hacer que pareciera que lo habían torturado un poco. Entre otras cosas, porque él ya era un informador de la policía.

El tío Celes se removió incómodo en su asiento. Por muchos años que hubieran pasado desde aquel noviembre de 1967, estaba claro que no le apetecía mucho sacar a pasear aquellos viejos fantasmas.

—¿Qué interés puede tener ya todo aquello? Y más para gente como vosotros, que vivís especialmente obligados por las leyes que os ha tocado vivir. Entonces había otro tipo de normas y de jueces, pero sobre todo de policías. Las cosas se hacían de manera diferente. Este país ha cambiado tanto... —dijo entornando los ojos, como añorando un momento de felicidad lejano—. La mayoría de la gente que vivió aquellos años ahora ya descansa bajo una losa de mármol. ¿No sería mejor olvidar las miserias de aquellos años y levantar la mirada hacia el futuro?

Quizá tuviera razón. Pero Azucena reaccionó con una contundencia que hasta a mí me impresionó:

—Quiero saber de dónde vengo.

Su padrino primero la miró con preocupación, pero después le dedicó una sonrisa empapada de ternura.

—¿Qué esperabas que dijese ese informe? Como policía que eres, Azucena, tú deberías entenderlo mejor que nadie. Si en el ejercicio de tu trabajo te vieras empujada a quebrantar las reglas o incluso a cometer algún delito, ¿serías tan estúpida de dejar constancia por escrito de esa infracción?

—Entonces, según tú, esos informes mienten —se apresuró a comentar mi compañera con un fulgor de esperanza en los ojos.

El anciano levantó tranquilamente su copa y se tomó un tiempo para estudiar el color del vino a la luz de una lámpara que podría haber pasado por una escultura de Chillida. Parecía satisfecho, pero no bebió.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces...? —lo interrogué en un acto reflejo de impaciencia que hasta

a mí me sorprendió.

Celes me miró sin prisa y de nuevo pareció indagar en la pureza de mis intenciones. De repente, un gato albino apareció de la nada, saltó sobre sus piernas y se acomodó con un ronroneo. Después asomó su cabecita por encima de la mesa y me miró con la misma lentitud concienzuda de su amo. Solo cuando la mano de Celes se hundió entre su pelo, el animal dejó escapar una especie de suspiro, entrecerró sus ojos de puro placer y pareció perder interés en mi presencia.

—Lo soltaron pronto, es cierto. Pero eso no lo convertía en un chivato. La policía hacía a veces esas cosas para provocar el desconcierto y las dudas entre los jóvenes rebeldes. Arcadio era un chaval inquieto, antifranquista convencido, pero hacía muy poco que se había incorporado a aquella célula del PSUC. El hecho de ser liberado de aquella forma repentina, con tan solo unos cuantos moratones, resultaba tan sospechoso que parecía señalarlo como a un colaborador. Tenéis que reconocer que se trataba de una maniobra hábil de la policía. Arcadio llegó al piso que compartíamos casi eufórico por haberse librado de la detención con tanta rapidez y a tan bajo precio. Fui yo quien le advirtió de que aquella situación podía levantar algunas suspicacias... Pero no quiso hacerme caso. Al menos, hasta que algún amigo que todavía conservaba en el partido lo llamó por teléfono para avisarlo de que iban a por él.

—¿Sus compañeros del partido querían cargárselo?

—preguntó Azucena con una voz incrédula.

Celes la miró con dulzura, como si no pudiera creer tanta inocencia.

—No sé si cargárselo, pero desde luego no iban a desearle unas buenas Navidades. Sabía que no podía quedarse en nuestro piso y que volver a casa de sus padres podía comprometer a su familia, de manera que buscó refugio en el único sitio donde creyó que podía encontrarse seguro.

Clavó sus ojos en los míos.

—En casa de mis padres —dije.

—Más bien de tu padre, porque entonces todavía vivía solo, en un piso de alquiler por la zona del Paralelo.

—¿Entonces, los golpes y los morados...?

Celes dudó un segundo más de lo que habría sido necesario.

—No sé qué decir. ¡Hace ya tanto tiempo de todo aquello! Supongo que alguno de sus colegas, aquellos niñatos hijos de buena familia que estaban dispuestos a cambiar el mundo, finalmente lo encontró y se limitó a cambiarle la cara. Después de todo, a Arcadio no le salió demasiado caro el juegucito.

El gato saltó asustado cuando Celes se levantó de repente. Sus ojos dieron a entender que las preguntas se habían acabado. Su ahijada amagó la intención de una última cuestión, pero él la detuvo colocando la palma de su mano ante ella para detenerla.

—¡Basta ya, querida! No resulta nada agradable recordar todo aquello.

Por mucho que insistimos, el anciano había decidido guardarse para él lo poco que supiera. Celebramos el jamón y el vino y nos ofreció una taza de café. Yo la rechacé, lo que provocó una mirada de sorpresa de mi compañera. Cuando dejé sobre la mesa mi paquete de Bisonte, Celes arrugó la nariz, por lo que me abstuve de encender un cigarrillo. Quizá fuera también a causa del dolor de tripa que crecía en mi interior, pero tenía unas ganas enormes de salir de aquella casa. Azucena, en cambio, parecía dispuesta a esperar el fin del mundo en aquella habitación. Evocaron recuerdos, comentaron la acritud de aquellos primeros fríos y se pusieron al día del estado de salud de familiares y amigos. Celes se interesó también por las causas de mi traslado a Lleida, aunque evité cualquier explicación comprometedora. Quería irme. También me preguntó por mis padres, pero me limité a contestar con explicaciones vagas que sin duda supo interpretar correctamente, por lo que enseguida renunció a ahondar en sus pesquisas.

Cuando abandonamos la casa del padrino de Azucena, esta parecía enfadada.

—Has estado borde, Abel.

Tenía toda la razón. Pero la vida nunca es exactamente como la queremos.

—Tenía que salir de esa casa, prima. Me arde el estómago y necesito llegar a casa para tumbarme y descansar.

—Y supongo que tomarte uno de esos comprimidos de enzalutamida...

Que supiera el tipo de medicamentos que estaba tomando me produjo una especie de descarga eléctrica. Me había visto tomar mis pastillas cada vez que nos sentábamos a comer en una misma mesa. Pero yo no me había atrevido a informarla de mi situación. Arranqué el coche y empecé a deshacer el camino hacia la capital.

—Sí, efectivamente, debo tomarme mis pastillas. ¿Sabes para qué son?

—Soy policía, Abel —me respondió con un tomo de voz dolido—. Basta escribir esa palabra en internet para descubrir lo que intentan curar. Y solo sirven para curar una cosa.

—Entonces no tengo que explicarte lo que pasa.

—Me habría gustado oírlo de tu boca. No creo que tengas mucha gente con la que hablar en esta ciudad.

La crudeza y la verdad de aquella afirmación me provocaron un nudo en la garganta. Me costó responder.

—Ni en esta ni en ninguna otra. Estoy enfermo, es cierto. Y tal vez me quede poco tiempo. Aún no sé nada definitivo. Pero no pienso amargar la vida de la gente que me rodea. Tampoco quiero que nadie tenga que secarse las lágrimas cuando me mire. Quiero vivir como siempre he vivido. Así que cuento con tu discreción.

Calló, pero noté su mirada resentida apuntándome a la sien. Conduje en silencio entre una niebla tan espesa que apenas te permitía saber si seguías dentro de la carretera. Atravesamos la ciudad sin cruzar una palabra. Eran las doce menos cuarto de la noche cuando dejaba a mi compañera en el camino que conducía hasta el porche de su casa. Antes de cerrar la puerta del coche, se giró para anunciarme:

—¡Ah, lo olvidaba! Mamá dice que mañana vienes a cenar.

No lo preguntó y desde luego tampoco parecía una invitación. Tan solo me informaba. El dolor era tan intenso y me sentía tan exhausto que apenas respondí con una mueca de fastidio, aunque no tuve ninguna duda de que al día siguiente, obediente y puntual, Abel Claramunt se presentaría a cenar en casa de los padres de Azucena.

Capítulo 29

Jueves, 15 de noviembre

Toda la mañana del día siguiente se nos fue en la redacción de informes, en responder a las preguntas enfurruñadas del subinspector Busquet y en las explicaciones a César, el sargento encargado oficialmente de las relaciones con la prensa y a quien un ejército de periodistas había puesto cerco.

En la pausa que me tomé para echar el cigarro de media mañana, tres mossos veteranos que hasta entonces ni me habían dirigido la palabra se acercaron a pegar la hebra. Me advirtieron de que me anduviera con ojo con Busquet y me regalaron algunos consejos bienintencionados aunque del todo gratuitos. Cuando llegó Azucena a nuestro grupo, centramos la conversación en nuestro caso y nos pusimos a especular sobre las posibilidades que tenía nuestra pareja de fugitivas.

No es fácil huir. Requiere inteligencia, astucia, método y una gran firmeza de carácter para no bajar la guardia ni en los momentos en que no se intuye peligro alguno. Es un cóctel complicado, exigente y agotador, que poco a poco se diluye y pierde vigor y consistencia. Por eso pronostiqué que nuestras fugitivas caerían en manos de cualquier cuerpo policial en menos de cuarenta y ocho horas. Al parecer, habían reunido bastante dinero y desconocíamos su destino, pero eran dos chicas demasiado jóvenes y demasiado guapas como para pasar desapercibidas fueran donde fueran. Sin duda, habían demostrado suficiente inteligencia como para aprobar los exámenes de una carrera universitaria, pero una vida en solitario, sin los apoyos ni las referencias que habían tenido desde niñas, era una cosa muy distinta. No disponían de ayuda ni tenían experiencia como prófugas y desconocían los códigos y las maneras de los submundos marginales. Tal vez podían ser las reinas de una fiesta universitaria, pero carecían de aquello que se necesita para moverse con soltura por las zonas poco visibles de la sociedad: básicamente discreción y contactos.

—¿No les vas a conceder ni el beneficio de la duda, sargento? —preguntó casi con pena mi compañera—. Son listas, guapas y tienen algo de dinero. No son malos argumentos para salir a comerse el mundo.

—Ninguna posibilidad, prima. En menos de una semana las tendremos ahí abajo, en los calabozos, posando para nuestro fotógrafo.

Los dos fumadores que nos acompañaban asintieron en silencio. En ese sentido la experiencia era tozuda.

Algo se ablandó en el alma pétrea del subinspector Busquet, que por fin pareció darse cuenta de que llevábamos trabajando muchos días sin descanso e, inexplicablemente magnánimo, nos concedió una tarde de fiesta. Entera. Más que un premio o un simple reconocimiento era casi una ofensa, pero como mínimo suficiente para echarme una siesta generosa al amparo de alguna de mis óperas preferidas y dedicar un rato a la lectura. Después, bien abrigado, salí a familiarizarme con la ciudad. Visité la iglesia de Sant Llorenç y subí a ver el monumento más emblemático de la ciudad, la Seu Vella, una impresionante catedral medieval con uno de los claustros más hermosos que haya visto jamás. Después me regalé un paseo por la calle Mayor y cumplí con unas cuantas compras de urgencia. A mi regreso, el inevitable cuerpo de vigilancia vecinal salió a recibirme:

—Es usted... policía, ¿verdad? —dijo la anciana con una voz rota, casi llorona.

Cargado como iba, asentí y suspiré a la vez, lo que declaraba, más que mi cansancio, mi rendición absoluta. La vieja me podía. Era inagotable. No dormía. Siempre vigilante, siempre al acecho.

—Sí, señora —confirmé, convencido de que iba a lamentarlo.

—He decidido entregarme.

Dejé caer las bolsas y le busqué la mirada. Había bajado los ojos, como si estuviera confesando un acto vergonzoso. Ni un asomo de sonrisa.

—¿Entregarse?

—Sí. No puedo más. Usted va a acabar con mis nervios...

—¡Que yo...! —No fui capaz de acabar la frase. No me lo podía creer.

—Soy vieja, pero no tonta, agente —declaró, casi con rabia—. Sé que se han instalado en el segundo A para espiarme y ya no tengo edad para estos jueguitos. El médico me ha dicho que el estrés me mandará a la tumba. La verdad es que no sirvo para el mundo de la delincuencia, porque no soporto la presión.

—...la presión —repetí sus últimas palabras convencido de que el frío me había atrofiado el cerebro—. Señora

—me tomé un segundo para no mandarla a tomar por saco—, yo he alquilado este piso para vivir en él.

—Joven, conmigo no hace falta que disimule. Me rindo. Confieso que no tengo licencia para fabricar la ratafía de cerezas. Pero, agente, tiene que

entenderlo, solo cobro la pensión de viudedad. Un insulto, créame, después de toda una vida de pagar impuestos. Las botellas de ratafía me dan para poder vivir... Si tuviera que pagar los impuestos... He visto en la tele que si confiesas te reducen la condena, ¿verdad?

No sabía si echarme a reír o abrazarla. Dudé unos instantes.

—Verá, vecina. Dadas las circunstancias, creo que podríamos llegar a un acuerdo: usted me da una de esas clandestinas botellas de ratafía y yo compruebo que cumple con los mínimos de calidad que exige la ley. Si los de Sanidad consideran que no es un producto peligroso, por mi parte puedo hacer la vista gorda.

—Oh, ¿haría eso por mí? ¡Sería estupendo! —casi gritó con una voz extrañamente infantil.

—Por supuesto, durante un tiempo tendremos todos que disimular y ser discretos. Haremos como que mantenemos la vigilancia. Pero será solo una formalidad.

La mujer corrió al interior de su piso y volvió con una sonrisa y una botella llena de un licor morado de un aspecto apetitoso. La mujer me entregó la botella y me abrazó como a un hijo recién recuperado.

—¡Es usted un ángel! —mintió.

A las ocho de la tarde, peinadito, perfumado y con la camisa bien planchada, como el novio que visita por primera vez la casa de sus futuros suegros, me presenté en Villa Flor con un ramo de margaritas, de invernadero y poco aromáticas, pero resultonas, para la madre de Azucena, Elvira. Por supuesto, también llevaba una botella de ratafía de cerezas. Me recibieron con grandes abrazos, besos y sonrisas exageradas, como el guerrero que regresa a casa tras una ausencia larga y azarosa. Hasta el perro pareció alegrarse de verme y acudió solícito a mis pies para que le dedicara unas caricias. Solo la abuela Rosa me miró desde la distancia de una mecedora, sin acritud ni rabia, pero desde luego sin ningún entusiasmo.

Alrededor de un lustro más joven que yo, el rostro de Elvira Boniek Cardós proclamaba que había sido toda una belleza. De movimientos nerviosos y precisos, su hiperactividad resultaba un tanto inquietante, aunque sus ojos claros y su mirada franca lo compensaban dejando una sensación de pureza. Su marido, Delfín Artero, era solo unos meses menor que yo, pero el sol y la rudeza de las tareas del campo le habían arado el rostro con unos surcos caprichosos y profundos que lo hacían parecer casi un anciano, a pesar de un vigor y una sonrisa que lo llenaban de vida.

Lo que más me sorprendió no fueron ni la grandeza del edificio ni la solemnidad de los muebles ni la colección de fotografías que adornaban las

paredes ni la amabilidad y sencillez de los familiares de Azucena, sino mi propia compañera, que se presentó con el pelo suelto y un vestido floreado hasta media pierna y zapatos con un poco de tacón. Estaba realmente guapa. Era la primera vez que la veía vestida como visten las chicas de su edad.

Tras conversar sobre futilidades en un salón de muebles antiguos y oscuros, cenamos en un comedor más lujoso pero mucho menos acogedor que la cocina donde había estado unas noches atrás. Sin uniforme, Azucena aniñaba aún más su cara y transmitía una exagerada sensación de fragilidad. Parecía inevitable que, cuando sus padres la obligaran a acabarse el primer plato, mi compañera empezara a hacer pucheros.

Entrantes de tostadas con escalibada y anchoas, *esqueixada* de bacalao y embutidos; un primer plato de crema de calabacín con virutas de jamón; un segundo de muslos de pato confitados con salsa al oporto; y un postre de deliciosas manzanas al horno. Cumplí como un pedigüeño al que unos burgueses bienintencionados han sentado a su mesa por Navidad, aunque no descartaba la posibilidad de morir aquella misma noche de una indigestión.

A pesar del obstinado silencio de la abuela Rosa, la conversación fue amena, fluida y siempre cordial. Se interesaron por el piso donde me había instalado, por mi primera impresión sobre la ciudad, por mi adaptación al frío leridano... Ocasionalmente me preguntaron por mis padres, pero su interés estuvo mayoritariamente centrado en mi trayectoria como policía y en el incierto futuro laboral de su hija, para quien sin duda habían proyectado una vida muy diferente, casi seguro alejada de las comisarías. Tras aquella cena opulenta, Delfín, moderado fumador de puros, me obsequió con un enorme cigarro dominicano y una copa de armañac que era el orgullo de su licorera. Yo les expliqué la historia de la ratafía de cerezas y todos reímos un rato a costa de mi vecina. Entonces, tras el silencio posterior a las risas, Elvira se atrevió a preguntar:

—¿A qué se debe que la otra noche estuvierais hablando del día que detuvieron a mi padre?

Miré a Rosa y miré a Azucena, pero ninguna acudió en mi auxilio.

—Bueno, era simple curiosidad. Yo lo desconozco prácticamente todo sobre mis antepasados... Ni siquiera tenía noticia de ese episodio, que, por lo visto, acabaría siendo decisivo para la vida de mis padres. Rosa tuvo la amabilidad de ponerme al corriente de cuanto recordaba.

—En esta familia, lo que sucedió aquellos días es casi una leyenda —siguió Elvira—. Siempre nos referimos a mi padre como uno de esos héroes humildes que no caben en los libros de historia. Sin embargo, Azucena me ha contado que no está nada claro lo que en realidad ocurrió...

La abuela Rosa, que había asistido a la cena con una actitud malhumorada y un desinterés rayano en la descortesía, se irguió en su silla como si hubiera percibido una amenaza.

—El último día que visité a mi madre le pregunté por ese asunto —dije— y Rosa nos explicó la otra noche su versión de la historia. También hemos conseguido leer un informe que se guardaba en los archivos de la policía e incluso hemos mantenido una conversación con el tío Celes, el padrino de Azucena... La verdad es que las diferentes versiones no acaban de encajar.

—En cualquier caso —comentó Elvira—, siempre he oído contar que mi abuelo David fue a buscar a mi padre a Barcelona y que necesitó la ayuda de tío Celes para poder meterlo en un coche y traerlo de vuelta a casa, porque había recibido tantos palos que apenas podía caminar. En cierta forma ser una víctima ya te convierte en una especie de héroe, ¿no?

Después de la investigación sobre el caso de María Asunción Burgués Collegats, que tan desorientados nos había mantenido sobre su papel de ejecutora o de víctima, no estaba muy seguro de que Elvira tuviera razón, pero todo el mundo tiene derecho a erigir sus pedestales, de modo que no me atreví a replicarle.

Más tarde, cuando la conversación languideció y el reloj decidió imponer su tiranía, para retirarme pretexté un cansancio terrible que ni siquiera tuve que fingir. Me invitaron a volver a visitarlos y me pidieron que cuidara mucho de su hija, quien respondió a esa petición con un rostro enfurruñado, lo que, curiosamente, acentuaba su desvalido aspecto infantil.

Cuando salimos al exterior, nos dimos cuenta de que había empezado a caer una llovizna intermitente que arañaba la luz del foco que iluminaba la fachada delantera del edificio. Armada de un paraguas negro, que resultaba prácticamente innecesario, Azucena me acompañó a lo largo del camino de tierra hasta la puerta del taxi que yo había solicitado por teléfono.

—¿Tú sabías que tu bisabuelo había ido a buscar a tu abuelo Arcadio a Barcelona? —pregunté ante la puerta abierta del taxi.

—No es un detalle que hubiera quedado grabado en mi memoria. Tal vez alguien lo hubiera comentado en alguna ocasión, pero... no sé... De todas formas, no creo que tenga ya mucha importancia... —respondió escondiendo la cara en la penumbra que le proporcionaba la sombra del paraguas.

—Celes nos escamoteó ese pequeño detalle en el relato que nos hizo de aquellos días. Me pregunto por qué.

Azucena calló mientras me subía al vehículo, cerraba la puerta y sacudía mi mano a modo de despedida. Me sentía sin fuerzas. Quizá el final se acercaba. Creo que fue Robespierre quien dijo que la muerte es el inicio de la

inmortalidad. Pero yo me sentía incapaz de tanto optimismo.

Odio que los asuntos que investigo queden mal cerrados y en las últimas horas ya me había cargado dos a mis espaldas. Me liaría un canuto y escucharía algo de música tranquila, pero sospechaba que aquella noche también me iba a costar dormir.

Epílogo

Había pronosticado un desenlace rápido en el caso de las chicas fugitivas, pero me equivoqué. El Range Rover blanco apareció abandonado al cabo de tres días en una calle de Fraga, a solo treinta y dos kilómetros de Lleida; pero ellas no fueron localizadas hasta cincuenta y nueve días después, cuando ya creíamos que habrían atravesado unas cuantas fronteras y correrían en *top-less* por alguna playa del Caribe.

Durante ese periodo, Azucena y yo habíamos vuelto a una rutina de expedientes antiguos, a la espera de que Busquet considerara suficiente aquella humillación y nos elevara a la condición de auténticos policías. Tras el desastre en el caso de la chica desaparecida, tenía pocas esperanzas de que nuestra fortuna cambiara de repente.

Mientras tal prodigio se fraguaba o mis tripas reventaban definitivamente, me dediqué a conocer un poco mejor la ciudad y a rodearme de algunas comodidades. Renuncié de entrada a hacer verdaderas amistades y aproveché las frías noches leridanas para escuchar mi colección de música, fumar marihuana y leer unos pocos libros. Algunos fines de semana regresaba a Barcelona y acudía al Liceo o al teatro y quedaba con algún viejo amigo del que siempre me despedía con grandes abrazos, convencido de que era la última vez que lo veía; pero acabar la noche en casa de mis padres o en alguna habitación de hotel me llenaba de angustia, de manera que pronto espacié aquellas escapadas y las reduje a simples llamadas telefónicas, cada vez menos frecuentes y más lacónicas. Hasta cierto punto resultó un ejercicio de autoflagelación comprobar qué raquícticas eran las raíces que me unían a la ciudad donde había nacido y qué superficiales los lazos afectivos que mantenía con las personas con quienes había compartido la vida hasta hacía unas pocas semanas.

También tuve tiempo de pasar por el Hospital de Santa María para hacerme las pruebas que a mi implacable oncólogo se le antojaron. El 5 de diciembre me presenté en la consulta del doctor Pellicer, que continuaba exhibiendo su estética de tuberculoso terminal, pero que inexplicablemente seguía vivo. Quise imaginar que cultivaba aquella imagen a propósito, quizá para elevar la

moral de sus pacientes. Tosió un buen rato y enrojeció hasta un microsegundo antes a la asfixia; después estrechó mi mano.

—¿Cómo nos encontramos?

Me pareció inadecuado el plural, porque sin duda yo estaba mucho mejor que él.

—Hasta los cojones de tanta pruebecita.

—Vamos, vamos, no podemos perder la paciencia, señor Claramunt. Tenemos que mantenernos fuertes ante la enfermedad.

Lo dijo casi en un susurro, como si corriéramos el riesgo de que el cáncer de mi próstata nos escuchara y se cabreara. O quizá hablara de lo suyo, no sé. Después perdió la mirada en la pantalla de su ordenador, probablemente para leer algún documento que hablaba de mis perspectivas de futuro.

—No podemos engañarnos —dijo, y estuve de acuerdo—. Nuestra actual situación es preocupante, pero al menos hemos conseguido frenar la voracidad de ese tumor travieso. No podemos aplicar más radio y la quimio solo conseguiría llenarnos la vida de molestias que ya son innecesarias. De momento vamos a seguir con la medicación, nos haremos una revisión al mes y esperaremos acontecimientos.

El plural seguía clavándose en mi oído. Como si fuéramos colegas que comparten un cáncer y unas birras.

—¿Qué podemos —y subrayé el plural con retintín— esperar a partir de ahora?

Agradecí que levantara la vista de la pantalla y me mirara a los ojos. Algo vio, porque por fin saltó a un «usted» mucho menos irritante y su voz abandonó el todo de alegre compadreo. La línea de sus labios perdió la curvatura.

—Si toma su medicación y hace una vida sana y moderada, durante unos meses podrá seguir haciendo una vida más o menos normal.

—No me joda, doctor. ¿Cómo de normal?

Tosió. Temí que muriera antes de leerme el futuro.

—Sin duda, los dolores irán creciendo poco a poco... Dolores de cabeza, náuseas, descomposición... Ya sabe, esas cosas.

—Comprendo. Pero eso no es todo...

Suspiró y se abandonó sobre el respaldo de su butaca.

—Irás volviendo a este despacho y yo le recetaré calmantes cada vez más fuertes, pero llegará un momento que solo podrá soportar el malestar a base de morfina... Para entonces ya debería estar ingresado en este hospital.

Noté que una gota de sudor recorría mi espalda y las piernas me temblaban. Por primera vez miré con respeto al hombre sentado al otro lado de la mesa.

—¿De cuántos meses hablamos?

—Es difícil pronosticar algo así. —Se detuvo un instante pero no esquivó mi mirada—. Al ritmo actual, podrían ser tres o cuatro. No creo que muchos más. Pero el tumor puede despertarse un día con ganas de guerra y liquidar alguno de sus órganos vitales en apenas unos días. Así que tiene tiempo de ponerlo todo en orden e intentar disfrutar de los meses que le queden.

—Tiempo de aprender a morir...

—Puedo firmarle una baja laboral...

Había dejado de escucharlo. Me levanté como un zombi y ofrecí mi mano. Sin consciencia de haber caminado un solo paso, me descubrí sentado ante mi mesa de trabajo. Tres o cuatro meses, me habían concedido. Hasta entonces la muerte era una amenaza difusa, no una barrera concreta. El doctor me había puesto fecha de caducidad y eso lo cambiaba todo. Azucena sabía lo de mi visita médica, pero tuvo la delicadeza de no preguntar nada al detectar mi ofuscación.

—Creo que voy a tomarme el resto del día libre —anuncié. Noté que la voz me temblaba—. Puesto que mañana empieza el puente de la Constitución, ya no vamos a vernos hasta el lunes. Procura disfrutar un poco, prima. Si alguien me echa en falta por aquí, inventa cualquier excusa. Al fin y al cabo...

Abrió la boca para interrogarme, pero se detuvo a tiempo. Me despidió con una sonrisa arqueada de amargura.

Durante todo el jueves 6 de diciembre, fiesta de la Constitución, no conseguí superar aquel estado de ofuscación que me había paralizado. Aquella parecía la fecha ideal para hacer alguna actividad que sacudiera y aireara mi cerebro... Una excursión a algún paraje perdido del Pirineo o la visita a alguno de mis viejos amigos de Barcelona que me ofreciera un hombro sobre el que llorar a gusto... Quizá incluso sentarme ante mi madre y decirle todo lo que hacía años que debería haberle dicho... Sin embargo, el mero hecho de pensar en esas posibilidades disparó mi pereza, a pesar de que aquella noche había dormido como un tronco por primera vez en las últimas semanas. Me alegré de no haber hecho planes y de no tener la obligación de cumplir con ningún compromiso. Puesto que tenía que decidir cómo iba a pasar mis últimos días, la vagancia se me ofrecía como una opción muy atractiva. Me pasé el jueves tumbado en mi sofá escuchando música y fumando porros, y ni siquiera salí de casa el viernes para concederme el capricho habitual de leer el diario. Pero tres meses era mucho tiempo para pasarlos tumbado en un sofá.

El sábado 10, decidí ceder a la inquietud de mis fantasmas y, a las once de la mañana, me subí a un taxi y pedí al conductor que me llevara a una dirección de La Cerdera. Era uno de esos días fríos pero luminosos que me había

anunciado Azucena. La luz era limpia y hasta las enormes hileras de frutales recién podados ofrecían una sensación de pulcritud, de paz y de orden.

Como si el propietario llevara semanas esperándome, la puerta de acceso a su jardín se abrió antes de que pudiera apretar el botón de llamada del interfono. Caminé por un enlosado de pizarras semejante a una alfombra tendida sobre un césped tan perfecto que parecía cortado brizna a brizna por un miniaturista. A pesar de que el frío la reducía a un simple objeto decorativo, la piscina ofrecía una transparencia inmaculada, que parecía recién sacada de miles de botellas de agua mineral. A la luz del día, todo ofrecía un aspecto detallista y refinado, aún más lujoso de lo que había deducido en mi anterior visita.

—Estaba convencido de que volveríamos a vernos, sargento Claramunt —dijo a modo de saludo.

—Hola. El otro día me pareció que no consideraba prudente explicar ciertos detalles delante de su ahijada. Por eso he creído oportuno volver a visitarlo.

Esperó a que estuviera a su lado, en un lateral de la casa, junto a una puerta corredera de vidrio que permanecía abierta. No tendió su mano hacia mí, pero en su rostro no había antipatía o enojo, tan solo cansancio.

—Las azucenas son flores frágiles, querido amigo. Bellas, pero muy delicadas, por eso hay que cuidarlas y evitarles los ambientes hostiles.

—Azucena es una chica fuerte, mucho más de lo que su aspecto indica.

—Me alegro de oír eso. Seguro que usted tiene mucha experiencia en esos temas, pero no va a convencerme de que mi ahijada ha elegido bien su profesión.

Hizo un gesto con las manos para indicar que la vida tiene esos caprichos y otro para invitarme a que lo precediera y accediera al mismo salón monumental en el que había cenado en mi anterior visita. Un embaldosado de mármol reluciente; cuadros de Perico Pastor, Antoni Abad, Jordi Jové y Joaquín Ureña, sin duda auténticos; muebles de revista de decoración sin un solo rasguño; una televisión de plasma cuya pantalla ocupaba toda una pared; lámparas que seguramente tenían nombre y apellidos; un equipo de música con bafles gigantescos y una colección de discos de vinilo que debía de ser la envidia de la provincia... Así, a la luz del día, ser rico no parecía una mala cosa.

—Azucena es una víctima más —dijo después de cerrar la puerta tras de sí —de esa extraña tendencia a la compensación que padecemos los humanos. Ya sabe... el tipo que se sabe frágil acaba comportándose como un desalmado; quien es consciente de que no ha tenido una buena educación, va por la vida soltando conferencias al primero que quiera escucharle; y cualquier mujer que

se siente insegura sobre su aspecto colecciona revistas de moda o funda un centro de estética.

—Hay mujeres que fundan un centro de estética porque no encuentran otra manera de ganarse la vida.

—No le digo que no.

—También hay gente que se siente un pobre vasallo y erige un castillo como este y lo llena de todo lo caro que puede comprar...

Celes me dedicó una risa discreta mientras se acercaba a mí y me palmeaba el hombro. En el salón hacía una temperatura muy agradable. Se sentó en una butaca que miraba hacia el espectáculo panorámico de la plana de Lleida e hizo un gesto con la mano para invitarme a sentarme a su lado, en la butaca gemela. En mi anterior visita, la niebla me había impedido admirar aquella vista maravillosa sobre la ciudad.

—Soy una persona de procedencia humilde, en efecto, y no me avergüenza haber alcanzado una posición desahogada. Pero si quiere juzgarme, sargento, hágalo cuando salga de mi casa. Si he accedido a recibirle es únicamente por la simpatía que en un momento de mi vida tuve hacia su familia y especialmente hacia su madre. Dígame, ¿qué ha venido a preguntarme?

El gato albino volvió a aparecer por sorpresa y se acurrucó en la butaca junto a su amo. Como si temiera mi presencia, me clavó una mirada inquietante y amenazadora. Como su amo, me pareció que no se fiaba de mí.

—Quiero saber algo más sobre aquel día de noviembre de 1967. Al parecer, Arcadio salió de la comisaría sin haber recibido más que un par de golpes y se presentó en el piso que ustedes dos compartían en Barcelona. ¿Cierto?

—Cierto.

—Según las explicaciones que usted mismo nos dio, recibió una llamada telefónica que le provocó cierta inquietud. Al sentirse amenazado por sus compañeros de partido, salió huyendo a refugiarse en la casa de su futuro cuñado, mi padre. Sin embargo, tan solo dos días después el padre de Arcadio lo fue a buscar a Barcelona y lo trajo a la casa familiar de Lleida... Pero entonces ya estaba completamente magullado y lleno de moratones. Quiero saber qué demonios sucedió durante esos dos días.

Nos interrumpió la sirvienta para ofrecernos alguna bebida. Seguro que en la licorera de aquel tipo había verdaderas joyas, pero solo pedí un café. Mi anfitrión cerró los ojos y pareció concentrarse en el pasado remoto sobre el que yo le había preguntado. Fueron pocos segundos, pero antes de que los abriera, la sirvienta ya estaba de vuelta con una taza de café que desprendía un aroma divino. Mientras lo dejaba en una mesilla que teníamos ante nosotros, Celes despertó de su ensoñación y puso cara de auténtico placer cuando acercó

su nariz a la taza para oler el humo que danzaba sobre ella.

—Perdóneme, sargento, pero el café es una de esas cosas que un médico malvado ha decidido retirarme y a la que me está costando un esfuerzo sobrehumano tener que renunciar. Ya que me está prohibido beberlo, déjeme al menos que disfrute de este perfume.

Volvió a cerrar los ojos para saborear mejor el momento y tardó unos segundos en recuperarse de la experiencia olfativa. Como si el gato fuera consciente del momento de flaqueza de su amo, siguió vigilándome en posición de alerta. Seguramente pronto, también yo tendría que renunciar al placer del café.

—De todo aquello hace ya mucho tiempo, sargento, y el olvido es una bendición que nos permite seguir viviendo sin que las culpas por los errores cometidos nos atormenten. ¿Está seguro de que quiere que hurguemos en las miserias de aquellos días? En este país, olvidar se convirtió en una obligación para todos. Se dictaron leyes para que los ciudadanos no recordaran y en las escuelas se evitó la historia reciente para que las nuevas generaciones crecieran ajenas a lo que había pasado. ¿Por qué se empeña usted en ir contra la dinámica del mundo?

—He vivido más de cuarenta y siete años sin pasado y he descubierto que nadie puede saber lo que es si desconoce de dónde ha salido. Antes de que sea demasiado tarde, necesito saber por qué mi vida ha sido como ha sido.

Celes suspiró un cansancio profundo y resignado.

—Usted sabrá —dijo de pronto—. A pesar de que Arcadio intentó evitarlo, David se enteró de alguna manera de la detención de su hijo. Por eso cogió su coche y se presentó en nuestro piso de Barcelona para ver cómo estaba, o ayudarlo, o protegerlo o simplemente regañarlo, yo qué sé. Él era un hombre de orden, que había huido del nazismo para no tener que enfrentarse con él. Pero su hijo Arcadio era un tipo de su tiempo, comprometido e inquieto. Tras la decepción que le había supuesto la vida de estudiante y el funcionamiento del partido, llegó aquella detención y aquel simulacro de interrogatorio. Cuando lo dejaron ir, le advertí de que su vida corría peligro y de que haría bien si corría a protegerse en casa de sus padres. Al menos por un tiempo, hasta que todo se olvidara. Le dije que se fuera un tiempo a estudiar al extranjero o algo así. Pero me pidió que me callara y decidió refugiarse en el minúsculo apartamento de su futuro cuñado, tu padre. Me prohibió que fuera a visitarlo o que dijera a alguien dónde se escondía. Ni siquiera contestaba a mis llamadas. Fue en ese momento cuando apareció su padre; es decir, el abuelo David. Llegó a nuestro piso preocupado y furioso a la vez. Preguntó por su hijo y yo no quise revelarle dónde se hallaba, pero tanto insistió y tanto me

rogó, que finalmente me compadecí de él y accedí a acompañarlo hasta el tugurio donde vivía tu padre.

Se detuvo un momento y hasta dejó de acariciar el pelo de su gato, que abrió los ojos para preguntarse qué pasaba. Su amo parecía haberse perdido en algún oscuro pasillo del pasado y ahora le costaba volver hasta mí. Lo ayudé a regresar con una pregunta.

—Mi padre había decidido hacer justicia por su cuenta y le había dado una paliza a su futuro cuñado, ¿verdad?

Me miró con cara de sorpresa, como si acabara de descubrir mi presencia y no recordara quién era yo. Pero su voz regresó con el mismo tono de fatiga.

—Tu abuelo y yo nos plantamos ante la puerta del apartamento y llamamos al timbre, pero nadie respondía. Yo sabía que tenían que estar allí dentro, pero tal vez Arcadio estuviera asustado y temiera que cualquier visita significara una amenaza. Tuvimos que hacer que el timbre echara humo antes de conseguir que nos abrieran la puerta. Desde luego, no esperaban ninguna visita. Ángel, que parecía haber sido interrumpido en medio de una pesadilla, nos abrió medio desnudo, sudado y apenas envuelto en una especie de chándal. Nos recibió enfurruñado, con recelo, era evidente que no le gustaba que estuviéramos allí. Cuando le preguntamos por Arcadio, dijo que no sabía dónde se había metido y hasta negó haberlo visto en esos últimos días. Pero no era un buen mentiroso y ni David ni yo lo creímos. Por eso el viejo insistió en comprobarlo con sus propios ojos e inspeccionar el dormitorio. Ángel se puso un poco violento y empezaron a discutir, pero entonces la puerta de la habitación se abrió de repente y Arcadio salió para dedicarnos un saludo más bien triste.

—No comprendo. ¿Por qué se escondía de su padre?

Celes me miró con impaciencia, como dudando de que la inteligencia de un tipo como yo diera para llegar a entenderlo.

—Eran otros tiempos. Y David Boniek siempre había sido un beato de sacristía, un meapilas, un hombre de profundas convicciones cristianas que había intentado imponer por la fuerza a sus dos hijos...

—Militar en una célula comunista no era el peor de los pecados...

Su cabeza asentía con un movimiento mecánico que lo despojaba de cualquier significado. Se abrió un enorme silencio en los tres o cuatro segundos que tardó en continuar.

—Arcadio se escondía en el único dormitorio de la casa, sobre la única cama de matrimonio, bajo las únicas sábanas sudadas.

Me quedé paralizado durante unos segundos, todavía negándome a comprender. Empecé varias frases para pedir explicaciones, pero no creo que

llegase a terminarlas. Resultaba todo tan raro, tan increíble. Aquel hombre me había advertido sobre los peligros de hurgar en el pasado y no había querido hacerle caso. Hay cosas de un padre que uno no debería llegar a saber nunca. Y, sin embargo, aquel territorio oscuro de su pasado remoto tuvo la virtud de humanizarlo ante mis ojos durante un instante y casi llegué a sentir lástima por él, por el pobre Ángel, mi padre, otra víctima más de un tiempo muy oscuro. Poco a poco esa lástima fue empezando a extenderse sobre mi tío Arcadio, sobre mi tía Rosa, sobre mi madre, sobre mi desconocido abuelo, sobre tantos sentimientos escondidos debajo de una vieja alfombra y sobre tanta vida desaprovechada.

—Tu abuelo era un tipo muy religioso —insistió Celes— y había cosas que le resultaban difíciles de entender. Se abalanzó sobre su propio hijo lleno de ira y no escatimó puñetazos ni patadas. Arcadio ni siquiera se defendió. Tuvimos que detener a tu abuelo para evitar que le abriera la cabeza. Después se dirigió a tu padre y juró matarlo si volvía a poner los pies en su casa.

—Mi madre ya debía de estar embarazada de mí. Y supongo que tuvo que elegir... —comenté casi en un susurro.

Me miró con un apunte de lástima.

—Y se dejó arrastrar a un matrimonio que nacía podrido y por el que nadie habría apostado ni un céntimo.

Mientras apuraba la taza de café, noté que la mano me temblaba. No iba a ser fácil asimilar todo aquello.

—Mi abuelo debía de ser un hombre mayor...

—No tanto. Por entonces, habría superado los cincuenta.

—Las fotografías que he visto en las paredes de casa de Azucena lo presentan como un hombre más bien débil. En cambio, usted y mi padre tenían que ser dos hombres jóvenes y fuertes...

—¿Qué quieres decir?

—No se necesitan dos hombres fuertes para detener a un hombre enclenque que en su vida no ha hecho otra cosa que dibujar planos.

Recuperó la mirada del paisaje y se giró de nuevo hacia mí, pero ahora sus ojos estaban teñidos de rabia.

—Tenía su genio...

—¡Ya! Se me ocurre que alguien tuvo que llamar a Lleida para explicar a David lo que pasaba. También se me ocurre que, cuando el abuelo estalló, quizá usted no puso demasiado empeño en pararlo. —Y me detuve un instante para mirarlo también a los ojos—. Tal vez usted también fuera una víctima de aquella situación. Al fin y al cabo, Arcadio y usted compartían un piso de estudiantes. Eran amigos desde hacía tiempo. Quizá muy amigos. Y usted fue

quien cumplió con el acto generoso de conducir al abuelo David hasta el piso donde su hijo había buscado refugio, a pesar de que le había pedido que no se lo dijera a nadie...

No contestó. Devolvió la mirada al horizonte y siguió admirando la vastedad de la plana como quien medita sobre un pasado lejano. No se levantó cuando yo me levanté y no respondió cuando yo me despedí. Desanduve la alfombra de pizarra que trazaba el camino entre el césped y salí a la calle con una cierta sensación de desamparo. Vacié mi paquete de Bisonte mientras esperaba un taxi y pasé todo el resto del sábado intentando decidir si la conversación de aquella mañana cambiaba en algo la relación con mi pasado. Pero no fui capaz de resolver nada.

* * *

Pasó un mes antes de que el malestar y los desajustes con los que me obsequiaba mi enfermedad empezaran a resultar un inconveniente para ir a trabajar.

«¿Por qué vienes?», me preguntó en varias ocasiones Azucena. Nunca supe qué responderle. Quizá porque en realidad la respuesta era ella. Seguíamos sepultados en carpetas amarillas y continuaban alegrándonos las mañanas las fragancias que emanaban de los servicios, pero responder a sus preguntas y satisfacer su curiosidad infinita sobre los procedimientos policiales y sobre la suerte de mis casos pretéritos me llenaba de algo parecido a la satisfacción. Acaso porque hacía que me sintiera útil o tal vez por esa misma razón por la que los ancianos explican batallitas: si te has quedado sin futuro, sientes la necesidad apremiante de que tu pasado no quede borrado cuando te hayas ido. Una mañana me iluminó la idea de que el día que yo dejara de ir a trabajar quizá a De Gea se le ocurriría asignar a Azucena un destino más digno, con alguna posibilidad de promoción, y ese fue suficiente argumento para que me decidiera a pedir una baja, que ya sabía que iba a ser definitiva.

Sin embargo, justo mientras me armaba de valor para presentarme en la consulta del doctor Pellicer, un martes de enero por la mañana, ocurrió algo que no estaba previsto en el guion. A comisaría llegó un aviso urgente desde la comandancia de la Guardia Civil de Calamocha, un pueblo de la provincia de Teruel, donde dos chavalas forasteras habían provocado cierto revuelo. Las chicas, algo bebidas, habían tonteado con dos lugareños en un tugurio de mala muerte y habían explicado una historia rocambolesca de venganzas y asesinatos. Para atestiguar la veracidad de su relato, una de ellas había puesto sobre la mesa una pistola recién adquirida en el mercado negro. Tras ser rechazados como amantes, uno de ellos se fue con el cuento a un amigo guardia civil, que hizo sus pesquisas y acabó identificando a las fugitivas.

Puesto que iban armadas, la Guardia Civil montó un operativo especial para detenerlas. Al parecer, a María Asunción y a Elia no les pasó desapercibido el ajetreo que se había organizado alrededor de la pensión donde estaban alojadas y se hicieron fuertes en su pequeña habitación del tercer piso. Cuando el jefe del operativo les pidió que se entregaran pacíficamente, ellas amenazaron con volarle la cabeza al primero que cruzase la puerta de aquella habitación.

Fue en ese momento cuando recibimos la llamada de la comandancia de Calamocha. Puesto que la agente Artero y yo habíamos llevado el caso desde el principio y habíamos tratado con Elia, el subinspector Busquet nos ordenó que subiéramos a un coche patrulla y que nos fuéramos con carácter de urgencia a Calamocha. A aquellas alturas yo ya padecía frecuentes cefaleas, me atacaban dolorosos pinchazos en la espalda y a menudo la comida me sentaba mal, pero asistir a la conclusión del que probablemente iba a ser mi último caso suponía una tentación a la que resultaba muy difícil resistirse. El verdadero problema iba a ser subirme a un coche conducido por la prima Azucena, una experiencia que sin duda iba a acortarme la vida en unos cuantos días, pero aun así me pareció una inversión ventajosa.

—¿Y en qué podemos ayudar nosotros a la Guardia Civil? —se interesó mi compañera—. Al fin y al cabo se trata sencillamente de detenerlas, ¿no?

—Prima, los caprichos de nuestros jefes son inescrutables. Con un poco de suerte y esfuerzo, a lo mejor conseguimos no estorbar demasiado.

Aunque Azucena hundió el pedal del acelerador hasta casi atravesar el suelo del vehículo, cuando llegamos a la población turolense ya todo estaba resuelto. Tras presentarnos en la comandancia, un número nos acompañó hasta un callejón céntrico donde la única puerta era la entrada a una pensión tan cochambrosa que probablemente hasta las cucarachas habían huido en estampida. Enseguida pensé que se trataba de un callejón muy inadecuado para unas fugitivas, porque quedaba encajonado y no ofrecía demasiadas posibilidades de escape o de defensa. Subimos tres pisos a pie y en cada rellano tuve que detenerme a recuperar el aliento. Cuando me sentí con fuerzas para entrar en la habitación con la puerta reventada, Azucena, como si una repentina amenaza le hubiera helado el espinazo, me retuvo a un metro del umbral atrapando mi brazo con su mano.

—Está muerta —profetizó.

Un olor dulzón a pólvora y a sangre me llenó de asco la nariz. Me deshice con suavidad de la mano de mi compañera y entré en el cuarto, que tenía las luces encendidas a pesar de que una iluminación más que suficiente llegaba desde los cristales. Un guardia civil tiraba fotos sin parar, otro vestido de

paisano estudiaba la actividad del exterior a través de la ventana y dos más estaban en cuclillas, cuchicheando alguna cosa incomprensible, como si el cadáver que yacía ante ellos pudiera llegar a despertar por culpa del volumen de su conversación.

Aunque era la primera vez que la veía, no me costó ni un segundo identificar a María Asunción Burgués Collegats, la mujer a la que había estado buscando desde hacía más de dos meses. En ese momento no era una nadadora musculosa, ni una joven geniuda, ni una mujer vengativa y maniática del orden, sino un bulto sanguinolento abandonado justo en el centro (no podía ser de otro modo) de una habitación razonablemente ordenada, dadas las circunstancias. Una de las paredes concentraba una enorme mancha que había arañado la pintura grisácea de regueros carmesíes que ya empezaban a secarse. Estaba salpicada de pequeños fragmentos blanquecinos, sin duda restos minúsculos del cerebro de la chica. Me pregunté en cuál de aquellas inútiles migajas se había gestado la estupidez de pegarse un tiro.

En un rincón, envuelta en una manta roñosa, una Elia desfigurada y triste, ajada por el cansancio de la huida y las emociones de los últimos días, parecía haber caído en un estado catatónico. Movía la cabeza lentamente a un lado y a otro, como abstraída por un juego que solo ella alcanzaba a entender.

—Ustedes son los catalanes, ¿no? —Nos salió al paso el sargento de la Guardia Civil, que hasta ese momento había estado abstraído por el espectáculo de más allá de la ventana.

Era un tipo rollizo y simpático que vestía americana de pana negra y tejanos desgastados. Arrastraba las erres de manera especialmente cómica en boca de un policía. Se presentó con una sola palabra, Galcerán, como si el desgaste de la vida cuartelaria hubiera dejado en el olvido su nombre y su segundo apellido. Chocamos las manos y nos presentamos.

—Yo también tengo algo de catalán, ¿saben? —siguió el sargento Galcerán, como si aquello fuera un agradable encuentro de amigos en medio de una tasca de barriada—. De joven, mi madre trabajó unos cuantos años en una fábrica de Terrassa y cogió la costumbre de renegar en catalán, ¿saben? El caso es que sus tres hijos conseguimos cabrearla lo suficiente como para lograr que nos convirtiera en unos expertos en tacos e insultos catalanes. ¿Quieren que les dé una prueba?

—Yo le creo, sargento. Aunque no sé yo si ahora, con la chica aquí presente... —dije señalando el rincón donde Elia Espín balanceaba su ausencia.

Él se giró para mirarla como si la estuviera descubriendo en aquel preciso instante. Un brote de vergüenza coloreó sus mofletes. Después se volvió hacia

nosotros convertido en el paradigma de la culpa y la ternura.

—Sí, claro, la pobrecita no ha abierto la boca, ¿saben? —nos informó con una voz lacrimógena—. Hemos echado la puerta abajo en cuanto hemos oído el disparo y ya la hemos encontrado así: desgredada, hundida, ausente... ¡Pobre niña! No ha podido contestar a ninguna de nuestras preguntas, pero no hace falta ser muy listo para entender lo que ha pasado aquí dentro...

Durante unos pocos segundos contemplamos en silencio los ojos sorprendidos del cadáver, los boquetes abiertos en las sienes y la mancha en la pared. La pistola continuaba trabada en el dedo índice de la mano derecha. Unas pocas balas descansaban en el suelo, junto a una caja de munición abierta. Ciertamente, no era necesario haber estudiado criminología para repasar mentalmente la escena que se había producido hacía poco rato.

—En algún libro he leído que las mujeres no suelen dispararse un tiro en la cabeza —comentó mi compañera.

Fue Galcerán quien contestó:

—Bueno, no creo que aquí dentro tuviera muchas más alternativas si quería matarse. No es el primer caso que veo.

A pesar de mi larga carrera, yo sí era la primera suicida con arma de fuego que me encontraba, y tenía que reconocer que resultaba una visión impactante, pero no quise decir nada. Azucena clavó la mirada en el enorme agujero abierto en un lado de la cabeza y sentí que se pegaba a mi costado y apretaba sus dos manos alrededor de mi brazo. Nos quedamos un buen rato contemplando el cuerpo sin vida de la infeliz nadadora pirenaica, como si aún tuviéramos la esperanza de encontrar algún sentido a todo aquello.

—La psicóloga de Zaragoza ya está de camino, mi sargento —anunció un guardia civil de uniforme que acababa de entrar en la habitación—. Ha dicho que no va a tardar más de veinte minutos.

Arrugué el morro, pero no protesté. Nos apartamos a un rincón y vimos desfilar a todo el séquito policial hasta que casi cuatro horas después culminó el levantamiento del cadáver. Contestamos unas pocas preguntas para la jueza a la que le había tocado en suerte aquel asco de caso, pero básicamente nuestra tarea consistió en hacer compañía a la desafortunada Elia y custodiarla mientras la jueza intentaba tomarle declaración en vano y un médico, dos enfermeras y la malhumorada psicóloga llegada de Zaragoza la atiboraban de calmantes.

Tuvimos que hacer noche en la casa-cuartel de la Guardia Civil de Calamocha y pasamos la mañana y parte de la tarde del día siguiente entre la sala donde la jueza tomaba las declaraciones y el Mesón del Pozo, en el que la memoria del sargento Galcerán fue desgranando poco a poco un meritorio

muestrario de tacos y blasfemias en catalán: «cagondena», «fas caguera, macarró», «cagon en el fuster de la creu», «cagon Sant Cugat i Sant Cugat i la mare que els va parir»... En aquel antro pringoso nos homenajeamos con unas primorosas lonchas de jamón de Teruel acompañadas de un vino de Lécera que resucitaba a los muertos. Afortunadamente, la jueza acabó decidiendo que, de momento y dado su estado, no valía la pena abrir ninguna diligencia contra Elia, que al fin y al cabo no parecía responsable de nada de lo que había sucedido y de la que ni siquiera se pudo demostrar que hubiera participado en la compra del revólver. Un médico le obsequió dos o tres pastillas y un vaso de agua y, a las seis de aquella tarde, nos dimos unos sentidos abrazos con el amigo de toda la vida Galcerán, subieron a la chica a nuestro coche-patrulla y nos encargaron devolvérsela a sus padres.

Aunque sabía que no iba a sentirme cómodo, me senté en el asiento del conductor y desterré a mi compañera al del copiloto.

—Va a ser un viaje largo —opinó con mala leche.

Dejé pasar el comentario de Azucena porque en el fondo me gustaba verla un poco enfurruñada. Tomamos la nacional en dirección a Zaragoza y, a una velocidad civilizada, encaramos el camino de regreso a Lleida. Las montañas agrestes y unas nubes que parecían dibujadas en el cielo por un niño quedaban teñidas de extrañeza por una luminosidad rojiza, que parecía incitar a la reflexión. Quizá por eso conduje muchos kilómetros en silencio mientras nuestra pasajera dormía plácidamente en el asiento de atrás.

—Tres son muchos muertos —susurró Azucena de repente.

Casi me asustó escuchar su voz. Iba concentrado en la carretera y en la certidumbre de estar despidiéndome de un paisaje y un invierno que no iba a poder disfrutar nunca más.

—La muerte siempre es excesiva.

—Han muerto tres personas y todavía no entiendo por qué.

—Esto de morir nunca tiene explicación posible. Un médico puede determinar la causa concreta, el detonante que la ha provocado, pero nadie puede justificar la verdadera razón. ¿Sabes qué tienen en común todas las personas que hasta ahora han existido? Que han muerto, por supuesto. Por eso a las que están vivas no les queda un destino más prometedor que acabar encerradas en su ataúd. Supongo que esa es precisamente una de las cualidades que nos hace humanos.

—¿Quieres decir que debemos alegrarnos de poder morir?

Quizá quisiera convencerme a mí mismo, pero al intentar tragar saliva descubrí que tenía la lengua completamente seca. Me costó poder contestar.

—Supongo que sí.

Pasaron varios kilómetros en los que solo oímos el zumbido del motor.

—Pero no es justo... El profesor, el psicólogo, María Asunción... Es estúpido que sus vidas acabaran de una forma tan violenta y tan repentina. Seguro que tenían proyectos y ambiciones... Sin duda muchas personas los querían. Y en cambio, ahora... Tú mismo, sargento, estás luchando contra una enfermedad que podrías no tener y ahora todo sería diferente...

—¿Diferente? Sobre mí pesaría la misma condena, prima. La única diferencia es que podría hacerme la ilusión de que el fin todavía queda lejos. Por supuesto que no me alegra que todo esto se acabe, pero me molesta aún más que mi muerte pueda producir algún dolor entre las personas que me han tenido algún cariño.

Volvimos a caer en un silencio profundo. La noche ya había oscurecido el paisaje, aunque la luna conseguía perfilar débilmente algunos contornos. El horizonte era negro. Se me ocurrió pensar en mi madre, a quien sin duda mi muerte iba a causar un dolor terrible. Muy pocas otras personas iban a sentirlo de verdad.

—¿Cómo te explicas que unos padres dejen abandonada a su hija en una situación como esta? —se me ocurrió preguntar—. ¿No te parece extraño?

—¿Te refieres a esta? —replicó mi acompañante señalando a la chica que llevábamos en el asiento de atrás, quien dormía con la dulzura de un bebé dibujada en el rostro.

Se había informado a los padres de Elia de la situación en que se encontraba su hija, pero nadie se había desplazado hasta Calamocha y, hasta donde me constaba, nadie había movido un dedo por ayudarla. Azucena me dedicó una mirada suspicaz, como si intentara ver razones ocultas más allá de mis preguntas.

—No sé qué decirte, sargento. Tal vez sus padres tengan otros problemas más graves. O quizá hayan hecho todo lo posible por ayudar a su hija sin que nosotros nos hayamos enterado. Aunque, desde luego, visto desde fuera es difícil no imaginar que se trata de unos malos padres.

—Sí, unos papaítos poco preocupados por lo que pueda pasarle a su pobre hijita —reflexioné en voz alta y dejé que el eco de esa frase resonara en mi cerebro durante un largo rato—. O también existe la posibilidad de que se trate de unos padres que sencillamente se han cansado de las rarezas de la chica.

Una especie de fuego había empezado a quemar en mi cerebro y mis tripas se removían inquietas.

—Puede ser —comentó mi compañera—. En nuestro informe consta que tanto el padre como la madre están vivos... Ni siquiera son muy mayores. El uno da clases de física en un instituto de secundaria y la otra trabaja de

administrativa en una empresa de transportes. En principio, no parece una familia desestructurada ni con más problemas de los habituales. Ni el uno ni la otra tienen antecedentes penales. Ellos son los que pagan aquel lujo de residencia en la que vive Elia. Quizá deberíamos hacerles una visita en cuanto lleguemos a Lleida e interrogarlos sobre esas supuestas rarezas de su hija. O tal vez resultaría más práctico consultar con la doctora Carbonell... Aunque ahora ya... No sé si tiene sentido...

Efectivamente, ya era tarde.

—Investigamos a María Asunción —continué sin atender demasiado a la desgana de Azucena—, pero de Elia no sabemos casi nada. No hemos hablado con sus familiares más directos, ni preguntado a sus amigos íntimos, ni apenas hemos fisgado en su currículum académico o en sus cuentas corrientes o en la lista de sus llamadas telefónicas... Apenas sabemos que se trata de una chica inteligente y de familia más bien acomodada pero víctima de un carácter un tanto inestable por culpa de una mala experiencia...

Durante bastantes kilómetros volví a conducir en silencio. La negrura del exterior transmitía una sensación de frío que traspasaba los cristales del vehículo y casi se burlaba de la calefacción. O tal vez fuera simplemente que algo se removía inquieto en mis entrañas. Quizá era ese estúpido tumor, que había decidido despertarse al fin.

Después de más de hora y media de camino, tras dejar atrás Bujaraloz, no me resistí a parar en un área de descanso y salir a estirar las piernas. Oriné junto a un árbol contra unas zarzas, pero la oscuridad me escamoteó el color de mi pis. Mientras echaba un cigarrillo, la agente me miraba con cara de frío desde su asiento en el interior del vehículo. Se había ofrecido a conducir y yo me había negado, aunque empezaba a sentirme un poco mareado. Azucena parecía aburrída, o quizá un tanto cabreada. Tal vez también ella estuviera cansándose de mis rarezas o me acusara calladamente del resultado final del caso que nos había ocupado. Al fin y al cabo, ella me había pedido ayuda para complacer a su amiga Berta y yo les había prometido que encontraríamos a la chica desaparecida. Ahora Berta se había quedado sin compañera de piso y los padres de María Asunción debían de estar conduciendo en dirección a Calamocha para recoger un cuerpo sin vida.

Estábamos en mitad de los Monegros y sin duda la temperatura estaba muy por debajo de los cero grados. Paseé arriba y abajo durante unos minutos antes de aplastar la mitad del cigarrillo contra el asfalto y regresar al coche. Me senté, me masajé las sienes y arranqué el motor. Acerqué las manos a la salida de aire caliente del centro del salpicadero, pero no puse una marcha y reanudé el trayecto. Tras un instante de duda, espí la oscuridad del espejo retrovisor.

Después saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón y busqué en la lista de contactos el número de la doctora Carbonell. Apreté el botón del altavoz para que mi compañera escuchara la conversación.

—Doctora, tal vez le parezca un poco inoportuna mi llamada, pero tengo que aclarar un par de detalles que no consigo entender y me están dando mala vida. Supongo que ya sabrá por los informativos de la tele que hemos encontrado a Elia y que su compañera de fuga se ha pegado un tiro.

—Sí, ya lo han dado en las noticias... No podría dejar de saberlo aunque Elia no hubiera sido mi paciente... ¿Cómo está ella? —se preocupó.

—Verá, no sé hasta qué punto puede revelarme los detalles de su relación profesional con esa chica —ignoré su pregunta—, pero necesito saber si en algún momento usted le recetó un medicamento llamado Rohypnol.

Solo tuvo que pensarlo un segundo.

—Bueno, es una indiscreción menor y supongo que no violo ninguna ley al confirmárselo. El Rohypnol no es una droga que me guste utilizar habitualmente, es un sedante tan potente que incluso está prohibido en países como Estados Unidos. Pero la chica lo conocía y prefirió ese a cualquier otro, vaya usted a saber por qué. Le prescribí una dosis muy baja para sus periodos de crisis y hasta ahora, que yo sepa, no le ha producido ningún efecto adverso. Si este tipo de medicamento se administra con cuidado no suele plantear problemas...

—¿Se lo prescribió tras la violación?

Durante unos segundos de silencio, la doctora debió de debatirse sobre la pertinencia de revelarme información confidencial.

—Usted ya sabe que yo no puedo...

—No me toque los huevos, doctora —atajé sus excusas sin ni siquiera intentar mitigar mi cabreo—. Estoy investigando tres muertes y necesito saber por qué demonios no he conseguido evitarlas. Tan solo quiero que conteste a una pregunta: ¿los problemas psicológicos de esa chica eran la consecuencia de una violación o algo parecido?

La doctora volvió a concederse unos segundos de duda antes de responder. Su incomodidad resultaba evidente.

—Sargento, no me consta —dijo al fin— que Elia hubiera sufrido una violación ni nada parecido.

Volví a notar la boca seca.

—¿Me está diciendo que su paciente no acababa de sufrir una agresión sexual cuando entró en su clínica?

—Solo le digo —dudó— que no se habló de eso en ninguna de las sesiones de terapia. Aunque me parece casi imposible que llegara a ocultarme una cosa

así. Quizá usted no me creyó, pero ya le advertí de que Elia tiene una tendencia exagerada a fantasear. Procuren no creerse demasiado lo que les diga o serán ustedes los que acaben tumbados en uno de mis divanes.

—Eso quiere decir que su aspecto de víctima no es más que una máscara...

—Sargento, en esta vida todos somos víctimas y verdugos, son las circunstancias las que nos empujan hacia una u otra opción. Es cierto que algunas personas se encuentran más cómodas en uno de los lados. Y sin duda ese es el caso de mi paciente. En una escala de uno a diez para calificar a las personas manipuladoras, a Elia Espín no le correspondería menos de un once.

Cuando corté la comunicación, la cara de la agente Artero se había teñido de indignación. Era tan rematadamente joven que todavía le dolía que las personas no respondieran a sus expectativas.

—Si Elia no había sido violada, ¿qué sentido tenía que María Asunción montara todo aquel jaleo para vengarse del profesor universitario? —se preguntó en voz alta mi compañera.

Desde el asiento de atrás nos asustó una voz que parecía haber regresado del más allá, pero que no tenía ni una sombra de la dulzura y la fragilidad que otras veces le habíamos escuchado.

—Puro y simple amor. Matar por amor es un acto precioso, ¿no os parece? Aunque dudo mucho que unos policías puedan entender un sentimiento tan sutil...

Mi compañera se había girado para mirarla a la cara.

—¿Permitiste que María ideara y ejecutara un plan para matar a un inocente solo para que te demostrara su amor? —le arrojó como si fuera un insulto.

—Tu amor es lo que das, y nada más —recitó un endecasílabo que parecía tener guardado, esperando el momento de poder utilizarlo.

A través del espejo retrovisor vi la cara de Elia. No había en ella pena, ni dolor, ni siquiera duda. Tan solo una tensión en los labios que la chica controlaba para que no se doblaran en una sonrisa. Me pregunté qué había sido capaz de dar ella. Con qué había compensado tanta entrega. La experiencia me decía que aquellos que más se habían acostumbrado a recibir eran los más incapacitados para dar.

—¿Qué te había hecho ese profesor? ¿No se dejó seducir por tus encantos? ¿No te ponía buenas notas?—insistió Azucena.

—¿Y qué más da? Era todo arrogancia, un tipo despreciable.

Tal vez María Asunción hubiera actuado por su cuenta, indignada a causa de los embustes de su amante. Su afán justiciero les había costado la vida a dos personas. Y a ella misma. O tal vez carecía de esa fortaleza de carácter y todo había sido la maquinación de la mente enferma de su amiga. Quizá Elia

hubiera recibido aquel triste aprobado en la asignatura de Sociología, que ensuciaba su expediente, como una ofensa intolerable y hubiera utilizado a su obediente enamorada para urdir una venganza infantil y fatalmente desproporcionada.

De repente, todo parecía raro. Todo lo habíamos enfocado desde una óptica equivocada. Volví a sacar el teléfono del bolsillo y tuve que marcar tres veces un número hasta conseguir no equivocarme. Las manos me temblaban del cabreo. Respondieron al primer tono.

—¡Vaya! ¿Tan pronto me echa de menos mi amigo catalán?

—Estoy aprendiendo a vivir sin ti. —Las risas del sargento Galcerán y mi silencio llenaron el aparato durante unos segundos—. Escucha, necesito averiguar un detalle que tiene que estar en el sumario de la investigación sobre esa pobre chica, María Asunción Burgués.

—Tú dirás...

—Necesito saber cuántas balas había en la pistola con la que se suicidó.

—¿Crees que es importante?

—Es solo una sospecha...

—En realidad, es algo que nos ha llamado la atención, pero no deja de ser una de esas rarezas inexplicables que al final no tienen ninguna importancia... Las chavalas habían adquirido una de esas viejas pistolas Star que antes utilizaba el ejército y disponían de una caja entera llena de munición del 9 largo. Habían amenazado con emprenderla a tiros si alguien intentaba cruzar la puerta de la habitación de la pensión. Pero cuando entramos en la sala y encontramos a la chica tumbada en el suelo, vimos que unas cuantas balas habían sido sacadas del cargador. Lo sabemos porque estaban en el suelo, junto al cadáver, y tenían las marcas propias de haber pasado por el cargador.

—¿Quieres decir que alguien las había sacado de una caja precintada, las había puesto en el cargador y después las había sacado?

—Sí, seguramente. No es muy lógico, desde luego, pero sin duda eso es lo que pasó.

—Pero me juego el próximo plato de jamón a que en la recámara de la pistola todavía quedaba una bala...

—¿Cómo sabes eso? Esa información no ha trascendido y está bajo secreto de sumario.

Volví a buscar los ojos que me miraban risueños desde el asiento de atrás. Noté que una especie de escozor o de fiebre empezaba a emerger desde algún punto inconcreto de mi vientre.

—Porque esa otra bala, amigo Galcerán, tenía que estar en la cabeza de la chica que ahora estoy trasladando a Lleida.

Hubo una pausa que sonó muy larga.

—¿Me estás diciendo que las chicas habían planeado pegarse un tiro cada una y que la guapita se echó atrás en el último instante?

Los ojos enrojecidos de Elia resplandecían como brasas en el centro del retrovisor. Por un momento, cruzó por mi cabeza la voz dulce y cansada de mi madre: «No entregues tu vida por nada».

—Peor. Mucho peor. Quiero decir que la guapita nunca tuvo la más mínima intención de estropearse su cuidada melena y que sencillamente se libró de una amante que seguro que había empezado a cansarla.

—¡Jo! Pero la huella parcial que hay en el gatillo de la Star pertenece a la muerta. ¿Cómo vamos a demostrar que la otra empujó a su amiga a suicidarse?

Me pregunté si un dios inteligente sería capaz de emocionarse ante los rezos y las ofrendas de sus fieles, capaces de entregar hasta la vida, o en cambio se reiría de tanta ingenuidad, de tanta tontuna, de esa forma de presunción que es pensar que si lo damos todo acabaremos siendo sobradamente recompensados. Tal vez la dadivosidad solo sea una forma de egoísmo y merezcamos el escarmiento final de la muerte.

Me giré despacio para admirar de frente la belleza de aquella sonrisa antes de reconocer ante mi colega:

—Me temo que no vamos a poder.

Colgué, puse la primera y abandonamos lentamente la zona de descanso. Nadie abrió la boca. El dolor del vientre crecía por momentos. Avanzamos en silencio durante mucho rato. El calor tropical de los Monegros quemaba hasta los pensamientos.

Agradecimientos

A Cèsar Valentines y a los miembros de la sede de la Región Policial de Ponent, en Lleida, que me introdujeron en los secretos del funcionamiento de los Mossos d'Esquadra. Mi agradecimiento es tan sincero que me avergüenza un poco haber retratado a alguno de los mandos de ese centro como tipos amargados y envidiosos. Pero las necesidades narrativas se imponen. Por supuesto, ninguno de mis personajes se ha inspirado en las personas que allí conocí.

No pocos de los méritos que puedan tener estas páginas debo agradecerlos a generosos amigos lectores como Carina Llobera, Alexandra Cuadrat, Antònio Galeote, Josep Lara y Pau Centellas, Lourdes Flotats y Pere Pena.

Índice de contenido

1. [Pólogo: Los que no podrán librarse de su sombra](#)
2. [Capítulo 1](#)
3. [Capítulo 2](#)
4. [Capítulo 3](#)
5. [Capítulo 4](#)
6. [Capítulo 5](#)

7.

[Capítulo 6](#)

8.

[Capítulo 7](#)

9.

[Capítulo 8](#)

10.

[Capítulo 9](#)

11.

[Capítulo 10](#)

12.

[Capítulo 11](#)

13.

[Capítulo 12](#)

14.

[Capítulo 13](#)

15.

[Capítulo 14](#)

16.

[Capítulo 15](#)

17.

[Capítulo 16](#)

18.

[Capítulo 17](#)

19.

[Capítulo 18](#)

20.

[Capítulo 19](#)

21.

[Capítulo 20](#)

22.

[Capítulo 20](#)

23.

[Capítulo 21](#)

24.

[Capítulo 22](#)

25.

[Capítulo 23](#)

26.

[Capítulo 24](#)

27.

[Capítulo 25](#)

28.

[Capítulo 25](#)

29.

[Capítulo 25](#)

30.

[Capítulo 26](#)

31.

[Capítulo 27](#)

32.

[Capítulo 28](#)

33.

[Capítulo 29](#)

34.

[Epílogo](#)

35.

[Agradecimientos](#)

Hitos

1. [Portada](#)

Table of Contents

[Pólogo: Los que no podrán librarse de su sombra](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)